

# EPISTEMOLOGÍA DE LA COMUNICACIÓN

## Una Introducción Crítica

Sandra Valdettaro



UNR

Sandra Valdetaro

Epistemología de la comunicación: una introducción crítica. - 1a ed. - Rosario : UNR Editora.  
Editorial de la Universidad Nacional de Rosario, 2015.

E-Book.

ISBN 978-987-702-116-5

1. Epistemología. 2. Comunicación Social. 3. Educación Universitaria.

CDD 302.2

Fecha de catalogación: 06/05/2015



Facultad de Ciencia Política  
y Relaciones Internacionales  
Universidad Nacional de Rosario

Escuela de  
Comunicación  
Social



**cm**  
Centro de Investigaciones  
en Mediatizaciones

**EPISTEMOLOGÍA DE LA COMUNICACIÓN.**

**UNA INTRODUCCIÓN CRÍTICA.**

Autora: **Sandra Valdetaro**

Diseño editorial: **Soledad Larroucau, Stefanía Sahakian**

**SANDRA VALDETTARO** Es Doctora en Comunicación

por la UNR, Master en Ciencias Sociales por FLACSO y Licenciada en Comunicación por UNR. Sus investigaciones refieren al análisis epistemológico, cultural y semiótico de los lenguajes contemporáneos. Es Directora de la Maestría en Estudios Culturales (CEI-UNR) y del CIM (Centro de Investigaciones en Mediatizaciones). Es Investigadora categoría 1 y Profesora Titular Ordinaria de la UNR. Profesora de seminarios de posgrado en distintos doctorados y maestrías. Ha publicado numerosos artículos, capítulos de libros y libros, entre ellos *Sociedad, Mediatización y Sentido* (UNR Editora: 2010), *Midiatização e Multidões: reflexões sobre os vínculos entre sociossemiótica e filosofia política na atualidade* en Fausto Neto y otros (orgs.) *Midiatização e processos sociais na América Latina* (São Paulo, Editorial Paulus: 2008); junto con Mónica Bernabé: *Políticas Culturales y Comunicación* (UNR Editora: 2011); *Interfaces y Pantallas: análisis de dispositivos de comunicación* (UNR Editora: 2011); *El dispositivo McLuhan. Recuperaciones y Derivaciones* (UNR Editora: 2011).

# ÍNDICE

Motivos personales .....	10
Motivos académicos .....	12
INTRODUCCIÓN: ¿Qué es hoy la comunicación? .....	14
CAPITULO I. El estudio de la comunicación.....	24
I.a. Comunicación como “campo de estudios” .....	24
I.b. Dominio de objetos.....	27
CAPÍTULO II: Epistemología: cuestiones generales .....	29
II. a. De la “comunicación” a la Epistemología .....	29
II.b. Epistemología: un recorrido general.....	30
II.c. Peirce y la ciencia como “fijación de creencias” .....	33
II.d. Cómo conocer la realidad .....	36
II.e. Cuatro métodos o modos de inferencia: deducción, inducción, abducción y analogía.....	41
II.e.1. Deducción e Inducción.....	42
II.e.2. Abducción.....	42
II.e.3. Paradigma Indiciario.....	49
II.e.4. Analogía.....	52

CAPITULO III. Contextos de producción.....	57
III.a. Contextos de producción del discurso científico: la Modernidad.....	57
III.b. Asociaciones foucaultianas.....	59
III.b.1. Las palabras y las cosas .....	66
III.b.2. Foucault y la “enciclopedia china” de Borges .....	67
III.b.3. Foucault y <i>Las Meninas</i> (1656) de Diego Velázquez (1599/1660).....	71
III.c. Modulaciones en torno a la Modernidad .....	77
III.c.1. Modernidad, sensibilidad y experiencia.....	77
III.c.2. Modernidad y componente onírico.....	82
III.c.3. De lo maravilloso-moderno a lo maravilloso-hipermoderno.....	86
III.c.4. Traducciones entre híbridos, redes y crítica de lo moderno .....	93
III.d. Complicaciones de la Verdad: cuestiones epistemológicas, teóricas, metodológicas y técnicas .....	95
CAPÍTULO IV. Las Ciencias Sociales.....	104
IV.a. Recapitulación sobre las Ciencias Sociales .....	104
IV.b. ¿Las Ciencias Sociales son “ciencias”?.....	105
IV.b. 1. Posturas positivistas o empírico-deductivas .....	106
IV.b.2. Posturas Comprensivistas e Interpretativistas .....	113

IV.b.2.a. Hermenéutica.....	115
IV.b.2.b. Fenomenología .....	122
IV.b.2.c. Sociologías comprensivas .....	127
IV.b.3. Teorías Críticas.....	129
IV.b.3.a. El debate entre el racionalismo-crítico y la teoría crítica .....	134
IV.b.4. Posturas sobre la lengua y el lenguaje.....	140
IV.b.4.a. Lingüística y estructuralismo.....	141
IV.b.4.b. Sociosemiótica .....	149
IV.c. Meta-Epistemologías .....	152
IV.c.1. Complejidad.....	152
IV.c.2. La meta-epistemología de Gregory Bateson .....	156
IV.c.3. El funcionalismo-sistémico de Niklas Luhmann .....	165
IV.d. Derivaciones acerca de la comunicación social actual a partir de las meta-epistemologías .....	168
CAPÍTULO V. Teorías de la Comunicación y Mediatizaciones .....	178
V.a. Epistemologías y Teorías de la Comunicación .....	178
V.b. Investigaciones sobre Mediatizaciones.....	185

V.b.1. <i>Representación, Construcción, Presentación: hacia una trans-epistemología de la mediatización</i> .....	189
V.b.2. Reconstrucción de los “cambios de escala” de la mediatización.....	193
V.b.3. Antecedentes y Producción del CIM (Centro de Investigaciones en Mediatizaciones).....	201
V.b.4. Breve reseña de nociones generales de la investigación actual sobre mediatizaciones.....	206
Comentarios finales .....	210
Comunicación: desafíos actuales.....	210
Bibliografía .....	216

## MOTIVOS PERSONALES

A Lucía, Manuel, Sofía y Luca, de quienes aprendí todo...

Y a los estudiantes de comunicación.

Sólo a veces me animo a detenerme en las miradas.

Hay algunas abismales, como las de mis hijos, que siempre me instalan en órdenes impensables.

Hay otras -pocas- que, casi fascinadas, estimulan una delicada curiosidad.

Así son las de los alumnos.

Disfruto -y sufro- unas y otras; y entre ellas se dirime el deseo de este libro.

Este libro es, entonces, sobre una imposibilidad siempre latente: la de la "comunicación".

La "comunicación", que es "con-los-otros", nunca deja de ser abismal, pero siempre es indiscreta y curiosa.

Su ambigüedad es constitutiva.

De eso, me parece, se trata este libro.

De tratar de pensar esta ambigüedad; o sea, de tornar posible una imposibilidad.

La necesidad de afrontar dicha imposibilidad surgió, como es de esperar, de un acto simple de comunicación oral, de una mirada acompañada por un gesto inocente pero sugestivo, en definitiva, de un intercambio atómico: un par de "preguntas" y unas "respuestas negativas".

Hace un tiempo, al terminar una clase, uno de los estudiantes que se acercan me mira, me dice:

- "Profe, ¿todo esto que *usted dice*, está escrito en algún lado?"

Delicada situación; lo miro; titubeo. Pienso rápido. Digo:

- "Sí, está escrito en un montón de libros que ustedes tienen que estudiar..."

- "... pero profe... ¿y así, como *usted lo dice*?"

- "... y, así no, porque *así lo digo yo*, y yo no lo escribí... o sea, no..."

Indefectiblemente, una demanda se instala.

Se instala siempre por (el) otro; y cuando se instala, se instala.  
Así funciona el deseo.

Entonces, este libro es un intento de satisfacer una demanda: la del deseo del otro -que es propio- de que escriba lo que digo.

Eso que digo, en las clases, son cosas que dicen o escriben otros.

Se podría conjeturar que mi propia voz agrega algo, ahí, en la textura de las cópulas del discurso.

Pero tales agregados son, si se quiere, personales.

Cada quien puede escribir su propia voz sobre eso que escriben otros.

Por eso mi propia voz, acá, no compromete a nadie, y quiere ser sólo eso: una primerísima primera persona que se constituye en sujeto de escritura sólo para devolver una mirada.

Lejos de querer compensar cualquier demanda, lo que guía este libro es poder dar, la próxima vez, una respuesta afirmativa.

Y ello por una cuestión meramente egoísta: sólo para seguir animándome a detenerme en las miradas.

Rosario, verano, 2015.

## MOTIVOS ACADÉMICOS

Este libro intenta ser una *introducción* a una *epistemología* de la *comunicación*, pero una introducción “*crítica*”.

Es una *introducción* porque se plantea abordar, de manera panorámica, algunas de las principales vertientes y perspectivas epistemológicas a partir de las cuales se podría conjeturar “un objeto *comunicación*” -es preciso aclarar, desde ya, que el singular es sólo provisional, y que, por lo tanto, será sometido “a crítica”-.

La adjetivación “*crítica*” remite, por su parte, al intento de enfatizar un tono reflexivo y comprometido con el objeto de estudio. Es decir, cada vez que las teorías convocadas desafíen, en sus múltiples articulaciones, a la escritura, ella tratará de hacerse cargo de tal provocación.

El “punto de vista” de tal introducción es, por lo tanto, deliberadamente subjetivo. Ello no obsta que todos los recaudos de la escritura llamada “científica” se tomen en cuenta, ya que, justamente, se trata de una introducción a una “epistemología”.

El componente subjetivo está dado, básicamente, porque la presentación de los distintos tópicos y sus relaciones se organiza a partir de las necesidades de entendimiento de la autora. Dichas necesidades se encuentran continuamente interrogadas por toda una serie de voces provenientes del trabajo de cátedra, del contacto con los estudiantes, de la actividad de investigación, de la vida cotidiana. Rescata, por ello, esta introducción, el carácter preeminentemente conjetural, dialógico, intersubjetivo, e inacabado, del texto.

El componente académico-científico se encuentra garantizado por el estilo -se impone la primera persona sólo en casos de niveles polémicos discutibles y sometidos a deliberación-; por el respeto de las fuentes y por el control de la información suministrada.

No es un tratado de epistemología, sino que es una introducción a una epistemología de “la comunicación”. Por lo tanto, los fundamentos paradigmáticos clásicos que nutren la filosofía de la ciencia se encuentran específicamente ligados a la pregunta por “un” objeto peculiar: la “comunicación”. De todos modos, se torna necesario un discurrir por toda una serie de definiciones de base que vayan anclando un objeto “comunicación”. Es por ello que, de manera casi escolar, el texto aspira a dar respuestas a algunas preguntas básicas: ¿qué es la epistemología?, ¿qué es una teoría?; ¿qué es la metodología?, ¿qué es la comunicación?

Lo que el texto ambiciona es, de alguna manera, sólo llenar esos blancos entre las preguntas. Algunas de esas preguntas únicamente serán visitadas en tanto que, por necesidad lógica, resultan insoslayables. Es decir, la “epistemología” y la “comunicación” -los dos “dominios” centrales del libro- forman una argamasa con cuestiones teóricas y metodológicas, y conforman un determinado “campo de estudios”, el de “la comunicación”.

Este libro está destinado a un tipo de lector general con motivaciones de conocimiento básico en Comunicación; pero especialmente, a los estudiantes de las distintas carreras universitarias y terciarias ligadas al campo de la Comunicación, y, necesariamente, a los alumnos de la cátedra Epistemología de la Comunicación de la carrera de Comunicación Social de la Universidad Nacional de Rosario. Son ellos sus interlocutores principales. Y sin sus preguntas, sus respuestas, sus requerimientos, sus debates, sus miradas, no podría haber sido escrito.

## INTRODUCCIÓN: ¿QUÉ ES HOY LA COMUNICACIÓN?

Esta Introducción Crítica a la Epistemología de la Comunicación se propone reflexionar acerca de las condiciones de producción de un campo de estudios particular dentro de las ciencias: el de la “Comunicación”. De tal manera, una *Epistemología de la Comunicación* se ubica, necesariamente, dentro del ámbito más amplio de una *Epistemología de la Ciencia*. Opto por la “ciencia”, y no solamente por las “ciencias sociales y humanas”, debido a que, en la actualidad, ya no es posible sostener una división entre ciencias “duras” y ciencias “blandas”. Naturaleza y cultura forman, en nuestra contemporaneidad, un *continuum* de creciente complejidad que no es posible abordar mediante las particiones disciplinares clásicas de la ciencia. Este libro intentará explorar dicha situación.

¿Cómo se puede definir, en tal contexto, la “comunicación”?; y ¿desde dónde “pensarla”?

El hecho evidente, básico, de la “comunicación” en su dimensión simbólica y antropológica como fundante de un animal particular, el “humano” -nivel abordado desde muchas perspectivas, teorías e hipótesis- es, en nuestros días, además, una de las principales *commodities*; es, desde mi punto de vista, la principal *mercancía*, ya que incluso define una de las nomenclaturas con las que actualmente se define a nuestra contemporaneidad: el “semiocapitalismo” (Berardi, 2007).

El mercado actual de la comunicación -es decir, el ámbito de producción, circulación y consumo de bienes simbólicos- abarca numerosas actividades de distintos tipos que, al colocar a la capacidad comunicativa inherente a la especie como principal fuerza productiva, requiere de una formación profesional cada vez más amplia y, a su vez, específica. Tal

situación presenta no pocos desafíos analíticos debido a la complejidad de los efectos producidos.

Vale aclarar que uso acá la noción de “mercado” como metáfora de tráfico de bienes, objetos naturales, objetos técnicos, seres vivos no-humanos (así se nombra, en la actualidad, a los animales) y humanos -tráfico de “híbridos”, parafraseando a Latour (2007)-, no sólo desde un punto de vista económico, sino en el sentido más general de circulación de toda una cadena de valores agregados, simbólicos -los llamados “intangibles”- que, de manera compleja, hacen al valor de inter-cambio o inter-acción de dichas hibridaciones: cuerpos, bienes, servicios, etc.

La creciente consolidación de un contexto social, político y económico atravesado por una fuerte crisis de confianza y una intensa sensación de inseguridad y riesgo, tanto a nivel global como local, y tanto en lo público como en lo privado, así como la progresiva “extrañeza” que va desplegando la “naturaleza” de los objetos naturales y de los objetos técnicos, y sus relaciones, producen una necesidad de readaptación ambiental para la cual las cuestiones de comunicación se vuelven centrales.

Si el animal-humano se caracterizó siempre por su carácter des-ambientado y, consecuentemente, obligado a construirse “un” ambiente, y si ello constituyó la “marca” -por mucho tiempo desatendida- de nuestra especie, adquiere, en las actuales circunstancias, una centralidad sin precedentes.

Se colocan, así, en el centro de la escena pública, ciertas demandas que enlazan con profundas necesidades sociales de ajuste, siendo las centrales la de producción de creencias, y la de generación de confianza y acuerdos, todas problemáticas ligadas, sustancialmente, a cuestiones de “comunicación” (Cfr.Luhmann, 1996).

En tal contexto, la “comunicación” adquiere, como nunca antes, un componente político-estratégico insoslayable. No existe, en la actualidad,

ningún accionar comunicativo que no sea, a la vez, político (tomando lo político en sentido amplio).

Tener la “respuesta” acerca de cómo producir una “creencia” -o, dicho de manera más general, un agregado diverso de “afectos”-, es lo que añade valor a cualquier tipo de mercancía; “vender algo” -y, también, “vender-se”- significa, centralmente, generar deseos. Digo “vender/vender-se” no en un mero sentido comercial -aunque también-, sino en el de colocación, presentación, exhibición y circulación de caracteres, disposiciones, capacidades, motivos y bienes, y su realización o consumación en el mercado.

Ese carácter “poético” de las mercancías -también del *self* en tanto mercancía u obra, y cada vez más en épocas de redes sociales-, es decir, esa capacidad de la mercancía de “devolver la mirada” y generar un deseo -lo cual postulaba Benjamin como una de las marcas fundantes de la experiencia moderna (Cfr. Buck-Morss, 1981)-, es uno de los aspectos centrales en la auto-reproducción incesante del sistema.

Sin una producción de creencias basada en un sistema de pasiones -esto es, sin una adecuada *estrategia de comunicación*- no es posible, hoy, la (re)producción de lo social. El mundo actual parece ser, entonces, el escenario adecuado para todo tipo de “comunicólogos”.

En dicho mercado de generación de pasiones y deseos, la principal fuerza productiva es, justamente, la “comunicación”, entendida acá en tanto desarrollo de capacidades lingüístico-cognitivas de la especie basadas en la imaginación y la producción de fantasías que puede generar, por un lado, apropiaciones, usos y efectos sofisticados y creativos de recursos, lenguajes y tecnologías de comunicación, pero que, por otro lado, interpela a las subjetividades sociales bajo nuevas modalidades vinculares redimensionando los modos de usufructo y explotación de personas, bienes y naturaleza, y generando núcleos sociales traumáticos

de nuevo cuño. El ambiente social contemporáneo descansa en dicho estatuto biológico-tecnológico, eminentemente ambivalente, de la comunicación, como principal articulador (Cfr. Virno, 2004).

De manera concisa, entiendo hoy a la “comunicación” como una capacidad polivalente, ambigua y natural de la especie, devenida *commodity* y fuerza productiva, de circulación transversal a nivel global, que actúa como *argamasa*, y cuya función principal es, por lo tanto, la de *enlace* de los vínculos sociales.

Por supuesto que hay que remarcar el carácter muchas veces tóxico y contaminante de dicha *función de enlace*. La comunicación puede ser un virus letal, y también un medicamento. Es, para decirlo rápidamente, un *pharmakon* (Derrida, 1975): veneno y remedio a la vez. Entre la ambigüedad y la paradoja se delimita la comunicación; su estatuto es, por lo tanto, eminentemente controversial, y muchas veces tiende, en la actualidad, a la toxicidad. Parafraseando a uno de los personajes del inquietante film de Jean-Luc Godard de 2014, *Adiós al lenguaje*, todo indica que pronto vamos a necesitar un intérprete de nuestras propias palabras...

Dicho régimen biológico, técnico, social y transversal de la comunicación la coloca, asimismo, en una posición *imperialista*: invade todos los saberes y todas las profesiones. La expansión de su dominio imperial toma diversas áreas profesionales: diseño, marketing, publicidad; artes performativas; lenguajes de la imagen; contratos de escritura y lectura; medios de comunicación; periodismo; gestión de interfaces; estrategias de comunicación institucional y empresarial; creación e instalación de marcas; detección de tendencias de consumos simbólicos; identificación de representaciones e imaginarios; policy making; políticas culturales; producción de ciudadanías; experiencias de autogestión; arte y literatura; etc.

Sin embargo, tratándose la capacidad de comunicación de una dotación general de la especie, su ejercicio en tanto “profesión” requiere construir un lenguaje teórico y técnico específico, un *metalenguaje* propio; es decir, contra el riesgo de dilución en lo general de la comunicación, la “comunicación” requiere especificarse como algo distinto a la comunicación, justamente, como no-generalista. De ahí, de dicha necesidad profesionalística, surge su especificidad disciplinar, es decir, su “diferencia”, y en consecuencia forma un “dominio de objetos” de los cuales se ocupa mediante ciertos tipos de perspectivas y procedimientos y, por todo ello, se funda como “ciencia”.

Como “ciencia” que habilita a la adquisición de ciertos conocimientos tendientes al desarrollo de una “profesión” determinada, entonces, la “comunicación” tiene no pocos problemas. Dos características de su objeto de estudios: su generalidad y su diversidad. La *“ciencia” de la “comunicación” es un oximoron*; conserva su ya señalado carácter paradójico en tanto “objeto”. Pero como todo oximoron, supone un desafío, como con cualquier encuentro entre cosas extrañas. El carácter general y diverso a la vez de los objetos implicados en su campo, y, consecuentemente, las distintas disciplinas a las cuales se acude en términos de su especificación disciplinar, es lo que caracteriza a la “comunicación” en tanto “ciencia”. Dispersión y multiplicidad de objetos y abordajes: he aquí el desafío que implica lograr un ordenamiento de sus fundamentos, es decir, una “epistemología”.

Es por ello que este libro necesita una “hipótesis” que intente una primera operación de delimitación epistemológica, tratando de recortar ese objeto esquivo de la “comunicación”.

Por un lado, dicho recorte implica, en uno de sus límites, abordar algunas problemáticas ligadas al aspecto socio-antropológico básico de la

comunicación en tanto fundante de la especificidad del humano como ser simbólico. En tal sentido, algunas de las perspectivas de análisis de dicho nivel básico e interpersonal de la comunicación *face to face* serán tenidas en cuenta. Los temas ligados a la interacción -que se hallaban relativamente secundarizados en la época de los medios masivos- adquieren hoy, en épocas de redes sociales y vínculos digitalizados, plena vigencia.

Por otro lado, y en simultaneidad con lo anterior, se interpela al “objeto-comunicación” desde el punto de vista de sus condiciones sociales específicas de emergencia en el contexto general de los procesos de modernización occidental. Es, efectivamente, cuando la “comunicación” adquiere una dimensión eminentemente pública y social, vía la emergencia y consolidación de los llamados “medios y tecnologías de comunicación”, que ella cobra visibilidad en tanto objeto de reflexión para las Ciencias Sociales. Dicho aspecto “comunitario”, “social”, “institucional”, “empresarial”, de la comunicación, en tanto “sistema de medios” y “máquinas de comunicar”, requiere la explicitación de sus condiciones de producción en las tramas de relaciones sociales, políticas, culturales, técnicas y científicas del contexto de desarrollo de la Modernidad.

Vale aclarar, entonces, que este libro considera que los niveles llamados “micro” de la comunicación (subjetivos, intersubjetivos, interpersonales) se encuentran enraizados necesariamente en condiciones generales sociales específicas de mediatización, y que ambos niveles pueden legítimamente operar como claves interpretativas concurrentes de uno y otro.

Si bien, entonces, los enfoques, las perspectivas y las teorías que hacen a la ocurrencia y al afianzamiento del “campo de estudios” de la “comunicación” pueden ubicarse en los procesos modernizadores del siglo XVIII, y, principalmente, de los siglos XIX y XX, ello no obsta la

consideración de toda una serie de reenvíos a vertientes previas, incluso clásicas, que se constituyen, necesariamente, en líneas de análisis de las lógicas de conformación del campo disciplinar.

Si, como dice Wallerstein (1999), las Ciencias Sociales en el siglo XXI necesariamente constituirán una “promesa” bajo el impulso de tres perspectivas que deberán tomar a su cargo -la reunificación epistemológica de la cultura, la ciencia y las humanidades; la reunificación organizacional de las ciencias sociales; y la asunción, por parte de las mismas, de su “centralidad” dentro del mundo del conocimiento (Wallerstein, 1999: 49) - creo que el rol de las *Ciencias de la Comunicación* no será menor; al contrario, se puede suponer a las mismas como protagonistas centrales ya que sin su auxilio no será posible intentar comprender las configuraciones socioculturales de los mundos contemporáneos.

A su vez, dicha centralidad de la “comunicación” en el campo general de la ciencia produce efectos en el interior mismo de las llamadas *Ciencias de la Comunicación*, tornando anacrónicos -y tal vez contribuyendo a superarlos de un modo complejo- los debates que se consideran clásicos en el campo, entre otros:

- la persistente pregunta sobre “su” objeto de estudios conduce a abandonar una búsqueda esencialista y lleva a postular al campo de estudios comunicacionales como diverso y plural bajo el esquema general de la globalización;
- la superación de la tensión constitutiva entre dos concepciones epistemológicas antagónicas -el binomio funcionalismo vs. teoría crítica, o estadounidenses vs frankfurtianos- que produjo efectos distorsivos

expresados en distintos “tipos” de graduados, unos más profesionalísticos, otros más “críticos” (periodistas vs “comunicadores”);

- la ampliación de los saberes requeridos a toda una serie de perspectivas provenientes tanto de las llamadas ciencias “blandas” como de las “duras”, que abonan a una mirada compleja del hecho comunicacional;

- y también la superación -como consecuencia de lo anterior- de la vieja separación general entre teoría y práctica, o, en términos curriculares, entre “asignaturas teóricas” y “talleres prácticos”, o, incluso dentro de las mismas cátedras, la escisión entre “clases teóricas” y “prácticas” (Cfr. Calamari, Martínez de Aguirre y Valdettaro, 2006) .

En definitiva, la formación de un “comunicólogo” debe fomentar una fuerte formación profesionalística incluyendo los recursos clásicos de “aprendizaje de un oficio” en articulación con la promoción de una capacidad crítico-teórica significativa; articulación que tendería a capacitar profesionales que puedan actuar de manera experta, responsable y con honestidad intelectual en los desafíos del presente.

La renovación de dicho debate se produce a partir de la recuperación democrática en América Latina luego de su suspensión durante los periodos dictatoriales, y en el marco del desarrollo e instalación de nuevos horizontes tecnológicos. Las implicancias teóricas de dicho contexto de complejización de la comunicación y la mediatización sufrieron una especie de impasse bajo los efectos de la concentración hegemónica y los diseños privatistas de las políticas neo-liberales de los 90 del siglo pasado, contexto que resultó nuevamente óptimo para la postulación de la vigencia de esas viejas dicotomías (Cfr. Calamari, Martínez de Aguirre y Valdettaro, 2006). En la actualidad, sin embargo, el espacio institucional de los estudios comunicacionales se caracteriza por una profunda transformación al reposicionar los saberes de una manera

novedosa. Numerosos grupos de investigadores, tanto locales como internacionales, cuyos intereses de conocimiento tienden a la cooperación, se desvían creativamente de los aspectos normativos que una pretendida “historia” del campo de estudios siempre insiste en actualizar.

De tal modo, la problematización actual de los fenómenos comunicativos encuentra claves interpretativas en las tradiciones clásicas de las ciencias sociales y humanas, ligándola a la necesidad de acceso a saberes prácticos cuyas bases provienen de tradiciones epistemológicas vinculadas a las ciencias duras, y en continua conversación con las múltiples producciones teóricas del presente.

Sólo a manera de ejemplo, resulta significativo el caso de ciertos tópicos de la física y la termodinámica -como los conceptos de entropía, ruido y redundancia-, habitualmente tildados de “mecanicistas” por los crítico-apocalípticos (según una famosa caracterización de Umberto Eco, 1968), los cuales se recuperan desde otra mirada para postular una noción específica de “información” que sin embargo fue central en el desarrollo primitivo de la cibernética y la teoría de los sistemas. Una de las modalidades de dicha reapropiación, cercana al componente “complejo” de los sistemas, se encuentra en, por ejemplo, la recuperación de los desarrollos de la Escuela de Palo Alto (Bateson, Watzlawick, Birdwhistell, etc) y sus derivaciones en el llamado “paradigma de la complejidad”. Es dicha modalidad la que, entre otras, puede detectarse en la teoría funcionalista-sistémica de Niklas Luhmann, un corpus que no sólo apunta a la específica productividad de lo social y sus sistemas, sino a la determinación peculiar que el propio sistema de la comunicación mediática adquiere en tal contexto. Nos encontramos, por lo tanto, ante una muy particular configuración epistemológica que, obviando las clásicas dicotomías entre “lo duro” y “lo blando” al hablar de ciencia,

propone un significativo cambio de escala en el intento de entendimiento de los procesos comunicacionales. Como plantea Mitcham (2004), nos encontramos en un momento de “meta-tecnología” que requiere para su comprensión, necesariamente, el encuentro de las ciencias humanas con las ingenieriles.

En síntesis, podemos decir que, en tanto objeto biológico, técnico y social, la comunicación es una disciplina que se constituye como tal, y logra su especificación, en el entrecruzamiento de definidos y simultáneamente exclusivos recorridos de distintas tradiciones teórico-epistemológicas. Todo intento de pensar el “objeto” de la comunicación debe, necesariamente, hacerse cargo de tal complejidad, que no sólo remite al presente, sino también a la propia historia del espacio disciplinar. Resulta insoslayable, hoy, recuperar todo ello bajo nuevas miradas.

## CAPITULO I. EL ESTUDIO DE LA COMUNICACIÓN.

### I.A. COMUNICACIÓN COMO “CAMPO DE ESTUDIOS”

Como ya lo señalamos, la comunicación es algo que caracteriza al hombre genéricamente y, por lo tanto, fue y es abordada en sus distintas dimensiones por diversas perspectivas teóricas: fisiológicas, filosóficas, antropológicas, sociológicas, psicológicas, políticas, etc. Pero estos tipos de abordajes no suponen, aun, un “objeto” específico. La comunicación es, en estos desarrollos, una dimensión más de la naturaleza humana que se estudia según los parámetros correspondientes a la disciplina de que se trate. Nuestra pregunta es, entonces: ¿cómo se constituye un “objeto de estudio” particular y específico en torno a la “comunicación”?, o, dicho de otro modo: ¿qué es aquello que hace que, a partir de determinado momento del siglo XX, pueda nombrarse “algo” como “Ciencias de la Comunicación”? Son este tipo de preguntas las que señalan la “posibilidad” de “una epistemología” de la comunicación.

El hecho de que postule a la “epistemología de la comunicación” como una mera *posibilidad* señala el profundo desacuerdo que existe sobre el tema en el ámbito académico. En general, las posiciones al respecto son que no puede existir tal epistemología dado el carácter “generalista” de la comunicación. Es decir que es, justamente, su característica “universal”, genéricamente definitoria de lo humano, lo que hace que la comunicación se derrame -en tanto dimensión analítica- en las distintas disciplinas y se expanda en un sinnúmero de perspectivas sin nunca consolidarse como “dominio de objetos” específico.

En todo caso, según este tipo de posiciones, la “comunicación” sólo existe como ciencia debido a una sostenida y ya consolidada “conquista” de derechos político-institucionales en el ámbito de la ciencia. Es decir, el hecho de que existan “carreras de comunicación” en los distintos niveles educativos institucionales, “centros de investigación en comunicación” reconocidos por los organismos científicos, “revistas de comunicación” indexadas a nivel local e internacional, etc, es la condición material y político-académica que permitiría nombrar a la comunicación como ciencia, pero la comunicación carecería -según dichas posiciones- de aquello que define, internamente, lo que es una ciencia: un dominio de objetos específicos, una serie de hipótesis mínimas a partir de las cuales se explica el funcionamiento de dicho dominio, y unos métodos consolidados para explicarlo.

Reconociendo la validez de este debate, mi punto de vista presenta algunos matices. Desde mi perspectiva, es, justamente, por la existencia de “un dominio de objetos” delimitado a partir de determinadas condiciones socio-históricas y diferente a otros, que la “comunicación” va adquiriendo dichos derechos “políticos” en el ámbito de la ciencia y logrando una objetividad institucional.

La comunicación humana, en un determinado periodo del siglo XX, produce una “diferencia” con respecto a sí misma, y es esta diferencia -este “salto” que es a la vez cuantitativo y cualitativo- la que deriva en un “cambio de escala” (Verón, 2001<sup>a</sup>: 127/138) en nuestras formas de comunicarnos, perfilando, de tal modo, un “dominio de objetos” material y concreto, y posibilitando -por ello- la emergencia y consolidación de una disciplina específica: las “ciencias de la comunicación”. Mi tesis es, entonces, que el carácter de dominio científico de la comunicación sólo se consolida y se autonomiza al visualizarse la comunicación como sistema socio-cultural diferenciado.

Dicha maquinaria socio-cultural que es el objeto privilegiado de estudios de la comunicación remite a lo que ya planteáramos con Latour (2007): los medios y las tecnologías de comunicación e información como objetos “híbridos”, entre técnicos y humanos, que se consolidan como sistema autónomo en el periodo de entreguerras del siglo XX. Al emplazarse de un modo cada vez más creciente en la vida social, son, justamente, dichos híbridos que son los medios -en tanto “objetos” delimitables- los que promueven ese “salto” y “producen” a la comunicación como ciencia.

Se podrá objetar que caracterizar dicho proceso como un “salto” implicaría desdibujar, justamente, el carácter “procesual” de la instalación de los híbridos, ya que el “salto” aludido supondría entenderlo como un acontecimiento o una serie de acontecimientos fechables, deslindables, “originales”, etc, lo cual llevaría a un posicionamiento en una epistemología de la historia de los medios y las tecnologías basada en la idea de origen y progreso. No es ésta la posición que asumo acá, ya que entiendo que su desarrollo e instalación en la sociedad es un proceso de larga duración que se emplaza en el transcurso que, en el marco de la modernización occidental, tiene que ver con una complejización creciente de lo social. Sin embargo, adhiero a la teoría del “salto” o la “ruptura” que recién citamos con Verón, porque, en el marco de dicho proceso, los medios masivos de comunicación produjeron una rearticulación inédita de todos los ámbitos vitales de la experiencia moderna, proceso que, aunque ya iniciado en el siglo XV con la imprenta, fue logrando un creciente afianzamiento desde fines del siglo XVIII y principios del XIX, desplegándose sin interrupción durante el resto del XIX y produciendo dicha “ruptura de escala” en el siglo XX -básicamente por la mediatización de la electricidad- en un desarrollo que continúa vigente en la actualidad. Es, sintetizando, recién con la mediatización técnica de la sociedad industrializada cuando la “comunicación” comienza a ser articulada como objeto y campo disciplinar específico.

## **I.B. DOMINIO DE OBJETOS**

Los “objetos” de los cuales se ocupan las Ciencias de la Comunicación proceden de varios dominios empíricos, entre los cuales podemos nombrar: las distintas modalidades de la comunicación interpersonal en variadas situaciones de interacción; la “cultura” y el mundo del arte en tanto sistemas significantes; los medios, tecnologías y dispositivos de comunicación; las empresas, instituciones de la sociedad civil y agencias gubernamentales en sus dimensiones comunicativas. La comunicación es una dimensión que atraviesa todos estos dominios -la lista no es taxativa, podrían incorporarse otros- y su estudio implica, necesariamente, un abordaje multidisciplinar.

Ahora bien, como ya lo adelantáramos, es necesario entender dichos dominios a partir de sus articulaciones y de la centralidad que en el marco de los procesos de modernización van adquiriendo los medios y tecnologías de producción y reproducción simbólicas, los cuales, mediante dispositivos y lenguajes cada vez más sofisticados, se materializan en diversas instituciones y agencias que van tomando a su cargo el desarrollo de la comunicación interpersonal y pública, produciendo mutaciones en las subjetividades sociales -es decir, en los modos de construcción de percepciones e imaginarios- y nuevas maneras de vincularse. Es así que, por ejemplo, la consideración de un público moderno como potencialmente racional y crítico, tiene en la prensa clásica uno de sus pilares básicos y, más o menos simultáneamente, la instalación de los otros medios en la vida social -fotografía, cine, medios del sonido y radio, TV, lenguajes informáticos- interpela a dichos públicos según otras modalidades -somáticas y pasionales, dimensiones ya presentes en la prensa sensacionalista por ejemplo- que se vinculan de manera innovadora con las crítico-reflexivas. Las mediaciones adquieren un nuevo estatuto cuando a lo mecánico se suma lo eléctrico. En la conformación del lazo social moderno concurren, por lo tanto, varias dimensiones que van

rearticulando las relaciones sociales y los espacios públicos y privados. Dichas dimensiones -racionales, críticas, reflexivas, intelectuales; y también somáticas, corporales, pasionales, sensitivas-, y sus entrecruzamientos, conforman un tejido socio-cultural que adquiere distintos valores según sea la modalidad de la mediatización predominante en distintos contextos espacio-temporales, y producen, por lo tanto, sujetos sociales peculiares. De tal modo, en numerosos autores nos encontramos con planteos acerca de distintas “eras” o etapas de la mediatización definidas a partir del medio preponderante en cada una (Cfr. Valdetaro, 2011e). La bibliografía sobre historia de los medios y las tecnologías indica la complejidad de dichos procesos de progresiva mediatización de la sociedad (Cfr, entre otros: Flichy, 1993 y Manovich, 2001). Como plantea Verón, la mediatización implica una sociedad en la cual “el funcionamiento de las instituciones, de las prácticas, de los conflictos, de la cultura, comienza a estructurarse en relación directa con la existencia de los medios” (Verón, 2001b: 15). Lo cierto es que los nuevos objetos producidos por la mediatización -“objetos maquínicos casi humanos”, tomando nuevamente las palabras de Latour (2007)- producen, en las ciencias de la comunicación, un pliegue de consecuencias teórico-epistemológicas de una magnitud tan importante que coloca a los “estudios sobre mediatizaciones” en un lugar, desde mi punto de vista, ya plenamente consolidado dentro de la disciplina. El punto de vista actual de los estudios sobre “mediatización” se hace cargo de las mutaciones producidas tanto en el nivel de la comunicación interpersonal como en el de la mediada. De tal modo, el propio “dominio de objetos” -en tanto referencia empírica de las investigaciones- produce, en el campo de estudios, nuevos desarrollos (Cfr., entre otros, Valdetaro y Neto, 2010<sup>a</sup>).

## **CAPÍTULO II: EPISTEMOLOGÍA: CUESTIONES GENERALES**

### **II. A. DE LA “COMUNICACIÓN” A LA EPISTEMOLOGÍA**

Las preguntas que nos planteamos recién -¿cómo se constituye un “objeto de estudio” particular y específico en torno a la comunicación?; ¿qué es aquello que hace que, a partir de determinado momento del siglo XX, pueda nombrarse “algo” como “Ciencias de la Comunicación”?- implicó una primera aproximación correspondiente a la descripción del “dominio de objetos” correspondiente y sus vinculaciones generales con el campo de estudios.

Presentábamos ahí nuestra tesis de que las ciencias de la comunicación tienen un dominio de objetos propio que se corresponde con los medios y tecnologías de comunicación, es decir, con el sistema de medios masivos surgido en el periodo de entreguerras del siglo XX. Por supuesto que se incluye, en dicho dominio -como decíamos antes- la comunicación interpersonal e institucional, las cuales adquieren nuevas modalidades en el desarrollo actual de la mediatización informática.

Los “modos de abordaje” de ese dominio de objetos son el tema del presente capítulo, y, por lo tanto, implica adentrarnos en cuestiones teórico-epistemológicas generales. Resulta necesario volver a puntualizar que entendemos a la “epistemología de la comunicación” de manera múltiple, cuestión ya supuesta en nuestra acepción en plural de las “Ciencias de la Comunicación”. La singularidad, entonces, de una epistemología de la comunicación, sólo se sostiene a partir de dicha

conformación plural: se trata de una “epistemología de las ciencias de la comunicación”.

Presentaremos aquí un recorrido general sobre la Epistemología para luego retomar las preguntas planteadas.

## **II.B. EPISTEMOLOGÍA: UN RECORRIDO GENERAL**

La epistemología se ocupa de estudiar la ciencia; es decir, el “dominio de objetos” de la epistemología, en tanto ciencia, es el propio discurso científico, y el discurso científico lo que intenta es producir “verdad”; dicho de otro modo, la especificidad de la ciencia es la búsqueda de un lenguaje capaz de elaborar “enunciados verdaderos” que puedan explicar los fenómenos de una manera clara y general.

A los fines de circunscripción de dicho dominio, en general se ubica a la “revolución científica” del siglo XVII como el “fenómeno” a partir del cual comenzar una reconstrucción. Desde un punto de vista histórico, la conformación de la “ciencia” se entiende como un proceso de larga duración, que llevó varios siglos, abarcando un periodo que cubre, aproximadamente, desde el Renacimiento hasta el presente. Por lo tanto, la ciencia es vista como una esfera social articulada al proceso de la Modernidad y es incluso considerada, por algunos autores, como “conciencia” -o “ideología”- de Occidente (Berman, 1999: 21/22). Es decir

que, desde el punto de vista del “contexto de descubrimiento”<sup>1</sup>, la ciencia es un sistema de pensamiento que corresponde a una cierta época histórica y se la caracteriza como una “realidad estructural”, como una *gestalt* por la cual forma una unidad con el capitalismo (Cfr. Berman, 1999: 22). Justamente la definición de la ciencia como “búsqueda de la verdad”, o como “conocimiento fundado” -que remite a su “contexto de justificación”<sup>2</sup>- va situándose paulatinamente en el marco de un complejo proceso de transformaciones sociales, políticas, económicas y culturales que tienen que ver con la instalación del capitalismo en Occidente. En el desarrollo de dicho proceso de complejización, la ciencia -en tanto sistema- viene a cumplir una función específica de reducción de la complejidad y de resolución de problemas; es decir que lo que le compete específicamente, desde un punto de vista sistémico-funcional, es discriminar aquello que es *verdadero* de lo *no-verdadero* (Cfr. Luhmann, 2000). Desde este punto de vista, la ciencia es sólo “una” modalidad particular -entre otras, y cada una con su validez operativa- de producir conocimientos; por lo tanto, desde esta perspectiva, la ciencia es un

---

1 “Contexto de descubrimiento” alude a una dimensión de análisis epistemológico que aborda cuestiones referidas a las condiciones sociales, políticas, económicas, institucionales, etc., en el marco de las cuales surgen determinados conocimientos que se nombran como científicos y no otros. Para evitar las connotaciones idealistas o subjetivistas del término “descubrimiento”, a dicho nivel de análisis preferimos nombrarlo como el de las “condiciones sociales de producción del conocimiento científico”, para, de tal forma, situarnos en una perspectiva histórica, empírica, materialista.

2 “Contexto de justificación” designa otra dimensión de análisis epistemológico que se dedica a determinar cuál es el mejor modo de construir el conocimiento científico, cuál es la mejor manera de fundamentarlo y validarlo, y remite a las distintas teorías del conocimiento en términos de estructuras inferenciales o métodos. Aunque, desde el punto de vista investigativo, podemos situarnos en uno u otro contexto, lo cierto es que en todo análisis epistemológico ambos contextos se encuentran necesariamente relacionados.

*sistema de comunicación* cuya peculiaridad consiste en postular aquello que la sociedad va a considerar que es verdadero.

Al especificarse la ciencia como búsqueda “fundada” de la verdad, el problema de “qué” es la “verdad” es un tema recurrente en los debates epistemológicos. La verdad se entiende, para decirlo rápidamente, como adecuación entre las teorías y los hechos.

Varios temas se desprenden de esta cuestión: qué relaciones se postulan entre las teorías y los hechos; qué son las teorías; qué son los hechos (o la realidad); que está primero (si la teoría, o los hechos); etc. Todo ello tiene que ver con las maneras de construir el conocimiento científico: si desde la teoría, o desde los hechos. Y, además, qué lugar ocupa el sujeto (el investigador) en dicho vínculo: esto es, cómo se relaciona un sujeto con hechos y teorías: ¿se relaciona de manera directa? ¿se relaciona de otros modos? ¿se encuentra involucrado o no el investigador con aquello que investiga?.

Ahora bien, ¿qué es una teoría?. Una “teoría” es, ante todo, un sistema “escrito” de proposiciones articuladas lógicamente. Con ello quiero señalar un hecho obvio pero que tiene implicancias no siempre atendidas: que la ciencia es eminentemente “escrita”. El problema de la verdad, entonces, remite a la problemática de la relación del lenguaje con su *referencia*, y necesariamente hay que detenerse en el carácter *escrito* de la ciencia, porque al ser “escrita”, lo que la ciencia produce son “enunciados” observacionales y/o teóricos (Cfr., entre otros, Klimovsky, 1997). Por lo tanto, el proceso de circulación entre hechos e ideas que constituye a la ciencia se asienta en la materialidad significativa de la escritura mediante la mediación del lenguaje. Tradicionalmente en soporte papel, pero hoy también en formatos digitales, la escritura de la

ciencia se constituye en un género discursivo particular que es la “argumentación” y que contiene leyes específicas de producción.

## **II.C. PEIRCE Y LA CIENCIA COMO “FIJACIÓN DE CREENCIAS”**

Una manera de entrar a la cuestión de la “verdad” y su escritura es por medio de la obra de Charles Sanders Peirce (1839/1914), lógico y semiótico norteamericano de gran influencia en el Pragmatismo de principios del siglo XX -concepción general que se enfoca en el mundo real-objetivo y en cómo podemos conocerlo-, y considerado su fundador.

En el texto “La fijación de la creencia”, Peirce se detiene en los modos del “arte de razonar” de cada época (Peirce, [1877] 1988: 177). Si “razonar” es “averiguar algo que no conocemos a partir de lo que ya conocemos”, entonces, lo cierto es que dicha inferencia la extraemos a partir de “un cierto hábito de la mente” (Peirce, [1877] 1988: 178/179). Incluso Peirce compara las actividades mentales con prácticas “mundanas”, postulando que “la mente ... es un Puro Juego” (Peirce, *Collected Papers*, 6.458 en Sebeok y Sebeok, 1994: 54), “un animado ejercicio del propio poder”, sin “ninguna regla, excepto la de la libertad”. A dicha capacidad Peirce la llama *Musement*, a la cual define como un proceso mediante el que la mente busca “alguna conexión” entre dos de los tres Universos de Experiencia: el de las Ideas, el de la Realidad en bruto y el de los Signos. (Peirce, *Collected Papers*, 6.455 en Sebeok y Sebeok, 1994: 54).

De tal modo, en principio, la verdad no depende de la validación lógica de las conclusiones exclusivamente, sino “de la validez de las inferencias que el hábito determina” (Peirce, [1877] 1988: 179). El hábito es uno de los principios directrices de la inferencia, y ello presupone una variedad de hechos que se dan en los “estados mentales”, tales como la “duda” y la “creencia” (Peirce, [1877] 1988: 180), y, por tal motivo, “...los conceptos

que realmente son producto de la reflexión lógica...se entremezclan con nuestros pensamientos ordinarios, siendo frecuentemente causa de gran confusión” (Peirce, [1877] 1988: 180). “Nuestras creencias guían nuestros deseos y conforman nuestras acciones”, dice Peirce, y “el sentimiento de creer es un indicativo más o menos seguro de que en nuestra naturaleza se ha establecido un cierto hábito que determinará nuestras acciones”, mientras que la duda no tiene esos efectos (Peirce, [1877] 1988: 181). El *ánimo investigativo*, surge, entonces, a partir de esta *vinculación entre duda y creencia*: “La irritación de la duda causa una lucha por alcanzar un estado de creencia. Llamaré a esta lucha *indagación*..” (Peirce, [1877] 1988: 183). Por lo tanto, las verdades dependen de estos “métodos de fijar la creencia” a partir de ciertos hábitos (Peirce, [1877] 1988: 185).

Peirce presenta cuatro “métodos” de *fijación de creencias*: el “método de la tenacidad”, el “método de la autoridad”, el método del “*a priori*” o “metafísico”, y el “método científico”.

El “método de la tenacidad” es el de las opiniones propias, de cada uno, y, en tanto modo de conocimiento, no resulta del todo confiable ya que se encuentra con que otras personas piensan de modo distinto (Peirce, [1877] 1988: 186/187). Hay otro modo de fijar creencias, que no es meramente individual, sino que está asentado en la “comunidad”, ya que “nos influimos necesariamente en las opiniones unos a otros”. Se trata, para decirlo con palabras de Peirce, de “la voluntad del Estado en lugar de la del individuo”, que se encarga de mantener las creencias y reiterarlas permanentemente (Peirce, [1877] 1988: 187). Dice Peirce: “Este método ha sido desde los primeros tiempos uno de los medios básicos de mantener las doctrinas políticas y teológicas correctas, y de preservar su carácter católico o universal” (Peirce, [1877] 1988: 187). A dicho método Peirce lo llama el “método de la autoridad” (Peirce, [1877] 1988: 188), que supera al de la “tenacidad”, pero que también es discutible, ya que es “meramente accidental” que se nos haya enseñado lo que se nos enseñó y no puede suponerse que ello es mejor a lo que concierne a otras culturas u otros tiempos (Peirce, [1877] 1988: 189/190). Por lo tanto, “hay que adoptar un método nuevo y diferente de establecer opiniones, que no

sólo produzca un impulso a creer, sino que decida también cuál es la proposición a creer” (Peirce, [1877] 1988: 190). Así, liberándonos de las preferencias individuales, y mediante la conversación de los hombres entre sí considerando las cuestiones bajo distintas perspectivas, se pueden desarrollar “creencias en armonía con las causas naturales” (Peirce, [1877] 1988: 190). Es el método, según Peirce, de las concepciones artísticas y la filosofía metafísica, que más que apoyarse en los hechos observados, dependen de las proposiciones “agradables a la razón” (Peirce, [1877] 1988: 190). En definitiva, también en este caso estamos ante la preeminencia de “aquello que nos encontramos inclinados a creer” (Peirce, [1877] 1988: 190). Aunque este método “metafísico” es más “respetable” que los otros dos, presenta la dificultad de hacer de “la indagación algo similar al desarrollo del gusto”, es decir, sólo “una cuestión de moda” (Peirce, [1877] 1988: 193). Entonces, es preciso encontrar un método por el cual nuestras creencias no dependan de “algo humano”, sino de “algo permanente externo” (Peirce, [1877] 1988:194), algo que no dependa de un individuo, sino algo “que afecte, o pueda afectar, a cada hombre” (Peirce, [1877] 1988: 194) y que, aunque las *afecciones* resultantes sean diversas, sin embargo, “el método ha de ser tal que la conclusión última..sea la misma” (Peirce, [1877] 1988: 194). “Tal es el método de la ciencia” (Peirce, [1877] 1988: 194).

La hipótesis fundamental del método científico, según Peirce, es que:

“Hay cosas reales cuyas características son enteramente independientes de nuestras opiniones sobre las mismas; estos reales afectan a nuestros sentidos siguiendo unas leyes regulares, y aun cuando nuestras sensaciones son tan diferentes como lo son nuestras relaciones a los objetos, con todo, aprovechándonos de las leyes de la percepción, podemos averiguar mediante el razonar cómo son real y verdaderamente las cosas; y cualquiera, teniendo la suficiente experiencia y razonando lo bastante sobre ello, llegará a la única conclusión verdadera” (Peirce, [1877] 1988: 194/195).

Por lo tanto, para Peirce, el “método de la investigación científica” es el “único de los cuatro métodos que presenta una cierta distinción entre una vía recta y otra errónea” (Peirce, [1877] 1988: 196).

En síntesis, de entre todos los “métodos de fijar creencias” que analiza Peirce -“tenacidad”; “autoridad”; “metafísico”; “científico”- el más adecuado es el último. No obstante, es preciso remarcar los énfasis de Peirce, ya que, siendo el *científico* el más adecuado de los métodos, sin embargo, tal como lo expresa claramente, se trata sólo de la *manera más segura* que tenemos a nuestro alcance en relación con la *fijación de creencias* que puedan ser nombradas como “verdades”.

La cuestión, entonces, de cómo podemos conocer el mundo real-objetivo, lleva a plantear de qué maneras se relacionan el lenguaje y la realidad, cuestión que se conoce como el “problema de la verdad” en distintas tradiciones epistemológicas (Cfr., entre otros, Scavino, 1999: 21). La obra del lógico alemán Gottlob Frege (1848/1925) se ubica -junto a la de Peirce- como uno de los principales antecedentes en esta cuestión, ya que desarrolla la tesis de que los signos designan no a los objetos, sino a los “modos” en que los objetos se nos dan cuando a ellos nos “referimos” con las palabras. La verdad no se entiende, entonces, como correspondencia entre ideas y cosas -ya que ello supondría un vínculo directo, especular, entre lenguaje y realidad, lo cual resulta simplista- sino que lo que está en juego es la cuestión de la *referencia*.

## **II.D. CÓMO CONOCER LA REALIDAD**

Nos detendremos brevemente en las posturas generales de la lógica-semiótica de Ch. S. Peirce a este respecto, ya que se trata de una teoría integral del conocimiento cuyo propósito es la descripción de todas las categorías a partir de las cuales podemos conocer el mundo o la realidad.

La “realidad” es entendida por Peirce de manera triádica (Zecchetto, 2005: 49); se nos presenta conformada por tres dimensiones: Ideas; Realidad; Signos (Sebeok y Sebeok, 1994: 54), nombradas también como “primeridad”, “secundidad”, y “terceridad” (Zecchetto, 2005: 50/51). Son tres grandes dimensiones que, combinadas de manera lógica, generan una compleja clasificación de categorías y clases de signos.

La *primeridad* es la dimensión de las posibilidades del ser en términos de cualidades abstractas; designa las primeras impresiones, el momento inicial del conocimiento: “es el modo de ser tal como es, positivamente y sin referencia a ninguna otra cosa” (Zecchetto, 2005: 50). En relación con su representamen, es un *tone* o *cualisigno* (color, tono, estilo, lo general del signo). En relación a su objeto es un *icono*, por el vínculo de homología o equivalencia proporcional y/o semejanza que establece con el mismo; y en relación con su interpretante es un *rema* o signo percibido en su forma abstracta. Según Peirce, un “cualisigno” es “una cualidad que es un signo” (en Eco, 1980: 55) Agrega Eco que un cualisigno es “un carácter significante como el tono de la voz con el que se pronuncia una palabra, el color y la tela de un vestido, etc” (Eco, 1980: 55). Y más adelante:

“... los cualisignos son precisamente las cualidades de las que se substancia un signo para poder subsistir, y que no bastan por sí solas para poder constituir el signo en su estructura correlativa; y según Peirce, el conocimiento se tiene cuando la simple visión cesa de ser tal para convertirse precisamente en signo. Para constituir la relación sígnica intervienen elementos convencionales, entre los cuales está, y con carácter preferente, el hecho de que un signo nunca aparece por cuenta propia, aislado de otros signos, sino que, en la medida en que es interpretado por otros signos, a su vez nace interpretando signos precedentes...” (Eco, 1980: 146).

Es por ello que un “primero” necesita a un “segundo”. La *secundidad* es la dimensión que remite a la presencia concreta, singular, del signo, es un *token* o *sinsigno* (*sin* = única vez) en relación con su representamen; “es lo posible realizado” (Zecchetto, 2005: 50), o, dicho de otro modo, es la unión de un primero con un segundo; es, por lo tanto, *algo efectivamente ocurrido*; sería aquello del signo que entendemos, de manera general, como *realmente existente*, como *referencia espacio-temporal*, con una *inscripción contextual específica*, que, al estar afectado por el objeto, conecta directamente con él: es un *índice*. En relación con su interpretante, es un *decisigno*, es decir, una interpretación con un contenido concreto. La secundidad sería el *ámbito del realismo indicial*, distinto al representativo; es decir, es el ámbito de la abducción y de la inducción (ver más adelante).

La *terceridad* es la dimensión que remite a “las leyes que rigen el funcionamiento de los fenómenos”; leyes que otorgan tanto validez lógica como práctica, y ordenan lo real en una síntesis (Zecchetto, 2005: 51); es la unión de un segundo con un tercero. En relación con el representamen, es un *legisigno* o *type*; en relación a su objeto, es un *símbolo* ya que mantiene con él relaciones arbitrarias y convencionales; y desde el punto de vista del interpretante, es un *argumento*, porque adquiere la forma del razonamiento deductivo. Es, valga la redundancia, el ámbito de la deducción, o de los signos propiamente dichos.

Como podrá advertirse, el “signo” peirciano es abordado, consecuentemente, de manera triádica: el signo en sí mismo o representamen (*cualisigno/tono*; *sinsigno/token*; *legisigno/type*); el signo en relación con el objeto o referente (*icono*, *índice*, *símbolo*); y el signo en relación con el interpretante (*rema*, *decisigno*, *argumento*) (Cfr. (Zecchetto, 2005: 63 y stes.)

Es preciso volver a detenernos en la tónica de Peirce más conocida, que es la que remite a la clasificación del signo considerándolo *específicamente en relación con su Objeto*, habiendo así tres clases de signos, según el objeto al cual se dirigen:

- el *Ícono* -como ya lo dijimos- es el signo que se relaciona con su objeto por razones de semejanza o analogía. Peirce indica que el ícono remite a su objeto “por virtud de caracteres propios y que posee por igual tanto si tal objeto existe o no” y, además, que cualquier cosa es ícono de algo “en la medida en que es como esa cosa y es empleado como un signo de ella”. De esta segunda consideración se plantea lo específico de los íconos a partir de los conceptos de analogía o semejanza, para describir, por ejemplo, “el funcionamiento semiótico de las imágenes figurativas” (Cfr Martínez, Biselli y Marengo, 2000: 54/56). Sin embargo, la ambigüedad de la formulación <“en la medida en que es como esa cosa”>, lleva a Peirce a considerar íconos a signos “tan dispares como un retrato, un mapa, o incluso los términos de una ecuación matemática” (Martínez, Biselli y Marengo, 2000: 54/56). Por su parte, “la primera cuestión señalada -la independencia del ícono respecto a su objeto” - es planteada “para diferenciar a los íconos de los índices” (Martínez, Biselli y Marengo, 2000: 54/56).
- el *Índice* es el signo que conecta directamente con su objeto estableciendo una relación existencial con el mismo; los índices se encuentran “afectados por su objeto”, mantienen con éste “una conexión física o de tipo causal”. Lo que importa aquí es “la relación espacial o genética que dichos signos mantienen con sus objetos” (Martínez, Biselli y Marengo, 2000: 54/56). Los ejemplos que pone Peirce son, entre otros, el humo como índice del fuego; la huella como índice del animal; etc.
- el *Símbolo* es el signo arbitrario y convencional, como las palabras. Mantiene con su objeto “una relación basada en lo que Peirce llama ley o asociación de ideas generales (es decir, una

convención social, cultural, o meramente derivada de la capacidad de conceptualización del pensamiento humano) independientemente de que sea reconocido como parte de un sistema de signos (como las lenguas naturales) o no..." (Cfr Martínez, Biselli y Marengo, 2000: 54/56) (Ver también Zecchetto, 2005: 64/65).

Ahora bien, en realidad, no hay signos puros ni totales, ya que el signo está en lugar de otra cosa *sólo en algunos aspectos o capacidades*; nunca un signo es la totalidad del objeto o referente. Un signo es una mixtura de esas dimensiones -primeridad, secundidad, terceridad-; dimensiones que son las únicas que tenemos disponibles para conocer el mundo y que se presentan, en la vida social de los signos, de maneras combinadas. La preeminencia de una dimensión sobre las otras dependerá de su contexto de circulación y recepción en la semiosis. A aquello que efectivamente percibimos -el "fenómeno" o el "faneron", en palabras de Peirce- podemos conocerlo, entonces, a partir del cruce de estas tres dimensiones. La lógica-semiótica de Peirce es considerada, también, una "faneroscopia" (Zecchetto, 2005: 54/55), es decir, una fenomenología (ver más adelante), una ciencia destinada a clasificar la realidad. Y a partir de dicha clasificación se interpreta el accionar de los signos. Como decíamos anteriormente, de entre los distintos modos de dicho accionar -que tienen que ver con los "métodos de fijación de creencias" que plantea Peirce-, resulta que el más "adecuado" es el científico, aunque no sea total ni único. De tal modo, a la ciencia le corresponderían los signos de la terceridad -*legisigno; símbolo; argumento*- que remiten a los aspectos lógico-formales de la mente que posibilitan la formulación de las leyes bajo la forma del razonamiento deductivo.

No obstante, para Peirce, la percepción en general es un proceso abductivo. La abducción es la forma más inmediata y aleatoria del razonamiento inferente (Samaja, 1996). Se trata de la construcción de hipótesis a partir de premisas inciertas, y exige que sea comprobada posteriormente por inducción y deducción. Pero la abducción es reveladora y contiene en germen sus propios desarrollos. *Conocer*, para Peirce, es como un "relleno", ya que la atribución de sentido tiene varias

posibilidades. Si bien el “argumento” designa la relación del signo con su interpretante en el orden de la terceridad, ello se manifiesta no sólo como “argumento deductivo” bajo la clásica forma del silogismo (terceridad propiamente dicha), sino también como “argumento inductivo” -validez de la conclusión por premisas probables y pruebas, experimentos, observaciones, etc (orden de la secundidad)-, y como “argumento abductivo” -o silogismo incompleto, o hipótesis, o intuición razonable-, que designa que el enlace entre las premisas y la conclusión es sólo hipotético, y es la base de lo que se conoce como “paradigma indiciario” (ver más adelante). Para decirlo con palabras de Samaja (1996), la estructura básica del razonamiento, para Peirce, combina tres componentes: la Regla, el Caso y el Resultado (Samaja, 1996: 2). El “resultado” no es una “conclusión” a la manera de la lógica, ya que “lo que se concluye puede ser indistintamente la regla, el caso o el resultado” (Samaja, 1996: 2). Aclara Samaja que el término “resultado” es usado por Peirce como “indicio”, “atributo”, “rasgo” o “aspecto” que se da a la observación (Samaja, 1996: 2). A los fines de comprender la lógica peirciana, Samaja opta por reemplazar el término “resultado” por el de “rasgo” (Samaja, 1996: 2). Por lo pronto, queda claro, entonces, que en cada una de sus dimensiones la semiosis se pliega sobre sí misma y vuelve a repetir la sofisticada combinación entre primeridad, secundidad y terceridad.

## **II.E. CUATRO MÉTODOS O MODOS DE INFERENCIA: DEDUCCIÓN, INDUCCIÓN, ABDUCCIÓN Y ANALOGÍA**

Continuando con la cuestión acerca de cómo podemos “conocer” *algo* (Eco, 1999: 20 y stes.), habitualmente -en los manuales de epistemología o metodología- se incluyen sólo dos modalidades de inferencia: la *inducción* y la *deducción*. Sin embargo -tal como lo venimos adelantando- hay otros dos modos que se encuentran presentes en distintos desarrollos científicos: la *abducción* y la *analogía*.

Seguimos acá la postura de Samaja (1996) que plantea que

“...las formas de inferencia forman parte de un «sistema de inferencias» que se comporta como un todo orgánico, en el sentido de que sus relaciones entre sí son funcionales, y que sólo el conjunto de las operaciones está en condiciones de producir el *hecho de la comprensión* que caracteriza al conocimiento humano: los procesos inferenciales se apoyan unos a otros y engendran entre todos un resultado de conjunto que es más que la suma de las partes” (Samaja, 1996: 8/9).

Considerando, entonces, esta situación *fronteriza* entre los distintos modos de construir conocimiento, vamos a presentar algunas definiciones intentando mantener la dinámica del conjunto.

### II.E.1. DEDUCCIÓN E INDUCCIÓN

---

En la *deducción* “se va de lo general a lo particular”, es decir, “va de un saber general a uno particular, en el estricto sentido de que va del Todo, como *conjunto* de elementos, a la Parte, como *subconjunto* de elementos de ese conjunto” (Samaja, 1996: 4). Su funcionamiento puede formularse del siguiente modo: *Deducción: Regla + Caso = Rasgo* (Samaja, 1996: 2).

En la *inducción* “se va de lo particular a lo general”, es decir, “vamos del saber de un atributo encontrado en los elementos de un subconjunto a todo el conjunto de *la misma clase de elementos*” (Samaja, 1996: 4). Su fórmula es: *Inducción: Caso + Rasgo = Regla* (Samaja, 1996: 2)

### II.E.2. ABDUCCIÓN

---

Es preciso detenernos nuevamente en Peirce para adentrarnos en la cuestión de la abducción. En el marco de su lógica-semiótica, el propósito de Peirce, según Fisch, era...

“... distinguir los tipos de semiosis, o funciones-signo, y a partir de ellas hacer el estudio más completo posible de argumentaciones en particular y de sus funciones en las Matemáticas y en las Ciencias. El descubrimiento sencillo, y el más importante a la vez, fue que lo que él denominaba *hipótesis* primero, y *abducción* o *retroducción* después, es un tipo de argumentación diferente tanto de la deducción como de la inducción, e indispensable tanto en las Matemáticas como en las Ciencias” (Fisch en Sebeok y Sebeok, 1994: 18).

Más allá de cómo se nombre a este tercer tipo de inferencia -y de sus relaciones con las otras-, dice Fisch que “su propia esencia es lo que permite que se lo denomine coloquialmente *adivinar*..” (Fisch en Sebeok y Sebeok, 1994: 19). De ahí viene el conocido ensayo comparativo entre Peirce y el personaje Sherlock Holmes de Conan Doyle, “como detectives y como elaboradores de la teoría de la investigación detectivesca...” (Fisch en Sebeok y Sebeok, 1994: 19). A la manera de Peirce, “Holmes afirma que sus métodos son «...sentido común sistematizable»” (Sebeok y Sebeok, 1994: 75).

Peirce, en una carta a William James (1842/1910), le describe a la abducción o retroducción -o “razonar hacia atrás” (Sebeok y Sebeok, 1994: 73)-, como un “...singular instinto a conjeturar”, como una “inclinación” que poseemos para la producción de hipótesis que constituye una “peculiar ensalada...cuyos principales ingredientes son su falta de fundamento, su omnipresencia y su valiosa confianza” (Sebeok y Sebeok, 1994: 29). Sebeok y Sebeok destacan dicho carácter instintivo de la abducción como “percepción inconsciente de conexiones entre aspectos del mundo”, que también “produce, según Peirce, un cierto tipo de emoción, que lo diferencia tanto de la inducción como de la deducción” (Sebeok y Sebeok, 1994: 3): “...la hipótesis (o abducción) aporta el elemento *sensual* de pensamiento, y la inducción el elemento *habitual*”, dice Peirce (*Collected Papers* 2.643 en Sebeok y Sebeok, 1994: 36, paréntesis nuestro).

Escribe Peirce:

“En esta maravillosa mañana de primavera veo a través de la ventana una azalea en plena floración. ¡No, no!, esto no es lo que veo; pero es de la única manera que puedo describir lo que veo. *Esto* es una proposición, una frase, un hecho. Pero lo que percibo no es una proposición, ni una frase ni un hecho sino sólo una imagen que hago inteligible, en parte, mediante una declaración sobre el hecho. Esta declaración es abstracta, pero lo que veo es concreto. **Hago una abducción siempre que expreso en una frase lo que veo.** La verdad es que la fábrica de nuestro conocimiento, en su totalidad, es un espeso filtro de pura hipótesis confirmada y limada por la inducción. El conocimiento no puede dar ni el más pequeño paso adelante con sólo la observación, debe hacer a cada momento abducciones” (Peirce, Ms.: 692 en Sebeok y Sebeok, 1994: 30. Negritas nuestras).

De tal modo, nuestra capacidad de abducción es “el más alto de nuestros poderes simplemente intuitivos” (Peirce, “Guessing”, *Hound and Horn*, abril/junio 1929: 282 en Sebeok y Sebeok, 1994: 30), y la formulación de cualquier conocimiento nuevo depende de ello. Sebeok y Sebeok destacan que, “además del principio según el cual la mente humana, como resultado de procesos evolutivos naturales, está predispuesta a conjeturar acertadamente sobre el mundo”, Peirce propone otro principio para explicar el fenómeno de hacer conjeturas: que, “a menudo, de las deducciones extraemos fuertes indicaciones de la verdad, sin que podamos especificar qué circunstancias observadas nos llevaron a tales indicaciones” (Peirce, “Guessing”, *Hound and Horn*, abril/junio 1929: 282, en Sebeok y Sebeok, 1994: 33). Por tanto, los juicios de la percepción -o juicios perceptivos- son resultado de un proceso “no controlable, y por tanto no totalmente consciente” (Peirce, *Collected Papers* 5.181, en Sebeok y Sebeok, 1994: 34). La formación de una hipótesis es, para Peirce, como “un acto de penetración”, de “sugestión abductiva” que se nos acerca “como un relámpago” (Peirce, *Collected Papers* 5.181 en

Sebeok y Sebeok, 1994: 34), y “la única diferencia entre un juicio perceptivo y una deducción abductiva es que el primero no está sujeto al análisis lógico, al contrario que la última” (Sebeok y Sebeok, 1994: 34).

En relación con el método científico, la abducción es, según Peirce, “meramente preparatoria”, o “el primer paso del razonador científico” (Peirce, *Collected Papers* 7.218 en Sebeok y Sebeok, 1994: 34):

“Los otros tipos de razonamientos son la deducción y la inducción. En resumen, la adopción de una hipótesis o una proposición que pueda llevar a la predicción de que parecen ser hechos sorprendentes se llama *abducción*. El camino por el que se trazan los probables y necesarios resultados experimentales de nuestra hipótesis se llama deducción. Inducción es el nombre que Peirce da a la prueba experimental de la hipótesis” (Sebeok y Sebeok, 1994: 34/35).

Peirce también llama a la abducción “argumento original” ya que es, de las tres formas de razonamiento, el “único tipo de argumento con el que surge una idea nueva” (Peirce, *Collected Papers* 2.97 en Sebeok y Sebeok, 1994: 35) y en realidad “su única justificación es que si alguna vez queremos entender totalmente las cosas, debe ser a partir de él” (Peirce, *Collected Papers* 5.145 en Sebeok y Sebeok, 1994: 35):

“...la deducción y la inducción nunca pueden aportar la más mínima información a los datos de la percepción; y... las meras percepciones no constituyen ningún conocimiento aplicable a ningún uso práctico o teórico. Lo que hace que el conocimiento se presente por la *vía de la abducción*” (Peirce, *Ms. 692*, en Sebeok y Sebeok, 1994: 35).

Otro párrafo de Peirce contribuye a clarificar las relaciones entre las distintas modalidades de inferencia:

“La abducción parte de los hechos sin, al principio, tener ninguna teoría particular a la vista, aunque está motivada por la idea de que se necesita una teoría para explicar los hechos sorprendentes. La inducción parte de una hipótesis que parece aconsejarse sin, al principio, tener ningún hecho particular a la vista, aunque necesita de los hechos para sostener la teoría. La abducción persigue una teoría. La inducción anda buscando los hechos. En la abducción la consideración de los hechos sugiere la hipótesis. En la inducción el estudio de la hipótesis sugiere los experimentos que sacarán a la luz los verdaderos hechos a los que la hipótesis ha apuntado” (Peirce, *Collected Papers*, 7.218 en Sebeok y Sebeok, 1994: 51)

La *abducción* -nombrada de distintos modos: “proto-hipótesis”, “conjetura plausible”, “reducción”, “retroducción”, “silogismo incompleto” o, simplemente, “hipótesis”- en lógica se reserva para un momento diagnóstico. Samaja sostiene que es justamente con la semiótica que la abducción adquiere un estatuto epistemológico importante, principalmente a partir de las obras de Peirce, Bateson y Eco (Cfr. Samaja, 1996: 2), y cita una de las definiciones de Peirce de la abducción en tanto “inferencia hipotética”: “.. *Hypothetic inference may be called reasoning from consequent to antecedent*” (Peirce, 1958: 48 en Samaja, 1996: 5). Lo que en lógica formal se postula como “falacia de afirmar el consecuente” (Samaja, 1996: 5), en Peirce aparece, en cambio, como una forma legítima de iniciar el proceso del conocimiento. El funcionamiento de la inferencia abductiva puede graficarse del siguiente modo: *Regla + Rasgo = Caso* (en Samaja, 1996: 2) Ahora bien, ¿cómo llegamos a postular el “caso”?, se pregunta Samaja:

... porque poseemos “un saber de lo específico...que define a una colección de atributos como un ejemplar o espécimen determinado... Y de ese saber de la especie (la Regla) y de los indicios particulares (el resultado o rasgo) se infiere el todo sustancial o la esencia formal que da sentido a este singular (el Caso)” (Samaja, 1996: 6).

Se trata, por decirlo rápidamente, de un movimiento cognitivo entre el rasgo y el objeto (o caso), a partir de conocer la regla que relaciona a los atributos (Samaja, 1996: 6). La abducción, entonces, desde un punto de vista lógico, procede desde un “accidente aislado” a la “sustancia singular”; desde el “atributo” a la “esencia o configuración de atributos” (Samaja, 1996: 6), ya que “un *singular concreto*...lleva en su propia constitución la razón de pertenecer a una especie” (Samaja, 1996: 6). Y la “especie” es “una totalidad relacional que se *constituye* por la misma acción e interacción de sus propios elementos” (Samaja, 1996: 6).

Samaja se detiene en la noción de “caso” introducida por Peirce (Samaja, 1996: 13):

“El Caso, como un Singular, se comporta como la *operación concreta* de una Regla (*operación formal*) que sintetiza sus particulares en una totalidad. La Regla funciona como *la norma de un tipo*..” (Samaja, 1996: 14). “La regla está, por así decirlo, «empotrada», «encarnada», «corporizada»” (Samaja, 1996: 15).

En la inducción la relación es del elemento al conjunto (Samaja, 1996: 7), y en la abducción es de la parte al todo (Samaja, 1996: 7), es decir que en la abducción, a partir del individuo, inferimos un conocimiento de la especie que representa (Samaja, 1996: 7). Ello significa que las nociones de “conjunto” y “subconjunto” no son pertinentes en la inferencia abductiva, sino las de “parte / todo” (Samaja, 1996: 7).

Entonces:

a) la deducción va de un *todo-conjunto* a la *parte-subconjunto*;

b) la inducción va de una *parte-subconjunto* a un *todo-conjunto*;

c) la abducción va de una *parte-órgano* a un *todo-organismo* o, simplemente, de la parte a la totalidad en sentido estricto.

(Samaja, 1996: 7)

Tomemos uno de los ejemplos que presenta Samaja (1996: 6/7), aunque ligeramente reformulado a nuestros fines.

Supongamos que un paleontólogo encuentra un colmillo con las características A, B y C.

- En el caso de la *deducción*, que va de un *todo-conjunto* (regla) a la *parte-subconjunto* (caso), la inferencia actuaría de este modo:

Todos los colmillos tienen A, B, C

(a tiene A, B, C)

(b tiene A, B, C)

(éste tiene A, B, C)

Éste es un colmillo.

Es decir, de manera básica, la fórmula deductiva sería: “todos los colmillos = este colmillo”.

- Si el paleontólogo procede, en cambio, de manera *inductiva*, tratará de registrar todos los colmillos con las características A, B y C.

A “este colmillo” en particular, lo considerará desde la perspectiva del conjunto de esos elementos. La fórmula sería: “este colmillo = todos los colmillos”.

- Pero cuando *abduce*, el paleontólogo procede de otro modo: encuentra un colmillo y, por su saber previo de anatomía de las especies, puede inferir de qué animal se trata, por ejemplo, un Tyrannosaurus Rex: “este colmillo = el animal TR”.

Ahora bien, como decíamos anteriormente, las inferencias, en su conjunto, actúan de manera sistémica y presentan una fisonomía fronteriza. Es por ello que un “razonamiento correcto” necesariamente debe “mantener la cadena conjetura-prueba-conjetura” (Sebeok y Sebeok, 1994: 48). Por decirlo de otro modo, en el razonamiento científico, la abducción necesita ser completada inductivamente para así facilitar la formulación de deducciones plausibles.

### **II.E.3. PARADIGMA INDICIARIO**

---

La abducción es el tipo de inferencia que se encuentra en la base de lo que se conoce, en el ámbito de la historia cultural, como el “paradigma indiciario” (Ginzburg, [1978] 2004), cuya pregunta general tiene que ver con cómo estudiar fenómenos culturales lejanos históricamente (por ejemplo, en el caso de Ginzburg, los procesos inquisitoriales del siglo XVI). La captación de la lógica de “detalles considerados habitualmente sin importancia” (Ginzburg, [1978] 2004: 78), implica un posicionamiento investigativo “microscópico”, de “corta distancia”, detenido en dichas *huellas* pero no desdeñando la perspectiva de “la larga duración histórica” (Aguirre Rojas, 2004: 13 y Ginzburg, 2004: 43). Ginzburg presenta este método como una articulación “entre telescopio y microscopio” (Ginzburg, 2004: 41). El libro de Ginzburg *El queso y los gusanos*, publicado en 1976, es uno de los textos más representativos de esta tendencia -en él, Ginzburg reconstruye la cosmovisión de un molinero del siglo XVI (Domenico Scandella, conocido como Menocchio), quien fue quemado por la Inquisición-. Este texto es importante debido a que en el análisis que presenta se despliega una articulación de diversas temporalidades históricas y distintos estratos culturales presentes en la “cosmovisión” de Menocchio (luteranismo, concepciones milenarias populares, panteísmo, tolerancia religiosa, materialismo espontáneo, intentos de cristianización, etc) (Aguirre Rojas, 2004: 11). La ubicación del objeto en

lo que Ginzburg nombra como “el largo siglo XVI” (Aguirre Rojas, 2004: 13) supone el intento de captar la complejidad de la “circulación cultural” de una transición histórica entre el mundo medieval ya en crisis y en retirada, y una nueva cultura burguesa aun no del todo instalada (Aguirre Rojas, 2004: 19).

En su texto de 1978 -“Huellas. Raíces de un paradigma indiciario”-, Ginzburg presenta tres fuentes principales que hacen al “método indiciario”: a) Giovanni Morelli, quien diseña un nuevo método para la atribución de autoría en los cuadros antiguos, que se conoce como “método morelliano”, y se detiene en el análisis de detalles y rasgos en las pinturas para la atribución de autoría de los cuadros, como los lóbulos de las orejas, las uñas, las formas de los dedos, etc. (Ginzburg, [1978] 2004: 70); b) la literatura de Conan Doyle y su personaje, el detective Sherlock Holmes, quien desarrolla sus pesquisas a partir de prestar atención a indicios imperceptibles como las huellas en el barro, las cenizas de cigarros, etc. (Ginzburg, [1978] 2004: 72); y c) el psicoanálisis de Sigmund Freud, que señala la importancia de los gestos inconscientes como reveladores del carácter, los lapsus, los fallidos, etc, para identificar aquello que se encuentra sustraído al control de la conciencia y que se expresa con un lenguaje singular (Ginzburg, [1978] 2004: 76 y stes.)

De tal modo, son tres figuras las que conforman el espectro de dicho paradigma indiciario: el conocedor de arte; el detective; el médico. Signos pictóricos; indicios; síntomas (Ginzburg, [1978] 2004: 79). Se podría sintetizar como un método basado en las huellas para captar realidades inadvertidas. La procedencia general de estas tres figuras es el modelo de la “sintomatología médica” -ya que los tres (Morelli, Conan Doyle y Freud), fueron médicos- que consiste en poder diagnosticar las enfermedades complicadas a partir de la observación directa de síntomas. El mismo Peirce contaba con sólidos conocimientos de medicina. Dicen Sebeok y Sebeok que “Peirce representa la más alta cima de la extensa cadena de montañas que empieza a levantarse en la antigua

Grecia con la semiótica clínica de Hipócrates, más completa y explícitamente explicada por Galeno, y continuada por el físico Locke...” (Sebeok y Sebeok, 1994: 88) -se refieren al *Ensayo sobre el entendimiento humano* de John Locke (1631/1704)-.

Si bien, plantea Ginzburg, este método indiciario sintomatológico circuló en las ciencias humanas principalmente a partir de las décadas de 1870/1880 -en el contexto de la consolidación del Estado con sus órganos burocráticos y necesidades de control e identificación de individuos “peligrosos” (nombre y firma; estigmas; archivos fotográficos; método antropométrico; retrato hablado, huellas digitales; hoy, podríamos agregar, identificación de ADN)-, sin embargo sus raíces son antiquísimas ya que provienen de un “patrimonio cognoscitivo” de larga duración de la especie, que nos liga a las capacidades del hombre cazador para *husmear, registrar e interpretar huellas*, capacidades a las cuales Ginzburg nombra como “paradigma venatorio” (de caza) (Ginzburg, [1978] 2004: 79 y stes.) Sus antecedentes los encuentra, también, en los textos adivinatorios mesopotámicos del tercer milenio antes de Cristo (Ginzburg, [1978] 2004: 81). Desde el punto de vista de la lógica inferencial, lo central consiste en detenerse en “el carácter concreto de la huella”, en el rastro “materialmente considerado” (Ginzburg, [1978] 2004: 82), y lo ubica directamente en la “inferencia presuntiva o abductiva” de Peirce (Ginzburg, [1978] 2004: 82, nota 39). La abducción, en palabras de Ginzburg, es una “profecía retrospectiva”, una especie de adivinación dirigida al pasado que conjetura las causas a partir de derivarlas desde los efectos, tal como sucede tanto en el paradigma venatorio como en la jurisprudencia moderna y contemporánea (Ginzburg, [1978] 2004: 83). Pero también, como en los textos mesopotámicos, la abducción puede dirigir la adivinación al futuro; y, en el caso de la sintomatología médica, al pasado, al presente y al futuro, via el diagnóstico y el pronóstico clínicos (Ginzburg, [1978] 2004; 82/83). Tiene que ver con un “paradigma concreto-descriptivo”, típico de las “ciencias humanas, cualitativas”, muy distinto al “paradigma abstracto-matemático” de las “ciencias clásicas, de la naturaleza”: ojo *clínico* vs ojo

suprasensorial de la matemática (Ginzburg, [1978] 2004: 89 y 97), base epistemológica que divide la perspectiva positivista de la cualitativa-interpretativista, ambas presentes en el desarrollo de las ciencias sociales y humanas.

#### II.E.4. ANALOGÍA

---

La *analogía*, por su parte, es un tipo de inferencia que “va de un Todo-orgánico (conocido) a otro Todo orgánico (desconocido) por mediación de cierta proporcionalidad o semejanza de su forma o estructura orgánica” (Samaja, 1996: 7/8). Muchas veces se entiende a la analogía como una forma de abducción, pero esto no es así:

“La analogía se parece a la metáfora porque pone una cosa en lugar de otra... La abducción, en cambio, se parece a la sinécdoque (un tipo de metonimia) porque pone la parte por el todo o lee en la parte al todo” (Samaja, 1996: 8).

Veamos, de manera sucinta, otro ejemplo de Samaja:

a) Un cazador encuentra, en un sendero, una huella -por ejemplo, excrementos- e infiere: “un cocodrilo ha pasado por acá hace x minutos, por lo tanto hay algo peligroso cerca”. Esto es una abducción.

b) El mismo cazador vuelve a la ciudad y al entrar a su casa advierte huellas extrañas e infiere: “alguien” peligroso ha dejado sus marcas; acá hay un peligro “como si fuese un cocodrilo”. Esto es una analogía.

En a) se va de los indicios y la regla al caso: abducción. En b) se va de indicios y una regla análoga a un caso análogo, que permite inferir una hipótesis específica para la situación (Cfr. Samaja, 1996: 8).

La analogía como inferencia resulta central en el planteo que realiza Geertz acerca de la “refiguración del pensamiento social” que está observando en su contemporaneidad (Geertz, 1995: 31/49). Geertz parte de que la escritura de las ciencias sociales es “una mezcla de géneros” que ya no se guía por la búsqueda de grandes explicaciones y formulación de leyes generales, sino que se detiene más en “casos” e “interpretaciones” (Geertz, 1995: 31). En tal contexto, sitúa a la analogía de manera central y diagnóstica, a partir de ello, un “giro cultural” (Geertz, 1995: 31). Esa mezcla de géneros a la que alude Geertz en las ciencias sociales refiere, entre otras cuestiones, por ejemplo, a que la filosofía se parece a la crítica literaria, los debates científicos a “fragmentos de bellas artes”, “la observación empírica como fantasías barrocas”, la “epistemología como política” (Geertz, 1995: 31). En dicha “confusión de variedades de discursos” sitúa, por ejemplo, a la obra de un autor como Foucault, destacando que se trata de una mezcla entre historia, filosofía, sociología del conocimiento, etc. En tal sentido plantea, entonces, una *alteración cartográfica* en las ciencias sociales, es decir, una modificación “del modo en que pensamos el modo en que pensamos”, atribuyéndole a este gesto un “sesgo democrático” (Geertz, 1995: 32), que lo acerca a la versión del giro lingüístico que plantea Scavino (1999). Dicha modificación epistemológica es postulada, por Geertz, como “explicación interpretativa” (Geertz, 1995: 34) mediante la cual se aborda el estudio de los significados de instituciones, acciones, imágenes, expresiones, acontecimientos, costumbres, etc.

En la “explicación interpretativa”, Geertz coloca centralmente a la analogía como inferencia, y propone tres grandes analogías a partir de las cuales se construye el conocimiento en las ciencias sociales:

a) la “analogía del juego” (las formas de vida como juegos de lenguaje en Wittgenstein; los juegos y los rituales en la conformación del *self* en Goffman; etc). En dicha concepción lúdica de la vida social, los seres

humanos no estaríamos “guiados por fuerzas”, sino “sometidos a reglas” que sugieren “estrategias” que inspiran “acciones” (Geertz, 1995: 36/39);

b) la “analogía del drama” (teatro), que figura a la vida social como un escenario en el cual hay actores y roles, mediante una visión “construccionista del teatro” en tanto *poiesis* (Geertz, 1995: 39/44).

c) la “analogía del texto” (Geertz, 1995: 44/47), que plantea a la acción como discurso, las actividades que llevamos a cabo como si fueran frases, la inscripción del actor social en el *texto* que es la ciudad, por ejemplo, tomando como referencia la teoría de los actos de habla y de la enunciación (en la antroposociología de De Certeau puede detectarse dicha analogía, entre otras).

De estas tres analogías, la que se encuentra en una posición central en la actualidad es la que refiere al drama o teatro. Ello tiene que ver con la recuperación de “lo performativo” que, desde el mundo del arte, interpela fuertemente a las ciencias sociales. Habiendo tomado notoriedad a partir principalmente de la intervención performática realizada por la artista yugoslava Marina Abramovic en 1975 en Innsbruck -llamada *Lips of Thomas*- (Fischer-Lichte, 2011: 23 y *stes*), el concepto de “performativo” de Austin (1982) se traslada a la cultura en su conjunto -“la cultura como performance” (Fischer-Lichte, 2011: 53)- articulando con los estudios de Judith Butler (1990 y 1993), pero corrigiendo ciertos supuestos a partir de la noción de “realización escénica” (Fischer-Lichte, 2011: 60) mediante los “estudios teatrales” de principios del siglo XX en Alemania, sustituyendo la idea de “obra” por la de “acontecimiento” (Fischer-Lichte, 2011: 76), y centrando el interés no tanto en la producción como en la recepción (Fischer-Lichte, 2011: 77). En los años 60 del siglo XX nos encontramos, ya, con la presencia de un “giro performativo” (Fischer-Lichte, 2011: 80), por el cual la realización escénica “se centró expresamente en el bucle de retroalimentación como sistema autorreferencial y autopoietico que no es susceptible de interrupción ni

de control por medio de estrategias de montaje, y cuyo resultado final ha de ser de naturaleza abierta e impredecible” (Fischer-Lichte, 2011: 81). Estas peculiaridades del teatro no como obra, sino como *realización*, como acción y ejecución en vivo, es lo que se traslada, desde un punto de vista analógico, al estudio de las performances comunicativas de la actualidad.

De estas cuestiones generales derivan los debates de la filosofía de la ciencia acerca de la pertinencia de los grandes métodos -el *deductivismo* y el *inductivismo*-, y sus relaciones con la *abducción* y la *analogía*, así como el señalamiento de sus paradojas.

La cuestión del origen del conocimiento -si comienza por las teorías, es decir, por las “ideas”, que están vehiculizadas por el lenguaje; o por la observación de los hechos-, corresponde a la epistemología en su “versión clásica” en términos de “contexto de justificación”. Las grandes filosofías del método pueden sintetizarse en el *racionalismo-deductivista* y el *empirismo-inductivo*. Las dificultades que plantean cada una de dichas soluciones; las correcciones a las mismas y las soluciones propuestas - desde el falsacionismo popperiano hasta los programas de investigación lakatosianos (Chalmers, 1998: 59/126)-; las discusiones acerca de la pervivencia de la ciencia y sus posibilidades o modalidades de cambio - por ejemplo la teoría de las revoluciones científicas de Kuhn y la inconmensurabilidad paradigmática-; e, incluso, el cuestionamiento de la posibilidad misma del “método”, llegando al planteo de su disolución en el caso de Feyerabend (Chalmers, 1998: 127 y stes. y 187 y stes.), son todos temas asociados a la discusión sobre la pertinencia de las distintas filosofías del método.

En todos estos debates subyace -además de lo que expusimos específicamente como “contexto de justificación”- un tópico que es preciso señalar: el componente “retórico” de la argumentación científica. La ciencia, como ya lo dijimos, consiste en el uso correcto de ciertas elecciones léxicas de generalización; la verdad -desde esta perspectiva- no sería más que un tipo de efectos producidos por un discurso, justamente aquellos efectos discursivos que, en determinados periodos, nos “persuaden” para reconocer como “científicos” a ciertos enunciados y no a otros.

## CAPITULO III. CONTEXTOS DE PRODUCCIÓN.

### III.A. CONTEXTOS DE PRODUCCIÓN DEL DISCURSO CIENTÍFICO: LA MODERNIDAD

Se hace necesario, por lo tanto, reconstruir los *contextos de producción* del discurso científico tomando, como ya lo dijimos, a la ciencia como un “proceso” histórico en el marco de la Modernidad.

Cuando se habla de Modernidad la referencia es principalmente a los procesos políticos, económicos y sociales de los siglos XVIII y XIX (Casullo, 1989: 13), pero la “condición moderna” se inicia en el Renacimiento en los siglos XV y XVI, contexto en el cual ya se detecta...

“... un sujeto camino a su autonomía de conciencia frente al tutelaje de dios, un libre albedrío alentado por la experimentación científica frente a los dogmas eclesiásticos, un conocimiento humanista de la naturaleza regido por ansias de aplicación, de utilidad y hallazgo de verdades terrenales, en un marco cultural trastocado por los estudios copernicanos” (Casullo, 1989: 15).

Es durante el siglo XVII cuando se impone “la Razón, frente a las ilusiones y trampas de los otros caminos”, proceso que se corona en el siglo XVIII: “el siglo de la Ilustración, el de la filosofía de las Luces” (Casullo, 1989: 15). La revolución inglesa del siglo XVII, el racionalismo enciclopedista francés y el iluminismo romántico alemán, del XVIII, forman una “trinidad de lenguas europeas”, que será...

“... lo medular del proyecto moderno: el diseño racionalizador de un mundo europeo, trastornado ahora en lo económico productivo, en lo social y en lo político-jurídico, y conmovido en sus entrañas por ese nuevo acontecimiento, caótico y deslumbrante, de la revolución” (Casullo, 1989: 16).

La revolución francesa (1789) es la que “inscribe, política y socialmente, el ya enunciado discurso de la Ilustración. La revolución, ahora en París, habla de la modernidad desde la experiencia del pueblo, de las muchedumbres: desde esa extensión, masificación racionalizada, de la figura del sujeto” (Casullo, 1989: 27).

A los fines de delimitar de manera más precisa el contexto ya tendencialmente moderno de producción de la ciencia, puede señalizarse dicho periodo desde la teoría heliocéntrica del sistema solar desarrollada en *Sobre las revoluciones de las esferas celestes* -publicado en 1543- de Nicolás Copérnico (1473/1543), el *Novum Organon* de Francis Bacon (1561-1626) que se publica en 1620; pasando por los *Discorsi* de Galileo Galilei (1564-1642), publicados en 1638; y el *Discurso del Método*, de 1637, de René Descartes (1596-1650); hasta los *Principia*, de 1687, de Isaac Newton (1642-1727) (Mardones, 1991: 23/26). Estos textos y estas fechas son considerados, en general, como los hitos a partir de los cuales se conforma una modalidad de producción de conocimiento de nuevo tipo -el “científico”-, diferenciándose de otros, principalmente, por el modo en que se lo entiende y en que se lo construye. La articulación entre “racionalismo-deductivista” y “empirismo-inductivo” -como esos dos grandes modos de entender la ciencia y producir conocimiento a los que nos referíamos más arriba- se encuentra, en Galileo, ya plenamente desarrollada (Mardones, 1991: 25/26).

### III.B. ASOCIACIONES FOUCAULTIANAS

La perspectiva de Michel Foucault (1926/1984) resulta pertinente a los fines de reconstruir los contextos de producción del conocimiento, incluyendo al del discurso científico. A pesar del riesgo de caer en un determinismo estructural, podríamos decir, parafraseando su concepto de “episteme”, que en cada configuración histórica dada entre “palabras” y “cosas” es donde hay que buscar las fisonomías del conocimiento científico de la época en cuestión (Cfr. Foucault, [1966] 1986). Para visualizar los fundamentos históricos de este tipo de modificaciones en el campo del conocimiento, habitualmente se recurre a dicho concepto de “episteme”, que designa, de manera general, lo posible de decir en un momento determinado, es decir, las condiciones de posibilidad del saber. Cada episteme organiza de un modo peculiar los distintos campos del saber de una época -las relaciones entre los distintos discursos de la ciencia (Cfr. Deleuze, 1987) -, pero la episteme no es ni una “mentalidad”, ni una “cultura”, sino una *trama* en la cual es posible detectar tanto la regularidad, como la diversidad y la dispersión de los discursos.

Dice Foucault que...

“...la episteme de una época no es la suma de sus conocimientos o el estilo general de sus investigaciones, sino los desfasajes, las distancias, las oposiciones, las diferencias, las relaciones de sus múltiples discursos científicos: la episteme no es una especie de gran teoría subyacente, sino un espacio de dispersión, un campo abierto y sin duda indefinidamente descriptible de relaciones” (Foucault, 1968 en Terán, 1983: 67).

Foucault produce, entonces, un desplazamiento de enfoque en la epistemología. No se detiene en las grandes unidades de discurso que formarían una época o un siglo, sino en los fenómenos de ruptura. La noción de *discontinuidad* es central en su postura (Terán, 1983: 89). Su

punto de vista, en este momento de su obra, se caracteriza como “arqueológico”, ya que, estudiando las epistemes, intenta captar la lógica profunda de su acontecer despojándose de toda idea de “progreso” de la ciencia, de “sentido último” (Deleuze, 1987) o, incluso, de sus funciones de “verdad” o de “falsedad”. La “verdad”, para Foucault, no implica adecuación entre objeto y sujeto del conocimiento. Al contrario, este punto de vista arqueológico trata de identificar, en toda una dispersión de distintos objetos, ciertos umbrales (Cfr en Terán, 1983: 67) delimitados por regularidades enunciativas; trata de dilucidar sus reglas o condiciones de existencia, de conservación, de modificación y de desaparición.

Más abarcativo que el de “episteme”, el concepto posterior de “dispositivo” logra especificar de un modo más claro su postura.

El “dispositivo”, en palabras de Foucault, es...

“...un conjunto resueltamente heterogéneo, que implica discursos, instituciones, disposiciones arquitectónicas, decisiones reglamentarias, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos; proposiciones filosóficas, filantrópicas, morales; en síntesis, tanto lo dicho cuanto lo no dicho”; es decir, una “red que puede establecerse entre esos elementos”.

El dispositivo también designa...

“... la naturaleza del vínculo que puede existir entre esos elementos heterogéneos (discursivos y no discursivos)”, y, por último, “una especie de formación que, en un momento histórico dado, ha tenido como función principal la de responder a una urgencia. El dispositivo tiene pues una función estratégica dominante ..” (Foucault, 1977 en Terán, 1983: 184/185).

Uno de los ejemplos más conocidos de este tipo de *trama* a la cual Foucault llama “dispositivo” es el relativo al “control de la locura” en tanto síntoma de la necesidad de “reabsorción de una masa de población flotante” de la sociedad capitalista (en *Ibidem*). Dicha necesidad estratégica de control es la condición de surgimiento del dispositivo, que a su vez será condición de surgimiento del discurso psiquiátrico. La “verdad psiquiátrica”, por lo tanto, surge de la necesidad de vigilancia y control de los cuerpos, y no al revés.

Aplicando dicho argumento a nuestros fines, podríamos decir que, del mismo modo, las “verdades” de la “comunicación” -es decir, la “comunicación” como disciplina científica- se producen, también, en el marco de las necesidades de control de la circulación de mensajes e información que derivaron en los dispositivos de comunicación. La comunicación nace como una *ciencia del control* en el contexto post-segunda guerra mundial. Sin embargo, focalizar sólo en dicho estatuto disciplinador nos haría perder de vista la positividad de un conjunto de vectores pasionales -como la experimentación, la afición por la novedad, la invención, el emprendedurismo, etc- que habilitaron una nueva *estesis*, tal como lo veremos más adelante. No sólo, entonces, hay que tener en cuenta el carácter represivo o disciplinador en la construcción de cuerpos, discursos e instituciones via la senda foucaultiana, sino también todo aquello que -de manera simultánea- habilitó la emergencia de subjetividades experimentales cuyos efectos prácticos resultan constatables en imaginarios y representaciones modernos peculiares.

Continuando con la perspectiva foucaultiana, el deslizamiento del concepto de “episteme” al de “dispositivo”, podría resumirse del siguiente modo: la episteme sería un “caso” del “género” dispositivo; es decir, la episteme pasará a ser definida, por Foucault, como un dispositivo específicamente discursivo, cuya operatoria consiste en seleccionar, del

conjunto de enunciados posibles, sólo aquellos aceptables en el interior de un determinado campo de cientificidad, y a partir del cual podrá determinarse lo que es “verdadero” y lo que es “falso” (Foucault, 1977 en Terán, 1983: 187). Como vemos, la cuestión de la “verdad” -en cuanto efecto específico del discurso científico- se encuentra, en Foucault, relacionada constitutivamente con la cuestión del “poder”. Retomando a Nietzsche, la ciencia es, para Foucault, “voluntad de poder”. Este tópico de la ciencia como “voluntad de poder” se encuentra presente, a partir de Nietzsche, no sólo en la obra de Foucault, sino en muchas filosofías del siglo XX, incluidas la Teoría Crítica del Instituto de Frankfurt y la sociología weberiana. El núcleo central de este argumento es que el conocimiento científico tiene “afición” por el dominio y el control de la naturaleza y del hombre, y que las “verdades” que produce, expresan, en realidad, ese deseo de dominio, ese apetito por adueñarse de los objetos. Ello implica una mirada no esencialista de la verdad, sino al contrario, se trataría, parafraseando a Foucault, de una *historia política de la verdad*, es decir, de la reconstrucción de un punto de vista histórico, material y situado de las verdades. Asimismo, es necesario explorar no sólo aquello que del poder de las verdades surge en términos represivos, sino principalmente preguntarse acerca de aquello que las verdades habilitan, es decir, qué es lo que las verdades efectivamente producen (además de aquello que reprimen): en las prácticas concretas de ejercicio del poder encontramos verdades que producen nuevas realidades o, dicho de manera técnica, nuevas “positividades”. Cualquier ley, por ejemplo, no sólo dice lo que no hay que hacer, sino que también delimita *qué es lo que se puede hacer*; para Deleuze, incluso, es posible sostener un “deseo de la ley” en tanto deseo de producirse como sujeto (Cfr. Deleuze, 1987). En nuestra época, de extrema fragilidad de la ley, las palabras de Deleuze cobran un nuevo sentido. Los tipos de subjetividades -de sujetos- de la actualidad, atravesados por los dilemas de una creciente comunicación social de nuevo tipo, se encuentran ante el desafío de una autoconstrucción esquiva a las tranquilizadoras certezas de cualquier ley. Nunca más que en la actualidad deviene cierta esa “verdad” de que el sujeto es una “ficción” que al nombrarse en tanto “yo” diluye una multiplicidad originaria. Las narrativas del yo en la actualidad superan los laberintos borgeanos, los juegos de espejos, los pliegues del espacio-

tiempo. Más que de licuefacción -a la manera de la *sociedad líquida* de Bauman (2004)-, se trate, tal vez, de sujetos *sin gravedad* pegoteados “en un goce excesivo”<sup>3</sup> (Cfr. Melman y Lebrun, 2005: 10). Una “mutación inédita” referente tanto al individuo como a la vida colectiva indicaría la emergencia de una “nueva economía psíquica” (Cfr. Melman y Lebrun, 2005: 12) que expresa “la congruencia entre una economía liberal desenfrenada y una subjetividad que se cree liberada de toda deuda hacia las generaciones precedentes -en otros términos, «que produce» un sujeto que cree poder hacer tabula rasa de su pasado” (Cfr. Melman y Lebrun, 2005: 12/13). Dicen, en diálogo, estos autores:

“Constatamos las dificultades de los sujetos de hoy para disponer de balizas, ya sea para iluminar la toma de decisiones o para analizar las situaciones a las que están confrontados. ¿Es sorprendente, en un mundo caracterizado por la violencia, tanto en la escuela como en la calle, una nueva actitud ante la muerte (eutanasia, debilitamiento de los ritos...) la demanda del tran-sexual, los avatares de los derechos de los niños, las limitaciones, incluso los diktats de lo económico, las adicciones de todo tipo, la emergencia de síntomas inéditos (anorexia masculina, niños hiperactivos...), la tiranía del consenso, la creencia en las soluciones autoritarias, la transparencia a toda costa, el peso de lo mediático, la inflación de la imagen, el recurso permanente al derecho y a la justicia

---

<sup>3</sup> Es preciso aclarar la noción de “gocce” desde el punto de vista del psicoanálisis. El término “gocce” no se entiende del todo en su acepción habitual. Comúnmente, “gozar” remite al goce sexual, y así en parte se liga con el placer. Pero al mismo tiempo, el goce está más allá del placer. Lacan indicó que el placer era una manera de protegerse del goce, del mismo modo en que Freud indicaba que había un “mas allá del principio de placer”. Por ejemplo, beber un vino de calidad puede ser calificado como placer, pero el alcoholismo lleva al sujeto hacia un goce del cual será esclavo. Por eso, con el término “gocce” se designa “el funcionamiento mismo de un sujeto en tanto que éste repite incansablemente tal o cual comportamiento sin saber para nada lo que lo obliga así a quedar -tal como un río- en el lecho de ese goce” (Melman y Lebrun, 2005: 226/227. Cursivas nuestras). El neologismo “plus-de-gocce”, propuesto por Lacan, designa, por homología con la plus-valía marxista, “el goce detrás del cual corre el deseo humano sin poder nunca llegar a él” (Melman y Lebrun, 2005: 230).

como «comodines» de la vida en sociedad, las reivindicaciones de las víctimas de todo tipo, la alienación en lo virtual (video-juegos, Internet...), la exigencia del riesgo cero, etc.?” (Cfr. Melman y Lebrun, 2005: 10).

Paradojas de la extrema modernización: no parece, entonces, sólo un problema de cambio de “densidad” de los medios, sino de transformación absoluta del estatuto vivencial y la economía psíquica.

Sin embargo, los diagnósticos radicalmente pesimistas acerca de dicha modificación experiencial seguramente podrán ser puestos en cuestión al considerar las innumerables prácticas experimentales y performáticas de carácter estético-político tendencialmente libertarias que también circulan en la actualidad, cuya tonalidad profanadora enfrenta -en su mismo desenvolvimiento- al malestar en la cultura.

Entre otros fenómenos, podemos tomar como referencia el análisis que desarrolla Di Filippo (2014), desde una perspectiva rancieriana, de las vinculaciones entre arte, estética y política que se advierte en el repertorio de protestas en Rosario surgido luego de la crisis de 2001, y del asesinato del militante social Pocho Lepratti. En tal sentido, por ejemplo, los jóvenes de Barrio Ludueña de Rosario, miembros de la agrupación La Vagancia, y el movimiento social Bodegón Cultural Casa de Pocho, que, mediante el despliegue de pintadas, murales, performances e intervenciones urbanas como El Hormigazo, o de experiencias como el Carnaval-cumple de Pocho, logran una inscripción estético-comunicacional urbana que se constituye en apuesta expresiva de construcción activista de sujetos colectivos que interpelan, en su propio desarrollo performático, dicha tendencia a la disgregación de los vínculos. También se incluyen, en dichos repertorios, el movimiento murguero, y los colectivos artísticos como Arte en la Kalle, Transmargen y Pobres Diablos (Cfr. Di Filippo, 2014). Considerando sólo estos ejemplos en un contexto de alta proliferación -tanto a nivel local,

como nacional e internacional- de dichas modalidades de intervención estético-políticas, es evidente, entonces, que las modificaciones de profundo alcance en las estructuras psíquicas y el lazo social presentan, sin dudas, varias bifurcaciones.

Volviendo a la concepción de Foucault de la función interpelativa del saber como productor de individuos en tanto “sujetos”, y a los fines de aclarar dicha noción, tomemos su conocido ejemplo de la construcción de la figura del “delincuente”: la representación de “delincuente” emerge de un dispositivo en el cual se articulan varias prácticas, instituciones y discursos, entre otros: el derecho penal, la cárcel, la política, los peritajes médicos, el periodismo sensacionalista, los sermones religiosos, las prácticas policiales, la psiquiatría, la criminología. Del mismo modo se construyen sujetos colectivos, como el de “masa” o “multitud”, que desde el siglo XIX circulan en la articulación de discursos literarios, políticos, penales, criminológicos, sociológicos, mediáticos, etc. En la construcción de este tipo de “sujetos” -tanto individuales como colectivos- es central el desempeño semiótico de los medios masivos de comunicación articulados en dichos dispositivos: como vimos, para la figura del “delincuente” las secciones de “policiales” de los diarios y su particular modo escriturario -la crónica “roja”, el periodismo amarillo, el sensacionalismo-, fue central; así como la representación fotográfica y cinematográfica -y luego, ya avanzado el siglo XX, televisiva- lo fue para la conformación de representaciones “coreográficas” de “masas” y “multitudes” (Cfr. Mestman y Varela, 2013 y Valdetaro, 2013<sup>a</sup>). En la actualidad, las “redes sociales” producen modificaciones profundas en la discursivización de las masas dado que se produce un cambio de estatuto importante: no sólo se *representa* a las masas, sino que directamente las masas se *presentan*. Es decir que nos encontramos con una compleja relación entre “representación” y “presentación” en la cual las estrategias del contacto (Cfr. Valdetaro, 2008d) parecen tomar preeminencia (Cfr. Valdetaro 2012 y 2013<sup>a</sup>). Asimismo, las redes sociales producen mutaciones en la construcción de posiciones de sujetos individuales, como la figura del espectador televisivo que analizan tanto Carlón (2012)

como García Fanlo (2012). Desde el punto de vista investigativo, es necesario acudir -en todos estos casos- a una mirada histórica no lineal, sino que vaya identificando distintas genealogías capaces de indicar con qué tipo de recursos y procedimientos de dispositivos o discursos de épocas previas se ligan las configuraciones actuales para dilucidar cómo se construye el conocimiento, tanto del sentido común como el científico.

### III.B.1. LAS PALABRAS Y LAS COSAS

---

Una cuestión epistemológica central, y que puede entenderse como indicadora de esa peculiar relación del lenguaje -y, por derivación, del conocimiento científico- con la realidad, que estamos señalando, se encuentra cifrada en el propio título del libro de Foucault que nos ocupa: las palabras y las cosas (Foucault, [1966] 1986). Se trata de un título irónico para un problema serio. Lo que significa, a simple vista, es que, en rigor, palabras y cosas no son abordables sino mediante el “y” que las enlaza. El “y” entre ellas marca una relación constitutiva y funcional, pero también contingente. El objeto de estudio de Foucault en ese libro es, por lo tanto, esa “cópula” que articula palabras y cosas. A partir de ello, tratará de indagar cómo ligan, en distintos momentos históricos, justamente, las palabras y las cosas (demás está decir que no se vinculan siempre del mismo modo; también podríamos decir -retomando lo ya expuesto- que el modo en que se relacionan en cada momento histórico es, justamente, la episteme de la época en cuestión).

Las preguntas que se hace Foucault en ese libro son: ¿por qué surge un tipo de saber y no otro?; ¿por qué, más allá del contexto empírico, aparece un enunciado y no otro?; ¿por qué y cómo surge “el hombre” en tanto objeto de estudio de la ciencia?; ¿cómo se constituyen las ciencias humanas?. Se propone, entonces, una arqueología de las ciencias humanas -no una historia- para reencontrar aquello por lo cual fueron posibles ciertos conocimientos y teorías (Cfr. Foucault, [1966] 1986).

Veremos cómo, a los fines de sus argumentaciones, Foucault acude a significativas analogías. En lo que acá vamos a reseñar, aparecen casos de literatura y de pintura como vectores analógicos del aparato inferencial deductivo.

### III.B.2. FOUCAULT Y LA “ENCICLOPEDIA CHINA” DE BORGES

Foucault comienza en el Prefacio de *Las Palabras y las Cosas* con una cita de Borges que le produce una profunda inquietud. Se trata del cuento “El idioma analítico de John Wilkins”, en el cual Borges cita una clasificación de animales de “cierta enciclopedia china” que dice que...

“... los animales se dividen en a) pertenecientes al Emperador, b) embalsamados, c) amaestrados, d) lechones, e) sirenas, f) fabulosos, g) perros sueltos, h) incluidos en esta clasificación, i) que se agitan como locos, j) innumerables, k) dibujados con un pincel finísimo de pelo de camello, l) etcétera, m) que acaban de romper el jarrón, n) que de lejos parecen moscas” (Borges, 1960: 142 en Foucault, [1966] 1986: 1).

Esa incomodidad ante esta clasificación que experimenta Foucault se vuelve productiva, ya que le permite pensar acerca de las relaciones entre “lo visible” y “lo decible”: lo decible no recubre nunca el campo de lo visible, tal sería la hipótesis de Foucault. La inquietud que siente ante la lectura del cuento está dada porque en la clasificación de animales mentada por Borges de esa enciclopedia china aparece un “orden” distinto al occidental. No es casual que Borges ubique ese orden -ese “desorden”- en China, ya que China fue, para Occidente, un imaginario de extrañeza y exotismo, algo que estaría “por fuera” de la representación. Entonces, esta inquietud -el encontrarse con tal “desorden”, que, en realidad, es “otro” orden entre palabras y cosas- hace que Foucault se ponga a pensar en cómo se constituye el “orden occidental”. En este caso, como decíamos anteriormente, Foucault hace uso de la analogía

como modo de inferencia a partir del cual va a desplegar su aparato argumentativo; en este caso la analogía proviene de la literatura: la clasificación ficcional de Borges le sirve como analogon del orden/desorden del discurso.

La taxonomía de animales que convoca Borges de la enciclopedia china resulta, prácticamente, para nosotros -occidentales- impensable, y, por lo mismo, remite a la cuestión de qué expresiones son posibles, es decir, cómo se ordenan las palabras y las cosas, según qué *orden*. Pero la imposibilidad de pensar “eso”, aclara Foucault, no tiene que ver con cuestiones “reales”; es decir, lo monstruoso, lo raro, lo extraño no perturba, en realidad, ningún cuerpo real. La “vecindad de las cosas”, los “encuentros insólitos” son, parafraseando a Foucault, perfectamente posibles en nuestra imaginación (Cfr. Foucault, [1966] 1986: 2). Lo “monstruoso” emerge de otro tipo de cercanía, que no es real, sino que se da por su mera disposición en el espacio “vacío” del lenguaje -dice Foucault-, en esos intersticios de escasa distancia, en blanco, que separan a unos seres de otros en la materialidad del lenguaje, o sea, *en la página impresa, o en la voz que los habla*:

“Lo que viola cualquier imaginación, cualquier pensamiento posible, es la serie alfabética que liga con todas las demás a cada una de las categorías” (Foucault, [1966] 1986: 2).

Ese no-lugar que es el lenguaje -el lenguaje es, justamente, el “y” de las palabras y las cosas, la cópula, lo que las enlaza- produce, entonces...

“... un ordenamiento de los seres, una repartición en clases, un agrupamiento nominal por el cual se designan sus semejanzas y diferencias, allí donde, desde el fondo de los tiempos, el lenguaje se entrecruza con el espacio” (Foucault, [1966] 1986: 3).

La taxonomía china de animales produce un espacio doblemente particular, ya que, en tanto espacio de escritura, se alza en columnas. Sólo por ello, tal vez, sea posible esa clasificación; sólo porque la habilita otro despliegue escriturario que es, simultáneamente, otro espacio mental.

Se pregunta Foucault:

“¿A partir de qué «tabla», según qué espacio de identidades, de semejanzas, de analogías, hemos tomado la costumbre de distribuir tantas cosas diferentes y parecidas?” (Foucault, [1966] 1986: 5).

Como dice Deleuze:

“... nada hay previo al saber, tal y como Foucault lo convierte en un nuevo concepto, se define por esas combinaciones de visible y de enunciable específicas de cada estrato, de cada formación histórica. El saber es un gerenciamiento práctico, un «dispositivo» de enunciados y de visibilidades” (Deleuze, 1987: 78/79).

El mundo moderno occidental es, por lo tanto, una manera particular de enunciar “un” orden, entre tantos otros. La reconstrucción de la “experiencia” con ese orden -a eso se dedicará Foucault en *Las palabras y las cosas*- muestra cómo, a partir del siglo XVI, se constituyó una cultura como la nuestra. Mostrar “de qué manera, remontando, como contra la corriente, el lenguaje tal como era hablado, los seres naturales tal como eran percibidos y reunidos, los cambios tal como eran practicados...” (Foucault, [1966] 1986: 6/7). En dichas modalidades -en esas manifestaciones lingüísticas, prácticas, experienciales, perceptivas- expresa la cultura que hay un orden. Y a partir del reconocimiento de

algunas propiedades de dichos encadenamientos entre palabras y cosas, se forman los conocimientos: la gramática, la filología, la historia natural, la biología, etc. De lo que se ocupará Foucault, por lo tanto, es de dilucidar cómo fueron posibles ciertos conocimientos y teorías, según “cuál espacio de orden se ha constituido el saber”, “sobre el fondo de qué a priori histórico y en qué elemento de positividad han podido aparecer las ideas, constituirse las ciencias, reflexionarse las experiencias...” (Foucault, [1966] 1986: 7). A partir, entonces, del abordaje arqueológico, en *Las palabras y la cosas* Foucault señala dos grandes “discontinuidades” en la episteme occidental: “... aquella con la que se inaugura la época clásica (hacia mediados del siglo XVII), y aquella que, a principios del XIX, señala el umbral de nuestra modernidad” (Foucault, [1966] 1986: 7).

Al focalizar, entonces, en las condiciones sociales de producción del discurso científico tal como se desarrolló a partir del siglo XVII, nos percatamos de que se trata sólo de “un” tipo de conocimiento entre otros, históricamente producido, y en el cual se pueden detectar, incluso, distintos momentos (como las “epistemes” de Foucault), y que se puede caracterizar, de manera general, y por contraste, mediante una comparación con el conocimiento previo del Mundo Medieval.

Aunque no se trata de divisiones históricas claras -dadas las profundas contaminaciones entre las representaciones provenientes del mundo medieval con los de la incipiente modernidad- se pueden determinar, de todos modos, y a grandes rasgos, importantes diferencias entre esas dos “visiones de mundo” (Berman, 1999: 50 y stes): la de la Edad Media suponía, básicamente, un universo geocéntrico, cuyo centro era la Tierra, encerrado en “esferas”, con un Dios movedor pero inamovible en su esfera más extrema; mientras que la visión del mundo del siglo XVII, conjeturaba, ya, un universo heliocéntrico e infinito, en el cual la Tierra no tiene una posición específica y los planetas se encuentran orbitando por la gravedad

del Sol (Berman, 1999: 50). Ambas cosmovisiones implican distintas maneras de entender la producción de conocimiento y la búsqueda de “explicaciones”. El pensamiento medieval, que retoma la tradición aristotélica, se dedica a buscar las causas finales de los hechos y fenómenos, y procede de un modo teleológico, es decir, esencialista. Todo el orden de las cosas se encuentra en un proceso de “llegar a ser”, menos Dios; el movimiento requiere de un movedor y la materia es continua, no vacía; el tiempo se considera cíclico, estático; y mediante la observación de la naturaleza, que es concreta pero cualitativa y orgánica, se deducen principios generales. Dicho pensamiento tiene a Dios como guía del conocimiento y produce un tipo de saber configurado por metáforas, símbolos, visiones, que “ordenan” el campo de lo empírico en concordancia con Dios (Cfr. Berman, 1999).

En la episteme del Renacimiento, que se aparta de la visión del mundo de la Edad Media, la realidad de las palabras y sus significados coincidían, o sea, las palabras eran lo mismo que las cosas. El saber, entonces, se configuraba a partir de reglas de similitud o semejanza, y por correspondencia y concordancia: el universo era igual al ser humano. Las figuras de la “similitud” a partir de las cuales se representaba el mundo eran cuatro: la analogía, la simpatía, la emulación, la convivencia: “Por medio de este juego -dice Foucault- el mundo permanece idéntico; las semejanzas siguen siendo lo que son y asemejándose. Lo mismo sigue lo mismo, encerrado en sí mismo” (Foucault, [1966] 1986: 34). Se trata, por tanto, de un *orden de lo mismo*.

### **III.B.3. FOUCAULT Y LAS MENINAS (1656) DE DIEGO VELÁZQUEZ (1599/1660)**

Foucault, en el cuadro *Las Meninas*, de Velázquez, detecta una configuración de visibilidades que preanuncia el cambio de la representación que ocurre entre el Renacimiento y la época Clásica (Foucault, [1966] 1986: 13/25). Esas visibilidades que habilita el cuadro, según la interpretación de Foucault, distribuyen de un modo peculiar lo

que se ve, lo que no se puede ver, cómo se ve lo que se puede ver, y quiénes pueden ver. Dice Deleuze que Foucault “describe *Las Meninas* de Velázquez como un régimen de luz que abre el espacio de la representación clásica y distribuye en él lo que se ve y los que ven, los intercambios y los reflejos, hasta llegar al emplazamiento del rey que sólo puede ser inducido como fuera del cuadro...” (Deleuze, 1987: 86). Foucault “descubre”, así, un mecanismo: el de las modalidades de la representación clásica -política y estética- de los siglos XVI y XVII.

¿De qué manera desmonta, Foucault, dicho mecanismo habilitado por *Las Meninas*?. Ante todo: *Las Meninas* es un cuadro de un pintor (el propio Velázquez) pintando un cuadro; es decir, es un cuadro de un cuadro. El pintor, por lo tanto, no puede ser visto a la vez en los dos cuadros; sólo lo vemos en el que se le representa. Dice Foucault que esta situación hace emerger “dos visibilidades incompatibles”: o vemos al pintor *en el cuadro*, o lo vemos *fuera de cuadro*. Simultáneamente, el pintor mira un “punto invisible”, que tampoco se ve, y que somos nosotros mismos, los *espectadores*. La mirada del pintor coincide con la del espectador en un punto invisible, que es, sin embargo, el “que nos liga a la representación del cuadro”. En definitiva, *vemos un cuadro desde el cual nos contempla un pintor*, produciéndose así una *reciprocidad*, un *cara a cara* entre pintor y espectador (Cfr. Foucault, [1966] 1986: 13 y stes.).

¿Estaba adelantando, también, *Las Meninas*, lo que es propio, según Verón, del discurso televisivo: el eje *los-ojos-en-los-ojos*? (Cfr. Verón, 2001b):

“... El conductor (televisivo) se puso a hacer gestos, a matizar las expresiones de su rostro. La construcción del cuerpo significativo del conductor y el aumento del espacio del piso fueron dos procesos inseparables: el primero necesitaba del segundo para desplegarse. El

espacio del contacto había nacido, y con él, el eje alrededor del cual todo el discurso vendría a construirse para encontrar su credibilidad: el eje de la mirada, los-ojos-en-los-ojos” (Verón, 2001b: 21, paréntesis nuestro).

El conductor televisivo, como el *pintor Velázquez* representado por Velázquez en *Las Meninas*, nos devuelve la mirada. ¿Por qué el pintor nos mira?: porque nos encontramos “en el lugar de su objeto”, es decir, de aquello que está pintando. Los espectadores coincidimos, entonces, con el modelo que está pintando el pintor; el espectador, de este modo, “entra” al cuadro. Por tanto, el sujeto y el objeto, el espectador y el modelo, intercambian sus papeles sin cesar. La del pintor, según Foucault, es una “mirada soberana” que “impone un triángulo virtual”: arriba, sólo un punto visible que son los ojos del artista; abajo el lugar invisible del modelo y la representación de su figura, que se encuentra bosquejada sobre el anverso de la tela que está pintando el pintor (sólo vemos de ella su reverso); atrás, se ve algo que brilla -un reflejo en el que aparecen, apenas esbozadas, dos siluetas-, es un espejo que visibiliza lo que el pintor está pintando, que “apresa” lo que el cuadro representa, pero que nadie ve (Cfr. Foucault, [1966] 1986: 13 y stes.)

Este “espejo” es central en *Las Meninas*: configura la representación y restablece la visibilidad de lo que no se ve, de lo que está más allá de toda mirada: las figuras que mira el pintor (las que supuestamente está pintando), y las que ven al pintor. La centralidad que ocupa el “espejo” -el espejo puede tomarse, también, como una de las analogías del lenguaje del *directo televisivo* en tanto “técnica de lo real” (Carlón, 2006: 52)- es un interpretante de la gran búsqueda que desde siempre se impuso el discurso moderno: la reduplicación fidedigna de la realidad, sólo conseguida mucho más tarde, con la televisión (Cfr. Carlón, 2006: 58 y stes.). Eso que devela el espejo de *Las Meninas*, ese reflejo, se constituye en el centro de la escena; son los reyes: el rey Felipe IV y su esposa. Es,

por tanto, un centro simbólicamente “soberano”, dice Foucault ([1966] 1986: 23); en él concuerdan tres *funciones-de-mirada* que habilita el cuadro: “la mirada del modelo en el momento en que se la pinta”, “la del espectador que contempla la escena”, y “la del pintor en el momento en que compone su cuadro”. Todo el dispositivo del lenguaje propio del *directo-televisivo* (Cfr. Carlón, 2006: 84 y anteriores) parece estar ya preanunciado en este cuadro. Estas tres funciones-de-mirada confluyen en un “punto exterior” al cuadro, punto ideal y real a la vez, el del *artista-rey-espectador*: una mirada “fuera de cuadro” que, sin embargo, se constituye en “soberana” (Cfr. Foucault, [1966] 1986: 23 y stes). Parece, entonces, que la manía por la *soberanía del espectador* y la modalización del contacto se legisla muy tempranamente en la representación occidental.

*Las Meninas* es, entonces, para Foucault, “una representación de la representación clásica” cuya principal operatoria consiste en hacer desaparecer aquello que representa y, de este modo, habilitar un nuevo espacio de representación en el cual el sujeto es “liberado de la representación”, y, finalmente, “la representación puede darse como pura representación” (Foucault, [1966] 1986: 25). De este modo ocurre la ficción del conocimiento que caracterizará a la revolución científica: el sujeto se encuentra, ya, distanciado de su objeto.

Mediante la convención de la técnica de la perspectiva en pintura, el que mira el cuadro -soberano, pueblo, espectador- se constituye en un lugar abstracto y distanciado. La perspectiva lo que produce es que, para ver, hay que salirse del cuadro: si estoy dentro, no veo la representación. De este modo emerge una discontinuidad entre el adentro y el afuera: el que mira, el observador -que es “soberano”- puede mirar porque está afuera. Nuevamente, la *ficción* de la *objetividad* del conocimiento científico. Pero estas visibilidades no se encuentran sólo delimitadas por la vista,

“... sino que son complejos de acciones y de pasiones, de acciones y de reacciones, complejos multisensoriales que salen a la luz” (...) “Así, pues, puede concluirse que cada *formación histórica* ve y hace ver todo lo que puede, en función de sus condiciones de visibilidad, al igual que dice todo lo que puede, en función de sus condiciones de enunciado” (Deleuze, 1987: 87).

Las interfaces digitales actuales producen, también en este nivel, una profunda mutación: en nuestras interactividades cotidianas vía las redes sociales, ya no estamos por fuera de la representación; estamos -para seguir con la analogía- “en” el cuadro, o, más precisamente, “en” el “espejo” -que “presenta”, no “representa”-. Hemos perdido, por tanto, ese lugar “soberano” del observador. Las consecuencias de esta significativa modificación de contaminación de los unos con los otros se encuentran, en la actualidad, apenas vislumbradas.

*Las Meninas*, tomando la perspectiva de Foucault, es como una especie de *interfaz* entre dos epistemes. Este cruce hace aparecer “algo distinto”, que Foucault nombra como un “desorden”: ese desorden es el “hombre” como “objeto” de conocimiento, es decir, la emergencia de las Ciencias Humanas y el positivismo (Cfr. Foucault, [1966] 1986); época del orden de la representación, en la cual las palabras “rompen” su vínculo con las cosas. La noción de “desencantamiento del mundo” de Morris Berman apunta, justamente, a dicha ruptura (Berman, 1999: 67 y stes). Desde Copérnico y Galileo, ese “orden de lo mismo” basado en las similitudes fue siendo reemplazado por la representación en el espacio, pensado como una progresión infinita. Esta es la episteme que corresponde a la “ciencia moderna” propiamente dicha. Para el pensamiento de la “revolución científica”, la *explicación* se entiende en términos de materia y movimiento; no se plantea “propósitos” como en la Edad Media -a esta distinción remite la propuesta de Mardones de dos grandes tradiciones

en la ciencia: la “aristotélica” y la “galileana” (Mardones, 1991: 20 y stes.)-; el movimiento se describe por la ley de la inercia; la materia se considera atómica, y el tiempo lineal y progresivo; el funcionamiento de la naturaleza se percibe desde un punto de vista mecanicista y se lo puede conocer por medio de la manipulación y la experimentación. De tal modo, lo que se intenta producir es un tipo de conocimiento abstracto mediante abordajes cuantitativos y matemáticos. Lo empírico se compara, se mide, se clasifica. Los orígenes de las “ciencias de la vida” están en Bacon y en Descartes, en una racionalización de lo vivo. Encontramos dicho procedimiento en, por ejemplo, los fisiócratas y su interés económico por la agricultura, en la curiosidad por las plantas y los animales exóticos, en los viajes de experimentación e investigación de la naturaleza. A mediados del siglo XVII, “el orden” es como una “red secreta según la cual se miran en cierta forma” las cosas; “la reja de una mirada, de una atención, de un lenguaje” (Foucault, [1966] 1986: 5) que va constituyendo las clasificaciones descriptivas de los objetos mediante una observación sistemáticamente filtrada por líneas, superficies, formas, relieves, manteniendo invisibles los funcionamientos.

La coherencia entre la teoría de la representación del lenguaje y los órdenes naturales, la riqueza y el valor, cambia por completo en el siglo XIX. Le corresponderá a dicho siglo incorporar “el tiempo”, y desaparece la “racionalidad clásica”, es decir, la teoría de la representación como fundamento general de los órdenes posibles. Se pasa de los cambios y la moneda, a la *producción*; de los caracteres taxonómicos al *organismo*. “Las cosas se enrollan sobre sí mismas” abandonando el espacio de la representación, dice Foucault,

“... el hombre entra por primera vez en el campo del saber occidental, la manera en que se experimenta la proximidad de las cosas”: “... de la experiencia límite del otro a las formas constitutivas del saber médico, y de éste al orden de las cosas y al pensamiento de lo Mismo” se despliega el “umbral” que nos separa del pensamiento clásico y constituye “nuestra

modernidad”. En este “umbral” apareció por primera vez “esa extraña figura del saber, el hombre, que ha abierto un espacio propio a las ciencias humanas” (Foucault, [1966] 1986: 8/10).

La episteme de la Modernidad constituye, por tanto, una *mutación arqueológica* que hace posible la emergencia del *hombre*, y el saber comienza a buscar la estructura oculta de lo real: la época de las revoluciones burguesas del último tercio del siglo XVIII, y luego las del XIX y el XX, intenta encontrar, en las Ciencias Humanas y Sociales, alguna interpretación.

### **III.C. MODULACIONES EN TORNO A LA MODERNIDAD**

#### **III.C.1. MODERNIDAD, SENSIBILIDAD Y EXPERIENCIA**

---

La Modernidad puede entenderse también, según Marshall Berman, como una “dialéctica” entre “procesos de modernización” y “modernismos” (Berman, 1989: 2). Se trata de una *sensibilidad de época* que constituye el marco de desenvolvimiento de la ciencia. Los “procesos de modernización” refieren al reordenamiento económico, político y social impuesto por la racionalización capitalista (Berman, 1989: 2), en un contexto de aceleración de la experiencia en el cual el consumo y la circulación de mercancías y cuerpos se constituye en matriz intersubjetiva. La Modernidad propiamente dicha, tanto en las versiones de Foucault como de Latour, designa la irrupción -y el paso- del “tiempo” (Latour, 2007: 27). El tiempo no sólo aparece como una variable que reconfigura los objetos de la ciencia, sino que se expresa, simultáneamente, como una nueva modalidad de “*experiencia vital*” que de modo muy acertado Marshall Berman designa como “torbellino”, y que implica “promesa y amenaza” al mismo tiempo, uniendo “a toda la

humanidad” en su mismo movimiento. “Ser modernos -dice Berman- es formar parte de un universo en el que, como dijo Marx, «todo lo sólido se desvanece en el aire»” (Berman, 1989: 1).

La “estructura de las emociones humanas y su control” es la característica central del “proceso de la civilización” que examina Elias (1993). En ese texto, Elias presenta una teoría de la civilización mediante la descripción y el análisis de la regulación de las emociones individuales por medio de coerciones internas y externas en el curso de transformaciones generales de largo plazo (Elias, 1993: 9). Dicho proceso civilizatorio presenta “dos direcciones” simultáneas -de “diferenciación” y de “integración”- en una “secuencia estructural de cambio continuo” (Elias, 1993: 10). Se trata de “un cambio estructural de los seres humanos en la dirección de una mayor consolidación y diferenciación de sus controles emotivos y de sus experiencias (retroceso de los límites de la vergüenza o el pudor) y de su comportamiento (comidas, modos de diferenciar la cubertería, etc)” (Elias, 1993: 11). El término “civilización” designa la “autoconciencia” de Occidente en cuanto al progreso y la ciencia como un proceso igualador a escala global (Elias, 1993: 57); mientras que el término “cultura” refiere a aspectos “diferenciadores”: los hechos “espirituales”, “artísticos”, “religiosos”, etc (Elias, 1993: 59). Es importante señalar las distintas acepciones que históricamente adquirieron estas nociones: mientras que “civilización” -en Francia e Inglaterra-, refieren a dicho motivo de “orgullo” por el “progreso” continuo (político, económico, social) que iguala a toda la humanidad; en Alemania remite a un aspecto de segundo grado, concerniente a la “exterioridad” de los hombres, a la “superficialidad” de su existencia, reservándose como más importante el término “cultura” -en ámbito germano, como decíamos- a aquello que refiere al orgullo de “lo propio”: el arte, lo espiritual, lo religioso, lo peculiar de cada pueblo o nación (Elias, 1993: 57/62). En el libro de Elías (1993) se puede encontrar una pormenorizada descripción histórica de las condiciones empíricas que llevaron a dicha distinción entre “cultura” y “civilización”. Lo que acá quiero enfatizar es la importancia de tal distinción, ya que se encuentra en la base de la diferencia entre “cultura

objetiva” (civilización) y “cultura subjetiva” (cultura propiamente dicha) que encontraremos en muchos de los autores que se ocupan de la cuestión de la modernidad, incluidos los de la Teoría Crítica del Instituto de Frankfurt.

Es justamente ese carácter paradójico entre “cultura objetiva” y “cultura subjetiva”, de la “aceleración” de la vida, lo que está presente como uno de los temas centrales en las obras tanto de Georg Simmel (1858/1918) como de Walter Benjamin (1892/1940), articulándose con la nueva configuración de la *experiencia urbana*: el *urbanita*, en términos de Simmel; un *nuevo sensorium*, para Benjamin (Cfr. Frisby, 1992). La *ciudad* es el escenario privilegiado de *lo moderno*; un nuevo dispositivo del espacio que impone su ritmo frenético a las temporalidades subjetivas: la circulación y el contacto de los cuerpos, de los objetos, del dinero, figuran un mercado en el cual tanto las estrategias de control como las tácticas de supervivencia adquieren una nueva lógica, haciendo emerger prácticas y rituales (desde la *flânerie*, las barricadas, la moda, el escamoteo, lo conspirativo, lo detectivesco) que interpelan las políticas del control y constituye a las calles de la ciudad en una arena de luchas siempre abierta (Cfr. Frisby 1992 y 2007). La “metrópolis moderna” es el ámbito experiencial de la *modernité* de Baudelaire (1821/1867), de la “actualidad”, de la “novedad”, de “lo fortuito y arbitrario” (Frisby, 1992: 84). La percepción de lo *siempre nuevo* es un patrón que se impone no sólo como modo de la economía moderna, sino también como ilusión de cambio y movimiento continuos en la experiencia vital. Ello produce profundas modificaciones en la subjetividad y los vínculos sociales, tanto negativos como positivos. Es, a la vez, promesa y amenaza, como decíamos con Berman (1989) anteriormente. Supone, ante todo -tanto en Benjamin como en Simmel- una amenaza de desintegración de la experiencia humana de su ámbito vital, es decir, una radical separación entre “cultura objetiva” y “cultura subjetiva” (Cfr. Frisby, 1992: 87). La ciudad, en tanto objeto estético-poético (Cfr. Frisby, 2007), es el ámbito de ese “nerviosismo” de la cultura moderna, de esa “vida urbana neurasténica”, que bombardea a los sentidos, que señala Simmel en “Las

grandes urbes y la vida del espíritu”, un texto de 1903 -en el cual justamente aparece su definición de *urbanita*- (Cfr. Simmel [1903] 2001); los efectos visuales, sonoros, espaciales; la representación instantánea de las nuevas técnicas -los “shocks” perceptivos de Benjamin- despliegan, para la *flânerie*, un sentido de la “aventura” como percepción sagaz de las oportunidades (Cfr. Frisby, 1992) en un escenario aun “romántico” del capitalismo (Frisby, 2007: 20). El texto de Simmel “El aventurero”, de 1910, presenta a la aventura como experiencia que se sale del marco habitual y rutinario de la vida, y que caracterizaría al *urbanita* (Simmel, [1910] 2002). En “El extranjero”, de 1908, se había ocupado ya de la particular vivencia de lo extraordinario y el sentimiento de desapego y distancia del “forastero” en tanto figura que no forma parte del mundo cotidiano y puede, por lo tanto, sustraerse a esos shocks y conmociones manteniendo una actitud objetiva (Simmel, [1908] 2002). El *urbanita* es, si se quiere, un extranjero en su propio medio y puede, por tanto, ejercitar esa distancia para proteger su cultura subjetiva. El interés de Simmel por el individualismo -es decir, por el esfuerzo moderno por la diferenciación y el derecho a la singularidad (Frisby, 1992: 89/90)- constituye el señalamiento más claro acerca de su énfasis en la protección de la cultura subjetiva. Su texto “El individuo y la libertad”, de 1913, es prueba de ello (Simmel, [1913] 2001). Nos parece importante acentuar este punto sobre la genealogía del individualismo que realiza Simmel, porque creo que puede colaborar para entender cuál es la tradición en la que se ubican quienes plantean que, en la actual mediatización informatizada, se produce un triunfo del individualismo (Cfr., entre otros, Verón, 2013: 428).

Entonces, la modernidad como espacio vital significa, por un lado, una intensificación sin precedentes de la experiencia y la percepción, junto al sentimiento de opresión y el miedo al contacto. Ese modo extranjero, aventurero, pleno de posibilidades subjetivas, es también el horizonte de emergencia del individuo *blasé*; del *spleen*, del tedio y el cinismo: la experiencia moderna se dirime entre el entusiasmo y el hastío. Así lo demuestran los itinerarios de las “figuras” benjaminianas y simmelianas

del paisaje urbano: el coleccionista, el aventurero, el jugador, la prostituta, el trapero: subjetividades flotantes apostando a una prosperidad y entrenadas en el escamoteo de un inevitable fracaso.

La ciudad es, asimismo, el ámbito que propicia dicho entrenamiento en el escamoteo, un modo de ser *detectivesco* y *conspirativo* cuyas fuentes se encuentran ya en el *flâneur* (Frisby, 2007: 67). La organización social de las técnicas de vigilancia y detección en las metrópolis coincide con la prehistoria de las novelas policiales (Frisby, 2007: 68). El inspector Bucket, personaje de Dickens, ya circulaba hacia 1853 (Frisby, 2007: 70) y Allan Pinkerton -nacido en Glasgow en 1819- funda la primera agencia de detectives en Chicago en 1850 (Frisby, 2007: 82). Es justamente a la sede neoyorquina de la agencia de detectives Pinkerton adonde se dirige Peirce en junio de 1879 cuando le roban un reloj, una cadena y un abrigo (Sebeok y Sebeok, 1994: 24/29), y es justamente también en esa ocasión en la cual Peirce *experimenta* esa “sensación” de *abducción* a la cual nos referimos antes, *adivinando* quién era el sospechoso por sus propios medios, a pesar de la opinión contraria del detective a quien Mr. Bangs - jefe de la Agencia Pinkerton en New York- le había asignado la tarea (Sebeok y Sebeok, 1994: 24/29). Por lo tanto, desde mediados del siglo XIX y principios del XX nos encontramos con una profusa circulación de discursos, prácticas e instituciones asociados a las actividades de detección; estilo de época que es, asimismo, el que toma como primera referencia Ginzburg para la postulación de su “paradigma indiciario” (Ginzburg, ([1978] 2004).

Como señalábamos antes, la figura central en dicho contexto es Baudelaire. Su afición por la literatura de Edgar Allan Poe (1809/1849) - de quien fue traductor- indica de manera clara su particular percepción de lo moderno. En su famoso texto “El pintor de la vida moderna”, publicado en 1863, Baudelaire nos brinda su célebre definición de la

modernidad como “lo transitorio, lo fugitivo, lo contingente”, definición cuya vigencia es indiscutible, y que además surge a partir de las condiciones de reproducción de su contemporaneidad y puede considerarse -a su definición- como un interpretante del estilo de época, ya que Baudelaire esboza esos caracteres de la modernidad a partir de la observación de la obra de Constantin Guys (1802/1892), dibujante, pintor, litógrafo y corresponsal en la guerra de Crimea: un “cronista” de la época (Cfr Frisby, 1992: 41 y stes). De tal modo, Baudelaire está adelantando el tipo de *sensorium* que irían implantando, casi inmediatamente, las técnicas reproductivas en tanto dispositivos documentales de *lo transitorio, lo fugitivo, lo contingente...* No es casual que Benjamin encuentre en la poesía de Baudelaire -y principalmente en *Las flores del mal* (1857), las “huellas” de lo moderno. Así lo atestigua un corpus de textos centrales de Benjamin: *París, capital del siglo XIX* (1935), *El París del Segundo Imperio en Baudelaire* (1938), y *Sobre algunos temas en Baudelaire* (1939) (Cfr. Valdetaro, 2000).

### III.C.2. MODERNIDAD Y COMPONENTE ONÍRICO

---

Tan central resulta la figura de Baudelaire para una teoría de la modernidad que Roberto Calasso le dedica un exquisito libro: *La Folie Baudelaire* (2011). *Folie* es un lugar dedicado al ocio y al placer, es un “burdel”; y la Modernidad y el capitalismo en su conjunto pueden ser vistos de manera prostibularia, como un “burdel”. Un burdel que, en el Baudelaire de Calasso (2011), es a la vez un “museo” de París entre 1830 y 1900. Lo más interesante de la interpretación de la modernidad de Calasso es que la construye, en su totalidad, a partir de un relato de un sueño que Baudelaire dijo que soñó en 1856. Dice Calasso que es “el sueño más audaz del siglo XIX” (Calasso, 2011: 169) ya que despliega todos los temas asociados al *sensorium* moderno: la experiencia del *exponerse*, de encontrarnos “demasiado expuestos” (a través tanto de la escritura, como del maquillaje y la moda) produciendo una especie de adicción a dicha “exposición crónica a la *apariencia*” (Calasso, 2011: 174); también “la arquitectura como medium onírico”, ya que en su sueño Baudelaire sueña que el burdel que es París es simultáneamente un museo dividido por galerías y sectores (pintura militar, paisajes, retratos,

etc.) indicando así, de manera obscena, el carácter exhibitivo, espectacular, de la mercancía artística. Pero no sólo eso, porque también sueña Baudelaire que ese burdel-museo está dedicado, además, a la medicina, haciendo aparecer la fascinación científica por lo *freak* en toda su plenitud; y dicha promoción de la “ciencia de la salud” se encuentra a su vez financiada por un diario caracterizado por la “manía” del progreso y la difusión de las Luces (Calasso, 2011: 178/179). Se trata del diario *Lé Siecle*, fundado en 1836 por Armand Dutacq, que junto a *La Presse* de Émile de Girardin, fueron los primeros diarios de alta tirada y bajo precio fundando, de tal modo, a la “prensa moderna” que -aunque amenazada por la digitalización- se mantiene hasta la actualidad, y permitiendo que subiera a escena, por primera vez, el “gran público” (Calasso, 2011: 178). Baudelaire, en su sueño, denuncia esta *confabulación* -ciudad, burdel, museo, ciencias, prensa- de la maravilla capitalista moderna, delatando la consolidación de la *bêtise* -la necedad, la estupidez, la tontería- de esos periódicos en el “que todos saben de todo y hablan de todo”, donde cada redactor parece “universal y enciclopédico” tratando temas de política, religión, economía, arte, filosofía, literatura, etc.; imputación a la que un poco más adelante se dedicaría también Karl Kraus (1874/1936), en Viena (Calasso, 2011: 178), y que sigue vigente como gesto central en nuestra contemporaneidad.

Ahora bien, esa manía de progreso que caracteriza a la prensa y a la ciudad-burdel-museo como difusora de arte y conocimiento delata, asimismo, la íntima relación entre “ciencia” y “eros” que ocurre en la modernidad, y que se expresa en dicho “pasaje a la imagen” (a la exhibición, al espectáculo, a la promiscuidad prostibularia de las imágenes) que mencionábamos más arriba; es un pasaje, entonces, a la “representación” (Cfr. Calasso, 2011: 182). La mixtura entre ciencia y eros se transforma en imágenes que se materializan en cuadros: todo parece estar ya, ahí, desplegado para su representación y su despegue de la realidad factual (Calasso, 2011: 179 y stes). Es por ello que ese burdel-museo se articula, también, con la red parisina de “pasajes” de Benjamin: lo nuevo son las luces y las mercancías; mercancías poetizadas que

revelan mundos en miniatura como espacios intermedios entre interior y exterior, espacio privilegiado del *flâneur*.

Resulta interesante tener en cuenta el lugar central que ocupa el sueño en dicha aproximación a la modernidad. El carácter *onírico* y *kitsch* que Benjamin asigna a la cultura de masas enlaza con dicho motivo; una “concepción de la modernidad como mundo onírico” es central en toda su obra (Ibarlucía, 1998: 11). En su texto *Onirokitsch*, de 1925, Benjamin desarrolla -a partir de su contacto con el freudismo y las principales obras surrealistas- tres cuestiones que hacen a una teoría integral de la modernidad: el propio concepto de *Onirokitsch* mediante el cual designa “los cambios producidos en la estructura de la percepción y de la experiencia por el acelerado desarrollo de la técnica”; las “dos caras” de la “conexión” entre el kitsch y el “mundo de las cosas”: “el kitsch de la vida cotidiana considerado como el producto de un estado análogo al sueño” y “la cultura material que rodea a la infancia”; y, por último, las “imágenes oníricas” y el “kitsch ornamental” como vías de reactivación de “las fuerzas míticas de la sociedad moderna” (todas las citas en Ibarlucía, 1998: 20). El término “kitsch” -“de *kitschen*, «chapupear», «farfullar»- y de “*Kitsch*” -«baratija», «imitación», «cursilería»- “designa toda manifestación de «mal gusto», cultivada o no: arte, cine, publicidad, moda, mobiliario, objetos cotidianos” (Ibarlucía, 1998: 33). En la época de la “reproductibilidad técnica” y la “atrofia del aura” (Benjamin, [1936] 1973), el *kitsch* representa una caída en la experiencia de la banalidad (Ibarlucía, 1998: 33), en una especie de ensoñación fugaz y repetitiva, de corta distancia, con mercancías poetizadas. Benjamin plantea que...

“... el soñar... no es un fenómeno intemporal, naturalmente dado en el hombre, sino una forma de experiencia históricamente construida. Los sueños están inmersos en la historia: su forma, contenido y función difieren según la época a la que pertenecen” (Ibarlucía, 1998: 29).

De ahí la importancia del “sueño de Baudelaire” como interpretante de época desarrollada por Calasso (2011). Benjamin, bajo el mismo estilo, dice que...

“Ya no se sueña con la flor azul. Quien hoy despierte como Enrique de Ofterdigen debe haberse quedado dormido” (Benjamin, 1925 en Ibarlucía, 1998: 111).

Y, en otro texto, apunta:

“La existencia del ratón Mickey es el sueño del hombre contemporáneo. Una existencia llena de maravillas que no sólo superan los prodigios técnicos sino que se burlan de ellos..” (Benjamin, GS, II: 218 en Ibarlucía, 1998: 31).

De tal modo, entre el personaje romántico de Ofterdigen de Novalis (1772/1801), quien aun soñaba con esa “azúl lejanía” y apelaba al “sentimiento de lo sublime” (Ibarlucía, 1998: 29), y el hombre de la cultura de masas -cuyos sueños se asocian a la industria cultural hollywoodense-, se arbitra el derrotero de la conversión de la cultura subjetiva en cultura objetiva. Sin espacio ya para el alma romántica...,

“... naturaleza y técnica, primitivismo y confort van unidos en la cultura de masas. Progreso y decadencia no son sino dos aspectos de una misma cuestión: la pobreza de la experiencia constituye el reverso del enorme desarrollo alcanzado por la técnica” (Ibarlucía, 1998: 31).

Aunque en dicha “construcción fantasmagórica”, onírica, de la cultura de masas, se encuentre alojada, asimismo, una potencialidad de redención,

ya que no es sólo fuente de “falsa conciencia” sino también de “energía revolucionaria” (Ibarlucía, 1998: 12 y Benjamin [1936] 1973).

### III.C.3. DE LO MARAVILLOSO-MODERNO A LO MARAVILLOSO-HIPERMODERNO

---

Cierto matiz fantasioso de dicho componente onírico es lo que parece resonar, en sede local, en la noción de “lo maravilloso moderno” (Sarlo, 1992). En el complejo proceso de modernización de nuestro país, es la década del 30 del siglo XX el contexto en el cual se detectan los rastros de un incipiente y acelerado escenario de modernización que iría habilitando novedosas configuraciones simbólicas ligadas a una mixtura de discursos técnicos con saberes, sensibilidades, experiencias y destrezas ya eminentemente “modernos” (Sarlo, 1992: 10). En tanto laboratorio experiencial, el semblante de los pasados años 30 presenta el rasgo de la *emulsión* en una constelación de correspondencias en la cual se mezclan la ciencia y la ficción en un sinnúmero de prácticas y habladuras populares (Cfr. Sarlo, 1992: 10 y *stes*). Son los efectos de dicho entrenamiento en el estilo de época la condición de producción del imaginario que se vislumbra como lo “maravilloso moderno” (Sarlo, 1992). El despliegue de tal imaginario no podría no ser urbano, cosmopolita, liberal, anclado en una ya potente industria cultural. Un escenario profano, podríamos decir, en el cual se advierte una imponente circulación de “... publicidades, catálogos de libros baratos, cursos por correspondencia, folletos, conferencias, registros de patentes, sociedades de inventores, círculos de radioaficionados” (Sarlo, 1992: 14). De tal modo, la experimentación técnica no sólo atiende a sus potencialidades instrumentales, sino, simultáneamente, a sus posibilidades estéticas, fundando, de tal modo, un novedoso *sensorium*. Las peculiaridades de dicho *sensorium* se encuentran detalladamente estudiadas en la investigación llevada a cabo por José Luis Fernández y su equipo, publicada en un volumen colectivo en 2008, en el cual se presentan análisis sobre el origen de la radio en el transcurso de la radioafición a la radiodifusión (Tobi en Fernández J. L., 2008), de la vida cotidiana en los inicios de la radiodifusión (Gutiérrez Reto en Fernández

J. L., 2008), de la importancia de las transmisiones deportivas y el lugar de la radio en la construcción de acontecimientos en directo (Fratlicelli en Fernández J. L., 2008), de los shows de música en vivo de la radio de los años 30 del siglo pasado y su impacto en la vida cotidiana (González y Lapuente en Fernández J. L., 2008), de la constitución de géneros radiofónicos (Berman en Fernández J. L., 2008), etc. La creciente mediatización eléctrica contribuyó, indudablemente, a dicha estesis. Los años 20 y 30 del siglo pasado son la época de instalación, en Argentina - casi en simultaneidad con los países occidentales “avanzados” (Sarlo, 1992: 16)-, de nuevos géneros discursivos mediados por la electricidad y a distancia, iniciando, de tal forma, un creciente y progresivo proceso de desmaterialización y pasaje de “una cultura basada en la visión no mediada a una cultura sostenida sobre la mediación” (Sarlo, 1992: 17). Tan potente resultó -resulta- la electricidad -la cual, como decía con contundencia Mc Luhan, es *el único medio sin mensaje* (cfr. Valdetaro, 2011d)-, que lo inalámbrico y lo a-distancia se constituyen en vectores vinculares de la gramática del lazo social. La invisibilidad, lo paranormal, lo telepático, la comunicación con los espíritus del más allá, lo milagroso, formaban un *continuum fantasioso* con la doxa técnico-científica ligada a lo inalámbrico, lo eléctrico, la galvanoplastia: “milagros” que, en la década del 30, la radio hacía plenamente posibles (Cfr. Sarlo, 1992: 17 y stes.) Tan sólido parece este imaginario que incluso se encuentran rastros, en esta época, del tema de la transmisión inalámbrica de imágenes a distancia: hay noticias sobre la televisión desde la última mitad de los años 20. “La televisión es una maravillosa realidad”, titula el diario *Crítica* el 5 de marzo de 1928, pero antes, en diciembre de 1926, ya se había informado acerca de la invención de un aparato de televisión por un ingeniero de la Radio Corporation of America, y en 1929 *Ciencia Popular* publica la fotografía de un televisor construido por un tal Duclout (Cfr. Sarlo, 1992: 128/131).

Dicho complejo, con la radio a la cabeza, también hizo posible la *interactividad*, ese *placer de las relaciones en red* que posibilitaba el broadcasting ya desde la década del 20: diarios + correo de lectores +

instituciones como el Radio Club Argentino + revistas como *Radio Cultura* + programas de radio en vivo + fruición de la recepción + bajo costo de los dispositivos para la construcción casera de aparatos (cfr., para más datos, Sarlo, 1992: 109/122). Por su parte, la prensa gráfica montaba también su dispositivo comunicacional en estrategias del contacto a partir de toda una serie de recursos cercanos al populismo, tal como es el caso del diario *Crítica* por ejemplo (Cfr. Valdetaro, 2009).

La interactividad, por lo tanto, se encuentra presente en el temprano broadcasting, y es, justamente, la radio el medio que lleva la marca de dicho mecanismo, por varias cuestiones. Ante todo, porque la radio produce “una relación en la que el saber-hacer potencia el disfrute”, incorporando las “utopías tecnológicas” a las prácticas concretas del espacio cotidiano (Sarlo, 1992: 115). La democratización de dichas prácticas pone en cuestión el tema de lo masivo, ya que la masividad no resultaba en pasividad, sino en fuerte implicación de los participantes. Cabe preguntarse, entonces, si es que alguna vez hubo algo como una *cultura de masas*: los componentes de interactividad presentes en las experiencias mediáticas fundantes habilitan la pregunta. Sin dudas, se trata de fenómenos de masas -resulta notable, por ejemplo, que la Exposición de 1929 en Buenos Aires, en la cual se incluyó no sólo a la radio sino también a la cinematografía, fue visitada por 80.000 personas (Cfr. nota 17 en Sarlo, 1992: 119)-. Sin embargo, es posible detectar que en tal proceso se delineaban, de manera temprana, dos tendencias: una - como ya lo dijéramos- centrada en la *interactividad*, la cual se alojó, principalmente, en el circuito de los radioaficionados, quienes eran lectores, asimismo, de las revistas de divulgación y además constructores de aparatos caseros-, con lo cual contaban con “la posibilidad técnica de simetría en producción y recepción” (Sarlo, 1992: 121); y la otra, concerniente a “la audiencia de la radio”, es decir, “el público de las broadcastings” que para 1928 contaba con más de 14 empresas en Buenos Aires (Sarlo, 1992: 121). En la creciente bifurcación de dichas tendencias -años 30 y 40 del siglo XX- se advierte, entonces, la consolidación de un nuevo vínculo con la radio, no sólo como “laboratorio

experimental casero”, sino, justamente, “mediado” y habilitando, en consecuencia, “un espacio de ensoñación, separado del momento técnico” (Sarlo, 1992: 122). El cine -desde fines de los 20 y los 30 del siglo XX- representa un nuevo estadio de la mediatización, plagado de novedades -vista y sonido; cine mudo y sonoro; blanco y negro; color; etc.-, colocando en agenda nuevos debates, aunque desde el punto de vista técnico no resulta tan accesible a su manipulación como la radio, siendo, además, mucho más costoso (Cfr. Sarlo, 1992: 122/128). La “producción casera” del cine se muda, principalmente, a las clases altas. Los aficionados al cine podrían caracterizarse tal vez, al contrario de la radio, como un *amateurismo de elite* ya en vías de profesionalización y conformación de una industria y “un vínculo mitológico de carácter imaginario” (Cfr. Sarlo 1992: 127 y stes.). Podría considerarse -incluyendo a esa televisión primitiva a la que hicimos referencia- que se trata, como dice Sarlo, de “íconos tecnológicos” de los cuales no puede esperarse el mismo tipo de fruición que la de los aparatos de radio (Sarlo, 1992: 132). Lo “maravilloso moderno” se va encarnando, entonces, en dicho nuevo efecto mítico dado por el “aura tecnológica”, ya que “... la desaparición de los «hilos», que eran indispensables al telégrafo y al teléfono, convierte a las transmisiones en una verdadera comunicación *inmaterial*” (Sarlo, 1992: 132).

Esta *progresiva desmaterialización de los vínculos* puede tomarse como un vector analítico para la historia de la comunicación: *lo cableado* o *lo no-cableado* como articuladores del lazo social; una cuestión de *conectores* que hace convivir en un mismo espacio-tiempo dimensiones cableadas y no-cableadas. Cuáles serían, en cada caso, los *cables* de cada periodo histórico-cultural podría ser una interrogación tendiente a vislumbrar los cambios en los estilos de época. Qué tipo de Modernidad, entonces, estaría convocando, en la actualidad, el transmedia como principal género cultural; en qué genealogías se asienta, qué recupera de ellas, qué vuelve obsoleto, en qué se invierte, todas preguntas mcluhanianas que indican la complejidad del asunto (McLuhan y McLuhan, 1990). Lo que acontece en el mundo del arte puede tomarse como una de las claves

interpretativas de tal complejidad. La historia de la mediatización se articula de distintos modos con el arte. Tomando, para los fines de este análisis, los planteos de Garbatzky (2010), en el “proceso de transición de la obra como objeto a la estética como proceso”, el tema de la “desmaterialización” -en el sentido del constructivista ruso El Lissitzky, quien, en la década del 20 del siglo XX, postuló el término para señalar el vínculo entre los libros y los medios masivos (Cfr. Garbatzky, 2010)-, fue recuperado, a fines de los 60 del mismo siglo, por los artistas conceptuales “para definir el rumbo que tomaba el arte después del pop: “... «después del pop, nosotros desmaterializamos», advertía Masotta” (Garbatzky, 2010: 60). El caso del antihappening de Escari, Jacoby y Costa conocido como el “Happening para un jabalí difunto”, vinculaba de manera primordial la “desmaterialización del objeto artístico” con los medios masivos. Ese supuesto happening ocurrió sólo en los medios -en el diario *El Mundo*, en las revistas *Para Ti*, *Gente* y *Confirmado*-; cobró existencia a través de entrevistas a los artistas, comentarios de los lectores y reseñas moralizantes o pedagógicas de los medios (Verón, [1967] 2001 en Garbatzky, 2010): “...materias «inmateriales», como el rumor, las emisiones radiales o televisivas. Se planteaba como una instancia superadora de la dicotomía entre arte de acción y arte de concepto para pasar al arte de los medios de comunicación” (Garbatzky, 2010: 69). Por lo tanto, la articulación entre lo real y lo virtual tampoco constituye una novedad absoluta de los llamados “nuevos medios”, dado que ello pulsionaba ya en las ansias de desmaterialización presentes desde, por lo menos, la década del 20 del siglo pasado.

Volviendo a lo que aparece como principal forma narrativa en nuestra actualidad -el transmedia-, y tomando definiciones que circulan desde hace ya varios años, podemos decir que las narraciones transmediáticas constituyen nuevas modalidades formales a partir de las cuales se producen exploraciones intergenéricas con base en las plataformas de los llamados “nuevos medios”, que implican el despliegue de recursos escriturarios novedosos -hipertextos, blogs literarios, etc.-, y , simultáneamente, vínculos peculiares con los medios tradicionales como

la televisión, la literatura, los comics, etc. (Cfr. Scolari, 2013). A los fines de especificar su naturaleza, Jenkins plantea que son narraciones transmediáticas las historias que utilizan múltiples soportes aportando cada medio su función específica y dispersando el relato, de tal forma, en múltiples usos o apropiaciones (Cfr. Jenkins 2011). Se trata, de tal modo, de una elaboración semiótica compleja y elástica, que utiliza las cualidades de los distintos soportes para avanzar en el relato.

Desde el punto de vista del componente pasional de la narración, con el transmedia se produce, principalmente, un sobredimensionamiento del aspecto estético. No quiere decir que los componentes modal, temporal y aspectual no se encuentren profundamente alterados en el formato transmedia, sino que se advierte una preponderancia del componente estético, que, en palabras de Fabbri (2000), es “el componente de lo sensorial, porque no hay pasión sin cuerpo. Siempre que existe una transformación pasional implica también una transformación de la estesia, de la percepción de la expresión corporal. Porque la pasión origina, por ejemplo, cambios de estados físicos del cuerpo” (Fabbri, 2000: 66). La narración transmedia, en su específica concatenación de acciones y pasiones, intenta enfatizar la dimensión afectiva del lenguaje.

¿Qué es lo que genealógicamente convoca, entonces, el transmedia, en tanto formato interpretante de época? Si los componentes de experimentación, interactividad y desmaterialización ya se encontraban plenamente presentes en la era del llamado “broadcasting” -cuestión atentamente señalada, como vimos, por el arte-, ¿cuáles son las novedades que trae el transmedia? Ante la evidencia de que no estamos ante mutaciones absolutas, lo que parece recuperarse como primicia en el transmedia es un tipo particular de fruición que remite a esa escena primitiva que, en los años 30, correspondió a la experimentación con los aparatos y las máquinas de comunicar, principalmente relativos a la

radio. En tal sentido, el transmedia -en recepción- se asemeja más a las experticias y habilidades relacionadas a la radio que al propio cinematógrafo; sin embargo -en producción- la participación en la propia hechura del transmedia requiere de conocimientos específicos que lo asemejan más a un cierto distanciamiento como el producido por el cine. Se advierte, entonces, en esta doble genealogía, un carácter paradójico: en recepción el transmedia recupera, entre otras cuestiones, la experiencia de los radioaficionados; en producción liga más con las modalidades del cine y las artes audiovisuales en general. Con respecto a los procesos de desmaterialización, la novedad reside en una nueva escala de articulación de lo virtual con lo material, que se advierte claramente en la conversión del escenario urbano -de la ciudad, para decirlo más claramente- en una superficie operatoria de distintos niveles. La ciudad ya no es solamente una ciudad vista y meramente practicada, sino también una ciudad intervenida, una superficie performática y operativa de experimentación que implica prácticas interventivas; la ciudad es, así, una *performance móvil* en la cual calles, cuerpos, imágenes, colores, sonidos, se despliegan en tanto dispositivos-del-contacto; en su propia *representación*, por lo tanto, la ciudad resulta *presentada y performada* simultáneamente.

Tratándose de una modalidad narrativa, ¿es posible nombrar al transmedia como “literatura”? La pregunta no es novedosa; al contrario, es posible incluirla en toda una serie de interrogaciones y debates presentes en el campo literario (Cfr. Costa, 2007). En “Literaturas postautónomas 2.0”, Josefina Ludmer (2007) -tomando como referencia la “naturaleza transfronteriza y ambivalente de las escrituras contemporáneas”, y la correspondiente dilución de categorías como “autor, obra, estilo, escritura, texto, y sentido”, y la convergencia entre realidad y ficción-, plantea el fin de la “autonomía literaria”. En el marco de nuevas condiciones de producción y circulación de los textos, Ludmer habla, entonces, de “escrituras o literaturas postautónomas” (Ludmer, 2007), de “escrituras diaspóricas”. Aunque Ludmer se está refiriendo, principalmente, a “escrituras testimoniales, autobiográficas, crónicas, reportajes periodísticos, diversos tipos de etnografías”, etc., al señalar

que son todas modalidades que tienen la característica de “salirse de la literatura y entrar a la realidad y lo cotidiano”, o “a la realidad de lo cotidiano” -señalando que “lo cotidiano es la TV y los medios, los blogs, el email, internet, etc.” (Ludmer, 2007)-, resulta posible, entonces, integrar al transmedia en dicha serie, ya que “las literaturas postautónomas del presente saldrían de «la literatura», atravesarían la frontera, y entrarían en un medio (en una materia) real-virtual, sin afueras, la imaginación pública: en todo lo que se produce y circula y nos penetra y es social y privado y público y «real»” (Ludmer, 2007). De tal modo, postula “un territorio, la imaginación pública o fábrica de presente”, en el cual “no hay realidad opuesta a ficción, no hay autor y tampoco hay demasiado sentido” (Ludmer, 2007). Son “nuevas literaturas” que “fabrican presente” (Ludmer en Costa, 2007): “Una realidad que no requiere ser representada porque ella misma es pura representación” (Ludmer en Costa, 2007):

“La imaginación pública es todo lo que circula, los medios en su sentido más amplio, que incluye todo lo escrito y que es algo así como el aire que respiramos. Todo lo que se produce y circula y nos penetra, y que es individual y social, privado y público, imaginario y «real»” (Ludmer en Costa, 2007).

De tal modo, la puesta en discurso de nuestra actualidad nos colocaría ya en un pliegue de la modernización que sugiero nombrar como *lo maravilloso-hipermoderno*.

#### **III.C.4. TRADUCCIONES ENTRE HÍBRIDOS, REDES Y CRÍTICA DE LO MODERNO**

---

Lo moderno siempre designando, entonces, amenaza y progreso, “torbellino”, “aceleración”, “ruptura”, “revolución del tiempo”, “novedad”. Volviendo a la genealogía de dicha sensibilidad, lo moderno indica la consolidación de “un regimen nuevo” que implica un contraste con un pasado que se imagina como “arcaico y estable”. Marca, como decíamos

anteriormente, una “asimetría” que “designa un quiebre en el pasaje regular del tiempo” (Latour, 2007: 27).

Desde el punto de vista de Latour, lo moderno se instaló a partir de una doble separación, de un conjunto de *asimetrías* entre dos series de prácticas: una que actúa por “traducción”, mezclando “géneros de seres totalmente nuevos, híbridos de naturaleza y de cultura” -a este primer conjunto, el de los “híbridos”, Latour lo denomina “redes”-; y otra, de carácter “crítico”, que “separa” aquello que la primera juntaba, y que Latour describe como un proceso de “purificación”, el cual habilita “dos zonas ontológicas por completo distintas”: “la de los humanos por un lado, la de los no humanos por el otro” (Latour, 2007: 28). Desde entonces, ambas series -“redes” y “crítica”- se mantuvieron separados. Eso, para Latour, es *ser modernos*: adherir “al proyecto de la purificación crítica, aunque éste no se desarrolle sino a través de la proliferación de los híbridos” (Latour, 2007: 29). Por lo tanto, la “constitución” de lo moderno se caracteriza por *legislar* dicha “asimetría”, por haber decretado el “olvido” del “nacimiento conjunto” de la humanidad y la no-humanidad. La Modernidad es, entonces, la separación radical entre cosas, objetos, animales, y un “Dios tachado y fuera de juego”; entre mundo natural y mundo social. Esa “constitución” la escribieron, para lo político, los juristas; y para la naturaleza de las cosas, los científicos (Latour, 2007: 33/34). La *constitución moderna* define, de tal modo, las propiedades, las relaciones, las competencias, los agrupamientos de los *humanos* y de los *no-humanos* (Latour, 2007: 36). Podríamos conjeturar que nuestra modernidad, en la actualidad, adquiere un nuevo grado de complejización: a la realidad de los *híbridos* entre naturaleza y cultura - entre objetos naturales, objetos técnicos y humanos, para decirlo con otras palabras- que, desde el punto de vista *crítico* -es decir, teórico y epistemológico- resultan muy complicados de comprender (... a pesar de la gran producción de conocimiento y articulación entre las ciencias actuales, me pregunto si no siguen estando “separados” los híbridos...), se le agrega un componente no menor: los seres-vivos-no-humanos -los animales- que por cierto ya disponen de su propia lista de derechos

específicos. Como se advierte, la *comunicación* entre todos ellos - humanos, seres-vivos-no-humanos, objetos técnicos, objetos naturales- debe necesariamente intentar comprender sus procesos de *traducción* mutua que deriva en la generación de los *híbridos*, abandonando la actitud epistemológica de *purificación* -es decir, de separación de las disciplinas en áreas de estudio específicas- que caracterizó a la ciencia moderna. Esa es la apuesta de las epistemologías actuales, que se encuentra en pleno desarrollo.

### **III.D. COMPLICACIONES DE LA VERDAD: CUESTIONES EPISTEMOLÓGICAS, TEÓRICAS, METODOLÓGICAS Y TÉCNICAS**

Tomando en cuenta, entonces, esta creciente complejidad de un mundo de distintos tipos de seres y objetos en red, interconectados, *comunicados*, el problema de la *verdad* -que es lo que busca producir la ciencia- continúa siendo el principal desafío. ¿Cómo construir enunciados verdaderos con tal complicación del campo referencial?. Como ya dijimos, la verdad implica adecuación entre teoría y empiria, pero lo empírico no es la realidad, sino que son los “datos” sobre la realidad; y los datos se codifican en distintos lenguajes, o “registros”, cada uno con su propia sintaxis, como vimos anteriormente. Las “observaciones” de los “hechos” no son “hechos”, son registros contruidos de “datos” sobre los hechos, mediados discursivamente, por múltiples operaciones semióticas de observación y lenguaje. El problema de la adecuación entre teoría y realidad -es decir, la cuestión de la “verdad”- es el “problema del referente”, que, como ya dijimos, también es una operación de lenguaje. El desafío permanente de la filosofía de la ciencia fue -y sigue siendo en algunas de sus manifestaciones- tratar de encontrar un “lenguaje” lo suficientemente neutro, objetivo, sistemático y formalizado capaz de conectarse de una manera fiable -esto es, evitando las contaminaciones subjetivas del lenguaje- con el *referente* -esto constituyó el tema central,

por ejemplo, en los desarrollos del Círculo de Viena y el positivismo lógico, y es el núcleo de otra de las acepciones del “giro lingüístico” (Cfr., entre otros, Palti, 1998). La sospecha de contaminación subjetiva en el discurso científico se hace evidente, ya que los “hechos” que la ciencia quiere “explicar”, para así controlar y poder predecir su funcionamiento, no se dan puros; la cuestión es que los humanos no podemos tener -en tanto seres simbólicos- un contacto “directo” con “lo real”. Los “hechos” no son cosas, ni objetos, ni entes, sino que vienen expresados en “proposiciones”, en sintagmas que relacionan distintas entidades a través de diversos modos de mediaciones de lenguaje, tal como vimos desde distintas perspectivas, de Peirce a Foucault. Aunque dicho carácter de *constructo* de los hechos siempre estuvo presente, clásicamente las ciencias se dividieron teniendo en cuenta la “naturaleza” de los hechos bajo estudio. De tal modo, están las ciencias “formales” -como la lógica o la matemática, que no remiten a “la realidad” sino a mecanismos abstractos-, y las ciencias “fácticas”, que son las relativas a los que se consideran “hechos” propiamente dichos (Cfr. Follari, 2000).

Dentro de las “ciencias fácticas”, aparece una subclasificación: las “ciencias físico-naturales”, como la física, la biología, la química, la astronomía, la geología, etc, que constituyen el “modelo tipo” de la ciencia galileana y la racionalidad moderna, cuyo modelo de explicación es causal y determinista, basado en leyes sobre hechos repetibles, y sus supuestos son de exactitud y objetividad (Cfr Follari, 2000), y las “ciencias sociales”, cuyo surgimiento a fines del siglo XIX y comienzos del XX produce una dificultad, ya que su “objeto” son las producciones del mismo sujeto que analiza, ocasionando así serios obstáculos en relación con la búsqueda de objetividad característica del discurso científico (Cfr. Follari, 2000). Es notorio, entonces, que *los hechos en tanto constructos naturales o sociales* son los que organizan a las ciencias en esas dos grandes particiones: las “ciencias naturales” y las “ciencias sociales”. Pero, desde el punto de vista de su conformación, *todas las ciencias son sociales*: sus objetos -los hechos por ellas convocados, ya sean enunciados

como naturales o como sociales- son objetos de lenguaje, por lo tanto, sociales (Cfr. entre otros, Follari, 2000).

Podemos decir entonces que la ciencia, en general, es una práctica social sometida a condiciones de producción específicas, cuyo producto es el conocimiento científico. Para que un conocimiento sea considerado “científico” -es decir, para lograr el “efecto de cientificidad”- tiene que reunir algunas condiciones internas ligadas, de manera genérica -como ya lo dijimos- a los géneros argumentativos: de tal modo, en la escritura científica deben encontrarse fuertemente articulados, desde un punto de vista lógico, los niveles epistemológicos, teóricos, metodológicos y técnicos (Cfr. Sautu, 2003: 17). Si bien es necesaria la coherencia lógica entre ellos, cada uno de estos niveles remite a dimensiones del conocimiento científico con sus propias particularidades, y cada uno de ellos constituye una “disciplina” en particular.

El nivel epistemológico tiene que ver con las orientaciones generales que guían la producción del conocimiento científico, y puede ser considerado como el momento más general y abstracto relativo a la “definición paradigmática” en cada ciencia o disciplina (Cfr. Sautu, 2003: 21). Delimitar los “supuestos paradigmáticos” significa explicitar los fundamentos a partir de los cuales cada disciplina aborda su objeto de estudio. La noción de “paradigma”, proveniente de Kuhn (Cfr. Klimovsky, 1997: 339 y stes.), se despliega en numerosas definiciones, pero un aspecto central en ella es justamente la dilucidación de los supuestos epistemológicos que remite a poder explicitar el tipo de relación que el conocimiento en cuestión supone que existe entre el sujeto y el objeto de conocimiento: si debe haber distancia entre ellos, o si hay implicación del investigador sobre lo investigado. Entonces el *paradigma*, muchas veces nombrado como nivel epistemológico, tiene que ver con la “teoría del conocimiento” que guía cada abordaje científico, en la cual

correlativamente actúan otros tipos de supuestos: los *ontológicos* (qué es la realidad y qué se puede conocer de ella; si la realidad es objetiva y por lo tanto separable del investigador; o si la realidad está imbricada con la vida del investigador, etc.); los *axiológicos* (si los “valores” del investigador deben o no considerarse como constitutivos en el proceso de producción de conocimiento); los *teóricos* (una teoría es un conjunto de enunciados lógicamente entramados, que debe concordar con los supuestos epistemológicos, explícitos o implícitos, actuantes en el paradigma elegido, y que a su vez incluye varios niveles: teorías generales o sustantivas, conceptos derivados de ellas, concepciones sobre cómo se deben construir los datos, y la naturaleza de las técnicas de recolección de dichos datos); *metodológicos* (estrategia de la investigación, ejes generales sobre los cuales se va a construir la información, etc) (Cfr. Sautu, 2003: 46, levemente reformulado a nuestros fines).

Para algunos autores es, justamente, el nivel de “la teoría” el que se considera la “argamasa” que sostiene toda investigación científica (Sautu, 2003: 17). En tal caso, se pone el acento en “la construcción del marco teórico”, ya que en dicha instancia se pone en juego la articulación lógica entre los supuestos epistemológicos, las teorías generales, los conceptos, las categorías, los métodos y las técnicas (Cfr. Sautu, 2003: 17 y stes). Asimismo, se debe especificar el “nivel de análisis” en que se sitúa la investigación. Un ejemplo típico de las ciencias sociales es la distinción entre “estructura” y “acción social” (Sautu, 2003: 30/31). Si el nivel de análisis es macrosocial, se dedicará entonces a estudiar grandes unidades de análisis, como la “sociedad” o la “estructura social”; si es microsociales, se referirá a unidades de análisis pequeñas, como las “personas”, la “acción social” o “agencia”, la interacción, etc (Sautu, 2003: 30). La “agencia humana” designa la capacidad del individuo, o del actor social, “de actuar más allá de los condicionamientos que impone el sistema social” o la estructura (Sautu, 2003: 34/35). En el primer caso, el supuesto epistemológico sería que el orden social remite a patrones recurrentes de comportamiento -estructura- que nos condicionan. Conceptos como la “conciencia colectiva moral” de Durkheim; la “autopreservación” de

Spencer; “el uso del poder, la presión económica y la coerción legal” en Marx, son ejemplos, para Sautu, de fundamentos estructurales (Sautu, 2003: 36). En el segundo caso, al contrario, el supuesto es que los *agentes sociales* son autónomos y construyen, por medio de sus prácticas, y de manera *significativa*, lo social. Sautu ubica, en este caso, a la sociología comprensiva de Weber, la fenomenología, la hermenéutica, el interaccionismo simbólico, etc. (Sautu, 2003: 33).

En dicho entramado, la elección del método también es crucial. La “filosofía del método” se pregunta sobre la validez y confiabilidad del conocimiento a producir; y su elección debe también encontrarse fundamentada por cuestiones epistemológicas y ontológicas. Una pregunta típica sobre cuestiones de método es, por ejemplo, de qué concepción de “causalidad” se parte para realizar la investigación, porque de la respuesta a tal pregunta se derivará la elección de los tipos de metodologías o procedimientos (inductivos, deductivos, abductivos, analógicos, etc), además de cuestiones axiológicas (Cfr. Sautu, 2003: 46 y stes.)

Este aspecto relativo a la articulación entre teorías y métodos merece una mayor explicitación, ya que creemos que vale la pena puntualizar ciertas correspondencias.

Las teorías asociadas a las metodologías cualitativas provienen de la tradición epistemológica interpretativa en la cual podemos incluir a la hermenéutica, a la fenomenología, al interaccionismo simbólico, a la etnometodología, al constructivismo social, a los Cultural Studies, etc. El interés común que subyace a todas estas perspectivas es la centralidad del rol del lenguaje y otros sistemas de signos en la construcción de la realidad social; se ubican, por lo tanto, en “la perspectiva de los actores sociales”. La realidad social se aborda a través del análisis de signos, lenguajes, discursos, hablas; es decir, se pone énfasis en los medios por los cuales la realidad social deviene existente. Es, justamente, esta

tradición interpretativa la que tradicionalmente se hizo cargo de la problemática del lenguaje que presentamos más arriba. Desde este punto de vista, los supuestos subyacentes son que los fenómenos sociales son creados por el mismo lenguaje que se usa para describirlos; que los lenguajes y discursos dan forma a la manera en que la gente experimenta y se comporta; que a partir del lenguaje se delimitan las categorías básicas para entendernos, y los modos de actuar respecto de los otros (categorías de personas, géneros, razas, clases, etc); que, consecuentemente, a partir del lenguaje nos definimos a nosotros mismos, es decir, a nuestras identidades socioculturales por la instauración de patrones de significación compartidos, etc. Todos estos supuestos conforman las bases de los distintos métodos de investigación cualitativos según distintos modelos teóricos (Cfr. Sautu, 2003). De manera general, esta tradición epistemológica es la base de una de las acepciones del “giro lingüístico” (Cfr. Scavino, 1999 y Palti, 1998). Estas perspectivas apuntan a explorar la naturaleza de las conversaciones y de la interacción. El componente referencial del lenguaje ocupa un lugar en dichos abordajes, pero no necesariamente central, ya que se trata fundamentalmente de dilucidar la naturaleza indexical, organizadora, de los intercambios e interacciones, en lo cual se pone en juego todo el acervo comunicativo de los participantes, tanto sus componentes verbales como no-verbales. Con más o menos énfasis en el carácter “reglado” o no de las interacciones, podríamos ubicar en dicho conjunto a ciertos desarrollos de la Escuela de Chicago, de la Escuela de Palo Alto, o de la “sociología dramática de la acción” de Goffman, o, incluso, de la noción de “práctica social” y su componente “táctico” en Michel De Certeau.

La construcción de los datos en la investigación cualitativa también merece un apartado. Como ya lo adelantáramos, los “datos” son la forma verbalizada o escrita, descriptiva, de ocurrencias o experiencias; son relatos de sucesos del pasado o del presente, textos y narrativas, registros de interacciones a través de films, videos, fotografías u otros soportes (Cfr. Sautu, 2003: 66). En la investigación cualitativa la teoría y

los datos se construyen interactivamente, en general de manera abductiva e inductiva, a partir de un conjunto de técnicas como las observaciones (participantes o no-participantes), las entrevistas (semi-estructuradas o en profundidad; individuales o de grupos; etc), los estudios de casos, el análisis de documentos, las historias clínicas, la investigación-acción, las historias de vida, la descripción de trayectorias, etc (Cfr. Sautu, 2003: 75 y stes). Lo central, entonces, consiste en una meta-observación de las operaciones de observación de los agentes sociales, indagando comprensivamente sus imaginarios, representaciones, percepciones, emociones, etc. Los resultados que surgen de todo ello son, por supuesto, *relatos*.

Por su parte, las teorías asociadas con las metodologías cuantitativas remiten a tradiciones epistemológicas positivistas. Sus técnicas son, principalmente, las encuestas, los censos, el análisis de contenido. En este caso, se trata de la búsqueda de regularidades, de constantes que sostengan las generalizaciones teóricas, y por tal motivo se estudian dimensiones específicas de la realidad a partir de su representatividad estadística, mediante la operacionalización de los datos, buscando pautas generales de regularidad. El "dato" de tal modo construido resulta de la delimitación de una unidad de análisis la cual se codifica a partir de la demarcación de variables, valores e indicadores, y los resultados se procesan y presentan mediante distintos sistema de matrices de datos de naturaleza estadística (Cfr Sautu, 2003: 116 y stes.) Para llevar a cabo una investigación cuantitativa es necesario una planificación que contenga, como mínimo, los siguientes momentos: la delimitación del *universo* bajo estudio; la selección de las *unidades de análisis*; la demarcación de las características de dichas unidades, es decir, las *variables*; la postulación de los *tipos de relaciones* entre las variables; la asignación de *valores* a dichas variables; la tipificación de las manifestaciones empíricas de las variables, es decir, la asignación de *indicadores* a las variables (Cfr. Sautu, 2003: 62 y Samaja, 1999: 173 y stes). En relación con este último punto, es importante tener presente un

texto clásico de Lazarsfeld -“De los conceptos a los índices empíricos”, de 1958- en el cual expone que:

“... para la determinación de variables capaces de medir objetos complejos, hay que seguir casi siempre un proceso más o menos típico. Este proceso, que permite expresar los *conceptos* en términos de *índices* empíricos, comprende cuatro fases principales: la representación literaria del concepto, la especificación de las dimensiones, la elección de los indicadores observables, y la síntesis de los indicadores o elaboración de índices” (Lazarsfeld, [1958] 1978: 36)

Se advierte claramente, entonces, también en este caso, el carácter construido de la información científica: no hay nada ahí de los hechos en sí mismos (ya dijimos que no tenemos posibilidades, en tanto humanos, de una relación directa con los hechos, sino siempre mediada por las distintas dimensiones de la semiosis). Los “hechos” de las epistemologías positivistas son matemáticos y estadísticos.

Para ser justos, si bien acá presentamos de manera recortada lo que corresponde a las epistemologías interpretativistas y a las positivistas, sin embargo, si nos situamos en el nivel concreto del trabajo de investigación -en las “prácticas” de investigación-, lo que habitualmente ocurre es una coexistencia de teorías y métodos provenientes de ambas epistemologías. Es lo que, en metodología, se conoce como “triangulación” de teorías y métodos, lo cual casi siempre resulta fructífero dado que, como toda verdad científica es un constructo, entonces el investigador toma prestadas maneras de construir de distintos enfoques a los fines de arribar a una comprensión más completa del fenómeno bajo estudio.

Ahora bien, la peculiaridad de las Ciencias Sociales -la naturaleza equívoca de su objeto, en tanto objeto “social”- plantea un dilema mucho más general desde el punto de vista epistemológico: ¿se puede aplicar la perspectiva de Kuhn de los paradigmas en las Ciencias Sociales? ¿o sólo se aplicarían para las llamadas ciencias naturales?. Es un debate con

muchas aristas que, si bien resulta a estas alturas prácticamente anacrónico, creo que vale la pena repasar. Si tomamos la noción de paradigma desde un punto de vista estricto, las Ciencias Sociales serían *pre-paradigmáticas*, *multiparadigmáticas* o, incluso, *aparadigmáticas*, ya que no es posible postular en su ámbito esa férrea articulación lógica de distintos niveles como presentamos más arriba (Cfr. Follari, 2003). Es decir, las Ciencias Sociales -desde este punto de vista- no habrían alcanzado aun el nivel del *paradigma*.

Si en cambio tomamos el término paradigma de manera compleja, entonces podríamos relacionarlo con la teoría de los “campos” de Bourdieu, quien, a partir de su clásico ensayo “El campo científico” (Bourdieu, 1976), los caracteriza como espacios de construcción de conocimientos guiados por un sistema de reglas y delimitados por posiciones y mecanismos de consagración, inclusión y exclusión, entre otros componentes (Cfr. Follari, 2000). En las Ciencias Sociales habría, entonces, varios “campos” diferentes, no necesariamente concordantes, sino incluso confrontativos. El “desacuerdo”, en las Ciencias Sociales, es inevitable y simultáneo (en las ciencias físico-naturales el desacuerdo se entendía como “sucesivo”). De ahí que en Ciencias Sociales no sea posible sostener uno de los principios rectores dentro del esquema kuhniano, que es el de la *inconmensurabilidad paradigmática*, ya que, de hecho, en ellas existen simultáneamente modos diversos y contrarios de entender lo social: o sea, siempre hubo, en las Ciencias Sociales, varios “paradigmas” simultáneamente actuantes.

Esta “lucha por la interpretación” -presente como rasgo constitutivo en las Ciencias Sociales y Humanas-, estuvo, también -aunque la historia de la epistemología clásica haya tratado de presentarse como una narrativa no contaminada- desde el principio, en las ciencias físico-matemáticas. Actualmente, vía lo que se conoce como el “paradigma de la complejidad”, esto ya circula como una evidencia (Cfr. Wallerstein, 2007).

## CAPÍTULO IV. LAS CIENCIAS SOCIALES.

### IV.A. RECAPITULACIÓN SOBRE LAS CIENCIAS SOCIALES

A los fines de recapitular y ordenar lo ya expuesto, vamos a detenernos en el surgimiento de las Ciencias Sociales, lo cual ocurre en las derivaciones de dicho espacio ya eminentemente *moderno* que reseñamos anteriormente. Su tiempo histórico es muy “breve”, “casi contemporáneo”, dirá Verón (1972: 27). Desde el siglo XIX, y mediante un acelerado y crítico proceso de desarrollo industrial y profundas transformaciones socio-políticas, se empieza a visibilizar un dominio de estudios cuyo objeto es, justamente, la “sociedad”. Habitualmente se dice que las Ciencias Sociales surgen *en y por la crisis* de lo social, aunque dichas crisis se encuentren bajo un horizonte general de “confianza” en el “progreso ilimitado del capitalismo”. El clásico texto de Eliseo Verón, de 1972, “El surgimiento de las Ciencias Sociales”, impregnado como está del léxico propio de la época de su escritura -que, por supuesto, resulta anacrónico-, creo que sigue siendo vigente a los fines de situar el estatuto controversial que caracteriza a las Ciencias Sociales. Dicho sospechoso horizonte de confianza de las ciencias sociales se encuentra presente, para Verón, tanto en su versión propiamente “burguesa”, como en su versión “socialista” -en términos de auto-superación del capitalismo a partir de sus propias contradicciones- (Cfr. Verón, 1972: 27). Ambas concepciones se apartan de la filosofía especulativa y metafísica, buscando un conocimiento “científico” de la vida social -para el marxismo, dicho análisis científico resultaba “inseparable de la acción revolucionaria”, mientras que para “la ideología positivista de la burguesía” se trataba de “la práctica de la ciencia, a cargo de las elites académicas en formación” (Verón, 1972: 27). De tal modo, podemos afirmar que las ciencias sociales surgen, y se consolidan, en un contexto donde la articulación ambivalente entre *crisis y confianza en el progreso* nutre todos los programas. La propia naturaleza de las Ciencias Sociales es, de tal modo, *polémica*. Y además, los debates acerca de su “estatuto de

cientificidad” indican su peculiaridad, ya que, justamente, lo que se interroga es *si son o no ciencias*.

#### **IV.B. ¿LAS CIENCIAS SOCIALES SON “CIENCIAS”?**

Verón, en su diagnóstico de 1972, plantea que tal vez las ciencias sociales se encuentren aún en “su más tierna infancia”, todavía “balbuceando sus primeras palabras” (Verón, 1972: 27). En 1895, relata Verón:

“... Emile Durkheim, un profesor de Burdeos que cuenta 37 años de edad, publica *Las reglas del método sociológico*, y dos años más tarde, *El suicidio*. Hasta 1891 y durante 10 años, había estado en París un suizo, Ferdinand de Saussure, enseñando en la Escuela Práctica de Altos Estudios. Durkheim recién se traslada a París en 1892, cuando Saussure ha vuelto ya a su ciudad natal, Ginebra, donde continúa dictando cursos, que nunca publicó, sobre una teoría general del lenguaje. En 1912 aparece el último libro de Durkheim, *Las formas elementales de la vida religiosa*. Dos alumnos de Saussure, sobre la base de apuntes de clase, publican sus enseñanzas recién en 1916, bajo el nombre de *Curso de lingüística general*. Saussure había muerto tres años antes. En esos años que llevaron de un siglo a otro, tres hombres habían dado los pasos definitivos. Porque con Freud, Durkheim y Saussure, la psicología, la sociología y la lingüística no estaban naciendo, comenzaban a recorrer los años decisivos de su primera infancia” (Verón, 1972: 33/34).

Teniendo en cuenta dicha minoría de edad, podemos resumir en dos grandes respuestas el debate acerca del estatuto de científicidad de las Ciencias Sociales:

- por un lado, el punto de vista que sostiene que deben adecuarse al paradigma de las ciencias consideradas “verdaderas”, esto es, las ciencias naturales, o físico-naturales;

- y, por otro lado, la postura que plantea que, dada la *especificidad* de su objeto de estudio -la “sociedad”-, las Ciencias Sociales no pueden ser sino autónomas tanto en sus teorías como en sus métodos.

Además de estas dos posturas epistemológicas generales, encontramos otras posturas que manifiestan combinaciones específicas de los supuestos de aquellas, más el agregado de otros puntos de vista.

Presento, entonces, a continuación, cinco orientaciones epistemológicas que considero centrales en el desarrollo de las Ciencias Sociales: positivistas o empírico-deductivas; comprensivistas e interpretativistas; críticas; posturas sobre la lengua y el lenguaje; y un último punto, que nombro como “meta-epistemologías”.

Como se verá, dichas orientaciones no son puras, y, aunque generales, presentan, en su propio desarrollo, toda una serie de mixturas de supuestos epistemológicos.

#### **IV.B. 1. POSTURAS POSITIVISTAS O EMPÍRICO-DEDUCTIVAS**

Es la postura que subraya que las Ciencias Sociales deben imitar la manera en que las ciencias físico-naturales construyen el conocimiento-. Entre otras nominaciones, se conoce como enfoque naturalista (Klimovsky, 1997) o “empírico-analítico” (Mardones, 1991), en el cual encontramos tanto el inductivismo-empirista como el deductivismo-racionalista -vale aclarar que el término “analítico” se usa como sinónimo de “deducción” (Samaja, 1996: 1)-. Según Mardones (1991), esta postura se articula históricamente con la “tradición galileana” correspondiente a la “revolución científica” del siglo XVII, y se encuentra representada, en las Ciencias Sociales, en autores como Auguste Comte (1798/1857), J. S. Mill (1806/1873) y Emile Durkheim (1858/1917). Dicho enfoque también se conoce, de manera general, como el “paradigma positivista”.

El término “positivista” procede de Auguste Comte -considerado por algunos como el creador de la “sociología”, y cuyas obras *Curso de filosofía positiva* (1830/1842) y *Discurso sobre el espíritu positivo*, de 1844, colocan a la sociología en el extremo más alto de la jerarquía de las ciencias (Verón, 1972: 30)-, pero sus antecedentes los hallamos durante el siglo XVII y en el contexto de discusión de las revoluciones del siglo XVIII. El positivismo en las Ciencias Sociales se puede sintetizar en una actitud epistemológica que supone los siguientes principios: el monismo metodológico; la imitación del modelo de las ciencias naturales; la búsqueda de explicaciones como base de formulación de leyes generales; y el interés de “dominio” del objeto de estudio.

El *Novum Organon* (1620) de Francis Bacon (1561/1626) -referente principal del empirismo-, fue interpretado, de manera central, como guiado por un motivo de control y dominio de la naturaleza, criticándose el efecto de “cosificación” de los fenómenos bajo estudio mediante su reducción a “objetos”, con un primado de la *razón instrumental*; crítica que asimismo se esgrime en relación con la retoma que realiza Auguste Comte en términos de la necesidad de formular, para el estudio de lo social, una *física social*. La sociología funcionalista de Emile Durkheim es la que llevaría a cabo, de manera rigurosa y sistemática, tal programa. Dicho programa incluye, entre otras perspectivas, la sociología funcionalista, la psicología conductista, el uso de métodos cuantitativos y estadísticos y de modelos matemáticos. Ello tornaría a las ciencias sociales aptas para la formulación de regularidades y de conexiones causales entre los hechos sociales tendientes a la postulación de leyes generales que puedan explicar, de un modo objetivo y sistemático, el funcionamiento de lo social.

Como recién dijimos, según Mardones (1991), esta postura genéricamente positivista -a la cual designa como “empírico-analítica”- se

liga, genealógicamente, con lo que él llama la “tradición galileana”, en la cual se entiende a la explicación científica en términos de *Erklären*: un tipo de explicación mecanicista y funcional, guiada por la pregunta por el “cómo”: es decir que lo que guiaría a la ciencia social sería preguntarse cómo se desarrollan los fenómenos, cómo funcionan, en el contexto de la “física mecanicista” típica del siglo XVII (Mardones, 1991: 29). La pregunta por el cómo práctico -y no por el por qué y el para qué últimos de las cosas- se encuentra guiada, entonces, por la voluntad de poder, el control sobre la naturaleza y el interés pragmático. La explicación (*Erklären*) entiende la causalidad como asimétrica, ya que el efecto y la causa no son intercambiables, dado que la causa se da con anterioridad al efecto, y por lo tanto debe haber sucesión, contigüidad y asimetría entre causa y efecto. A dicha concepción se la nombra, en el marco de la epistemología, justamente, como “explicación” propiamente dicha. La “tradición galileana” específica a la que alude Mardones (1991: 23 y stes) remite al marco temporal que expusimos anteriormente: desde la teoría heliocéntrica del sistema solar de Copérnico, hasta los *Discorsi* de Galileo.

Aunque habitualmente se entienden de manera dicotómica, lo cierto es que tanto el racionalismo-deductivista como el empirismo-inductivo forman parte de dicha postura.

Para el racionalismo-deductivista los sentidos son una distracción y el conocimiento debe partir del ámbito de la Razón Pura, postura que supone una recuperación del platonismo por parte de la revolución científica del siglo XVII, en el sentido de la necesidad del razonamiento matemático, racional, como guía de la producción de conocimiento. El deductivismo en tanto método plantea, como ya lo dijimos, la construcción del conocimiento del “todo” a las “partes”; es decir, de las teorías generales a los hechos (a las observaciones de los hechos).

En cambio, para el empirismo-inductivo, el conocimiento científico debe proceder por observación y experimentación sobre el mundo empírico para, a partir de ello, y por acumulación de “enunciados observacionales”, producir generalizaciones (lo cual remitiría a Aristóteles, para quien el conocimiento comenzaba por las observaciones, motivo griego, entonces, también rehabilitado por la revolución científica del XVII como necesidad de observación y experimentación empírica articulada luego con lo racional). El inductivismo en tanto método plantea, al contrario del deductivismo, que el conocimiento tiene que proceder de las “partes” al “todo”; es decir, de los hechos (observación de los mismos) a la formulación de teorías generales.

El contexto que hace posible cuestionar la oposición corriente entre *empirismo* y *racionalismo* se encuentra mediado por las figuras de Francis Bacon -quien, como decíamos antes, es uno de los principales representantes del empirismo, y plantea que se debe cotejar el pensamiento con los datos, obligando a la naturaleza a “responder” las preguntas de la ciencia mediante los “experimentos” (Berman, 1999: 30/31)-, y René Descartes (1596/1650) -representante del racionalismo, para quien las leyes del pensamiento se adecuan a las leyes de las cosas, y posiciona a las matemáticas como epítome de la razón pura, la certeza como medición, la ciencia como matemática universal y la verdad como utilidad (Berman, 1999: 31/32)-. Ambos planteos se encuentran articulados en los trabajos científicos de Galileo y Newton. Dicha configuración -como ya lo dijimos- es la que se conoce como “revolución científica” del siglo XVII, a la cual Mardones (1991), como ya vimos, nombra como “tradición galileana”. Podemos resumir la concepción de “la ciencia”, en tal contexto, en palabras de Morris Berman, como explicación funcional, mecanicista, experimental, atomista, guiada por un interés de control y predicción (Berman, 1999: 34 y stes).

Lo que se advierte, entonces, es una relación dinámica entre racionalismo y empirismo como núcleo de la revolución científica. Dice Morris Berman que, en definitiva, el objetivo de Bacon fue conseguido mediante los medios de Descartes. Ambos, tanto Bacon como Descartes, luchan contra el escolasticismo de la Edad Media (el *New Organon* de Bacon, es, justamente, una crítica a la apropiación aristotélica del *Organon* de la Edad Media). El mundo, para los exponentes de la revolución científica, no está sólo para ser contemplado estáticamente -a la manera griega-, sino para actuar sobre él de modo dinámico (Berman, 1999: 29). En el siglo XVII, el asunto es “hacer”, no “ser”. Galileo y Newton representan la unión de estas dos herramientas: su pregunta sería, por ejemplo, *cómo* se comportan los cuerpos en caída; no *por qué* se comportan de ese modo. Se produce, entonces, una modificación de la pregunta que guía a la ciencia: no “por qué” las cosas son como son, sino “cómo” funcionan, y, en términos históricos, estas dos preguntas resultan excluyentes. Es un cambio que expresa la unión entre Razón y Empiría, entre matemáticas y experimento (Cfr. Mardones, 1991 y Berman, 1999).

La alianza entre “fundamentación empírica (o sea, positiva, el reconocimiento de los hechos tal como son) y racional (o sea, la demostración del carácter lógico del objeto en cuestión)” -dicho “desenvolvimiento de la racionalidad y la experiencia” (Verón, 1972: 28)- tuvo varios momentos y derivó en la parcelación del conocimiento en varias disciplinas sociales. Además del positivismo de Auguste Comte y Herbert Spencer, uno de los primeros sociólogos importantes, Ferdinand Tönnies, y Lucien Levy-Bruhl -de la primera antropología-, pueden considerarse asimismo influidos por el positivismo. Antropología, sociología y lingüística son, desde la perspectiva de Verón (1972), parten de este programa.

El contexto de producción de las “ciencias antropológicas” son los proyectos colonialistas de las potencias imperialistas en expansión, aunque ello no quiere decir que sus resultados tengan que ver con dicho motivo dominador, sino que, al contrario, en muchos casos los textos antropológicos constituyen descripciones sistemáticas del funcionamiento de diversas culturas -el caso paradigmático es *La rama dorada*, de James Frazer (1854/1941), publicado en 1890, que es una presentación “monumental” de creencias y mitos de culturas “primitivas” (Verón, 1972: 31)-, o, incluso, fuertes críticas y denuncias a los efectos que en las culturas llamadas “primitivas” ocasionaba el proyecto colonialista (Cfr. Verón, 1972: 29). Cuando la antropología se estaba constituyendo, Lucien Levy-Bruhl (1857/1939) publica, en 1910, *Las funciones mentales en las sociedades inferiores*: en este caso la “inferioridad” no es un descriptor, sino que postula una diferencia valorativa entre “irracionalidad mágica” y “razonamiento lógico” (Verón, 1972: 29). Constituía una mirada evolucionista, impregnada de la confianza en el progreso indefinido de la especie humana: hay que recordar que *El origen de las especies*, de Charles Darwin (1809/1882), se publica en 1859; y que en el periodo 1862/1896 aparecen los diez volúmenes del *Sistema de filosofía sintética* de Herbert Spencer (1820/1903), para quien la sociología se ocupará de estudiar la historia de la adaptación del hombre a su ambiente, mediante el desarrollo de sus mejores capacidades, continuando así el positivismo comteano (en Verón, 1972: 30).

*Comunidad y Sociedad* es otro de los textos fundadores. Publicado en 1877 por Ferdinand Tönnies (1855/1936), en él realiza una distinción radical entre “sociedad” y “comunidad” que se encuentra recuperada actualmente como clave de análisis para los procesos de emergencia “comunitaria” post-caída del Muro de Berlín en 1989. La “sociedad”, para Tönnies, se encuentra sujeta a racionalidad y contrato, y significa una superación de los lazos (irracionales) de confraternidad y parentesco de la comunidad (en Verón, 1972: 31). Se ubica, de tal modo, la sociología de Tönnies, en dicho optimismo positivista al que nos referíamos antes.

El estudio del “alma humana”, que había estado reservado al “espiritualismo”, entra en la investigación sistemática y nace la psicología mediante dos líneas principales, ambas cercanas a las ciencias biológicas y médicas de la época: la psicología experimental y la psiquiatría (Verón, 1972: 32). Wilhelm Wundt (1832/1920) fundó, en Leipzig, en 1879, el primer laboratorio de psicología experimental. En su obra, Wundt articuló la importancia de la voluntad y la conciencia, con la experimentación y el rigor científicos (Verón, 1972: 32/33), “síntesis que fue decisiva para el nacimiento de la psicología” (Verón, 1972: 33). Sin embargo, tres años antes de que Wundt fundara su laboratorio, aparece un artículo en la revista *Mind* firmado por William James (1842/1910), que publicaría catorce años después bajo el título *Principios de psicología* (Verón, 1972: 33). Es decir que el positivismo, en psicología, ya se encontraba interrogado desde su propia emergencia. James destaca la importancia de elementos irracionales y, por lo tanto, cuestiona el primado de la noción de conciencia y del método de la introspección, cuestión que durante las primeras décadas del siglo XX queda clara a partir de la noción de inconsciente de Sigmund Freud (1856/1939). Importante en este desarrollo resultan las investigaciones del neurólogo Jean-Martin Charcot (1825/1893) que tienen que ver con la otra vertiente que confluye en el nacimiento de la psicología: la “psiquiatría”. En 1878, como Director del Hospital de Mujeres de París, Charcot introduce el método clínico de la sugestión -que por supuesto ya venía siendo ensayado- para el estudio de las enfermedades mentales y los síntomas de la histeria, bajo la convicción de que la conciencia podía estar dividida. Seis años después llega Freud a estudiar neurología con Charcot. En 1895 Freud “inaugura” el psicoanálisis publicando, en colaboración con Joseph Breuer, *Los estudios sobre la histeria*. (Verón, 1972: 33).

Hacia 1895, entonces -tal como lo expresamos anteriormente citando lo que plantea Verón sobre Durkheim, Saussure y Freud- las ciencias sociales se encontraban desarrollando sus primeros pasos bajo el programa que, de manera genérica, podemos nombrar como “positivista”.

#### IV.B.2. POSTURAS COMPRENSIVISTAS E INTERPRETATIVISTAS

---

La segunda postura plantea que las Ciencias Sociales, dada la *especificidad* de su objeto de estudio -la “sociedad”-, no tienen que imitar a las ciencias naturales, sino que tienen que ser autónomas, con teorías y métodos propios. Se encuentra históricamente ligada, según Mardones, a lo que designa como “tradición aristotélica” (Mardones, 1991: 21 y stes.), que, de manera más general, podríamos nombrar como “tradición griega”, ya que la explicación -en el pensamiento griego- se entiende, principalmente, de manera *teleológica*, con derivaciones hacia la *Verstehen* o *ciencias de la comprensión*, guiada por la pregunta por el *por qué* de las cosas en su *acepción finalista* (el *telos* o causa final). La cosmovisión general del siglo Va.C., supone -además de cuestiones propiamente físicas- una “física cualitativa” o “meta-física”, guiada por la búsqueda de “formas subyacentes” o “esencias”, es decir, por explicaciones *teleológicas* o *finalistas*. Una explicación científica, desde el punto de vista de Aristóteles, debe especificar cuatro aspectos de un fenómeno: la causa formal, la causa material, la causa eficiente, y la causa final o *telos*; pero sobre todo ésta última: el *telos*. Las explicaciones teleológicas indagan “con el fin de qué” se producen los fenómenos (Mardones, 1991: 22) . Es, justamente, dicha búsqueda de *esencias* lo que se transmite a la Edad Media en forma de Dios, y que, como vimos anteriormente, es sometida a crítica por Bacon -entre otros- en el *New Organon*, planteando la cuestión de la causa no ya desde un punto de vista metafísico y finalista, sino funcional y mecanicista. La *explicación finalista o teleológica* se liga a la “comprensión” o *Verstehen*. Se la llama, entonces, directamente, *comprensión* (Mardones, 1991: 21 y stes).

En esto consiste la gran división, en las Ciencias Sociales, entre “ciencias de la explicación” y “ciencias de la comprensión” que implican, cada una - como ya vimos- distintos supuestos acerca de qué son las ciencias sociales, cuáles son sus métodos, qué es una *causa* o cómo se define el problema de la *causalidad*, etc.

Con esta “tradición aristotélica” (o griega, en general) se articulan, entonces, los *enfoques interpretativos o de la comprensión* en las Ciencias Sociales, que reúnen varias perspectivas.

Entre ellas, se encuentran las disciplinas en cuyos fundamentos encontramos un punto de vista *hermenéutico* y las que remiten a supuestos *fenomenológicos*.

Por supuesto que existen relaciones epistemológicas entre hermenéutica y fenomenología; tanto es así que a este enfoque basado en la “comprensión” Mardones lo nombra como “enfoque hermenéutico, fenomenológico y lingüístico” (Mardones, 1991: 246 y stes). El último componente de dicha nominación de Mardones -el que nombra como “lingüístico”- resulta, desde mi punto de vista, problemático, por varias cuestiones. Ante todo porque, en términos generales, no es lo mismo ubicarse en una dimensión de lo “lingüístico” que en el “lenguaje”; y porque, además, dentro de ese conglomerado que designa la cuestión del lenguaje hay perspectivas centrales que se apartan, justamente, de cualquier intento hermenéutico en relación a la definición de la significación, y otras que podríamos considerar con algunos “rasgos” comprensivistas o hermenéuticos. Todo ello indica una peculiaridad específica en los abordajes sobre lengua y lenguaje que ameritan, desde mi punto de vista, una autonomía epistemológica por lo cual opto, en este texto, por ubicarlos por separado (ver más adelante). Sin embargo, vale aclarar que tanto en las perspectivas hermenéuticas como fenomenológicas la cuestión del lenguaje ocupa, por cierto, un lugar principal.

Continuando con el tema de la “comprensión” o *Verstehen*, se trata, como decíamos, de una forma de *aprehensión* de las “expresiones” tanto de la

vida psíquica -o del “espíritu”, usando un término del siglo XIX- como de los fenómenos sociales, culturales e históricos, y remite a métodos que se dedican a la interpretación de significados, relaciones, motivos, intenciones, etc.

Vamos a precisar, entonces, los conceptos generales de la hermenéutica y la fenomenología.

#### IV.B.2.A. HERMENÉUTICA

Dentro del paradigma de las “ciencias de la comprensión”, la “hermenéutica” ocupa un lugar importante. Aunque tiene una larga historia que se inicia en la Grecia clásica (Cfr. Bauman, 2002), se entiende, de manera general, como “interpretación” de cualquier tipo de texto, documento o fenómeno, desde un libro, hasta un cuadro o una acción, etc. El supuesto de la hermenéutica es que existe “algo” que no se encuentra directamente a la vista, y por lo tanto necesita ser “interpretado”, es decir, que hay un significado de las cosas que no aparece como evidente y requiere, por lo tanto, ser “descifrado” (Escalante Gonzalbo, 2002: 20).

El problema de toda hermenéutica, al tratar de procurar una interpretación “objetiva y cierta” del objeto, es que tiende a establecer que existe algo así como un significado correcto y único de las cosas, y que además no es evidente, sino que está *oculto* en el interior profundo de los fenómenos o de las cosas -esta característica es la que la liga, genealógicamente, a la “tradición aristotélica” o griega, ya que eso que se supone oculto puede asimilarse a la idea de *esencia* o *telos*-. Por ejemplo, cuando se supone que “la historia”, la “naturaleza humana”, “la raza”, “el pueblo”, “la nación”, etc., tienen un “destino único”, trascendental, universal, dotado de sentidos de superioridad, de libertad, de progreso, de civilización, etc., y que se toma como “directriz” o “parámetro” para juzgar otras realidades o su propio desenvolvimiento. Las derivaciones

políticas de dicho supuesto no son menores, ya que ello es lo que nutre, por ejemplo, a las políticas de identidad -entendiendo a la *identidad* de manera esencialista-, que resultan, muchas veces, en totalitarismos o proyectos expansionistas, imperialistas, “de civilización”, etc., y que además forman parte, en nuestra actualidad, de los “argumentos” de los fundamentalismos que, en sus versiones “terroristas”, se expresan de manera alarmante. Dicho entramado no es ni fue privativo de Occidente -aunque los ejemplos, en tal caso, son los más numerosos: desde la colonización y el nazismo hasta las invasiones imperialistas en nombre de la “libertad” y el “progreso”, sólo para nombrar algunas de sus manifestaciones-, sino que están presentes, como recién lo decíamos, en todos los posicionamientos fundamentalistas -que en algunas de sus formas apelan incluso al terror, como en el caso actual del ISIS- como estrategia de colocación de “un sentido” de la sociedad, la cultura y la historia que se supone incuestionable. Es importante acá destacar la importancia de esta *lucha simbólica para imponer significados*, detectable en numerosas estrategias de comunicación político-culturales vigentes. La mayoría de las guerras, de las masacres, de las limpiezas étnicas, de los genocidios, etc., se realizaron -y se siguen realizando- en nombre de “ciertos” significados considerados inviolables; las guerras fueron -y son-, además de cruentas luchas en la disputa por la apropiación territorial y del excedente económico del sistema, también, *batallas hermenéuticas*, es decir, luchas por imponer la “mejor” interpretación de un “significado” que se pretende único y verdadero. Es más, es, justamente, ese motivo de disputa hermenéutica el núcleo argumentativo que usualmente se esgrime para justificar cualquier invasión imperialista o intervención bélica. Uno de los casos más preocupantes de estrategias comunicativas globales diseñadas mediante cuidadas puestas en escena mediáticas del terror para tratar de imponer *un significado específico* del Islam es, como ya lo adelantamos, la que está llevando adelante ISIS (el Ejército Islámico) en la actualidad (me refiero a los casos de los años 2014 y 2015).

Sin embargo, si bien en el presente subsiste dicho criterio esencialista como base de muchas políticas *reales*, nacionales y globales, culturales,

civilizatorias -incluidas, como decíamos, sus versiones terroristas-, el *desarrollo conceptual* o *teórico* de la *hermenéutica* durante distintos momentos de la Modernidad fue progresivamente despojándose de estos motivos esencialistas. Desde este punto de vista, la *hermenéutica* - *en las teorías actuales*- intenta establecer criterios que garanticen la validez de la interpretación bajo el supuesto de que los significados de los objetos bajo estudio no son unitarios ni universales, y de que no hay motivos “escondidos” sino que, al contrario, es posible reconstruirlos a partir de su expresión concreta, material y empírica en las distintas prácticas y conversaciones sociales (Cfr. Escalante Gonzalbo, 2002 y Bauman, 2002). Esta manera de entender la asignación de significados y motivos se encuentra presente en los métodos de varias disciplinas de las Ciencias Sociales, y halla uno de sus fundamentos en la “filosofía del espíritu” de Dilthey.

Wilhelm Dilthey (1833/1911) formula una separación radical entre las “ciencias del espíritu” y las “ciencias de la naturaleza”, ya que plantea que “los hechos espirituales no nos son dados, como los procesos naturales, a través de un andamiaje conceptual, sino de un modo real inmediato y completo. Son aprehendidos en toda su realidad”. Esta aprehensión - *autognosis*- de lo psíquico-espiritual se ubica como fundamento del conocimiento filosófico sistemático: “Autognosis es -dice Dilthey- conocimiento de las condiciones de la conciencia en las cuales se efectúa la elevación del espíritu a su autonomía mediante determinaciones de validez universal; es decir, mediante un conocimiento de validez universal, determinaciones axiológicas de validez universal y normas del obrar según fines de validez universal” (Ferrater Mora, 1999, Vol. 1: 891 y stes.). Por eso las Ciencias del Espíritu son gnoseológicamente anteriores a las de la naturaleza, a las cuales abarcan, pues toda ciencia es también un producto histórico-social. La llamada “psicología descriptiva” de Dilthey comprende al hombre como entidad histórica y no como ente inmutable (no como esencia o sustancia), y tal carácter histórico de la “vida anímica” supone “la interconexión de todas las vivencias individuales, sociales, históricas” (Ferrater Mora, 1999, Vol. 1: 891 y

stes.). El hombre no es un ente permanente, sino una “vida”, y la “vida” es el verdadero fundamento del mundo; propone, por lo tanto, una concepción de la vida relacionada de manera dinámica y continua con la historia. El pensamiento de Dilthey tuvo mucha influencia, entre otras disciplinas, en las llamadas “filosofías de la vida” -cuyo concepto medular es, justamente, su negación de la existencia de una naturaleza humana permanente (Ferrater Mora, 1999, Vol. 1: 891 y stes.)-

Los trabajos hermenéuticos de Dilthey incluyen estudios sobre personalidades, obras literarias o épocas históricas. Según él, la *hermenéutica* no es una técnica auxiliar para el estudio de la historia y, en general, de las ciencias del espíritu, sino que la concibe como una interpretación basada en un previo conocimiento de los datos (históricos, filológicos, etc.) de la realidad que se trata de comprender, pero que a la vez da sentido a los citados datos por medio de un proceso inevitablemente circular, de ida y vuelta. La hermenéutica -según Dilthey- se puede enseñar sólo en parte, porque principalmente necesita, por parte del investigador, una perspicacia especial y la imitación de los modelos proporcionados por los grandes intérpretes. Dilthey plantea que la hermenéutica “permite comprender a un autor mejor de lo que el propio autor se entendía a sí mismo, y a una época histórica mejor de lo que pudieron comprenderla quienes vivieron en ella” (Ferrater Mora, 1999, Vol. 1: 891 y stes). Del tal modo, se elaboran los problemas que plantea la comprensión de un texto en relación con sus contextos, o la comprensión de un autor en relación con su obra, o la de ambos en relación con la época. El problema interpretativo de no traicionar la intención original del autor planteaba la necesidad de acceder a esa intención mediante una reconstrucción del contexto, esto es, buscar fuera del texto las condiciones que lo hacían inteligible. La interpretación de los textos requería situarse en el punto de vista de su autor para reconocer su intención. “Entender mejor al autor que él mismo” plantea una paradoja: “entender mejor” significa “entender algo distinto”, y no lo mismo que el autor. La dificultad de la hermenéutica, desde este punto de vista, reside en el propósito de establecer el significado correcto, es decir,

ofrecer una interpretación objetiva y cierta del texto; pero tal dificultad es también vista como su mérito: establecer un criterio de validez que garantice una comprensión objetiva de los hechos singulares. Por eso, para Dilthey, es un modelo para las Ciencias del Espíritu, incluso aplicable a los hechos históricos de toda índole: implica que, en lo que tienen de singular, los hechos son siempre susceptibles de interpretación. Se detectan, así, dos ideas implícitas: que los hechos humanos poseen un significado más allá de lo evidente, y que ese significado resulta difícil de conocer de manera inmediata (Cfr. Ferrater Mora, 1999, Vol. 1: 891 y stes. y Bauman, 2002).

Lo central del *interpretativismo* es, entonces, la búsqueda de la *significación*, bajo el supuesto de que la conducta humana tiene carácter de signo, es decir, de que no es simplemente un fenómeno biológico. Se intenta, de tal modo, dilucidar el código de las relaciones sociales y la “gramática social” de los vínculos. La captación del significado de la acción, y de su motivación, guía el procedimiento hermenéutico y trata de entender por qué los agentes sociales actúan de la manera en que lo hacen (Cfr. Escalante Gonzalbo, 2002).

Una de las más importantes perspectivas hermenéuticas contemporáneas es la desarrollada por Hans Georg Gadamer (1900/2002); su obra más conocida es *Verdad y Método*, publicada en 1960. El interés de Gadamer está colocado en el lugar que ocupa la “tradicición” -la historia- en la *comprensión*, es decir, en las posibilidades de interpretación en el marco de la transmisión de la tradición. Plantea la hermenéutica como el *examen de las condiciones* en que tiene lugar la comprensión. El dominio bajo estudio es, por lo mismo, el de las “relaciones” -no un objeto determinado, como un texto por ejemplo-. Las *relaciones* suceden bajo la forma del *lenguaje*, cuyo sentido ha de ser penetrado. Gadamer señala un doble movimiento, de extrañeza o

enajenamiento, y de confianza y pertenencia, que caracterizaría la actitud ante la tradición, y considera que en el “entre” de ambos se halla el lugar de la hermenéutica. De este modo la hermenéutica, aunque imposible sin la tradición y el prejuicio, no consiste en una justificación de todo lo que la tradición y el prejuicio abrigan; en rigor, mediante la hermenéutica pueden desbrozarse caminos que representan nuevas posibilidades en la tradición. Dentro de la tradición se efectúan “anticipaciones”, en el curso de las cuales se abre el sentido. La hermenéutica es para Gadamer la condición para el planteamiento de cuestiones y preguntas. Éstas son “contestadas” con otras preguntas en el curso del “diálogo hermenéutico” (Ferrater Mora, 1999, Vol. 2: 1237 y 1624). La noción de “círculo hermenéutico” supone que siempre partimos de un saber pre-científico sobre el objeto que investigamos, y esta “inteligencia previa” se articula mediante el lenguaje, el habla, o, por decirlo de otro modo, en el “juego” del lenguaje; entonces, estamos encerrados como en un círculo en el cual no hay un comienzo absoluto (Mardones, 1991: 288 y stes). La “experiencia hermenéutica” comprende, de tal manera, la realidad histórica y lingüística en que vive el hombre como ser que se halla en una tradición. Su insistencia en la tradición, la autoridad y el prejuicio no son vistos como un obstáculo o una imposibilidad a partir de los cuales los hombres quedaríamos encerrados en el oscurantismo, sino que son tomados como posibilidades para abrir nuevos caminos dentro del acontecer histórico. El “acontecer hermenéutico” ocurre en un conjunto de entrecruzamientos entre apropiación y rechazo, confianza y extrañeza, pregunta y respuesta. Esos son los “lugares” en que sucede la *comprensión*, es decir, la asignación de sentido a la vida y a la historia. El “diálogo” -la lógica de la pregunta y respuesta- se constituye en un modelo, y tiene, en Gadamer, un estatuto ontológico, ya que el diálogo constituye el ser mismo del hombre; el hombre, podríamos decir, es un “ser dialogante”. No se puede enunciar nada si no es en función de una respuesta a una pregunta; en tal sentido, la ciencia propiamente dicha es hermenéutica, se funda en una “conciencia hermenéutica”, dialógica. (Cfr. Ferrater Mora, 1999 y Mardones, 1991: 288 y stes).

El punto de vista hermenéutico, de manera general, hace eje en la función central que desempeñan nociones como *comprensión*, *comunicación* y *diálogo*: *diálogo*, por un lado, entre el investigador y lo investigado, y *diálogo*, asimismo, entre investigadores. El diálogo es entendido como un procedimiento que se “prueba” o “contrasta” *en la comunicación*, o *en la ausencia o deformación de la comunicación* (Ferrater Mora, 1999: 1622 y stes). También en este aspecto central del diálogo se basa la acepción de “giro lingüístico” desarrollada por Scavino (1999) , tal como señalamos anteriormente. Lo que la hermenéutica moderna parece rescatar de la “tradicón aristotélica” es un tipo de abordaje, en general, interpretativo, pero despojado de sus connotaciones teleológicas.

Para sintetizar, entonces, podemos decir que el modelo al que mejor puede asimilarse la idea *hermenéutica* es *una situación de diálogo*. Dos humanos que se comunican y hablan ponen de manifiesto toda una serie de aspectos: intenciones, deseos, ideas, motivos, imaginarios, etc., no sólo en lo *que dicen*, sino también en el *modo de decirlo*. Pueden comprenderse porque *comparten* en *ese momento* todos los rasgos del *contexto de la comunicación*: la situación, el idioma, la cultura, la perspectiva histórica, el “mundo de la vida” (*lebenswelt*), y la propia *interacción* permiten -aunque no siempre ello tiene éxito- que cualquier malentendido pueda aclararse. La idea de la hermenéutica es que en todo obrar humano hay una *posibilidad* de comunicación y comprensión similares a las de esa situación de diálogo en contextos interactivos, ya que *toda acción es significativa*, y, por ende, admite la comprensión de cómo se llega a los acuerdos o cómo se construye el consenso. Sin embargo, en las situaciones concretas de interacción y comunicación, puede fallar ese conjunto de condiciones que permiten el entendimiento mutuo. Entonces, el recurso metodológico para reconstruir dichos malentendidos también puede ser, entre otros, la hermenéutica: cuando los mundos de vida no coinciden, cuando significado y contexto resultan incongruentes, entonces la hermenéutica puede colaborar -entre otras claves- para descifrar los términos del desacuerdo (Cfr. Ferrater Mora, 1999 y Escalante Gonzalbo, 2002) Y, sin embargo, cuando la opacidad del

significado se impone es posible recurrir a una especie de máxima hermenéutica que circula sin referencia autoral y se encuentra implícita en sus planteos: *la "Verdad" no es más que la menos plausible de las "interpretaciones" de un hecho.*

#### IV.B.2.B. FENOMENOLOGÍA

---

La Fenomenología también se ubica dentro del contexto general de las "ciencias de la comprensión". Se ocupa, de manera general, del "mundo de la percepción, es decir, aquel que nos revelan nuestros sentidos y la vida que hacemos..." (Merleau-Ponty, 2002: 9), o, dicho de otro modo, el mundo percibido "tal y como aparece en el campo de nuestra percepción" (Merleau-Ponty, 2002: 15). La fenomenología consiste, por tanto, en un "esfuerzo por recuperar el mundo tal y como lo captamos en la experiencia vivida..." (Merleau-Ponty, 2002: 20), y entiende al "yo como sujeto encarnado" (Merleau-Ponty, 2002: 29), ya que "...las cosas no son simples *objetos neutros* que contemplamos; cada una de ellas simboliza para nosotros cierta conducta, nos la evoca, provoca por nuestra parte reacciones favorables o desfavorables..." (Merleau-Ponty, 2002: 30), porque "el hombre está investido en las cosas y éstas están investidas en él" ((Merleau-Ponty, 2002: 31). Por lo tanto, una postura fenomenológica tiene que ver, de manera general, con el modo en que se experimenta el mundo; remite al plano de la experiencia, a lo que se me *aparece* a la percepción de manera íntegra, sin reducción: el "fenómeno". Si percibo una melodía, por ejemplo, no lo hago desde el punto de vista de los sonidos físicos, sino de manera integral, como "experiencia", y en tal captación, la conciencia vuelve actual lo inactual, es decir, actualiza aquello que no aparece de manera inmediata; puedo, por ejemplo, adelantar mentalmente el desarrollo de la melodía que voy escuchando... De tal modo, las efectuaciones de la conciencia se encuentran siempre operando en el aparecer del ser: *todo ser es un aparecer* y constituye una *experiencia* desplegada en un horizonte de la percepción consituado por hábitos y el mundo de la vida en general (Cfr. Garrera Tolbert, 2015). Se entiende, entonces, a la fenomenología, como una teoría de la *apariencia* (Ferrater Mora, 1999, Vol. 2: 1235 y stes) proponiéndose observar y describir las apariencias directas, tal como, justamente, *aparecen*. El

sentido husserliano y post-husserliano toma a la fenomenología a la vez como un *método* y como *un modo de ver*; y tal método se constituye, precisamente, a partir de ese modo de ver. Ciertos actos -tales como la abstracción, el juicio, la inferencia, etc.-, no son actos empíricos, sino *actos de naturaleza intencional* que tienen sus correlatos en puros términos de la conciencia como *conciencia intencional*. Esta conciencia no aprehende los objetos del mundo natural simplemente como objetos, sino como *significaciones* tal como simplemente son *dadas*. El método fenomenológico consiste en una depuración de nuestra *actitud natural* hacia la realidad, mediante la adopción de una “actitud radical”: la *suspensión* de la *creencia en la realidad del mundo natural*. A partir de dicha suspensión, las impresiones a que da lugar la creencia ingenua en la realidad empírica son “puestas entre paréntesis” (*epoché* fenomenológica) (Ferrater Mora, 1999, Vol 2: 1043). Ello no quiere decir que se niegue la realidad del mundo, sino que se atribuye un nuevo significado a nuestra actitud naturalizada, ingenua, hacia él, reconsiderando todos los “contenidos de conciencia”, los cuales -en vez de determinar si tales contenidos son reales, ideales, imaginarios, etc.- se los examina en cuanto “puramente dados”, tal como “aparecen” a la conciencia.

Para aclarar estas nociones, hay que tener en cuenta que “lo dado”, en la fenomenología de Edmund Husserl (1859/1938), no es lo mismo que en la filosofía trascendental, en la cual se postula como “un material que se organiza mediante formas de intuición y categorías”; y tampoco es algo “empírico” que vendría de los datos de los sentidos, sino que “lo dado”, en Husserl, es “el correlato de la conciencia intencional” (Ferrater Mora, 1999, Vol 2: 1712 y stes). Por lo tanto, no postula “contenidos de conciencia”, sino únicamente “fenómenos”. La fenomenología, entonces, es una pura “descripción de lo que se muestra por sí mismo”, de acuerdo con un principio general del cual se parte: el reconocimiento de que “toda intuición primordial es una fuente legítima de conocimiento, que todo lo que se presenta por sí mismo en la intuición (y, por así decirlo, en persona) debe ser aceptado simplemente como lo que se ofrece y tal como se ofrece, aunque solamente dentro de los límites en los cuales se

presenta" (Ferrater Mora, 1999, Vol. 2: 1235 y stes). La fenomenología no presupone, pues, nada: ni el mundo natural, ni el sentido común, ni las proposiciones de la ciencia, ni las experiencias psíquicas. Se coloca "antes" de toda creencia y de todo juicio para explorar simplemente lo dado. Es, como ha declarado Husserl, un "positivismo absoluto" (Ferrater Mora, 1999, Vol. 2: 1235 y 1712) que se desenvuelve por un proceso de reducción de varios pasos, entre ellos la "reducción eidética", cuyo residuo son las "esencias" o aprehensión de "unidades ideales significativas" de "sentidos" u "objetos-sentido" (Ferrater Mora, 1999, Vol. 2: 1235 y 1712). Por ejemplo, en la "intuición" de un "matiz del rojo" se da a la conciencia intencional la esencia "rojo"; de una figura cuadrada, la esencia "cuadrado"; etc. En el "puro flujo de lo vivido" o "puro tejido de vivencias de la conciencia intencional" se hallan *expresiones y significaciones*. Las *significaciones* "cumplen" lo que las *expresiones* designan. Cuando las significaciones a su vez resultan "cumplidas" o "llenadas" se obtienen las *esencias*. Éstas pueden caracterizarse como lo que se da a la intuición cuando hay adecuación entre los actos expresivos, los actos significativos y el cumplimiento de éstos (Ferrater Mora, 1999, Vol 2: 1235 y 1712). De tal modo, para Husserl, la filosofía debe consistir en un saber riguroso y estricto, y en un *patrón* para las demás ciencias, incluyendo las naturales. Ello implica "depurar" a la ciencia de todo psicologismo, subjetivismo, y de todo supuesto naturalista. Pensar "filosóficamente" consiste, para Husserl, en describir pulcramente "lo que veía". La inclusión, en la descripción, de "lo que se ve", y de los esfuerzos intelectuales llevados a cabo para "verlo", explican el carácter del pensamiento de Husserl: "ver" significa -en su filosofía- "ver radicalmente" (Ferrater Mora, 1999, Vol. 2: 1712). El análisis de los conceptos fundamentales (lógicos y gnoseológicos) lleva a la filosofía a ocuparse no de las cosas, ni de sus representaciones psíquicas, sino de "las significaciones", en tanto "esencias" o "unidades ideales de significación". Para pasar de una fenomenología descriptiva a una fenomenología pura, es central la noción de Husserl de conciencia como vivencia "intencional". La intuición esencial -conseguida, como ya lo dijimos, por *epojé* o reducción- es de lo dado desde el punto de vista esencial, y no fáctico. La fenomenología es un método que permite "ver" no otra realidad, sino *la realidad otra*, una especie de "otredad" de la

realidad, es decir, de todas las realidades, incluyendo en éstas las llamadas “realidades ideales” o también “idealidades” (Ferrater Mora, 1999, Vol. 2: 1235 y 1712). Es por eso que la fenomenología, en Husserl, es lo contrario al punto de vista de “la actitud natural”; al contrario, es el punto de vista por medio del cual se ve todo lo que revela la actitud natural en cuanto que “suspendido” o “puesto entre paréntesis”. Por eso se postula no como una ciencia, sino como el “*fundamento*” de toda ciencia y de todo saber. Puede llamarse una filosofía primera, la cual no tiene ningún objeto propio (Ferrater Mora, 1999, Vol. 2: 1235 y 1712). Este aspecto de la filosofía de Husserl, conocido como “*egología trascendental*” o “*idealismo trascendental*” (Ferrater Mora, 1999, Vol. 2: 1712), es el aspecto que más controversias produce dados sus componentes idealistas.

En cambio, influyó enormemente en las ciencias sociales la idea husserliana de “mundo vivido”, o “mundo de la vida”, o *lebenswelt*, que está relacionado con la cuestión de la *intersubjetividad*. Dicho motivo *experiencial* se encuentra enraizado en todos los niveles de la filosofía husserliana. Una *comprensión fenomenológica* presenta una “doble voluntad” (Merleau-Ponty, 1977: 29): “recoger todas las experiencias concretas del hombre” (“experiencias de vida”, “de civilización”, etc.), y no sólo “experiencias de conocimiento” (Merleau-Ponty, 1977: 29). A dicho proyecto se accede mediante el “espíritu-fenómeno”: “... espíritu visible delante de nosotros; no sólo ese espíritu interior que captamos por la reflexión o el *cogito* y que no está sino en nosotros, sino además un espíritu expandido en las relaciones históricas y en el medio humano” (Merleau-Ponty, 1977: 29). De tal modo, según Merleau-Ponty, lo que Husserl busca, mediante el estudio de los “fenómenos”, es localizar *la razón en la experiencia* (Merleau-Ponty, 1977: 29). La filosofía no es, entonces, pura lógica, sino que, para Husserl, el fundamento de “las afirmaciones de la lógica” no es otro más que “nuestra experiencia efectuada de lo verdadero” (Merleau-Ponty, 1977: 30).

La fenomenología de Alfred Schutz (1899/1959) se propone como un programa de articulación integral de la sociología weberiana -sociología de la acción y la comprensión- y la fenomenología husserliana -en el sentido de procurar una filosofía sin supuestos; es decir, no admite teorías ya formadas y no debidamente ancladas en la experiencia-. Parte del supuesto de que el mundo social se encuentra estructurado significativamente; es un mundo “con sentido”, y tal conjunto de significados subjetivos es lo que constituye, justamente, tal mundo. También hay un rechazo expreso al positivismo, el cual, según Schutz, no es capaz de captar la “complejidad” de la “actitud natural” del hombre en la vida cotidiana. Las construcciones científicas -postula Schutz- son “construcciones segundas” sobre las construcciones efectuadas ya por los agentes sociales en el contexto de la vida cotidiana, y deberán adecuarse a la comprensión que de la acción tiene el actor social, es decir, al “sentido común”. Este punto de vista es el fundamento -entre otros- de la etnometodología, ya que permite acercarse a la estructura de la realidad social como “mundo de la vida”, atendiendo a los componentes sociales de lo humano. Los significados se articulan en varias esferas: “mundo circundante”, “mundo social”, “mundo de la tradición” (de los antepasados), “mundo del mañana” (de las generaciones por venir). Nos encontramos, entonces, ante una multiplicidad de mundos (*lebenswelt*) y también en una complejidad de temporalidades. Y todo ello tiene lugar *subjetivamente*, en la *experiencia* del individuo; experiencia que, por cierto, incluye a *los otros*, con lo cual es central entender esta trama compleja en términos de *intersubjetividad*. La experiencia es, entonces, eminentemente *intersubjetiva*. La teoría de la acción de la sociología fenomenológica de Schutz es individual y social a la vez. Es en la esfera del “mundo de la vida cotidiana” donde se advierte esta necesaria interdependencia entre lo individual y lo social (Ferrater Mora, 1999, Vol. 4: 3205 y stes). En la caracterización de *tipos ideales* que propone Schutz -a la manera de Weber- encontramos tanto *tipos ideales caracterológicos* -a partir de rasgos personales, motivacionales, etc.-, como *tipos ideales habituales* -que tienen que ver con las “funciones” ejercidas, como por ejemplo, el ser “cartero”, “funcionario”, “mozo”, etc.- y, también, *tipos ideales colectivos*, como el “comité” de un partido político, la “nación”, etc. (Ferrater Mora, 1999, Vol. 4: 3205 y stes).

Como ya se habrá advertido, las llamadas *sociologías comprensivas* también forman parte de este *paradigma de la comprensión*.

La sociología de Georg Simmel (1858-1918) (Ferrater Mora, 1999, Vol. 4: 3285 y stes) se ubica dentro de esta tradición. Simmel inaugura una nueva modalidad de hacer sociología, el “ensayo sociológico”, el cual pone en acto en su análisis de las formas de socialización, buscando delimitar, mediante abstracciones de formas sociales, los diversos tipos de “relaciones sociales”. Siendo la vida la generadora de la cultura o, en general, de todas las formas del espíritu objetivo, éste representa a la vez el obstáculo y el resultado de su existencia. Simmel tiende a identificar la vida con ese ímpetu que no se satisface jamás consigo mismo. La verdadera causa creadora, para Simmel, es sobrevivirse (Ferrater Mora, 1999, Vol. 4: 3285 y stes). Según Frisby (1992) -y tal como lo desarrollamos antes-, la sociología de Simmel es lo más cercano a una teoría “dialéctica” de la modernidad en el siglo XX. Su tópico central tiene que ver con el choque inevitable entre “cultura objetiva” y “cultura subjetiva”. Plantea la sociología como estudio de las formas de interacción social -la socialización- y también de los estados psicológicos y emocionales, y su campo referencial son los “matices” de la cultura burguesa del Berlín de fines del XIX (Frisby, 1992). Se sitúa, entonces, su sociología, como análisis del “presente”, mediante un análisis dinámico, fragmentario y centrífugo que remite más a un multiperspectivismo que a un método en sentido estricto (Frisby, 1992). En su *Filosofía del Dinero*, de 1900, Simmel analiza el dinero como expresión abstracta de las relaciones sociales en términos de intercambio y expone los efectos de la economía monetaria en el “mundo interior” (cultura subjetiva) marcando la preponderancia de los aspectos técnicos de la vida (cultura objetiva) (Frisby, 1992). La *Sociología de los sentidos* de Simmel, de 1907, analiza, desde un punto de vista microscópico, lo que considera “agentes de conexión” entre individuos, es decir, las “formas” en que las personas “se unen” por medio de cartas, comidas, vestimentas, etc., que indican un fluido de simpatías y antipatías en los momentos de interacción. El énfasis en los “matices de impresiones” que vehicula cada sentido

(Frisby, 1992) aproxima a Simmel a los estudios de las distintas dimensiones semióticas puestas en juego por los lenguajes tecnológicos contemporáneos. Justamente, es en esos “matices” donde se juega la puesta en sentido del vínculo social. Tal la actualidad, y pertinencia, de los planteos de Simmel para el estudio de las mediatizaciones.

También forma parte de este enfoque basado en la comprensión la sociología de Max Weber (1864-1920) (Ferrater Mora, 1999, Vol. 4: 3744 y *stes*), en la cual juegan un papel importante las creencias religiosas y el “espíritu” que las anima, que sostienen a cualquier estructura económica. Esta necesidad de distinguir entre la investigación empírica de los hechos sociales y las *valoraciones* se encuentra en la base del planteo de Weber de dos tipos de racionalidad: la *racionalidad de los fines* (la adaptación de los medios a los fines), y la *racionalidad del valor*. Los datos empíricos no pueden proporcionar ninguna base para establecer juicios de valor. El método adecuado del estudio de fenómenos sociales es la *comprensión*, pero ello *no elimina el estudio de las causas*. El conocimiento de la sociedad es empírico y objetivo. No es ni una mera descripción ni una simple conceptualización, sino una mezcla de ambas. La conceptualización incluye los “tipos ideales”, y tales tipos no se derivan inductivamente del material empírico, aunque contribuyen a su formulación. No denotan tampoco ninguna realidad empírica, no son resultado de clasificaciones, y tampoco son meras ficciones. Son “modelos” o “construcciones racionales” que funcionan a la manera de conceptos límites que describen modos de comportamiento social que tendrían lugar en condiciones de total racionalidad (por ejemplo, el concepto de “carisma” como fundamento de un tipo ideal de autoridad, o el concepto de “burocracia racional” como desenvolvimiento del espíritu moderno). El *tipo ideal*, entonces, es una *conjetura* a la que se llega mediante el examen de acontecimientos y entidades concretos, pero que no se induce (o tampoco deduce) de ellos, sino que está destinado a mostrar de qué modo funcionan las realidades concretas. Un tipo ideal se caracteriza por ser una especie de *concepto-límite*; dado un ejemplo determinado de acción, el tipo ideal sirve para *comprender* lo que sería

esta acción de estar completamente racionalizada (Ferrater Mora, 1999, Vol. 4: 3744 y stes). Verón (1972) ubica claramente a Weber entre el humanismo y el cientificismo:

“Max Weber realiza una síntesis importante entre la ideología del humanismo liberal y el proyecto científico de la sociología. Varios de sus trabajos son de las primeras décadas del siglo XX, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. El conjunto de su teoría sociológica se publica póstumamente, en 1922, bajo el nombre de *Economía y Sociedad*. Weber está preocupado por comprender la complejidad de la conducta humana. Elabora una tipología de clases de acción que tendrá gran influencia posteriormente: acción racional, acción tradicional y acción efectiva. Reconoce el papel de los elementos no-rationales que no niegan el progreso del hombre moderno hacia una mayor racionalidad. Explica el surgimiento del capitalismo: por fidelidad a un sistema de ideas e intereses religiosos (el protestantismo), ciertos hombres, al iniciarse la época moderna, comenzaron a desarrollar acciones que son fundamentalmente racionales, y que definirían con el tiempo las reglas del juego económico que generaron el capitalismo. En este sentido polemizaba con el marxismo, cuya explicación de la historia suponía un condicionamiento exactamente inverso” (Verón, 1972: 39).

#### **IV.B.3. TEORÍAS CRÍTICAS**

---

Un desarrollo peculiar dentro de las Ciencias Sociales son las llamadas “teorías críticas” derivadas, principalmente, del Instituto de Investigación Social de Frankfurt. Representan una línea freudo-marxista que se propone el análisis de la sociedad occidental capitalista proporcionando, además de su comprensión, una idea de “razón emancipadora” que convierte a la filosofía no sólo en un programa de conocimiento sino también de intervención concreta en la realidad. Contrapuesta, como las perspectivas comprensivistas, a la tradición positivista, se distingue de ellas por esta *particular configuración de filosofía y acción*. Max Horkheimer (1895/1973) realizó una crítica radical al programa positivista en un

texto considerado fundacional, de 1937: "Teoría tradicional y teoría crítica". En el mismo postula que no existe una captación directa de lo empírico como lo plantea el positivismo, sino que "el ver", "el percibir", están mediados por la sociedad burguesa-capitalista. Niega, por lo tanto, la primacía de la *observación*, ya que, como plantea Theodor Adorno (1903/1969): "lo que es, no es todo" (Adorno, 1973), es decir que, aquello que de la sociedad aparece fenomenológicamente a la percepción no es, justamente, lo más importante, porque lo más importante no "aparece", y eso es la *contradicción* social.

Horkheimer parte del carácter dinámico y procesual de la realidad, y de sus potencialidades, caracterizando a la ciencia moderna y galileana de acuerdo a sus condiciones socioeconómicas y desarrollo industrial, la cual privilegia una dimensión particular de la realidad que es la búsqueda de los medios para conseguir objetivos. En la ciencia galileana, dichos objetivos no resultan cuestionados, sino que son puestos por quienes controlan los servicios de la ciencia, dándose una primacía de la Razón Instrumental. La ciencia positivista es, de tal modo, la *ideología legitimadora de la unidimensionalización de la razón*. Articulando "contexto de justificación" con "contexto de descubrimiento", Horkheimer enfatiza que el conocimiento parte de problemas prácticos, reales, y no de problemas epistemológicos o mentales. El "problema real" es, para los frankfurtianos, la "contradicción" social. El método científico es único, pero debe ser guiado por la "razón crítica", y debe haber "un momento hermenéutico" que es el de la "anticipación": sin anticipar un modelo de sociedad que exprese el ansia emancipadora, no hay posibilidad de escapar de la repetición de lo dado (positivismo), ni de dar cuenta del todo social. Por lo tanto, se debe ir más allá de *lo que aparece* para captar el fenómeno en su objetividad. Los frankfurtianos también acentúan la *peculiaridad* de las ciencias humanas y sociales, ya que para ellos la sociedad no es un objeto más, sino que asimismo es algo subjetivo; hay, por lo tanto, una *estructura objetiva y subjetiva*. El interés que debe guiar a la ciencia, como ya lo dijimos, tiene que ser, para la teoría crítica, un

interés emancipador que colabore en la supresión de la injusticia social, y su función es, entonces, desideologizadora.

Uno de los principales exponentes contemporáneos de la Teoría Crítica, Jürgen Habermas (1929) -el miembro principal de la segunda generación del Instituto de Frankfurt-, se ocupa también de este tema articulando la hermenéutica de Gadamer con la crítica ideológica y el interés por la emancipación. Propone que la hermenéutica debe dejar de estar solamente allegada a “las tradiciones” (al pasado) incorporando una auto-reflexión sobre la propia teoría y su momento “anticipatorio” (hacia el futuro) de una nueva sociedad emancipada. Además, la “hermenéutica crítica” de Habermas también pone en cuestión la dicotomía entre *comprensión* y *explicación*, ya que ambas son vistas como momentos relativos de un proceso complejo que puede nombrarse, genéricamente, como *interpretación* (Cfr. Mardones, 1991: 347 y stes).

La obra de Habermas representa un giro conceptual en relación con las orientaciones típicas de la Teoría Crítica, ya que -entre otros temas- pone en cuestión los componentes naturalistas y positivistas del materialismo dialéctico pos-marxista, aunque reconoce la importancia de la teoría de la sociedad de Marx en términos de concebir al conocimiento como vía de emancipación (Ferrater Mora, 1999, Vol. 2: 1541). Una de sus contribuciones más importantes tiene que ver con la noción de “interés” -que desarrolla centralmente en su conocido texto *Conocimiento e Interés* (1968)-. Desarrolla la idea de que el conocimiento está guiado o dirigido por “intereses”. Marx, según Habermas, tendía a considerar todo bajo el aspecto de la producción por ejemplo, y es por eso que el conocimiento, en la teoría marxista, estaría ligado a las fuerzas de producción convirtiéndose, de tal forma, en falsa conciencia, es decir, en ideología, produciéndose así un reduccionismo que resulta inadmisibles en la perspectiva habermasiana. También inadmisibles resulta considerar a los

“intereses” como no racionales, ya que los intereses que guían al conocimiento pueden ser no sólo instrumentales, sino también comunicativos e, incluso, emancipatorios. Bajo esta concepción de que “no hay conocimiento sin interés” (Mardones, 1991: 368 y stes), Habermas distingue: a) el interés que guía el conocimiento de la naturaleza, que corresponde a las ciencias naturales, y es un interés de control y dominio; b) el interés práctico de las ciencias, por ejemplo el logro de una buena comunicación entre los dialogantes, que corresponde a las ciencias histórico-hermenéuticas; y c) el “interés emancipativo” que según Habermas es el de las *ciencias sistemáticas de la acción o ciencias sociales* (Mardones, 1991: 368 y stes).

La razón, para Habermas, se desarrolla via la emancipación, liberándose, de tal modo, de los irracionalismos. Dicho “interés emancipador” permite sostener que la comunicación entre los hombres se desarrolla de acuerdo a un criterio de razonabilidad de las interpretaciones. Es en la comunicación -esto es, sobre la base de las competencias lingüísticas y los intercambios del lenguaje- donde se advierte la posibilidad de una “madurez” del diálogo que permita unir la razón a la decisión, y ello sería la base para la emergencia de un consenso general y prácticamente espontáneo. La relación intersubjetiva mediada por los intercambios de lenguaje en igualdad de condiciones, que, por su propia naturaleza, tienden al entendimiento, es lo que se constituye en garantía de racionalidad. Es por ello que Habermas postula las “condiciones universales” que hacen posible el consenso mediante la caracterización de la “situación ideal de habla” como experiencia de libertad en el intercambio de argumentos, intercambio alejado de posibles deformaciones propias del poder social. Sólo a partir de dicho *a priori de igualdad en situaciones ideales de habla* se puede determinar cuál es el mejor argumento: aquél que nadie impone, pero que se impone a todos. Basado en la filosofía del lenguaje de Austin y Searle, Habermas plantea entonces este “presupuesto universal de la comunicación” que implica la potencialidad de que surja la comprensión en comunidad (Ferrater Mora, 1999, Vol. 2: 1541 y stes). Esta “situación ideal” es, justamente, la que

cada hablante debe pre-suponer, en un acto de idealización de la acción comunicativa que fue -y sigue siendo- un tópico habermasiano muy criticado por sus componentes utópicos y racionantes.

Esta particular formulación habermasiana de la teoría crítica lleva a Mardones a caracterizarla en términos de “postura dialéctica y crítico-hermenéutica” (Mardones, 1991: 317 y stes). La corriente dialéctica o crítico-hermenéutica, según Mardones, además de realizar una crítica al positivismo, discute, entonces, algunos tópicos de Marx: su admiración por la ciencia newtoniana, su énfasis en el dominio técnico del hombre sobre la naturaleza que remitiría a un propósito dominador al estilo de Bacon y Descartes, su noción del desarrollo de las fuerzas productivas como causa última de la vida social y humana en general. Destaca, en el marxismo, una carencia de reflexión sobre sus propios fundamentos que le impidió poner al descubierto los aspectos irreductibles de las relaciones de producción, lo que cual produjo en la teoría un rasgo marcadamente mecanicista dado por la idea de instaurar la ciencia sobre la base de los hechos y del método olvidando la actividad del sujeto (Cfr. Mardones, 1991: 317 y stes).

Sin embargo, señala Mardones que la tensión dialéctica que mantuvo Marx entre el dominio de la naturaleza, el conocimiento técnico y el interés de dominio y control, con la interacción que se desarrolla por medio del lenguaje y cristaliza en instituciones; la reflexión crítica que pone en evidencia la manera como se enmascaran las diferencias en la distribución de lo producido y la tensión hacia una sociedad emancipada y justa que implica una interpretación del hombre y la historia, es un aspecto que se rescata y que nutre a las perspectivas críticas actuales, ya que dicha tensión supone el ejercicio permanente de la crítica. Dicho tópico es el que han querido continuar, como ya lo planteamos, los exponentes del Instituto de Frankfurt, y desemboca en los intentos de fundamentación de las ciencias humanas y sociales de Habermas, entre otros (Cfr. Mardones, 1991: 317 y stes).

La teoría de la ciencia y de la dialéctica de Habermas supone que la teoría de la ciencia se encuentra fundamentada en la dialéctica y en la crítica dentro de la categoría de “totalidad”. Ofrece, así, una “filosofía de la historia orientada prácticamente” en orden a una emancipación (Mardones, 1991: 368 y stes). La ciencia ha de indicar los medios para alcanzar los fines en el marco del ámbito de la razón. El tema de la sociedad entendida como totalidad dialéctica y la ciencia (o la sociología) desde la interrelación, remite a la perspectiva de Adorno que aborda la sociedad a la manera de Hegel: como “totalidad”. El todo no es la suma de sus partes, pero la totalidad de la trama de la vida social en realidad funciona -para estas vertientes críticas- como “ideología”. El componente dialéctico tiene que ver con que el proceso de investigación llevado a cabo por los sujetos pertenece, en virtud de los propios actos cognoscitivos, a la trama objetiva cuyo conocimiento se busca. Dicho concepto de “totalidad” se encuentra presente también en otras perspectivas, por ejemplo, entre otras, en la teoría sistémica-funcionalista, donde el acontecer social se plantea como trama funcional de regularidades empíricas, pero es un planteo distinto a la relación entre totalidad y sus momentos que plantea la teoría crítica, ya que en dicho caso su acontecer puede darse sólo por vía dialéctica. Es por ello que “la totalidad se ha de comprender dialécticamente, y la dialéctica, hermenéuticamente” (Mardones, 1991: 349).

#### IV.B.3.A. EL DEBATE ENTRE EL RACIONALISMO-CRÍTICO Y LA TEORÍA CRÍTICA

---

Uno de los momentos más interesantes de las disputas epistemológicas es el que protagoniza la Teoría Crítica con el racionalismo crítico de Karl Popper (1902/1994), proveniente del positivismo lógico. Esta confrontación es significativa ya que devela la diferencia que tienen los planteamientos dialécticos. La dialéctica se plantea no como un método (ya que ello supondría connotaciones positivistas) sino como un estilo de pensamiento. Se encuentran dos racionalidades en pugna. La dialéctica es crítica en sentido distinto al racionalismo crítico; es crítica de los presupuestos que el científico empírico no cuestiona, y que tienen que ver -como decíamos antes- con el carácter contradictorio (racional-

irracional) de la sociedad; la necesidad de situar los hechos en un todo social para que tengan sentido; la interacción entre sujeto y objeto en las ciencias humanas y sociales, es decir, la estrecha relación entre el objeto de conocimiento y la manera de ser conocido; la noción de que el aparato científico se apoya en una inteligencia previa del objeto que afecta a la comprensión del mismo, ya que nos movemos en un “círculo” entre objetividad social e investigación que solicita un esclarecimiento hermenéutico. Habermas, mediante el análisis de la acción comunicativa, afirma -como lo planteamos antes- que hay un a-priori ineludible en toda acción humana social, y también en la investigación científica: *la comunidad comunicativa o la intersubjetividad*. Nadie piensa solo: el pensamiento está posibilitado y marcado por el lenguaje, que es social, interpersonal. El *diálogo* es la base de la ciencia. Analizar este a-priori constitutivo nos desvelará, según la postura habermasiana, las condiciones universales de la posibilidad de la comprensión y de la explicación científica, es decir que es falso contraponer el *Verstehen* al *Erklären*. En toda explicación científica está necesariamente la comprensión (Cfr. Mardones, 1991: 368 y stes).

El debate que se produce durante el Congreso de la Sociedad Alemana de Sociología, en 1961, entre el racionalismo-crítico de Popper y la teoría crítica de Adorno, es una muestra de estas diferencias epistemológicas. Antes de entrar en los términos de dicho debate, vamos a repasar rápidamente la perspectiva racionalista-crítica de Karl Popper, desarrollada en el marco de los debates del positivismo lógico del Círculo de Viena (1922/1936), cuyo propósito general era arribar a una verificación empírica concluyente de todos los enunciados científicos.

Popper elabora, en dicho marco, una teoría del conocimiento conocida como “racionalismo crítico” cuyo método es el famoso “hipotético-deductivo”. Presenta tal programa como una solución a los problemas

lógicos que presentan tanto el inductivismo como el deductivismo. Dichos problemas conducirían, según el positivismo-lógico del Círculo de Viena, a la desaparición de la ciencia, ya que, por un lado, el empirismo y la inducción son insostenibles (debido a que, por un lado, dependen de la observación por medio de los sentidos o los aparatos de observación - ambos altamente falibles-, y, por otro lado, es imposible realizar una cobertura observacional general de todo el campo empírico), y, por otro lado, la deducción está apoyada en argumentaciones y justificaciones teóricas que son sólo interpretaciones, y ello supone un saber conjetural que no resulta seguro para la ciencia (Chalmers, 1998).

Ante tales problemas lógicos —acá presentados de manera muy resumida—, Popper propone una perspectiva que se conoce como Falsacionismo, o Racionalismo Crítico, o Método Hipotético-Deductivo. Dicha perspectiva parte de los siguientes supuestos: la observación se encuentra guiada por la teoría; las teorías no se pueden establecer como verdad por la evidencia observacional (por el problema lógico del inductivismo ya señalado); las teorías, por lo tanto, son conjeturas o hipótesis -es decir, suposiciones especulativas y provisionales; proposiciones cuya verdad o falsedad se ignora-, y tienen que ser comprobadas rigurosamente por observación y experimentación; las teorías, hipótesis o conjeturas que no superan las pruebas, serán eliminadas y reemplazadas por otras; la ciencia, por tanto, progresa por ensayo y error, por conjeturas y refutaciones, y sobreviven las teorías o conjeturas más aptas. Esto lleva a plantear que no se puede sostener que una teoría es “verdadera”, sino que es la “mejor disponible” en ese momento. Para que una teoría forme parte de la ciencia, tiene que ser, en tanto hipótesis, *falsable*. Para Popper, una teoría es buena cuando hace afirmaciones de muy amplio alcance, es sumamente falsable y resiste la falsación; si supera las pruebas de falsificación, está “confirmada” provisionalmente, pero no quiere decir que sea “verdadera”. Por lo tanto, la aceptación de una teoría es siempre provisional, aunque su rechazo es concluyente (Chalmers, 1998).

Pongamos, como ejemplo, el siguiente silogismo (recordemos que el silogismo es la forma típica en que procede el deductivismo):

- Todas las clases de epistemología son aburridas.
- Esta clase es de epistemología.
- Esta clase es aburrida.

Como podrá notarse, la deducción es lógicamente válida, es decir, si las premisas 1 y 2 son verdaderas, entonces 3 es verdadera también (no podría ser, desde el punto de vista lógico, falsa). Pero el problema es que la lógica y la deducción no garantizan, por sí mismas, la “verdad” de los *enunciados fácticos* (bien podría ser que “esta” clase de epistemología no sea aburrida). Es decir que no se puede estar seguro de que las premisas y la conclusión sean verdaderas sólo por la lógica. La lógica, por sí misma, no garantiza la verdad. Es decir, *verdad lógica* no es lo mismo que *verdad empírica*; pueden no coincidir. Y éste es el problema tanto del inductivismo como del deductivismo-racionalista (Chalmers, 1998).

Decíamos recién que, para Popper, la aceptación de una teoría es siempre provisional, aunque su rechazo es concluyente. Si seguimos con el ejemplo anterior, podríamos decir que para demostrar que “todas las clases de epistemología son aburridas”, no necesitamos ir a verificar *todas* las clases, sino comprobar si *alguna* no es aburrida. El fundamento lógico, en tal caso, gana en economía de recursos: de un enunciado singular se puede seguir la *negación* de un enunciado general, no un enunciado general. Es decir, con *un* solo caso en contra, se cae una ley o enunciado general; pero si tal enunciado general resiste los intentos de falsificación, es que es un buen enunciado y será aceptado provisionalmente (Chalmers, 1998).

De este modo, las consecuencias de la perspectiva de Popper es que la ciencia ya no es un conocimiento seguro, sino que es conjetural, hipotético; y ya no inductivo, sino deductivo, ya que siempre parte de una hipótesis (o de una teoría -vale aclarar que, para Popper, *teoría*, *conjetura* e *hipótesis* son casi sinónimos; es decir, para Popper una hipótesis es una teoría que resistió adecuadamente los intentos de refutación, aunque, en el largo plazo, toda teoría es refutable, y es, por lo tanto, una hipótesis). La de Popper es una mirada no esencialista de la ciencia -es decir, no intenta decir qué es la ciencia-, sino que lo que indica es una actitud metodológica: son científicas las teorías que puedan ser sometidas a la operación denominada “contrastación” o “falsificación”. Por medio de la observación y de la experimentación comprobamos la verdad o falsedad de las hipótesis o teorías. De todos modos, aunque la solución popperiana al problema del deductivismo y del inductivismo es muy ingeniosa, surge el problema de que las teorías o hipótesis, así como no se pueden comprobar, tampoco se pueden falsar concluyentemente, porque los enunciados observacionales para refutar también pueden resultar falsos, es decir, porque el aparato inductivo puede fallar también para la refutación. De tal modo, las falsaciones concluyentes quedan excluidas porque dependen de una base observacional perfectamente segura y las situaciones reales de prueba son, como ya lo señalamos, complejas (dependen de los instrumentos, los contextos, etc.) Vale como ejemplo, también, la reconstrucción del contexto de la “revolución copernicana” que realiza Chalmers (1998: 99): su conclusión es que la revolución copernicana no surgió como resultado de la observación y la experimentación controlada, tampoco de la falsación, sino sólo después de que se elaborara y consolidara un nuevo sistema de física, es decir, una nueva visión o teoría del mundo (Chalmers, 1998: 99 y stes.).

A dicho dilema del falsacionismo popperiano -el problema de que las falsaciones tampoco pueden considerarse concluyentes por las fallas posibles de las observaciones empíricas-, responde Imre Lakatos (1922/1974) -desde el mismo marco epistemológico que Popper- mediante su propuesta de los Programas de Investigación (llamados,

justamente, “lakatosianos”). Plantea Lakatos que los científicos “defienden” sus teorías con “cinturones protectores”, “anillos defensivos” que las vuelven invulnerables. Un Programa de Investigación Científica lakatosiano es un conjunto conformado por un centro firme de teorías e hipótesis, aceptado por convención, y un cinturón de hipótesis auxiliares. De este modo, Lakatos mejora el diseño popperiano de conjeturas y refutaciones, “salvando” a la ciencia, ya que los supuestos básicos que conforman el núcleo o centro se encuentran protegidos de la falsación, no se discuten, por propia decisión de los científicos -o sea, por un acuerdo o consenso que operaría en el interior de la misma ciencia a partir del cual los fundamentos no se discuten-; mientras que las hipótesis auxiliares del anillo protector sí son sometidas a contrastación. De este modo, se produce un doble efecto: por un lado, la ciencia se vuelve segura ya que sus supuestos básicos no son puestos en cuestión, y, simultáneamente, la ciencia crece a partir de las nuevas hipótesis que, por contrastación, pueden surgir en el ámbito del anillo protector (Chalmers, 1998).

Retomando, ahora sí, el debate de Popper con Adorno aludido, veamos los “correctivos” a la concepción popperiana y el positivismo-lógico por parte de la Teoría Crítica. Sin descartar la eficacia del falsacionismo como método, la Teoría Crítica apunta que no se pueden desvincular los contextos de justificación (referidos, como ya vimos, a la cuestión del método) y de descubrimiento (condiciones sociales de producción de las teorías). Plantea, al contrario, partir de un concepto de “totalidad social” no atendido por el racionalismo-crítico, cuyo programa reduce la ciencia a meras cuestiones lógico-epistemológicas. La Teoría Crítica plantea, por tanto, ir más allá de Popper. Los correctivos que en dicho Congreso realiza Adorno son: a) respecto del origen del conocimiento, plantea que no se trata de problemas epistemológicos, intelectuales o mentales, sino de problemas prácticos y reales. Al principio de la ciencia no está el problema mental, sino el problema real, es decir -para los frankfurtianos- la “contradicción” (social); b) el método científico es único, pero no responde al monismo metodológico de Popper -que eleva el modelo de las ciencias físico-naturales a canon-, sino que la raíz del método debe ser

la “crítica”. El planteo de Adorno sobre la “crítica” es distinto a la manera en que Popper la entiende, ya que para este último hay que confiar en la fuerza de la razón que mostrará si los enunciados se pueden mantener como conformes a los hechos empíricos, con lo cual “lo dado” funciona como criterio último de verdad. Al contrario, Adorno plantea que se priva así del “momento hermenéutico de la anticipación”, ya que sin anticipar un modelo de sociedad que exprese el “ansia emancipante”, no hay posibilidad de escapar de la repetición de lo dado ni de dar cuenta del todo social, con lo cual hay que aceptar que la razón tiene relativa autonomía respecto de los hechos; c) con respecto a la búsqueda de la objetividad de la ciencia, Popper plantea el método de la falsificación; la teoría crítica de Horkheimer y Adorno no rechaza dicho método, pero acentúa la peculiaridad de las ciencias sociales y humanas: el hecho de que la sociedad no es un objeto más, que también es algo subjetivo, que su estructura es objetiva y subjetiva a la vez, y que necesita métodos propios; y por último, d) con respecto al “interés” que debe impulsar a la ciencia social, no debe ser sólo cognoscitivo, sino principalmente “emancipador”, y bregar por la supresión de la injusticia social, con lo cual la Teoría Crítica propone una actitud no conformista y desideologizadora con respecto a la ciencia (Mardones, 1991: 33 y stes).

#### **IV.B.4. POSTURAS SOBRE LA LENGUA Y EL LENGUAJE**

---

Si bien tanto en las posturas comprensivitas, interpretativistas y críticas se encuentra presente de manera central la *cuestión del lenguaje*, y la noción de *diálogo* como modelo interpretativo general de la socialidad, sin embargo -como ya lo adelanté- escojo presentarla de manera separada debido a que conforma un corpus teórico-epistemológico en sí mismo, con sus propios fundamentos, teorías, métodos y técnicas.

De los numerosos desarrollos dentro de dicho corpus, selecciono, a la vez, presentar solamente dos: la línea lingüística-estructuralista, y la perspectiva socio-semiótica.

El *Curso de Lingüística General* de Ferdinand de Saussure (1857/1913) - publicado póstumamente, en 1916- sienta las bases para una disciplina específica cuyo objeto es el estudio de “la lengua como sistema” (Verón, 1972: 34). Abandonando los propósitos históricos y comparativos que habían caracterizado a las teorías del lenguaje, plantea Verón que “recién cuando desplazamos la atención de la historia pormenorizada de aspectos aislados de un lenguaje, a su funcionamiento como una unidad integrada de reglas..., surge la necesidad de elaborar una teoría general del lenguaje” (Verón, 1972: 34). El aspecto que pone de relieve Saussure es que no existe relación natural entre el signo y lo que representa: el signo lingüístico es una convención social, por lo tanto, es arbitrario (Ibidem). Lo esencial, en la lengua -dice Verón (1972: 34)- “no es la naturaleza de cada uno de los elementos que lo componen: lo único decisivo, la única regla que no se puede transgredir es aquella que pide que los elementos no se confundan entre sí, que cada elemento sea diferente de todos los demás”. La arbitrariedad de los signos y sus relaciones diferenciales, pusieron de relieve “el carácter de la lengua como una totalidad estructurada”: “... cada lengua es un sistema de relaciones entre elementos: una alteración en un elemento altera la totalidad del sistema, lo que modifica el equilibrio de las diferencias” (Verón, 1972: 34). El estudio de “la lengua” es, entonces, distinto, al del “lenguaje” o el “habla”, ya que “la lingüística se ocupa de las funciones y propiedades generales que existen en cualquier lengua”, en cambio el lenguaje puede ser estudiado en múltiples dimensiones (anatómico, físico, psicológico, etc.) (Cfr. Verón, 1972: 35):

“Las enseñanzas de Saussure tendían a mostrar que esa conducta que cada individuo normal muestra en forma espontánea y ejercita al parecer tan libremente -la conducta verbal, el lenguaje- es una conducta sujeta a leyes generales muy abstractas y rígidas, a las que los habitantes, sin advertirlo, están inexorablemente sometidos al comunicarse. En verdad, lo que Saussure ponía de relieve era el carácter social del lenguaje, el hecho de que la lengua es una institución social, un complejo sistema de

reglas que funcionan como normas determinantes del comportamiento de cada individuo” (Verón, 1972: 35).

Esta concepción de la lengua fue asociada con las de Emile Durkheim (1858/1917) por su propósito de “explicar” los fenómenos sociales a través de reglas objetivas independientes de la voluntad de los individuos, de las cuales los agrupamientos más decantados se transforman en instituciones (Verón, 1972: 36). Durante los años 20 del siglo XX, circulaba la idea de que los objetos de la realidad humana no son la suma de elementos aislados, sino que se organizan en sistemas donde lo más importante es la interrelación de las partes, idea centralmente formulada por Saussure (Verón, 1972: 39). Verón claramente ubica a la “lingüística moderna” en el programa positivista (Verón, 1972: 29). Así lo demuestra también en su libro *La Semiosis Social*, en el cual, a partir de analizar las condiciones de producción de las obras de Saussure y Comte, concluye que comparten el mismo horizonte ideológico: el positivismo (Verón, 1987).

De manera más específica, se ubica al saussurismo como una de las principales fuentes del *estructuralismo* (Sazbón, 1982). Si bien la noción de “estructura” tiene una larga historia en la ciencia con una pluralidad de definiciones, el “estructuralismo” designa un tipo especial de abordaje. Es a partir de la *Antropología Estructural* (1958) de Claude Lévi-Strauss (1908/2009) que adquiere dicho estatuto particular, mediante su aplicación del concepto de estructura en el estudio de las relaciones de parentesco y de los mitos. Específicamente, el artículo de Lévi-Strauss “El análisis estructural en lingüística y antropología” -que luego sería el capítulo II de *Antropología Estructural*, de 1958- y que se publica en la revista *Word* del Círculo Lingüístico de Nueva York en 1945, constituye el inicio de las relaciones entre lingüística y antropología (Niccolini, [1977] 1982). En dicho texto, Lévi-Strauss señala el camino que abrían, para las ciencias sociales, Trubetzkoy y el Círculo de Praga, refiriendo el texto “La fonología actual”, de 1933, en el cual Trubetzkoy presenta el

método fonológico en cuatro pasos fundamentales: 1) la fonología pasa del estudio de los fenómenos lingüísticos conscientes al de su estructura inconsciente; 2) los términos no son entidades independientes, y se analizan sus relaciones; 3) se introduce la noción de sistema; y 4) se busca descubrir leyes generales. (Niccolini, [1977] 1982: 7/8). En esto consiste el programa común con la antropología francesa y los debates de los 50 y 60 del siglo XX: el estudio de las reglas matrimoniales, del sistema de parentesco, de los mitos, en sociedades sin historia, como sistema de signos, es decir, la circulación de mujeres, objetos y palabras en una sociedad desde el punto de vista de sus relaciones estructurales. La antropología se separaba, de tal modo, tanto de la perspectiva “evolucionista” -que supone que en la cultura hay evolución de formas simples a otras más complejas- como del “difusionismo” -que plantea migraciones o contaminaciones de una forma cultural proveniente de un lugar hacia otros-. Al contrario, Lévi-Strauss señalaba una “invariancia universal” atravesando diferentes realizaciones (Niccolini, [1977] 1982: 9). De tal modo, se hacía posible alcanzar la verdadera estructura de los hechos registrados, una “estructura inconsciente, subyacente a cada institución o a cada costumbre” (Niccolini, [1977] 1982: 10).

La estructura, en este enfoque, es un modelo lógico de inteligibilidad, y no un mero registro de los hechos observados, y proviene -como ya lo dijimos- de las teorías lingüísticas de Jakobson y Trubetzkoy (Sazbón, 1982: 37/38). Básicamente, la formulación estructuralista se basa en el principio saussureano del carácter sistemático de la conexión de los elementos, de tal modo de que si un elemento se modifica, se modifican todos los demás; y en el axioma de su condición relacional, es decir, que en el sistema de la lengua sólo hay diferencias sin términos positivos. Por lo tanto, se pone énfasis en el carácter de regulación de la estructura rechazándose las posturas intencionales, comprensivistas, hermenéuticas (Cfr. Sazbón, 1982: 9/39). Esta postura estructuralista se expandió por todas las ciencias sociales, y fue muy criticada por, justamente, el peso dado a la estructura en la conformación del sujeto tanto individual como colectivo.

Según Milner (2003), el *estructuralismo* refiere a dos entidades diferentes: las investigaciones desde fines del 20 hasta fines de los 60 del siglo XX, que se completan en 1968; y, por otra parte, una *doxa* que reúne otros nombres durante los 60, y que caracteriza intelectualmente al período, afectado por mayo del 68, pero que perdura hasta mediados de los 70. En dicho periodo, el *Curso de Lingüística General* de Saussure -y su tesis de la lengua como un sistema de valores relativos- llegaría a ser un clásico para un conjunto de intelectuales franceses que veía en él un método de conocimiento nuevo que sustituiría a la versión sartreana (voluntarista) del marxismo reinante. El minimalismo epistemológico del *Curso* consiste en: el objeto de la lingüística es “la lengua”; los “axiomas” se reducen a uno solo: “la lengua es un sistema de signos”; los “conceptos primitivos” se reducen a uno solo: el concepto de “signo”; y “de esto se siguen todos los teoremas de la ciencia lingüística” (Milner, 2003: 24/25). La “lengua”, entonces, se constituye en un *punto de vista*: el de la “constancia” y repetibilidad de los fenómenos”; y es opuesta al “habla” en tanto cada dato lingüístico singular se hace independiente de sus circunstancias de aparición. La operación que se extiende a las otras ciencias, es de tal modo, un modelo teórico económico a partir del cual se obtiene “el máximo posible de propiedades a partir del mínimo posible de operaciones” (Milner, 2003: 34/39).

El estructuralismo, entonces, reúne una serie de nombres de distintas disciplinas, entre los cuales podemos mencionar a los siguientes.

- Roland Barthes (1915/1980) desarrolla la semiología estructural tomando al sistema de la lengua como modelo para los demás sistemas sociales de significación. Por ejemplo, en *Mitologías*, de 1957 -en el capítulo “El mito hoy”-, se dedica a la captación del significado y el sentido de una imagen, la del negro saludando la bandera francesa, como símbolo de la *imperialité*. Si bien Giordano (2013) ubica a *Mitologías* en lo que considera el “primer momento” de la trayectoria de Barthes -al que califica de “brechtiano”, “heterodoxamente marxista, lejos de los estereotipos del realismo socialista” (Giordano, 2013: 11)-, es evidente que ya se encuentra el ánimo formalista. Barthes considera a las prácticas sociales -moda, publicidad, imagen, etc.- desde el punto de vista

de su “gramática”, es decir, tomando en cuenta el modo de organización de sus significantes, y propone denominar “translingüística” al estudio de tales sistemas (Cfr. nota 5 Niccolini, [1977] 1982: 12). Nos estamos refiriendo específicamente al “segundo momento” de la obra de Barthes, que “coincide con el apogeo de la moda estructuralista” (Giordano, 2013: 11). Es el periodo en que publica “Elementos de semiología” (1965), “Introducción al análisis estructural de los relatos” (1966), y *El sistema de la moda* (1967) (Cfr Giordano, 2013: 11 y stes).

- Jacques Lacan (1901/1981), desde el psicoanálisis, se interesa por la lingüística post-saussureana y en particular estructuralista, tomando la noción general de que el inconsciente está estructurado como un lenguaje. Ello no quiere decir que el inconsciente sea como el lenguaje, sino que tiene propiedades de estructura como el lenguaje, aunque son específicas (para un desarrollo de este tema Cfr. Milner, 2003: 143 y stes).

- Desde la filosofía política, Louis Althusser (1918/1990) realiza una crítica al componente idealista del marxismo revisando la noción de ideología y su relación con el inconsciente mediante el concepto de “sobredeterminación”. Para Althusser, las significaciones son ideológicas y, por tanto, fallidas, ya que el mecanismo que las produce -que es la estructura de las relaciones sociales- se encuentra velado, siendo ello el marco en que se constituyen los sujetos. Es un sistema de representaciones como estructuras no conscientes, por el cual los hombres viven su relación con las condiciones materiales de manera imaginaria. La ideología no es, entonces, un reflejo, sino que expresa dicha relación imaginaria. Dicho complejo representativo “sobredetermina” y “articula” a las distintas instancias -a la economía y a la política-, en las formaciones sociales, las cuales dejan de entenderse como autónomas. La teoría de los “aparatos ideológicos del Estado” de

Althusser desarrolla este vínculo entre “estructuras inconscientes” y “relaciones vividas”: la ideología tiene su existencia material en actos, prácticas, rituales, es decir, en “aparatos ideológicos”. La tesis central de Althusser es que la ideología “interpela a los individuos como sujetos”, esto es, que bajo la apariencia de sujetos libres produce sujetos sujetados; por lo tanto la ideología es un dispositivo de interpelación a partir del cual internalizamos las categorías ideológicas para experimentar el mundo, lo vivimos necesariamente a través de estructuras objetivas que nos preexisten, y no hay un afuera de la interpelación, es decir, no hay individuos previos a la interpelación ideológica. Se trata de una relación con el mundo “estructuralmente fallida” para el hombre (Cfr. Niccolini, [1977] 1982). Desde esta perspectiva, entonces, la ideología es de naturaleza inconsciente, es un sistema de representaciones que se impone como estructura. Los hombres viven sus acciones en y a través de la ideología, y la ideología anuda la relación vivida de manera imaginaria.

- También el primer periodo de la obra de Michel Foucault suele ubicarse en el estructuralismo -por ejemplo, *Las palabras y las cosas* que vimos anteriormente-, aunque el mismo Foucault nunca se consideró un estructuralista. De todos modos, en los textos de ese periodo se advierte el peso que las “epistemes” y los “dispositivos” -naciones que se encuentran impregnadas de rasgos estructuralistas- tienen en la producción subjetiva, y de ahí que a ese periodo de la obra de Foucault se lo adscriba al estructuralismo.

- En nuestro país, el artículo de Eliseo Verón “El análisis estructural en Ciencias Sociales”, de 1963, publicado en *Conducta, Estructura y Comunicación* (1972, Bs As: Tiempo Contemporáneo) es exponente de la tendencia estructuralista, aunque también en este caso se produce luego un corrimiento de los fundamentos estructuralistas.

Son numerosas las críticas al estructuralismo de los 60 del siglo pasado. Desde el marxismo, se lo acusa de un idealismo racionalista, por su oposición irreductible entre “estructura” e “historia”. Otro tipo de críticas proviene, por ejemplo, de Umberto Eco (cfr *La estructura ausente*), quien critica el núcleo central de la obra de Lévi-Strauss que heredó el estructuralismo semiológico. Analiza ciertos temas del estructuralismo como método: la definición de la estructura, su no pertenencia al orden empírico, su carácter de sistema cuya cohesión interna se revela al estudio de las transformaciones que descubren propiedades similares en sistemas diferentes, la universalidad de las estructuras: la “universalidad” como “atributo de la estructura considerada como categoría del conocimiento”, o de la “estructura como propiedad de lo real”, hace entrar, dice Eco, un “personaje” de la filosofía especulativa: el “Espíritu Humano” (Niccolini, [1977] 1982: 15/18). De manera general, podemos decir que el estructuralismo, en sus distintas versiones, fue muy criticado por la noción de que el sujeto se encontraría totalmente producido por las estructuras, dejando muy poco lugar a la *agencia* -es decir, al ámbito de la experiencia, de las prácticas, de la acción social- como instancia de producción de subjetividad.

Sin embargo -y sin desatender las críticas- hay algo básico del estructuralismo -y que tiene que ver con aquello que acontece con la lengua- que merece rescatarse. En palabras de Milner, resulta “impactante” la “analogía (saussureana) del viento soplando sobre las aguas” (Milner, 2003: 38. Paréntesis nuestro): “No está vedado reconocer en ella algo así como una laicización del primer versículo del Génesis: *spiritus Dei ferebatur super aquas*, «el soplo de Dios pasó sobre las aguas» ...” (Milner, 2003: 38). La lectura que Milner realiza de Saussure - que aclara aquello de inevitable del estructuralismo para toda analítica- indica la especificidad, orgánica, del trabajo de la lengua. Dice Milner:

“Saussure, podemos creerlo, conocía el conjunto del pasaje (se refiere al mencionado sobre el Génesis) y debió de haber meditado sobre la

relación que éste describe entre la materia informe y los objetos existentes y nombrables. El dispositivo teórico que estableció en este punto tendrá un gran futuro. Lo encontraremos en todas las variantes del estructuralismo: se da al comienzo un magma sin cualidades ni divisiones; se da después un acontecimiento y uno solo: el encuentro con otro magma, también él sin cualidades ni divisiones. Este solo encuentro basta para traer a la existencia entidades en las que es posible reconocer cualidades. ¿Por qué?. Porque este encuentro basta para suscitar divisiones y, con ello, diferencias” (Milner, 2003: 38. Paréntesis nuestro).

El estructuralismo, entonces, aunque totalmente superado y tildado de anacrónico, presenta, sin embargo, un núcleo explicativo insoslayable, que tiene que ver con el *punto de vista de la diferencia*, o, para nombrarlo de otro modo, con las *ciencias de la forma*, y que contribuye a identificar aquello que sólo es posible a partir del encuentro de entidades que, en su propio acontecer, produce nuevas realidades (Cfr. Valdetaro, 2007).

Asimismo, es necesario rescatar el compromiso ético del “pretendidamente frío y cientificista fundador del estructuralismo” (Verón, 2006: 11). Se pregunta Verón: “¿En qué consistió, en su momento (1955), la provocación de Lévi-Strauss al llamar *Tristes Trópicos* a la obra que presentaba, fundamentalmente, su trabajo de campo en Brasil?” (Verón, 2006: 11): “Consistió en evocar, por oposición, la doxa turística asociada a los viajes, al trópico en general, y al Brasil en particular - alegría, calor, música, sensualidad, etc-, con el fin de elaborar la tristeza del antropólogo respecto de sus objetos, particularmente los llamados «salvajes» del Brasil” (Verón, 2006: 11). Por lo tanto, *Tristes Trópicos* “es una implacable denuncia de la ideología y las instituciones de la modernidad (incluidas las instituciones universitarias) formulada desde la profesión de antropológico” (Verón, 2006: 11), además de ser una gran obra estructuralista.

El estructuralismo, por tanto, merece ser revisitado de manera atenta, a los fines de dilucidar lo que en su punto de vista sigue teniendo nivel explicativo.

#### IV.B.4.B. SOCIOSEMIÓTICA

---

La sociosemiótica es un abordaje empírico, material, situado, y lógico de la circulación social del sentido, y se aparta de cualquier fundamento intencional, hermenéutico, fenomenológico, y de todo modelo subjetivista del actor social, ya que “es en la semiosis donde se construye la realidad de lo social” (Verón, 1987: 127). La teoría de los discursos sociales de Eliseo Verón se apoya, principalmente, en la lógica-semiótica de Peirce (ver más arriba), y se dedica a describir el “tejido de la discursividad social” a partir de una noción de “discurso” que remite a dicho planteamiento ternario sobre el signo. La sociosemiótica se ocupa, en palabras de Verón, del estudio de la “semiosis social” (Verón, 1987: 124), es decir, de “la dimensión significativa de los fenómenos sociales”:

“Toda producción de sentido es social. Todo fenómeno social es, en una de sus dimensiones constitutivas, un proceso de producción de sentido. Este doble anclaje, del sentido en lo social y de lo social en el sentido, sólo se puede develar cuando se considera la producción de sentido como discursiva” (Verón, 1987: 126).

La producción de sentido se manifiesta de modo material, y la “materialidad” es el punto de partida de cualquier investigación. En *La Semiosis Social* (1987), Verón postula que “el sentido sólo existe en sus manifestaciones materiales, en las materias significantes que contienen las marcas que permiten localizarlo, incluido el sentido que concierne al conocimiento científico”, el cual aparece tanto bajo una forma práctica -tecnologías y operaciones sobre lo real-, como teórica -los discursos de las ciencias-. El conocimiento, por lo tanto, “es un sistema de efectos de sentido discursivos” (Verón, 1987: 15). En relación a la distinción entre ciencia e ideología, la noción que Verón desarrolla de “lo ideológico” no

tiene nada que ver con su acepción usual, sino que “lo ideológico es una dimensión constitutiva de todo sistema social de producción de sentido”. Lo ideológico, por tanto, no designa un tipo de discurso, sino “una dimensión presente en todos los discursos producidos en el interior de una formación social, en la medida en que el hecho de ser producidos en esta formación social ha dejado sus huellas en el discurso” (Verón, 1987: 17).

Un abordaje sociosemiótico procede identificando “objetos empíricos” en la superficie de lo social, bajo la forma de “paquetes textuales”, que son “conjuntos compuestos por una pluralidad de materias significantes: escritura-imagen, escritura-imagen-sonido, imagen-palabra” (Verón, 1987: 17). La noción de texto, por lo tanto, no se restringe sólo a la escritura, sino que incluye cualquier materialidad significativa: “Cualquiera fuera el soporte material, un discurso o un conjunto de discursos es una configuración espacio-temporal de sentido” (Verón, 1987: 127).

Con los términos “discurso”, “discursividad”, “discursivo”, Verón designa “un cierto modo de aproximación a los textos” que también supone la consideración de “elementos extra-textuales” (Verón, 1987: 17). Los elementos extra-textuales tienen que ver con el “plano de las condiciones objetivas históricas, extradiscursivas, que forman parte de las condiciones de producción, circulación y reconocimiento de un discurso dado” (Verón, 1987: 31).

El “proceso de producción” de un discurso se puede describir a partir de detectar el “conjunto de operaciones discursivas por las cuales las materias significantes han sido investidas de sentido” (Verón, 1987: 18). De tal

modo, “proceso de producción” es “el nombre del conjunto de huellas que las condiciones de producción han dejado en lo textual, bajo la forma de operaciones discursivas” (Verón, 1987: 18), teniendo en cuenta que “una buena parte de las condiciones de producción de un texto consiste en otros textos” (Verón, 1987: 18).

Un sistema productivo está constituido por “una articulación entre producción, circulación y consumo” (Verón, 1987: 19). Cuando analizamos las condiciones de producción de un discurso, estamos en una posición de recepción, pero, en tanto investigadores, debemos distanciarnos de la posición de un receptor común, y esto se logra mediante la operación misma de descripción (Verón, 1987: 19). Ahora bien, la producción y el consumo de un discurso nunca coinciden, y entonces siempre existen dos maneras para el estudio de los discursos sociales: la del proceso de producción y la del consumo, que implican “dos tipos de gramáticas” que son distintas: “gramáticas de producción” y “gramáticas de reconocimiento” (Verón, 1987: 20). Con “circulación” se designa “el proceso a través del cual el sistema de relaciones entre condiciones de producción y condiciones de recepción es, a su vez, producido socialmente”; es un “conjunto de mecanismos que forman parte del sistema productivo que definen las relaciones entre gramática de producción y gramática de reconocimiento” (Verón, 1987: 20). Un discurso, en realidad, “no refleja nada”: “es sólo punto de pasaje del sentido” (Verón, 1987: 128). La construcción de lo real en el discurso tiene que ver con las “gramáticas de producción” -que remiten a “reglas de generación”-, y con las “gramáticas de reconocimiento”, que son “reglas de lectura”. El término “gramática” se usa en sentido amplio: como “conjunto de reglas de un arte”: “las reglas que componen estas gramáticas describen operaciones de asignación de sentido en las materias significantes. Estas operaciones se reconstruyen o postulan a partir de marcas presentes en las materias significantes” (Verón, 1987: 129). Producción y reconocimiento jamás son idénticos, y tienen distancias variables. La “circulación” es “el nombre de la diferencia entre producción y

reconocimiento” (Verón, 1987: 129), por lo tanto, entre “producción” y “reconocimiento” hay una asimetría radical.

Actualmente, las mutaciones de la comunicación debido a la consolidación de los lenguajes asociados a Internet y las redes sociales colocan a la cuestión de la “circulación” como tema central de las agendas investigativas. Como veremos más adelante en relación con los estudios de mediatizaciones, “circulación” e “interfaz” constituyen dos dominios de abordaje importantes.

## **IV.C. META-EPISTEMOLOGÍAS**

Tal como venimos expresando, resulta complicado sostener distinciones rígidas entre las diferentes posturas epistemológicas ya que muchos de sus fundamentos se entrecruzan. Además, existen perspectivas que se resisten a las clasificaciones debido a que acuden, en su formulación, a dimensiones provenientes de distintas epistemologías. Es por ello que nombro, a estas perspectivas, como “meta-epistemologías”, ya que suponen niveles de teorización lo suficientemente elevados y sofisticados como para considerarlas como estando por-encima-de las epistemologías usuales.

### IV.C.1. COMPLEJIDAD

Uno de esos enfoques es el que se conoce como “paradigma de la complejidad”. Pero antes de su circulación como “paradigma”, el *punto de vista de la complejidad* se encontraba presente en los debates dentro de las ciencias sociales y humanas, en todas sus vertientes, y produjo modos peculiares de entender la sociedad y la acción humanas.

Son numerosos los antecedentes de este punto de vista de la “complejidad”. Verón, por ejemplo, en su texto ya referido de 1972, bajo el subtítulo “Conducta, inconsciente, racionalidad: la complejidad de la acción humana”, ubica varios desarrollos que habitualmente no se

incluyen bajo el rubro del “paradigma de la complejidad”, pero que sin embargo indican dicha creciente complejización en el abordaje de las cuestiones sociales y subjetivas. Retomando la actitud de William James de “desconfianza ante la introspección como método básico de la psicología” (Verón, 1972: 37), destaca que ya había, en el pragmatismo de James, “el germen de un interés por la acción, por la conducta” (Verón, 1972: 37). Postula entonces que dicho desplazamiento hacia “la conducta” iba a permitir cumplir el programa de objetividad buscado por el positivismo. Ubica los estudios “experimentales” y “objetivos” de la conducta del científico ruso Ivan Pavlov (1849/1936), como un impulso fundamental en dicha tendencia: el modelo de los estímulos condicionados, o de los reflejos condicionados (Verón, 1972: 37). John B. Watson (1878/1958), bajo dicha dirección, publica, en EEUU, en 1919, *La psicología desde el punto de vista del conductismo*, cuya hipótesis es que se aprende por ensayo y error, y que así se van estableciendo asociaciones condicionadas, en las cuales los sonidos del lenguaje tienen vital importancia y, a medida que el aprendizaje progresa, “se va organizando el complejo sistema de conductas humanas” (Verón, 1972: 37). El conductismo watsoniano tuvo mucha influencia en el desarrollo contemporáneo de la psicología experimental del aprendizaje (Verón, 1972: 37). Por su parte, Freud vinculaba los síntomas histéricos con hechos de la vida pasada de los pacientes, que seguían obrando en el presente sin que los sujetos lo advirtieran (Verón, 1972: 38), y postulaba el importante papel de la sexualidad en tales experiencias pasadas. El método hipnótico que había usado sólo hacía desaparecer momentáneamente los síntomas, o se cambiaban por otros. Esto llevó a Freud a desarrollar el método de la “asociación libre”, que sus pacientes ejercitaban acostados en un diván (Verón, 1972: 38). Y comenzó a comprender la importancia de los sueños para interpretar los conflictos de los sujetos. *La interpretación de los sueños* apareció en 1900, dejando sentado que el sueño es la expresión de deseos inconscientes. Al año siguiente, *Psicopatología de la vida cotidiana*, en el cual Freud desarrolla su concepción del inconsciente, que aparecía también en las conductas corrientes de la vida diaria. Estos dos aspectos -el inconsciente y el papel de la sexualidad- produjeron un alto impacto en las dos primeras décadas del siglo XX (Verón, 1972: 38):

“Ya en la década del 20, la influencia del psicoanálisis se había extendido a toda Europa y EEUU, y se infiltraba, de innumerables maneras, en el quehacer de las ciencias sociales. Su tarea había sido destruir por completo las bases de la psicología introspeccionista del siglo XIX e introducir en el corazón mismo de la imagen del hombre racional asociada al progreso industrial, la dinámica de los impulsos elementales de la afectividad” (Verón, 1972: 38).

Además, durante la segunda década del siglo XX, la idea de sistema (a la manera de Saussure) se instaló en la psicología a través del movimiento de la Gestalt (que significa “configuración” o “estructura” en alemán). Su origen está en un trabajo de 1912 de Max Wertheimer (1880/1943). Dice Verón que “esta perspectiva atacaba frontalmente uno de los últimos retazos de la síntesis científica del siglo XIX que había sobrevivido en la psicología: la tendencia a buscar en los fenómenos sus «partes» o «elementos» separables, descuidando su organización global” (Verón, 1972: 39).

Entonces, en lo que se refiere al estudio de la conducta y la acción social, dicha complejización se puede detectar -según la caracterización de Verón (1972)- desde el pragmatismo, el conductismo, la psicología experimental, la teoría del inconsciente de Freud, la teoría de la Gestalt; todos enfoques desarrollados alrededor de la preeminencia que fue logrando la noción de sistema o estructura, y que, en su conjunto, significaron un cambio paradigmático en relación con el modo introspeccionista de entender la psicología en el siglo XIX.

Ahora bien, lo que se conoce como “*paradigma de la complejidad*” es un fenómeno con cierta autonomía. Desde las décadas del 50 y 60 del siglo XX se advierte claramente...

“... la creciente incapacidad de las teorías científicas más antiguas para ofrecer soluciones plausibles a las dificultades que los científicos encontraban al tratar de resolver los problemas referentes a fenómenos cada vez más complejos” (Wallerstein, 2007: 66).

En las ciencias naturales se destacaba “la no linealidad por encima de la linealidad, la complejidad sobre la simplificación, la imposibilidad de eliminar al que mide de la medición”, y se acentuaba la importancia de “la flecha del tiempo” (Wallerstein, 2007: 67). Todos estos principios resultaron en un acercamiento entre las ciencias naturales y las ciencias sociales, bajo una común acepción de “la naturaleza como activa y creativa”, en un mundo “más inestable” y “complejo”, en que “las perturbaciones desempeñan un papel muy importante” y donde se hace necesario “explicar cómo surge esa complejidad” (Wallerstein, 2007: 67/68).

Desde la física, se plantea que “los sistemas estables y reversibles en el tiempo, descritos por la ciencia newtoniana, sólo representan un segmento particular y limitado de la realidad”, pero que no es capaz de describir sistemas alejados del equilibrio:

“...un sistema lejos del equilibrio es la expresión de una flecha de tiempo cuyo papel es esencial y constructivo. En un sistema de ese tipo el futuro es incierto y las condiciones son irreversibles” (Wallerstein, 2007: 68).

La irreversibilidad y la probabilidad se conectan, entonces, con las ideas de “acontecimientos, novedades y creatividad” presentes en la cultura y la sociedad (Wallerstein, 2007: 69).

En las ciencias sociales, el punto de vista de los sistemas complejos tiene muchos alcances, que implican posicionamientos en una “dinámica de no-

equilibrios”, el “énfasis en futuros múltiples, bifurcación y elección, dependencia histórica”, y una particular atención al fenómeno de la “incertidumbre intrínseca e inherente” en el acaecer humano (Wallerstein, 2007: 70).

#### IV.C.2. LA META-EPISTEMOLOGÍA DE GREGORY BATESON

Considero que uno de los principales representantes de lo que nombro como “meta-epistemologías” es Gregory Bateson (1904/1980). Inclasificable desde el punto de vista disciplinar -ya que su obra recorre casi todo el espectro de la ciencia de su tiempo (antropología, psicología sistémica, biología, cibernética, etc)-, lo que Bateson se propone es una “exploración de la ecología de la mente” -o, en sus palabras, de la *Creatura*- mediante la articulación de la cibernética y la teoría de los sistemas, las cuales le provéen las nociones fundamentales para lograr descifrar el “puente” que une la “vida” y el “orden”, es decir, para poder captar “la pauta que conecta” el mundo de la *Creatura*. Trabajando de manera fronteriza entre filosofía, ciencia y religión, los “objetos” que Bateson se propone abordar forman un “inventario” temático que interroga los *encadenamientos formales* en función de un rescate de las posibilidades de conocimiento de una “enumeración contrastante” que, de manera “abductiva”, pueda incesantemente indagar las modalidades de la “pauta” que conecta “el mundo de lo viviente” (Bateson, 1993: 10).

Los “objetos” que estudia Bateson, son, entre otros:

“ ... la simetría bilateral de un animal, la distribución de acuerdo con un patrón de las hojas en una planta, la escalada en una carrera armamentista, los procesos del cortejar, la naturaleza del juego, la gramática de una oración, el misterio de la evolución biológica y las crisis contemporáneas en la relación del hombre con su ambiente ...” (Bateson, 1998: 15).

En *Pasos hacia una ecología de la mente*, Bateson logra, según Donaldson, “la integración de todos los niveles de comunicación biológica: el genético, el individual, el cultural y el ecológico”, en una “nueva epistemología” (Donaldson en Bateson, 1993: 10) capaz de pensar a la biosfera como emergiendo “en y a través de los procesos mentales”.

Las *mentes* batesonianas son “agregados de ideas”, es decir, de “toda diferencia que hace a una diferencia” (Donaldson en Bateson, 1993: 19), no según una secuencia formal, sino en virtud de una historia natural, operativa, no prescriptiva, que supone una “unidad sagrada de la biosfera”. El método -exploratorio, abductivo- implica una descripción doble o múltiple de procesos mentales (“agregados de ideas”) con el propósito de inferir las pautas subyacentes y la gramática de su formación, porque, según Bateson,

“... el proceso evolutivo (de cualquier clase) debe depender de esos incrementos dobles de información. Todo paso evolutivo es una adición de información a un sistema ya existente. Como esto es así, las combinaciones, las armonías y los desacuerdos entre sucesivas porciones y capas de información presentarán múltiples problemas de supervivencia y determinarán múltiples direcciones de cambio” (Donaldson en Bateson, 1993: 20).

Es necesario remarcar esta insistencia de Bateson en la “forma” más que en la “sustancia”. Dice Bateson:

“... los procesos mentales, las ideas, la comunicación, organización, diferenciación, patrón, etc, son asuntos de forma y no de sustancia” (Bateson, 1993: 25), y su “noción esencial” es que “toda selección es que alguna diferencia ocasionará alguna otra diferencia en un momento ulterior ...” (Bateson, 1993: 24).

¿Cómo encarar esta tarea? Algunas indicaciones de la epistemología batesoniana posibilitan desplegar una mirada múltiple que puede sintetizarse en la fórmula “Mapas y Territorios”, tal como lo desarrolla bajo el subtítulo “El mapa no es el territorio, y el nombre no es la cosa nombrada” en *Espíritu y Naturaleza* (Cfr. Bateson, 1997). La posición de mirada de una observación a la manera de un *mapa* supone la posibilidad de arribar a una descripción general capaz de revelar, sistemáticamente, la fisonomía de la cuadrícula, sus principales arterias, y sus posibles bifurcaciones en términos de caracterización de tendencias. Se trata de lograr una “clasificación” en el sentido en que lo plantea Bateson:

“.. en todo pensamiento, o percepción, o comunicación de una percepción, hay una transformación, una codificación, entre la cosa sobre la cual se informa, la *Ding an sich*, y lo que se informa sobre ella. En especial, la relación entre esa cosa misteriosa y el informe sobre ella suele tener la índole de una *clasificación*, la asignación de una cosa a una clase. Poner un nombre es siempre clasificar, y trazar un mapa es en esencia lo mismo que poner un nombre” (Bateson, 1997: 40/41).

Un posicionamiento simultáneo en el *territorio* -y dado que “siempre habrá, necesariamente, muchísimas situaciones en las que la respuesta no está guiada por la distinción lógica entre el nombre y la cosa nombrada” (Bateson, 1997: 41)- implicará un intento de inmersión de dicha mirada en la “cosa”, por ejemplo, en la filigrana de las prácticas y los imaginarios.

Dicho movimiento metodológico entre “mapa” y “territorio” implica una mirada compleja del proceso de investigación, que torna evidente el carácter lúdico y fronterizo de las epistemologías, ya que ir de un nivel a otro supone un movimiento cognitivo incesante entre lo lo cualitativo/exploratorio (abducción), lo descriptivo/clasificadorio (inducción) y lo crítico/interpretativo (deducción/analogías).

En uno de sus tantos comentarios sobre su método, y aclarando que nunca se puede conocer lo que se está explorando hasta haberlo explorado, Bateson relata una de las preguntas que ocasionalmente formulaba a sus alumnos:

“Una madre recompensa habitualmente a su hijo pequeño con un helado si come espinacas. ¿Qué información adicional necesitaría usted para poder predecir si el niño: a) llegará a gustar de las espinacas u odiarlas, b) gustar de los helados u odiarlos, o c) amar u odiar a Mamá?”... y concluye: “.. toda la información adicional necesaria se relacionaba con el contexto de la conducta de la madre y del hijo. De hecho, el fenómeno del *contexto* y el fenómeno, relacionado con él estrechamente, del *significado* definían una división entre las ciencias duras y el tipo de creencia que yo estaba intentando construir” (Bateson, 1998: 17).

A la manera de Peirce, Bateson está planteando a la ciencia como una “creencia” que fluye transdisciplinariamente entre los conceptos cibernéticos (de ahí provienen, en Bateson, las nociones de “significado” y “contexto”) y los datos antropológicos. No es menor, según nuestro punto de vista, el lugar que a la sociosemiótica le compete, en tanto ciencia de la construcción de significados sociales, en dicho flujo.

Desde un punto de vista técnico, Bateson propone un “diagrama de tres columnas” a los fines de la descripción investigativa (Bateson, 1998: 18):

- En la columna de la izquierda se ubica “una lista de distintos tipos de datos no acompañados por ninguna interpretación (película, descripción, fotografía, enunciación humana grabada)”, entendiéndose por “datos” no “sucesos ni objetos” sino “registros o descripciones o recuerdos de sucesos u objetos” (Bateson nos recuerda, continuamente, que siempre hay una transformación del suceso bruto; que inevitablemente existe un proceso selectivo, ya que “el universo total, pasado y presente, no está

sujeto a observación desde ninguna posición dada del observador” (Bateson, 1998: 18/19), pero, a pesar de ello, la única posibilidad de confiabilidad a mano de los científicos siguen siendo los “datos”).

- En la columna del medio dispone un compendio de “nociones explicativas comunes en las ciencias de la conducta”. Por ejemplo, según el propio Bateson, nociones como “yo”, “angustia”, “instinto”, “propósito”, “mente”, “sí-mismo”, “patrón de acción fija”, etc. Sin embargo, este conjunto posible, dada su escasa articulación interna y su formulación poco estricta, conformaría una especie de “bruma conceptual” que derivaría en efectos nocivos para la ciencia, no progresivos, y por lo tanto es necesario vincularlo con la columna siguiente.
- En la columna de la derecha, por último, se enuncia un conjunto de “elementos fundamentales” de dos tipos: “proposiciones y sistemas de proposiciones truísticas, y proposiciones o leyes que son generalmente verdaderas”. Entre las primeras estarían las “verdades eternas de la matemática” (verdades tautológicamente determinadas), y, entre las segundas, por un lado, las “empíricamente verdaderas” (leyes de la conservación de la masa y la energía, la segunda ley de la termodinámica, etc), y, por otro lado, “otras que no pueden clasificarse como tautológicas o empíricas”: leyes de la probabilidad, teoremas de Shannon de la teoría de la información, etc (Bateson, 1998: 19).

A partir de este diagrama, Bateson define la “explicación” como “la distribución cartográfica de los datos sobre los elementos

fundamentales”, que actúa como una “maniobra de pinzas”: “las observaciones no pueden negarse y los elementos fundamentales tienen que adecuarse entre sí” (Bateson, 1998: 20).

La búsqueda de este “puente” entre datos y leyes aleja a Bateson de la ciencia del siglo XIX, que lo situaba en la “energía”. Por eso apunta que...

“... las leyes de la conservación de la materia y la energía siguen aun separadas de las leyes del orden, energía, entropía e información .. el orden se concibe como un asunto de seleccionar y dividir. Pero *la noción esencial en toda selección es que alguna diferencia ocasionará alguna otra diferencia en un momento ulterior ...*” (Bateson: 1998, 24. Cursivas nuestras).

La referencia a las leyes de la conservación de la energía y la materia remite a la “sustancia” más que la “forma”; no obstante, “los procesos mentales, las ideas, la comunicación, organización, diferenciación, patrón, etc, *son asuntos de forma y no de sustancia*” (Bateson, 1998: 25. Cursivas nuestras). La cibernética y la teoría de los sistemas proveen los elementos fundamentales para el tratamiento de la *forma*. A ellos acude Bateson en su intento de tender dicho “puente” entre la “vida” y el “orden”.

Los “elementos fundamentales” que conforman el marco analítico general de Bateson son:

- La ciencia como un método de percepción e indagación, no de comprobación, de naturaleza exploratoria y abductiva (Bateson, 1997: 37/40):

“... la ciencia es *una manera de percibir* y de conferir ‘sentido’ ... a nuestros preceptos. Pero la percepción sólo opera sobre la base de la *diferencia*. Toda recepción de información es forzosamente la recepción de noticias acerca de una diferencia, y toda percepción de diferencia está limitada por un umbral ..” (Bateson, 1997: 40).

- La necesidad de distinguir, desde un punto de vista lógico, el “nombre” y la “cosa nombrada”, el “mapa” y el “territorio”, como guía de las clasificaciones.
- Los “contextos” entendidos como “pautas” que se repiten a lo largo del tiempo (Bateson, 1997: 25).
- La interdependencia entre “contexto”, “comunicación”, y “significado”, y la hipótesis según la cual “los contextos confieren significado porque hay una clasificación de los contextos” según determinadas configuraciones o gramáticas contextuales (Bateson, 1997: 28).
- La recuperación de la idea de “ecología” como “impulso a unificar, y así a santificar<sup>4</sup>, el mundo natural total del que formamos parte” (Bateson, 1997: 29).

---

4 Los términos relativos a la “santificación” pueden derivar, en Bateson, en connotaciones religiosas. Sin embargo, nos interesa remarcar acá las acepciones de dicho campo semántico a los significados de re-unir, re-ligar, volver a juntar, etc.

- La naturaleza impredecible de las secuencias divergentes (Bateson, 1997: 51/54), que se refieren siempre a individuos -a moléculas individuales-, y remiten a la diferencia entre los enunciados acerca de un individuo identificado y los enunciados acerca de una clase, que son de diferente tipo lógico. Las secuencias divergentes son estocásticas: “ ..combina(n) un componente aleatorio con un proceso selectivo, de manera tal que sólo le sea dable perdurar a ciertos resultados del componente aleatorio” (Bateson, 1997: 242).

- La naturaleza predecible de las secuencias convergentes (Bateson, 1997: 55/56), debido a que la descripción, en este caso, se refiere al comportamiento de inmensas multitudes o clases de individuos.

- La consideración de los sucesos sociales como divergentes, ya que involucran a seres humanos y únicos (Bateson, 1997: 56).

- Los procesos “espirituales” (las “cosas vivas”) como cadenas circulares complejas de determinación (Bateson, 1997: 115), como sistemas con aumento positivo, llamados círculos viciosos o escalantes (Bateson, 1997: 117). Dice Bateson:

“En mi propio trabajo con la tribu latmul del río Sepik (Nueva Guinea), comprobé que diversas relaciones entre los grupos y entre distintos tipos de parientes se caracterizaban por intercambios de conducta tales que cuanto más exhibía A una cierta conducta, más probable era que B exhibiese esa misma conducta. A estos intercambios los llamé *simétricos*. A la inversa, había también estilizados intercambios en los cuales la conducta de B era diferente de la de A, pero *complementaria*. En uno y otro caso las relaciones

estaban potencialmente sujetas a una escalada progresiva, y a esto lo denominé *cismogénesis*” (...) “la cismogénesis, ya sea simétrica o complementaria, puede verosímilmente conducir al desenfreno o colapso del sistema” (Bateson, 1997: 118. Ver también “Contacto cultural y esquismogénesis” en Bateson, 1998).

Es preciso retener, de esta cita, la distinción que realiza Bateson de la comunicación en dos modalidades: relaciones *simétricas* y *complementarias*, ya que se constituyeron en nociones analíticas centrales para el estudio de la lógica de la comunicación humana.

- La cuestión del desenfreno, sus distintas especies y posibles combinaciones, se encuentra matizada, en Bateson, por el hecho de que...

“... pudiera haber circuitos de causación que contuvieran uno o más eslabones negativos, y que por ende pudieran autocorregirse”; por lo tanto “... los sistemas de desenfreno, como el crecimiento demográfico, pueden contener los gérmenes de su propia autocorrección en la forma de epidemias, guerra y programas de gobierno” (Bateson, 1997: 118).

- La definición de la naturaleza de los sistemas autocorrectivos tomada por Bateson del planteo realizado por Rosenblueth, Wiener y Bigelow en un artículo de la revista *Philosophy of Science* de 1943, en el cual postulaban que “el circuito autocorrectivo y sus numerosas variantes suministraban posibilidades para modelar las conductas adaptativas de los organismos” (Bateson, 1997: 119), y su propio concepto de “adaptación” como la “característica de un organismo mediante la cual parece ajustarse mejor a su ambiente y modo de vida. El proceso de lograr ese ajuste” (Bateson, 1997: 241).

Lo que la epistemología de Bateson nos transfiere, entonces, no es una mera metodología, sino una *estética* como *sensibilidad* a “la pauta que conecta”. La naturaleza crecientemente estocástica, divergente, del sistema-mundo actual -la *Creatura* batesoniana- torna complicado su conocimiento. Una incómoda imprevisibilidad hace fluctuar la percepción entre la cismogénesis y la autocorrección. El punto de vista del observador, en tal grado de indeterminación, requiere una condición “estética” en el sentido de Bateson -que es, también, una *ética*-, esto es, un impulso y una sensibilidad a “la pauta que conecta” (Bateson, 1997: 19) que pueda ejercerse, mediante todos los recursos intelectuales disponibles, local y globalmente a la vez.

La obra de Bateson es central en las ciencias de la comunicación, con aplicaciones en todas sus vertientes, y principalmente en la Escuela de Palo Alto en la que se desarrollan las teorías sistémicas de la comunicación a partir de la obra de autores como Watzlawick y Birdwhistell.

#### IV.C.3. EL FUNCIONALISMO-SISTÉMICO DE NIKLAS LUHMANN

La “teoría de los sistemas” de Niklas Luhmann (1927/1998) constituye un abordaje fuertemente sistemático y abstracto que se propone abordar la sociedad en su conjunto como un complejo sistema de comunicación. Un “sistema” se entiende en relación a su “entorno”, ya que el tipo de vínculo que el sistema establece con su entorno va a definir la naturaleza del sistema. La “comunicación” es entendida por Luhmann como mecanismo inherente a la vida de los sistemas; cada sistema posee una modalidad de comunicación, un código mínimo, a partir del cual se auto-organiza y se diferencia de los demás, y tal código comunicativo (a la manera de un bit de información) ejerce una función operativa de diferenciación y de reducción de la complejidad. Así tenemos el “sistema jurídico”, el “sistema político”, el “sistema económico”, etc., cada uno con una clausura

operativa específica. También el individuo, o el actor social, es nombrado por Luhmann de manera sistémica, como el “sistema psíquico”. En lo que sigue vamos a ocuparnos específicamente de las relaciones entre el “sistema psíquico” y el de la “comunicación social”, ya que compete directamente a una teoría de los medios masivos de comunicación.

Desde el punto de vista de Luhmann, la relación entre ambos sistemas -la “comunicación social” y el “sistema psíquico”- se caracteriza como de “interpenetración”. El sistema de los medios de masas incluye, en la teoría de Luhmann (2000: 104 y stes), distintos “campos programáticos”: el de “las noticias y reportajes”, el de la “publicidad”, y el del “entretenimiento”. Cada uno de ellos posee una clausura operativa específica. La razón por la cual estos distintos campos programáticos, y su específica diferenciación, quedan incluidos en un solo sistema funcional (los “medios de masas”), se debe a que “los motivos personales, en la sociedad moderna”, se hacen “accesibles” como “comunicación”. Los “motivos” no se entienden ni de manera psíquica, ni como factores neurofisiológicos que efectúan procesos de causalidad:

“La comunicación debe encontrar un medio en el que transcurran los motivos, ya que en la realidad no se puede llegar a conocer ni a verificar la verdadera causalidad de la motivación” (...) “Precisamente porque se trata de representaciones de comunicación, entonces estamos en el campo de procesos de atribución comunicacional referida a individuos” (Luhmann, 2000: 105).

En el campo de las noticias y reportajes, los medios simultáneamente “estandarizan” a los individuos situándolos como observadores o espectadores distantes -pasivos- que sólo “excepcionalmente” confirmarán su “propia individualidad”, y los “singularizan” al “presentarlos” como “causas de su propia actuación” (Luhmann, 2000:

105). La “publicidad”, por su parte, en el marco de un proceso histórico de larga duración de abstracción del concepto de “motivo económico” en el curso de instalación de la monetarización capitalista, esencializa al individuo mediante la idealización de un “patrón de motivos” universal en tanto “cálculo utilitario” (Luhmann, 2000: 105/106). En este caso también se encuentra la lógica de uniformización y singularización del individuo, en tanto sujeto guiado en sus decisiones por sus propios intereses (idealizados). Pero es el campo de lo que Luhmann llama “entretenimiento” (el “medio de la ficción narrativa”) el ámbito cuya funcionalidad diferencial se atribuye específicamente “para individualizar la disposición de los motivos”. Luhmann ubica dicha atribución en una tradición histórica que se inicia con el teatro moderno, pasando por la novela y “el aburguesamiento de la cultura narrativa”, la “metanarración psicoanalítica” y “la leyenda de la energía psíquica doméstica inventada por la economía”. Es en dicho campo donde a los individuos se les atribuye, específicamente, una “biografía”: “...son sus problemas, sus mentiras, sus represiones, su inconsciencia ... su necesidad de latencia. El medio de la ficcionalidad tiene la pretensión de volver concretos los motivos”, dice Luhmann (2000: 106/107).

La adecuación de estos campos programáticos con los motivos individuales tiene, entonces, una estructura: Se trata de “interpenetración”, es decir, de la posibilidad de conformar, en la comunicación social, “la conciencia individual”, y tiene la forma de una paradoja: “los individuos, al tomar parte en la comunicación, se individualizan, y se desindividualizan; se uniforman y se ficcionalizan, para que la comunicación pueda proseguir en referencia a los individuos” (Luhmann, 2000: 107/108).

Dice Luhmann:

“Como acontece siempre con los acoplamientos estructurales, estas relaciones son sumamente complejas como para hacer de ellas una exposición precisa con ayuda de conceptos como el de causalidad o el de representación. Estos acontecimientos psíquicos ni son arbitrarios, ni tampoco se pueden modificar de manera pretendida. La coevolución de sistemas sociales y psíquicos ha encontrado formas que reproducen a ambos sistemas de manera altamente compleja y que sin embargo son, para cada uno de ellos, formas específicas: abiertas a la evolución” (Luhmann, 2000: 109).

Dicha evolución, en relación con lo que Luhmann nombra como los “medios técnicos que reproducen imágenes”, provoca un enriquecimiento de las “ofertas de sentido” por su utilización de “caras conocidas (cuerpos y movimientos) y nombres”. “Se trata -concluye Luhmann- de un logro evolutivo exitoso de hacer compatible la autorreferencia y la heterorreferencia, bajo condiciones extremadamente estrechas de los sistemas” (Luhmann, 2000: 110).

#### **IV.D. DERIVACIONES ACERCA DE LA COMUNICACIÓN SOCIAL ACTUAL A PARTIR DE LAS META-EPISTEMOLOGÍAS**

Si los medios masivos de reproducción de imágenes suponen, según Luhmann, un logro evolutivo exitoso en esta coevolución de sistemas sociales y psíquicos al reforzar la potencia selectiva de la comunicación, cabe preguntarse sobre las consecuencias de esta última generación de medios y tecnologías mediados por Internet. Podrían interpretarse a los medios post-masivos como un incremento tal de novedad cualitativa que producen la instauración de un “orden emergente”, ya que parecen producirse cambios en todos los niveles, tanto en la estructura como en la composición y el mecanismo del sistema de medios (Bunge 2004: 106). El concepto de “emergencia”, desde un punto de vista sistémico, remite a la *novedad*, es decir, al establecimiento de propiedades de las que previamente el sistema carecía, y explica su evolución y cambio en un

proceso general de autoensamblado que implica tanto “ocurrencia” como “extinción de propiedades” (Bunge 2004: 107/108). Bunge entiende el punto de vista evolucionista ni de manera “gradualista” ni “saltacionista”, ya que reconoce tanto cambios graduales como saltos en la formación de los sistemas. Del mismo modo, su perspectiva es determinista pero no causalista, dado que plantea tanto la aleatoriedad como la persecución de metas como procesos que coexisten con los causales (Bunge 2004: 109).

El autoensamblado como proceso generativo remite a la naturaleza espontánea de las relaciones que pueden establecer las propiedades de un sistema, o, dicho de otro modo, y parafraseando a Bateson, a un adosamiento tal de información que produce una nueva “diferencia”. La interrogación a plantear es, entonces, si dichos adosamientos de complejidad en el sistema de medios garantizan o no su supervivencia en tanto sistema, justamente, diferenciado. Si la generación de novedades puede entenderse, asimismo, desde el punto de vista del sistema, como autopoietica, es decir, como autónoma, entonces el orden emergente garantizaría la continuidad de la coevolución del sistema de medios y el sistema psíquico ya que, en las actuales condiciones, sigue operando su diferenciación específica que consiste, tal como mencionábamos más arriba siguiendo a Luhmann, en la disponibilidad de “motivos personales” como “comunicación”.

Me interesa detenerme, entonces, en esta diferenciación funcional que apunta Luhmann *-la accesibilidad de los motivos personales como comunicación-* y en el tópico de la *individualización de la disposición de los motivos*, que atribuye particularmente al campo del “entretenimiento” en tanto *-según su perspectiva-* “medio de la ficción narrativa”, porque constituye el núcleo de mi presunción.

Creo que es, justamente, este nivel el que, al garantizar la continuidad operativa del vínculo sistema de medios/sistema psíquico, promueve, simultáneamente, las principales mutaciones que, sin embargo, encuentro funcionales a tal continuidad.

Una de las principales mutaciones en la evolución de esta diferenciación funcional de “los motivos como comunicación” me parece que tiene que ver con lo que Verón llama el “esbozo de una tercera etapa en la historia de la televisión de masas” que ubica en “el pasaje al tercer milenio” (Verón, 2009: 239). Dice Verón:

“Desde el punto de vista de las estrategias enunciativas (es decir, desde el punto de vista de la producción) el interpretante que se instala progresivamente como dominante es *una configuración compleja de colectivos definidos como exteriores a la institución televisión y atribuidos al mundo individual, no mediatizado, del destinatario*” (Verón, 2009: 239).

Podría entenderse que es ésta la configuración de la diferenciación funcional que nombramos, recuperando los conceptos de Luhmann, como *accesibilidad y disponibilidad de la individualización de los motivos personales para la comunicación*, y que descansa en la función pática y expresiva que es “una dimensión estructural de la televisión, la dimensión del contacto” (...) “.. la relación de mirada es la condición estructurante genérica de todos los géneros propiamente televisivos” (Verón, 2009: 232) y, a su vez, “el eje de la mirada tal vez derive del hecho de que, de manera muy natural -dice Verón (cfr nota 7, en Verón, 2009: 232)-, se le dio imagen a la voz de la radio. Por fin la voz de la radio tenía alguien a quien mirar”. Ahora bien, es preciso señalar que dicha relación de mirada como dispositivo de individualización de motivos que remite, ya, al “cuerpo significativo” (Verón, 2009: 231) -esto es, a la “mediatización del orden segundo” (Verón, 2009: 236/237)- se produjo en los géneros noticiarios y no de ficción como apuntaba Luhmann, con lo cual Verón habilita a reconstruir una genealogía distinta a la planteada por Luhmann.

Ese enriquecimiento de las “ofertas de sentido” por su utilización de “caras conocidas (cuerpos y movimientos) y nombres”, como decía Luhmann (ver más arriba), se encastran en una evolución que fue -siguiendo a Verón-, desde los años 80 del siglo XX, y mediante los géneros típicos de la llamada neo-televisión como los talk shows y los juegos, crecientemente ganando en *personalización*. De este modo, la pantalla de televisión pasa a ser un eminente espacio de “conversación” y la vida cotidiana su principal referente (Verón, 2009: 234). Si la tecnología era lo que diferenciaba a los medios de masas del contexto de la vida cotidiana de los individuos (Luhmann 2000: 104), lo cierto es que la coevolución sistémica parece haber producido una indiferenciación creciente entre tecnologías y medios interactivos, y vida cotidiana. Esta podría ser, entonces, una de las principales mutaciones -“siempre dentro del marco del vínculo indicial que caracterizó desde el principio el dispositivo” (Verón 2009: 238)- en la cual están involucrados, junto a la transformación de los interpretantes, la de los colectivos de identificación (cfr Verón 2009: 237 y *stes*). El fin de lo masivo involucraría, entonces, una extensión de los medios a la vida cotidiana. Del Estado-Nación, pasando por la propia televisión como interpretante, hasta el “mundo del destinatario” como representante del “afuera” (Verón, 2009: 240), lo que ha sucedido es una mediatización de todas las dimensiones del individuo, con lo cual la individualización de “motivos” propia de la diferenciación sistémica a la que apuntaba Luhmann parece estar alcanzando su completud:

“Si en el nivel estructural se la puede definir como fundada en el vínculo indicial del contacto, la televisión histórica de masas comporta, a su vez, *mediatizadas*, las tres dimensiones de la semiosis de los actores individuales: la primeridad de los afectos e imágenes, la secundariedad de los hechos y relatos, la terceridad de las reglas encarnadas en el lenguaje” (Verón, 2009: 241).

En definitiva, la historia de la televisión demuestra que ésta “... instala a nivel colectivo procesos semióticos que, antes de la mediatización, estaban confinados en el plano microscópico de las relaciones interpersonales entre los actores sociales” (Ibidem). La convergencia de medios y tecnologías mediante el protocolo de Internet produce a su vez transformaciones tanto en la composición como en la estructura del sistema, siendo la disponibilidad de fragmentos textuales que se programan en recepción y la progresiva multiplicidad de consumos (Verón, 2009: 245), una de las más importantes.

El funcionamiento de estos textos y fragmentos de textos -interactivos, virtuales-, lejos de ser uniforme, supone un “poliglotismo cultural y semiótico” (Lotman, [1981] 1993: 3/7) donde resulta adecuado entender al texto como lo hace Lotman, como “un generador informacional que posee rasgos de una persona con un intelecto altamente desarrollado” (Lotman, [1981] 1993: 6/7). Ante esta disponibilidad de textualidades, no es posible entender al consumidor como un mero descifrador, sino estableciendo distintos tipos de contactos con ellas; la fórmula adecuada sería, según Lotman:

“... el consumidor *trata* con el texto”, ya que su “desciframiento se complica extraordinariamente, pierde su carácter de acontecimiento finito que ocurre una sola vez, tornándose más parecido a los actos, que ya conocemos, de trato semiótico de un ser humano con otra persona autónoma” (Lotman, [1981] 1993: 7. *Cursiva nuestra*).

Si esto, desde el punto de vista de la semiótica de la cultura, es así para cualquier tipo de texto, creo que se torna evidente al tratar con textualidades interactivas.

La web 2.0 es la que ofrece toda una serie de posibilidades y trayectorias a partir de sus distintos recursos (cfr Cobo Romaní y Pardo Kuklinski, 2007), que habilitan el *remixing* y los procesos de creación colaborativa de nuevas formas (Manovich, 2005). Los antecedentes más cercanos de esta *remixability* se encuentran en la música electrónica de los 80 del siglo pasado, en la cual el *remix* era el método por excelencia. Pero también es posible hablar de una especie de cultura-Lego con una desarrollada performance para el ensamblado de toda clase de objetos culturales. Esta capacidad para la *modularidad* adquiere un nuevo estatuto con las computadoras:

“In other words, if pre-computer modularity leads to repetition and reduction, post-computer modularity can produce unlimited diversity” (Manovich, 2005: 2).

Dicha modularidad -que Manovich llama “real-time or on-demand modularity”- está asentada en la posibilidad de la web 2.0 de partir la información en unidades de micro-contenidos que pueden ser distribuidos desde y a innumerables dominios. La perspectiva es, entonces, de “a potential future of «ultimate modularity/remixability»” (Manovich, 2005: 3). Lo nuevo es que esta modularidad y *remixability* se encuentran ahora disponibles para todos los participantes de Internet (Manovich 2005: 3).

Vale aclarar algunas cuestiones sobre la *modularidad*. Manovich dice que habiendo sido el principio organizativo de la producción de masas desde que Ford instaló su primera línea de montaje en 1913, se expandió al resto de la cultura tardíamente, aunque Adorno y Horkheimer hayan escrito sobre la industria cultural en la década del 40; no era entonces -y no lo es hoy, dice Manovich- una verdadera industria moderna, ya que aun no alcanzó el carácter sistemático de la estandarización industrial de

1913. Señala que *la modularidad cultural tiene una lógica distinta a la modularidad industrial*. Por un lado, la cultura de masas es posible gracias a una completa modularidad en los niveles de packaging y distribución; todos los contenidos culturales fueron estandarizados, pero la actual producción de contenidos no fue nunca estandarizada en el mismo sentido. Trae a colación una cita de Adorno en la cual aclara que la expresión “industria” fue tomada demasiado literalmente. En “Culture industry reconsidered,” Adorno escribe:

“The expression «industry» is not to be taken too literally. It refers to the standardization of the thing itself -such as that of the Western, familiar to every movie-goer- and to the rationalization of distribution techniques, but not strictly to the production process... it [culture industry] is industrial more in a sociological sense, in the incorporation of industrial forms of organization even when nothing is manufactured -as in the rationalization of office work- rather than in the sense of anything really and actually produced by technological rationality” (Adorno, Th., 1975, “Culture Industry Reconsidered,” *New German Critique* 6: 12/19, en Manovich, 2005).

Resulta interesante remarcar las reflexiones de Manovich acerca de que, en realidad, todavía no se produjo un cambio en relación con la lógica pre-industrial. El carácter individual de cada producto es, según Adorno, la “ideología” de la cultura de masas:

“Each product affects an individual air; individuality itself serves to reinforce ideology, in so far as the illusion is conjured up that the completely reified and mediated is a sanctuary from immediacy and life” (Adorno, 1975: 9, en Manovich, 2005).

La conclusion de Manovich es que...

“In short: in culture, we have been modular already for a long time. But at the same time, «we have never been modular» -which I think is a very good thing” (Manovich, 2005).

En la existencia de dichos recursos y procedimientos se basan las ideas acerca de la liberación total del consumidor del ámbito de la producción; ya la videocasetera y el control remoto habían producido “una distancia creciente entre el tiempo de la oferta y el tiempo del consumo”, y “una decreciente importancia del directo y del consumo en «tiempo real»” (Verón 2009: 246). Dichos mecanismos implicarían, entonces, una profunda mutación de la experiencia de la temporalidad, ya que, por un lado, como apunta Verón, el tiempo de la oferta y el tiempo del consumo tienden a no coincidir poniendo en entredicho la importancia del directo, pero, a su vez, la experiencia del directo pasa totalmente al ámbito de la recepción dadas las condiciones del *remixing* en tiempo real. Es decir que la tendencia es que la gestión de la temporalidad, y las experiencias asociadas, depende ahora totalmente del receptor o usuario.

Las transformaciones de las condiciones del reconocimiento se expresa, entonces, en dicha pluralidad y creciente libertad en el consumo, aunque el carácter creativo de la actividad de los usuarios no puede derivarse directamente de esta cuestión de hecho, porque en realidad lo que parece darse es una actividad más centrada en la agregación de contenidos que en la producción de novedades por parte de los usuarios de Internet. Es la tendencia a la universalización del contacto lo que sí produce un nuevo estatuto. Así como los conceptos de “contrato de lectura” o “lector modelo” necesitan ser rearticulados con un momento investigativo del reconocimiento, lo mismo sucede con la hipótesis de la “agenda-setting”, ya que en las actuales condiciones no es posible inferir esa relación estrecha que se suponía entre agendas mediáticas y agendas públicas (principalmente políticas). Al contrario, como dice

McCombs, la fragmentación de las audiencias y la creación de agendas mediáticas exclusivas, hacen a la emergencia de agendas individualizadas:

“... se trata de una visión del futuro fundamentada en una multitud de agendas mediáticas y agendas personales, con escasa cohesión social ... Esta perspectiva del futuro es la antítesis de la situación de la comunicación de masas de toda la vida, caracterizada por grandes audiencias que reciben de los medios una agendas muy redundantes” (McCombs, 2006: 276/277).

Asimismo, los dilemas que produce la revelación de secretos -caso WikiLeaks- producen alteraciones en las propias modalidades de construcción de agenda y en la función tradicional de gatekeeper de la prensa (Cfr. Francescutti, 2013). El tópico de la escasa cohesión social que señala McCombs lleva a la pregunta acerca del estatuto de las redes sociales. En trabajos anteriores (Valdettaro, 2009) me preguntaba acerca del carácter “social” de las mencionadas redes, y concluía -siguiendo a Latour (2008)- que el carácter de estabilidad que supondría pensar en términos de “sociedad” aun no estaba dado para las redes, con lo cual se podrían pensar en términos de “asociaciones en red” -nuevamente Latour (2008)-. Que tampoco haya un acuerdo acerca de cómo nombrar estos colectivos emergentes en el campo, por ejemplo, de la filosofía política, también puede ser tomado como un síntoma de la inestabilidad que se percibe en los fenómenos actuales, políticos y sociales. Con el concepto de “multitud” (Valdettaro, 2008c) se intenta realizar esta operación de especificación. Las condiciones de producción de dichas multitudes son, decíamos en ese texto, las tecnologías interactivas del contacto en una era que ya podríamos caracterizar como de post-mediatización, pero con ello también destacaba la naturaleza episódica, intersticial, difícilmente institucionalizable, de la emergencia de las multitudes. Lo cierto es que los recursos del contacto, plenamente disponibles, aun no parecen estar estabilizados en sus usos. La teoría se desvela, así, entre las “asociaciones

en red” y las “multitudes”, en un espacio cuya complejidad se percibe, por momentos, inefable. Lo que sí podría conjeturar es que, en relación con las “asociaciones en red” via las “redes sociales”, la diferenciación funcional del sistema de medios apuntada por Luhmann en términos de *accesibilidad y disponibilidad de la individualización de los motivos personales para la comunicación* no sólo sigue vigente, sino que ha adquirido nuevos niveles de complejidad que, en la actualidad, por poner un caso, parecen reponer al broadcasting via el networking.

## CAPÍTULO V. TEORÍAS DE LA COMUNICACIÓN Y MEDIATIZACIONES

### V.A. EPISTEMOLOGÍAS Y TEORÍAS DE LA COMUNICACIÓN

Como ya lo dijimos, en tanto dispositivo técnico y social, la comunicación es una disciplina que se constituye de manera transdisciplinar y su especificidad dependerá de la modalidad del entrecruzamiento de distintas tradiciones teórico-epistemológicas. Después de la Segunda Guerra Mundial, y dada la creciente complejización de los procesos sociales, las disciplinas comienzan a superponerse (Cfr. Wallerstein, [1996] 2007: 50), y empezaron a aparecer “nuevos nombres interdisciplinarios”, como los “estudios de la comunicación” (Wallerstein, [1996] 2007: 52). De tal modo, las Teorías de la Comunicación van incluyendo abordajes tanto de prácticas comunicacionales directas o interpersonales, como mediáticas.

Las perspectivas que se consideran el “canon” de la Comunicación -a la manera del “núcleo duro” lakatosiano-, son las siguientes:

- La **Mass Communication Research**: se desarrolla a partir de la década del 40 del siglo XX en Estados Unidos (Cfr. Saperas, 1985). Es una corriente de tipo empírica, emparentada de manera general con el positivismo, cuyos presupuestos provienen de la sociología funcionalista y las teorías de rango-medio de Robert Merton (1910/2003). El análisis funcional y los estudios sobre efectos de los medios son los principales propósitos de dicha corriente. Mediante una articulación de sociología funcionalista de rango-medio y presupuestos de la psicología

conductista, se desarrollan numerosas investigaciones sobre los efectos de los medios, el análisis de contenido, el estudio de públicos y audiencias (Cfr. Wolf, 1987 y Saperas, 1985). La principal hipótesis de dicha corriente es la “teoría de efectos mínimos de la comunicación”, también conocida como “teoría situacional o fenoménica”, la cual “falsifica” la hipótesis de la manipulación. Su principal referente es Paul Lazarsfeld (1901/1976) (Cfr. Lazarsfeld y Menzel, 1984). Según mi punto de vista, la Mass Communication Research es la perspectiva que construye, de manera clara, un objeto de estudio “comunicación”, en el cual se articulan presupuestos acerca de la comunicación interactiva y la comunicación mediática. Las condiciones de producción de dicha corriente tienen que ver con el contexto de la II Guerra Mundial y las necesidades de utilización y vigilancia de la información a los fines políticos, militares e institucionales. Es por ello que decíamos anteriormente que la “comunicación” en tanto “disciplina” emerge, básicamente, guiada por un propósito del “control”.

- **La Teoría Crítica del Instituto de Frankfurt:** se desarrolla a partir de la década del 30 del siglo XX en Europa, pero los textos relacionados directamente con la comunicación son de las décadas del 40 y 50 principalmente. Se caracteriza por un tipo de escritura ensayística, filosófica, especulativa, mediante una articulación plástica de momentos interpretativos y deductivos, y sus presupuestos epistemológicos provienen del marxismo en relación con la teoría de la sociedad, y del psicoanálisis en relación con la teoría del sujeto. Es por ello que se la nombra como una teoría freudo-marxista. Los temas típicos de la teoría crítica son la sociedad de masas y la industria cultural, la expansión del carácter fetichista de la mercancía a todos los niveles de la vida social y cultural, los efectos de alienación de la conciencia, las relaciones entre arte, cultura y tecnología, etc. El ensayo sobre la industria cultural de Theodor Adorno (1903/1969) y Max Horkheimer (1895/1973), publicado en 1947 -en el cual desarrollan una crítica radical a la cultura de masas- es el principal exponente de esta perspectiva (Cfr. Adorno y Horkheimer, 1987).

Suele incluirse a Walter Benjamin (1892/1940) en la teoría crítica, aunque presenta numerosos matices en relación al programa duro de la crítica radical frankfurtiana. Su texto sobre la obra de arte en la era de la reproducción técnica, de 1936, es un clásico cuya vigencia sigue intacta en relación con una epistemología de los medios y la técnica (Cfr. Benjamin, 1982). El abordaje que realiza Benjamin de la experiencia urbana de la vida moderna se constituye en “método de conocimiento”, la *flânerieu*. La posibilidad que brinda la ciudad para el deambular sin un propósito previamente fijado es uno de los caracteres que particularizan la novedad de lo moderno en tanto experiencia vital. La *flânerieu* se encuentra en la materialidad concreta de prácticas que a mediados del siglo XIX consolidaban un modo de estar *detectivesco* en la ciudad, tal como lo desarrollamos antes: detección, confabulación, conspiración, revuelta. Son, como en Simmel, la metrópolis y la economía monetaria las condiciones de producción de dicha experiencia, ya que resultan los ámbitos propicios para el ejercicio del anonimato. También en la perspectiva de De Certeau (1996 y 1997) encontramos dicho motivo, dado que su énfasis en las posiciones tácticas y las técnicas de escamoteo tienen que ver, justamente, con la posibilidad de aprovechar esos intersticios que el poder estratégico nunca puede del todo cubrir. A la *flânerieu* como método de conocimiento “micrológico” de la vida moderna corresponde una manera particular de escritura en las ciencias sociales y humanas: la forma “ensayo”. Con una frondosa tradición en el campo intelectual local, el ensayo es el modo privilegiado de captar la “movilidad de los objetos” y las “imágenes dialécticas”, cuestiones que suponen un presupuesto epistemológico central: que la realidad no está fijada en conceptos, que existen significativos márgenes de indeterminación para la captación de los cuales las formas “rapsódicas” del pensamiento parecen más adecuadas.

Si bien las posturas de Adorno y Benjamin acerca de la cultura de masas y la industria cultural no coinciden en muchos de sus puntos, sin embargo es posible advertir un programa en común entre la noción de “experiencia estética” de Adorno, y la de “fantasía exacta” de Benjamin, en tanto “experiencia de singularidad” opuesta al “acceso de las masas a la cultura que va a encubrir la atrofia de la imaginación” (Strá, 2013: 43).

A partir de la “experiencia estética”, se hace posible vislumbrar el carácter paradójico del arte, “que consiste en alcanzar lo que no ha sido hecho...”, ya que, desde esta dimensión, “la obra no se alinea con el mito para dar un sentido al caos natural, sino que corrompe las categorías que se intentan anexar al arte para facilitar la comunicación entre la percepción y el mundo fenoménico” (Strá, 2013: 37). Se advierte, entonces, una correspondencia entre “modernidad”, “fragmento”, “forma-ensayo” y “experiencia estética”, central en la perspectiva tanto de Adorno como de Benjamin (Cfr., entre otros, Frisby, 1992 y 2007, y Strá, 2013).

- La **Escuela de Palo Alto**: desarrollada en Estados Unidos durante las décadas del 50 y 60 del siglo XX, reúne investigadores provenientes de distintas disciplinas -psiquiatría, lingüística, antropología, sociología, etc.- y sus nombres más emblemáticos son Gregory Bateson y Paul Watzlawick (1921/2007). Sus fundamentos provienen de la metaepistemología de Bateson que ya presentamos, de la cibernética, la teoría de los sistemas y, de manera general, del “punto de vista” de la complejidad. También conocida como “escuela sistémica”, la Escuela de Palo Alto produce modificaciones importantes en relación a cómo se entiende la comunicación, alejándose del modelo lineal y apostando por un modelo múltiple y “orquestal” de la comunicación (Cfr. Winkin, 1994). El libro *Teoría de la Comunicación Humana*, de Watzlawick, Beavin y Jackson, publicado en 1967, en el cual presentan los famosos “axiomas” de la comunicación, es uno de los principales exponentes de esta perspectiva (Cfr. Watzlawick y otros, 1991).

- Los **Estudios Culturales de la Escuela de Birmingham**, nombre con el que se conoce al *Centre for Contemporary Cultural Studies* de la Universidad de Birmingham, Inglaterra, fundado por Richard Hoggart (1918/2014) en 1964. Los principales referentes son Raymond Williams

(1921/1988), Edward Thompson (1924/1993) y Stuart Hall (1932/2014). Se trata de un abordaje al estudio de la cultura y la historia desde un punto de vista crítico, materialista y empírico, principalmente desde el marxismo gramsciano y su noción de “hegemonía” -que se desmarca de la noción de “ideología” imperante en el estructuralismo-, a partir del cual formulan un concepto de cultura de base experiencial y práxica. Los conceptos de “experiencia” y “praxis” resultan centrales, ya que a partir de los mismos se puede advertir un concepto de sujeto activo que mediante sus prácticas produce cultura, al contrario de las versiones estructuralistas del sujeto. El estudio de los medios de comunicación y la “cultura popular” forma parte central de su programa. Los textos de referencia de esta perspectiva son, entre otros: de Raymond Williams, *Cultura y Sociedad* (1958), *El campo y la ciudad* ([1973] 2001), *Marxismo y literatura* (1977) y *Sociología de la cultura* ([1981] 1994); de Richard Hoggart, el texto de 1957, *The Uses of Literacy: Aspects of Working Class Life*; de Edward Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, de 1963, y *La economía moral de la multitud en Inglaterra*, de 1979. El ensayo de Stuart Hall, “Estudios Culturales: dos paradigmas” (1994) se encuentra, también, en este corpus principal de los Estudios Culturales ingleses. En dicho ensayo, Hall realiza una revisión de la línea fundadora de los estudios culturales ingleses y analiza las diferencias con las posturas estructuralistas.

- **La perspectiva ecológica/ambiental de Marshall McLuhan** (1911/1980): su obra es considerada como una de las más importantes de estudio sobre los medios, siendo famosa su hipótesis de “los medios como extensiones del hombre” (1969). A partir de una significativa formación en literatura inglesa y cultura general, los textos de McLuhan se caracterizan por una escritura ensayística que va articulando hipótesis exploratorias (o abductivas) con referencias empíricas procedentes de distintas dimensiones culturales, sociales y políticas. A partir de ello se puede reconstruir una “historia” de los medios y tecnologías dividida en distintas eras, cada una con características propias (cfr. Baggiolini, 1995). Asimismo, encontramos en la obra de McLuhan una epistemología

“ambiental” o “ecológica” de los medios y tecnologías, lo cual se advierte claramente en *Leyes de los medios* (1990. Cfr, también, Valdetaro 2011d y 2011e).

- Los **estudios sobre la lengua y los lenguajes**: que incluyen enfoques de la lingüística, la semiología estructuralista, las teorías de la enunciación, la pragmática, las teorías sobre los géneros y estilos discursivos, la retórica, la semiótica greimasiana, la semiótica de la cultura de Lotman, la semiótica de raíz peirciana de Eliseo Verón, Umberto Eco, Paolo Fabbri, etc. Si bien cada uno de dichos abordajes supone construcciones de conocimiento específicas, a nuestros fines focalizamos particularmente dos grandes posturas epistemológicas: las que responden a una epistemología estructural y/o estructuralista, y las que basan sus fundamentos en la lógica-semiótica de Peirce (cfr. los desarrollos anteriores, y además, Lozano y otros, 1982 y Maingueneau, 1980).

Además de estas perspectivas -que hacen al “canon” de los estudios en comunicación-, podemos considerar también a otros enfoques que se ocupan de diferentes dimensiones.

- La **dimensión jurídico-política** de la comunicación es un aspecto que se estudia de manera particular, dada la importancia que fue adquiriendo el “derecho a la información” como “derecho humano”, lo cual caracteriza no sólo a la era de los medios masivos, sino que adquiere un nuevo estatuto trans-fronterizo en épocas de Internet. En tal sentido, el estudio de las políticas de comunicación, tanto públicas como de la sociedad civil, en sus distintos momentos históricos, adquiere relevancia en el contexto actual de mundialización digital y semiocapitalismo. Asimismo, los aspectos ligados a la “política” y “economía” de los medios forman parte,

desde las últimas décadas, de una agenda central de estudios en comunicación (Cfr., por ejemplo, Mastrini y Becerra, 2006 y Viale y Tovar, 2006).

- El **aspecto “organizacional”** de la comunicación es también una línea de estudios específica. Los modelos “organizacionales” suponen modelos comunicativos en el nivel de los grupos, las instituciones y las empresas, y se basan en una conceptualización del concepto de “planificación estratégica” tanto del consenso como del conflicto en el marco de tramas de poder y/o gestión específicas. El componente “estratégico” de la comunicación remite principalmente a su condición retórica, y no simplemente a aspectos organizativos y de marketing, aunque dicha dimensión retórica se encuentra habitualmente eludida o escasamente explicitada en dichos estudios.

- El vínculo entre **comunicación y educación** forma parte también de un área de estudios que cuenta tanto con una frondosa tradición como con un importante desarrollo en la actualidad. Se plantea los dilemas con que se encuentra el campo educativo en un ambiente socio-cultural atravesado por lenguajes digitales. Constituye, por tanto, un desafío epistemológico que tiene que ver con la posibilidad de construir definiciones generacionales, identitarias y experienciales de los actores involucrados en los procesos educativos, tendiendo a comprender la reconfiguración de subjetividades que dicho proceso implica. El informe elaborado por Roberto Igarza para la CERLALC (Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe) sobre el estado de la cuestión del libro y la lectura en la actualidad -el cual constituyó la base de discusión del *Comité Intergubernamental Nueva agenda por el libro y la lectura: recomendaciones para políticas públicas en Iberoamérica*, reunido en Bogotá durante julio de 2013-, resulta imprescindible a los fines de tener

a la vista un diagnóstico acerca de las instituciones y prácticas asociadas a la educación en nuestra contemporaneidad (Cfr. Igarza, 2013).

- Las **investigaciones sobre mediatizaciones** resultan, desde mi perspectiva, centrales a la hora de evaluar el estado actual del campo de estudios de la comunicación. Por tal motivo, lo presento a continuación como título independiente.

## **V.B. INVESTIGACIONES SOBRE MEDIATIZACIONES**

A partir de un enfoque general socio-semiótico, las investigaciones sobre *mediatizaciones* ocupan, en la actualidad, un lugar importante en el campo de estudios de la comunicación. Si bien dicha área cuenta ya con una tradición analítica, es a partir de la consolidación de los entornos digitales y las hibridaciones entre lenguajes que logra un posicionamiento significativo (Cfr., entre otros, Fernández M., 2014b: 191 y stes). A los fines de especificar las características de dichos estudios, una mirada histórico-genealógica de la mediatización resulta indispensable. La emergencia y consolidación del sistema de medios primero, y luego de la informatización de la comunicación, suponen transformaciones históricas que producen un complejo campo de efectos tanto a nivel de la agencia social como de su estructura. Las modalidades de construcción del vínculo político a partir de las llamadas “redes sociales”, y la emergencia de nuevos colectivos -movimientos sociales de topo tipo sin una identidad formal-, y de novedosos y disruptivos modos de ejercicio de la protesta social (Valdettaro, 2013<sup>a</sup>), atraviesan la disciplina forzándola a la construcción de nuevos conceptos socio-antropológicos en el marco de una hipermediatización de la política. Las transformaciones en los géneros discursivos obligan a una focalización en las variaciones narrativas, estilísticas y retóricas que produce la

mediatización. En dicho marco, la dimensión estética de la comunicación y su relación con el mundo del arte, merece una discusión histórico-epistemológica (Cfr. Carlón 2010 y 2014). Los estilos de época de las expresiones artísticas, y su relación con la cultura de masas y con la “industria cultural” y los medios, son tópicos necesarios para el abordaje de las relaciones actuales entre el campo del arte y el campo de las mediatizaciones, cuyos atravesamientos han hecho estallar cualquier tipo de división entre niveles de cultura (Cfr. Jost, 2012). Como plantea Boris Groys, en la actualidad “la actitud estética no necesita del arte ya que funciona mucho mejor sin él” (Groys, 2014: 12), y...

“... esto implica que el arte contemporáneo debe ser analizado, no en términos estéticos, sino en términos de poética. No desde la perspectiva del consumidor de arte, sino desde la del productor. De hecho, la tradición que piensa al arte como *poiesis* o *techné* es más extensa que la que lo piensa como *aisthesis* o en términos de hermenéutica” (Groys, 2014: 15).

Las prácticas artísticas actuales, por lo tanto, deben pensarse...

“... como transformaciones radicales desde la estética a la poética, más específicamente hacia la autopoética, hacia la producción del propio Yo público” (Groys, 2014: 15/16).

El autodiseño del sujeto es un hecho que tiene que ver con que “la máquina de cobertura mediática no necesita ninguna intervención artística individual ni ninguna decisión artística para ponerse a andar” (Groys, 2014: 38):

“... el diseño de sí es una práctica que une a los artistas con una audiencia semejante de la manera más radical: aunque no todos producen obras, todos son una obra” (Groys, 2014: 40).

Nos encontraríamos, si se quiere, y en palabras de Federico Galende, en un momento de “experimentación sin vanguardia” (Galende, 2015).

La comprensión de dichos fenómenos requiere una breve caracterización de los contextos actuales de la comunicación para, a partir de ello, delimitar los tipos de operaciones teórico-epistemológicas que se articulan. La comunicación social se desarrolla en el marco de una articulación sistémica entre “procesos de modernización” y “procesos de mediatización”, produciendo complejas asignaciones de sentido a las representaciones de la “actualidad”. En nuestra “actualidad”, los procesos de modernización se nombran de distintos modos: “posmodernidad”, “tardomodernidad”, “sobremodernidad”, “modernidad líquida”, “hipermodernidad”, etc. La referencia histórica de “nuestra actualidad” es al periodo que, luego de la caída del Muro de Berlín en 1989, inicia una nueva era marcada por cambios en los procesos productivos a nivel global, por nuevas formas del ejercicio político y por modificaciones profundas en la constitución del lazo público, y que decanta en el atentado a las Torres Gemelas de Nueva York el 11 de septiembre de 2001. Tal es la magnitud de los cambios que se producen que se dice que el siglo XX terminó en 1989, y el siglo XXI comenzó en 2001. Uno de los aspectos ineludibles de dichas transformaciones es, justamente, la mediatización.

Las radicales mutaciones de la base tecnológico/informacional de las últimas décadas producen un fenómeno de convergencia mediática en producción, y de divergencia en recepción -fenómeno constatado por muchos autores (Cfr., entre otros, Igarza, 2008: 65 y stes.)-, con lo cual

nos encontramos ante nuevas gramáticas del lazo público y de tipos de sociedad. La creciente asimetría entre gramáticas de producción y de reconocimiento, luego del periodo de convergencia entre oferta y demanda de la época de predominio de la televisión clásica, decantó en síntomas de divergencia en recepción desde los 70 y mediados de los 80 del siglo XX, produciendo, en el campo de los estudios comunicacionales, un “reception turn”, es decir, un giro hacia el estudio del ámbito de la recepción. La multiplicación de señales, el desarrollo de soportes tecnológicos cada vez más personalizados, los dispositivos y las prácticas vinculadas al control remoto o la videocasetera, produjeron modificaciones entre producción y consumo y posicionaron el lugar del receptor como un ámbito de paulatina libertad: libertad de grabar con la videocasetera interrumpiendo de este modo las consecuencias que en la vida cotidiana producían las grillas de programación; libertad de elección de programas mediante la práctica del zapping volviendo indecible cualquier tipo de política de emisión, de medición de audiencias, y, por tanto, de venta publicitaria de nichos de telespectadores, etc. Es por la evolución de los dispositivos que el ámbito de la recepción se visualiza, actualmente, como progresivamente divergente. Itinerarios de prácticas de consumos mediáticos cada vez más personalizados producen un persistente distanciamiento de las constricciones de la emisión, conformando una “hiperaudiencia” (Maestri, 2010). Por su parte, el perfeccionamiento técnico de los aparatos deriva en soportes que son meta-medios -como, por ejemplo, las tablets y los celulares inteligentes- originando un proceso de convergencia tecnológica en el nivel de la producción, es decir, la unión de diferentes plataformas como el teléfono, la televisión y la computadora. Ello implica, tendencialmente, la desaparición de los límites entre los medios de comunicación. En tal sentido, las investigaciones llevadas a cabo por Roberto Igarza aportan numerosas claves a los fines de comprender la lógica de dichos fenómenos, analizando pormenorizadamente el proceso de la convergencia mediática y los comportamientos asociados (Cfr. Igarza, 2008). Asimismo, su noción “intersticial” del ocio en este nuevo sensorium, pone de manifiesto acertadamente las peculiaridades de los vínculos contemporáneos entre movilidad, culturas mediáticas y culturas digitales (Cfr. Igarza, 2009).

La coexistencia, en nuestros países, de los tradicionales medios masivos de comunicación con los llamados “nuevos medios”, define el carácter plenamente ubicuo de la mediatización de nuestras sociedades (Cfr. Verón: 2001<sup>a</sup>: 13/40). Si la hipótesis que caracterizaba a la sociedad mediática era la “representacionista”, es evidente que en dicho escenario de creciente mediatización se impone un punto de vista “constructivista” y, también, “representativo”.

#### V.B.1. REPRESENTACIÓN, CONSTRUCCIÓN, PRESENTACIÓN: HACIA UNA TRANS-EPISTEMOLOGÍA DE LA MEDIATIZACIÓN

Una de las principales controversias en el campo de los estudios en comunicación se inicia con dos grandes hipótesis que hegemonizaron, desde principios del siglo XX, la reflexión sobre la sociedad mediática. Los tópicos asociados a estas hipótesis tienen que ver con preguntarse acerca de los “efectos” de los medios sobre la sociedad y los públicos y, consecuentemente, sobre la cuestión del “poder” de los medios (Biselli y Valdetaro, 2004).

Desde comienzos del siglo XX, hubo una fluctuación cíclica en cuanto a la consideración de los efectos de los medios que se expresó en la preeminencia o bien de una hipótesis de “efectos totales y absolutos” de los medios, que produjo variaciones casi infinitas en torno al concepto de *manipulación*, o bien de una hipótesis de “efectos mínimos” para la cual los medios nunca actúan “solos” sino enmarcados en un sinnúmero de relaciones comunitarias e interpersonales que, de hecho, controlarían sus efectos. Cada una de estas soluciones presentaba, a su vez, una serie de consecuencias asociadas. En el primer caso: alienación, enajenación, emergencia de un hombre-masa en estado de indefensión psicológica, pérdida del poder de las élites, degradación del gusto popular; en el segundo: afianzamiento y profundización de la democracia y de la libertad a través de los medios, papel ineludible de los mismos -en

articulación con otras instituciones sociales- en una distribución equitativa de los bienes culturales (Biselli y Valdetaro, 2004).

Exponentes de la primera solución son tanto las críticas de corte cultural-conservador (T.S.Eliot, Ortega y Gasset, etc.), como las reflexiones freudo-marxistas de los teóricos del Instituto de Frankfurt (Adorno, Horkheimer, Marcuse, etc.). Para estos últimos, ciertos hechos ineludibles de la historia del siglo XX probaban sus conclusiones apocalípticas sobre los medios: el uso hipnótico y manipulador de los mismos en el marco de experiencias totalitarias -nazismo, fascismo- y la emergencia y consolidación de la cultura de masas en Estados Unidos, sólo pensable para ellos en términos de estricta degradación cultural. Según la *Dialéctica del Iluminismo*, de Adorno y Horkheimer ([1947] 1987), habría inclusive una línea de continuidad entre los dos fenómenos - industria cultural y totalitarismos-, ya que ambos deberían ser pensados como ejemplos de la irradiación de la razón instrumental a todos los ámbitos de la vida.

Representantes de la segunda opción, la de los “efectos mínimos”, son principalmente los estudios sociológicos de raíz funcionalista de la década del ‘40 en Estados Unidos -la *Mass Communication Research*-, en especial, los llevados a cabo por los equipos de investigación de Lazarsfeld. Su referencia empírica es, en este caso, también la cultura de masas americana, sólo que vista, esta vez, desde sus potencialidades liberales.

Ahora bien, ambas posturas, aunque dicotómicas, se inscriben sin embargo en una misma hipótesis general: los medios son tomados como espejo, como reflejo, como meras *representaciones* de una realidad que está *afuera*. La diferencia estriba sólo en que dicha representación puede

ser más o menos fidedigna o más o menos distorsionante. Estamos, pues, ante una hipótesis “representativista” del funcionamiento medial.

Hay sin embargo otra forma de considerar el efecto de los medios que ya no se basa en los contenidos que vehicularizarían, sino en las potencialidades cognitivas, perceptivas, socializantes, inherentes a los distintos soportes o tecnologías de comunicación de las que se serviría cada medio en particular y/o a su funcionamiento sociosemiótico (Biselli y Valdetaro, 2004).

Esta línea se inaugura con los ensayos de Walter Benjamin escritos en los años '30 del siglo XX, y se continúa, desde enfoques teóricos y epistemológicos muy diversos, en los trabajos también pioneros de Marshall McLuhan, escritos durante los '60 del siglo pasado, en cierta línea de la reflexión semiótica sobre los medios que también comienza a formularse en esos años -hay, en este sentido, textos ineludibles de Umberto Eco o Eliseo Verón-, en diversas reflexiones de matriz cognitiva en torno al sistema mediático y en una serie de teóricos de las últimas décadas, entre los que pueden destacarse los franceses Paul Virilio y Régis Debray.

La hipótesis que defienden estos autores -repetimos: a partir de teorías muy diversas entre sí-, y que podríamos denominar “constructivista”, se aleja de la representativista principalmente al considerar que los medios, lejos de representar un real, lo *construyen*. En tal sentido, los medios son pensados como lenguajes o ambientes, o como materialidades significantes que metaforizan lo real de uno u otro modo específico o peculiar, o como organizadores tanto de marcos perceptivos diversos

como de matrices de subjetivización y socialización (Biselli y Valdetaro, 2004).

De tal manera, las consideraciones sobre los efectos ideológicos de los medios, sobre lo que dicen o dejan de decir, muestran o dejan de mostrar -la llamada problemática de la agenda medial-, no desaparecen de la reflexión, pero pierden la centralidad que supieron tener: los estudios constructivistas nos proponen mirar la cuestión desde otro lado, precisamente al cuestionar la noción misma de *medio*.

Los problemas son otros: si los medios producen “efectos” diversos, ya no es porque manipulan o persuaden, ocultan o revelan, estupidizan o nos abren al mundo de manera diversa, *por lo que nos informan o nos dejan de informar*, sino porque construyen realidades mediáticas fuertemente disímiles o decididamente antagónicas si lo hacen a través de la palabra escrita o la palabra hablada, a través de imágenes fijas o de la conjunción de imágenes en movimiento y de sonido, en relación “directa” o “diferida” con aquello de lo que tratan sus noticias o sus programas; porque nos relacionan con el mundo o a partir de nuestros cuerpos, o de nuestro intelecto o de nuestros afectos; porque nos interpelan como sujetos privados individuales o como colectividad casi tribal o como “opinión pública” sujeta a razón; porque sustentan su credibilidad en tecnologías de captación automática de sonidos y apariencias visuales o en la mediación de sujetos testigos e intérpretes (Biselli y Valdetaro, 2004).

Las preguntas centrales también: si ya no puede pensarse la socialización por fuera de los medios, ¿somos los mismos sujetos según nos hayamos socializado en las diferentes “eras mediales”, las que van de la dominancia de los periódicos a la de la televisión?; ¿tenemos la misma relación con el

tiempo y con el espacio, con lo memorable y lo pasajero, con lo público y lo privado, desde que se impusieron de manera masiva en nuestras sociedades las tecnologías del “directo”: la radio primero, la TV después, la conexión on-line en los últimos años?; ¿es posible todavía una utopía de democracia sujeta a deliberación pública racional en una era televisiva que no puede escapar, por imperio de la tecnología que la sustenta, del imperio de lo concreto, lo inmediato, lo emocional?; ¿qué efectos subjetivos tendrán a largo plazo el imperio masivo de las pantallas? (Biselli y Valdetaro, 2004).

A ello se agrega la potencialidad de los dispositivos icónico-indiciales en cuanto máquinas de captura directa -me refiero al “sistema técnico-indicial” analizado por Carlón (2006: 14 y stes.)- con lo cual nos encontramos con artefactos no sólo de “construcción” sino de “presentación” directa de lo real-extradiscursivo. Como decíamos anteriormente con Groys (2014) y Galende (2015), la actual autopoética de la producción del sí mismo via redes sociales no requiere necesariamente de una voluntad programática, y su carácter constructivo supone prácticas de experimentación alejadas de cualquier arbitraje estético normativo. Es otra de las modalidades de lo que nombrábamos como “giro performático” (Fischer-Lichte, 2011).

En síntesis, es posible sostener, en relación con la mediatización actual, una trans-epistemología en la cual se combinan modalidades representacionistas, construccionistas y presentativas.

#### V.B.2. RECONSTRUCCIÓN DE LOS “CAMBIOS DE ESCALA” DE LA MEDIATIZACIÓN

---

Los “cambios de escala” (Verón, 2001b: 127/138) que produjo la mediatización icónica con el cine, y luego la indicial con la televisión, adquieren un nuevo estatuto con los medios digitales basados en el

protocolo de Internet habilitando una convivencia de variados regímenes semióticos de alta complejidad. Si bien se podría caracterizar, de manera general, el presente actual de la mediatización como preeminente icónico-indicial, sin embargo es preciso considerar el nuevo estatuto que lo simbólico adquiere en relación con las diversas estrategias basadas en el aspecto específicamente escrito de lo textual (Cfr. Baggiolini, 2011). Por lo tanto, una nueva configuración entre lo simbólico, lo icónico y lo indicial obliga a una actitud investigativa atenta a los matices que configuran hoy la producción de sentido. De tal modo, lo televisivo (Cfr. Carlón, 2004 y 2006) y lo radiofónico (Cfr. Fernández, 1994), por ejemplo, se encuentran interpelados en su propia fisonomía en las plataformas de Internet. En la mediaesfera actual (Debray, 1992) conviven los lenguajes del directo con los del grabado, los simbólicos con los indiciales, de un nuevo modo transmediático, intertextual, de serialidad y dispersión, en el cual todas las estrategias del “contacto” se solapan con apelaciones racionalísticas y críticas, en un soporte casi preeminente que es la “pantalla” (Cfr. Biselli, 2011). Consecuentemente, el concepto de “interfaz” ocupa un lugar central en las investigaciones, ya que a partir del mismo es posible definir el tipo de relación (Cfr. Scolari, 2004) que se establece con los usuarios. Siendo la interfaz un “entre-dos”, su función de cópula produce el “modo” del vínculo enunciativo, y detenerse en el análisis de sus diversas modalidades supone la posibilidad de construir hipótesis acerca de las peculiaridades actuales de la semiosis (Valdettaro, 2007). Siendo, además, el ámbito de la “circulación” lo que principalmente ha mutado, es preciso entonces detenerse de manera precisa en las cuestiones de interfaz.

Como ya lo adelantamos, un caso particular son las investigaciones sobre “lo radiofónico” llevadas a cabo por José Luis Fernández y su equipo (Cfr. Fernández J. L, 2008). La mediatización del sonido tiene un dominio propio y específico que se ocupa de la puesta en discurso de la voz y el sonido. En el complejo juego de múltiples dispositivos y medios, de modalizaciones del espacio y del tiempo, emerge “lo radiofónico” como un modo, peculiar, de producción de variadas representaciones sociales,

de diversas maneras de interpelación, de condiciones específicas de construcción del lazo social. Se trata de un *sensorium* ligado a la experiencia urbana, entendiendo lo urbano como configuración espacial pero no necesariamente territorial (Fernández J. L. 2008), y recortado sobre un específico marco espacio-temporal (Buenos Aires durante la segunda y tercera décadas del siglo pasado). Articulando perspectivas sociodiscursivas con enfoques históricos, sociológicos y culturalistas, la complejidad de “lo radiofónico” se expande desde los rasgos fisiológicos del aparato auditivo y sus múltiples modalidades de discursivización técnica, la indicialidad de las mediatizaciones del sonido, la fundación de una escena primitiva moderna que encuentra su tono en los deseos sociales de naturalismo del siglo XIX, y que promueve la satisfacción de una demanda de actualidad, de individualidad y de abstracción: contacto, inmediatez, actualidad. A partir de exploraciones en lo metadiscursivo, las investigaciones llevadas a cabo por José Luis Fernández y su equipo (2008), ingresan a la encarnadura de lo social. Ello posibilita un abordaje a lo prático, experiencial, táctico, de lo cual se infiere, justamente, esa sinestesia, esa “tactilidad” de la filigrana de los usos y los modos de hacer comunitarios, grupales, individuales que, bajo imperio de las mediatizaciones del sonido, conforman una economía particular del intercambio en la vida cotidiana. Los distintos momentos de esta investigación coral se van deteniendo tanto en el proceso general de instalación de “lo radiofónico”, como en detalles hasta ahora inexplorados. Ximena Tobi, bajo el propósito de indagar el origen de la radio, remonta su genealogía más allá de la fecha de nacimiento de la radiodifusión argentina, e indaga -a partir de un corpus de notas de diarios, revistas, etc.-, el pasaje de la radioafición a la radiodifusión, y, en el último capítulo del libro, recorre la publicidad institucional de las primeras radioemisoras de Buenos Aires, buscando reconstruir las modalidades de producción de la imagen institucional de la radio en sus inicios (Tobi en Fernández, J. L., 2008). Matías Gutiérrez Reto se detiene en las relaciones entre las prácticas socio-discursivas de la vida cotidiana y los dispositivos técnicos -teléfono, fonógrafo, gramófono y telegrafía sin hilos-, y, vuelve, en el sexto capítulo (Gutiérrez Reto en Fernández, J. L., 2008), para rastrear la conformación del discurso informativo de actualidad, que se fue imponiendo, paulatinamente, en los intersticios de

una programación en sus inicios eminentemente musical. Los vínculos entre lo fotográfico y lo radiofónico, bajo el interrogante de cómo la radio es presentada “gráficamente” en sociedad -principalmente deteniéndose en las imágenes que acompañaron las primeras épocas del radioteatro- son abordados por José Luis Fernández en el cuarto capítulo (2008), en el cual retoma muchas de las categorías de análisis presentadas previamente en la Introducción del libro. Damián Fraticelli, por su parte, en el capítulo quinto (Fraticelli en Fernández, J. L., 2008), se dedica al análisis de las transmisiones deportivas y, consecuentemente, al de la construcción de acontecimientos sociales en directo, cuya consolidación inaugura espacios agonísticos de lo social, impensados goces rituales y novedosos modos de experimentar la actualidad. Los shows de música en vivo como escenas de la radio de los años 30 del siglo XX, sus consecuencias en la vida cotidiana, y el reposicionamiento de los espacios públicos y privados son abordados, en el capítulo 7, por Betina González y Mariano Lapuente (en Fernández, J. L., 2008). Mónica Berman, en el capítulo siguiente (en Fernández, J. L., 2008), investiga la constitución de lo ficcional radiofónico, examinando las genealogías del radioteatro y sus diversas filiaciones, los géneros que luego se consolidarían, en algunos casos, como típicos de lo radiofónico, y, en otros casos, sucumbirían bajo el estallido de las pantallas catódicas, es decir, bajo otros modos de interpelación somática que vuelven a reconfigurar lo público y lo privado, lo ficcional y lo real, el tiempo y el espacio.

La voluntad descriptiva y analítica de estas investigaciones se basa en taxonomías y modelos que articulan distintas series y niveles - “dispositivos técnicos”; “géneros, estilos y fenómenos discursivos”; “prácticas sociales e intercambios discursivos”- modulados a partir de conceptos sustantivos como “estilo de época” y “efectos en la época”, entre otros. La escritura logra, de este modo, analizar el proceso de constitución de la “novedad” y el “acontecimiento” o, dicho de otro modo, de “lo novedoso”. Mediante ello intenta adentrarse en las lógicas del cambio social: en su caso, dar cuenta del proceso de “transformaciones” que las mediatizaciones del sonido habilitaron. La actitud de sospecha ante los conceptos obliga a un recorrido etimológico que, aun a pesar de los riesgos de sobreinterpretación que implica -irónicamente asumidos

por el director de la publicación en la nota 9 de la Introducción (en Fernández, J. L., 2008), posibilita un detalle terminológico que consolida la coherencia general de la estrategia argumentativa.

Un volumen que también es preciso mencionar es el compilado por Natalia Raimondo Anselmino y María Cecilia Reviglio, *Territorios de comunicación. Recorridos de investigación para abordar un campo heterogéneo* (2013). Se trata de un proyecto colectivo de publicación cuyo propósito es dar cuenta de las investigaciones doctorales de los últimos años. El volumen delimita un campo heterogéneo -tanto en relación con los objetos como respecto de los andamiajes teórico-metodológicos-, pero con cierta unicidad. Cecilia Reviglio (2013b) parte de una inquietud surgida en el marco de su labor docente que transforma en un problema de investigación, y tiene que ver con comprender los usos del lenguaje que realizan los estudiantes en la universidad. Natalia Raimondo Anselmino (2013) encara la compleja tarea de estudiar un medio masivo de comunicación tradicional, como es la prensa, en su pasaje al ambiente de Internet. Florencia Rovetto (2013) analiza la prensa desde una mirada en la que se conjugan el análisis de contenido, el análisis crítico del discurso y la perspectiva de género, focalizando en las modalidades de representación del trabajo de las mujeres en los periódicos españoles. Lautaro Cossia (2013) investiga, en un corpus de prensa gráfica, las representaciones del género de la sátira política, y establece relaciones entre un fenómeno cultural, comunicativo, periodístico -la prensa gráfica humorística- y el entramado histórico que le da lugar -el proceso de modernización de la ciudad de Rosario. Las investigaciones *en terreno* son centrales en los abordajes de Mauricio Manchado (2013) y Claudia Kenbel (2013). Mientras que el territorio que delimita Manchado es el “encierro”, la cárcel, la prisión; Kenbel nos acerca al espacio abierto de la ciudad a partir de la noción de *rurbanidad* -articulación entre lo rural y lo urbano- en un contexto urbano moderno concreto, como la ciudad de Río Cuarto, Córdoba. El texto de Soledad Ayala (2013) se ocupa de las formas de lectura en la actualidad, mientras que Sebastián Castro Rojas (2013) aborda las repercusiones de los cambios socio-tecnológicos a partir del estudio de los usos y apropiaciones de las TICs en un tipo de entorno tecnológico que

experimentó su momento de auge en los primeros años del siglo XXI: los ciberlocales. Andrea Calamari (2013) analiza los anuncios de ofertas laborales, con la particularidad de lograr un fructífero cruce entre sociología del trabajo y socio-semiótica, y delimita los modos en que los discursos que ofrecen empleo construyen la figura del *empleable* en el marco de las sociedades postindustriales.

Tal como plantea Susana Frutos en el Capítulo 1 de dicho volumen (2013), se trata, en conjunto, de...

“... una producción que aparece como una trama posible que, partiendo de alguna disciplina, convoca a otras para una actividad investigativa, en el marco incómodo y siempre poco claro de la interdisciplina. Es en esta capacidad de construir tal trama que estaría la especificidad propia de este espacio” (Frutos, 2013: 14)...

remarcando el “pluralismo epistemológico” (Frutos, 2013: 15) que caracteriza a la disciplina.

En el marco de dicho pluralismo, plantea Frutos que la “cuestión del significado” -aunque con una historia no homogénea en relación con el estudio de la comunicación- se ubica de manera central, ya que...

“... conocer la comunicación contribuye a una mayor inteligibilidad de la sociedad, y entender cómo los sujetos producen significados también habla del modo en que dichos sujetos se constituyen, es decir, de sus interacciones” (Frutos, 2013: 15).

La necesidad de pensar en teorías cuya formalización permita ir más allá de los límites de lo textual (Frutos, 2013: 24), “hacia conceptualizaciones de redes textuales indicialmente conectadas” plantea Frutos, “lo constituye el rescate que hace Agamben de la teoría de la *signatura* (marca):

“la signatura no expresa simplemente una relación semiótica entre un *signans* y un *signatum*; más bien es aquello que, insistiendo en esta relación pero sin coincidir con ella, la desplaza y disloca en otro ámbito, y la inserta en una nueva red de relaciones pragmáticas y hermenéuticas” (Agamben, *Signatura rerum*, 2009: 57 en Frutos 2013: 20).

Dice Frutos:

“Este modelo indiciario buscará en la signatura la legibilidad que el investigador puede aportar desde esa concepción, de interesantes vínculos con la eficacia de la palabra performativa en Austin. ¿Qué otra cosa sino signatura es el etiquetar en Facebook? ¿Podemos decir que existen hoy prácticas de comunicación, diálogos donde el solapamiento y el ocultamiento es mayor que en épocas anteriores?, ¿o las marcas de la enunciación son igualmente reveladoras a pesar de la mayor opacidad con respecto al sujeto empírico?” (Frutos, 2013: 20)

Recuperando los planteos de Paolo Fabbri en *Tácticas de los signos* (1995), Frutos rescata la necesidad de estudiar “aquello que en la comunicación queda sofocado” (Frutos, 2013: 21). El hecho de “aparecer/no aparecer, propio del uso de las redes sociales”, encuentra en Fabbri, según Frutos, las modalidades de “las relaciones entre lo central y lo marginal en las comunicaciones de hoy” (Frutos, 2013: 21). Ciertas prácticas, “como el secreto y la mentira”, revelan el permanente proceso de traducción que es la cultura (Frutos, 2013: 21). Se trata, entonces, de conocer “los efectos de verdad y también los afectos de verdad” (Frutos, 2013; 22): el malentendido, el secreto, el error; ahí se ubicaría la semiótica formulando interrogantes a las otras disciplinas (Frutos, 2013: 22). Apuesta, de tal modo, Frutos, a la semiótica, en tanto es la disciplina...

“... que sigue aportando la mejor metodología para la inteligibilidad del conocimiento del sentido, en su construcción, en su eficacia y, por qué no, en las confusiones que él mismo genera también” (Frutos, 2013: 24).

Por su parte, el libro editado por Mariano Fernández y Matías David López, *Lo público en el umbral. Los espacios y los tiempos, los territorios y los medios* (2013) reúne también un conjunto de textos de varios autores que se abocan al análisis de la “temporalidad” en relación con el “espacio público” (Fernández y López, 2013: 6). Parten, para ello, de...

“... la inestabilidad del estatuto de lo público, tensionado, como está, por la yuxtaposición entre las experiencias mediatizadas y no mediatizadas de la vida colectiva y por el debilitamiento de las perspectivas tradicionales, particularmente aquellas orientadas por pretensiones normativas” (Fernández y López, 2013: 6).

En el marco de la mediatización actual, se discute “la equivalencia entre público y político”, partiendo de una “intuición” acerca de dicho “desplazamiento de lo público entre el mundo no mediático y el de la mediatización; y entre los imaginarios espaciales y la temporalidad de la experiencia social” (Fernández y López, 2013: 7). Es por ello que el libro intenta indagar “esos umbrales para aprehender estas dimensiones yuxtapuestas, imbricadas, en tensión, de lo público en el espacio y en el tiempo” (Fernández y López, 2013: 8).

Otro libro, publicado por Natalia Raimondo Anselmino en 2012 -*La prensa online y su público. Un estudio de los espacios de intervención y participación del lector en Clarín y La Nación*- es el resultado de su tesis doctoral, y en él la autora presenta un exhaustivo análisis de las condiciones actuales de los vínculos entre diarios y lectores en la prensa online, dando cuenta de las estrategias discursivas, las modalidades enunciativas, los modos en que repercuten las transformaciones de los procesos de consumo mediático en un ambiente cultural marcado por los nuevos medios. En función de ello, la autora despliega una profusa y completa bibliografía sobre el tema, la cual resulta fructífera a la hora de

evaluar los pliegues de la mediatización y sus correspondientes categorías de análisis (Raimondo Anselmino, 2012).

### V.B.3. ANTECEDENTES Y PRODUCCIÓN DEL CIM (CENTRO DE INVESTIGACIONES EN MEDIATIZACIONES)

Durante el año 2010, y en el marco de un proyecto internacional de cooperación entre MINCYT y CAPES de Brasil, se consolidó un vínculo institucional entre investigadores de la UNR y de Brasil sobre cuestiones semióticas y de mediatización. En dicho contexto, se realizó en Rosario un coloquio cuyas ponencias fueron publicadas en el libro *Mediatización, Sociedad y Sentido: Diálogos entre Brasil y Argentina* (Neto y Valdetaro, 2010). En este libro, se publica una interesante problematización acerca de la cuestión de la “circulación” (Neto, 2010); un estado de la cuestión sobre subjetividades y digitalización (Valdetaro, 2010); una crítica a la noción de “intención” en los abordajes semiótico-discursivos (Raimondo Anselmino, 2010); un ensayo acerca de la comunicación como “disciplina indiciaria” (Braga, 2010); una aproximación histórica sobre la formación del campo de estudios de comunicación en Argentina (Diviani, 2010); la problematización sobre las “hiperaudiencias” en la actualidad (Maestri, 2010); avances acerca de una investigación sobre la mediatización del discurso académico en el “umbral” de ingreso a la universidad (Reviglio, 2010); análisis sobre la mediatización del sonido en Internet y su relación con la vida musical (Fernández, J. L., 2010), y sobre la mediatización del “mundo del arte” (Carlón, 2010).

En 2011 se publicaron dos libros sobre la obra de Marshall McLuhan, *El dispositivo McLuhan. Recuperaciones y derivaciones* (Valdetaro Coord., 2011<sup>a</sup>) y *McLuhan: pliegues, trazos y escrituras-post* (Valdetaro Coord., 2011b). Una gran cantidad de textos que repasaron y evaluaron la obra de McLuhan se sometieron a debate en un coloquio, entre los cuales podemos mencionar los textos “La implosión de los medios, la explosión de los sentidos” (Baggiolini, 2011) y “La recepción de McLuhan en la

Argentina de los años 60. Una lectura sobre lecturas” (Diviani, 2011). Asimismo, las representaciones del post-humanismo en el sensorium contemporáneo y el caso de Second Life (Mendoza, 2011); la reconfiguración de la comunicación de las instituciones via la red (Sznajder y Tobi, 2011); la participación e interactividad en los nuevos medios (Maestri, 2011b); una recapitulación de los conceptos e hipótesis centrales de la obra de McLuhan (Valdettaro, 2011d) y otro texto sobre aportes para una epistemología de la tecnología (Valdettaro, 2011e); las vinculaciones entre pantallas, cuerpos y subjetividades (Drenkard, 2011) y análisis sobre las fotografías del perfil de Facebook como extensión/expresión del rostro (Drenkard, Azziani y Poletti, 2011). Todos estos temas implicaron una puesta a punto de la obra de McLuhan y un análisis de su vigencia en la actualidad.

También en 2011 se publica el volumen *Interfaces y pantallas: análisis de dispositivos de comunicación* (Valdettaro Coord, 2011c), que reúne textos sobre resultados de investigación de los miembros de los proyectos acreditados en la SECYT-UNR. Entre otros textos, se encuentran los siguientes: un importante ensayo sobre la genealogía del dispositivo “pantalla” (Biselli, 2011); un análisis sobre las convergencias y prácticas de audiencias digitales (Maestri, 2011<sup>a</sup>); reflexiones sobre los efectos de los cambios socio-técnicos en la prensa a partir de su “puesta en pantalla” revisando las nociones de “texto”, “autor” y “lector” (Raimondo Anselmino, 2011); y una problematización de la noción de “redes sociales” y su vinculación con la de “asociaciones en red” (Valdettaro, 2011f).

Todas estas experiencias investigativas y de publicación llevaron a la conformación del CIM (Centro de Investigaciones en Mediatizaciones), radicado en el Instituto de Investigaciones de la Secretaría de

Investigación y Posgrado de la Facultad de Ciencia Política y RRII de la UNR.

Las numerosas publicaciones realizadas en el marco del CIM continúan perfilando ese objeto desde múltiples perspectivas y abordajes. Una rápida reseña de dichos textos da cuenta de los modos en que se va especificando el ámbito de estudios de las mediatizaciones.

El libro *Mediatizaciones en foco* (2013), compilado por Mariana Maestri y Rubén Biselli, presenta reflexiones sobre la radio en tanto “mueble” (Calamari y otros, 2013); un análisis sobre hábitos culinarios y mediatización (Cantor, 2013); la problemática de la producción de contenidos en los nuevos medios (Comba, Toledo y otros, 2013); la relación entre politización y despolitización en la representación de problemáticas sociales en televisión (Justo Von Lurzer, 2013); una reseña sobre el lugar que ocupó la obra de Aníbal Ford en los estudios comunicacionales en Argentina (Retamoso, 2013); un informe de investigación acerca de las prácticas discursivas académicas y las TICs en el ingreso a una carrera de la UNR (Reviglio, 2013<sup>a</sup>); reflexiones sobre fotografía y documentalismo (Rigat, 2013), y sobre la representación el conflicto en protestas sociales en noticias televisivas (Rizzo, 2013); una revisión sobre las teorías sobre efectos de los medios en la mediatización actual focalizando en la cuestión de la “masa” (Valdettaro, 2013c); y un ensayo sobre las derivaciones y relaciones entre el lienzo y la pantalla digital (Venturelli, 2013).

El libro sobre kirchnerismo, mediatización e identidades políticas, coordinado por Irene Gindin (2014<sup>a</sup>), reúne textos de un grupo de investigadores de la UNR y la UNLP sobre comunicación y política,

dirigido por Mariana Maestri (2014<sup>a</sup>). La politicidad de los discursos, y la relación entre el kirchnerismo y la prensa es abordado por Julia De Diego (2014), mientras que Mariano Fernández (2014<sup>a</sup>) se ocupa de las disputas por la intermediación en el periodo kirchnerista. La problemática de las identidades políticas es analizada por Irene Gindin (2014b), y el conflicto con el campo por Tomás Lüders (2014). El volumen cierra con un texto a cargo de Gastón Cingolani (2014c), en el cual se ocupa de presentar una “futura” retrospectiva sobre el momento mediático kirchnerista.

Producto de las intervenciones en el Coloquio del CIM-2014, el libro compilado por Antonio Fausto Neto, Natalia Raimondo Anselmino e Irene Gindin (2014), *Relatos de investigaciones sobre mediatizaciones*, presenta los resultados de investigaciones brasileñas y argentinas. Las lógicas de los medios y de la mediatización son abordadas por José Luis Braga (2014), mientras que la multiplicidad de sentidos asociados a la mediatización ocupan el texto de Pedro Gilberto Gomes (2014). En el capítulo de Gastón Cingolani (2014<sup>a</sup>) encontramos una exhaustiva reconstrucción de los conceptos de “medio” y “dispositivo” en la obra de Eliseo Verón; y las cuestiones referidas a procesos de indeterminación e incertidumbre en la mediatización son abordadas por Jairo Ferreira (2014). José Luis Fernández (2014b) avanza en la determinación de los vínculos entre networking y face-to-face a partir de las relaciones entre músicos y audiencias; y Mariana Maestri (2014b) presenta el estado de la cuestión acerca de la convergencia y ubicuidad de la mediatización móvil tomando como caso de análisis las publicidades de smartphones. Soledad Ayala (2014) se ocupa de analizar las prácticas de lectura actuales en comparación con las medievales; y en mi propio artículo me ocupo del carácter performático del cuerpo presidencial en una lógica que se dirime entre la sobreexposición y el ocultamiento (Valdettaro, 2014b). Las retóricas de las imágenes de perfil de facebook son abordadas por Paula Drenkard, Viviana Marchetti y Ezequiel Viceconte (2014), y, siguiendo con la semiotización del cuerpo, Florencia Rovetto y Mariángeles Camusso (2014) se ocupan de la representación del “Pocho

Lavezzi” y sus efectos de cosificación, mientras que María Laura Schaufler (2014b) se detiene en cuestiones de erotismo y placer mediatizados. La problemática de lo político y la esfera pública en tiempos de facebook es analizada por Natalia Raimondo Anselmino, María Cecilia Reviglio y Ricardo Diviani (2014); Eloisa Klein (2014) reflexiona sobre las potencialidades y desafíos del periodismo en procesos sociales mediatizados, mientras que Viviane Borelli (2014) focaliza la lógica de la interacción entre periódicos y lectores. La reconfiguración de voces narrativas en el formato de libros-reportaje es el tema del texto de Demétrio de Azeredo Soster (2014); mientras que Fausto Neto (2014) presenta un caso de investigación sobre la conversión de tabiques en murales en una discoteca, haciendo hincapié sobre los colectivos como actores de acontecimientos.

Otro libro del CIM publicado en 2014, coordinado por Florencia Rovetto y María Cecilia Reviglio -*Estado actual de las investigaciones sobre mediatizaciones*- presenta, asimismo, una serie de problemáticas ligadas a las transformaciones que produce la mediatización (Cingolani, 2014b); a la cuestión del arte en una “era contemporánea” (Carlón, 2014); a la historia del campo de estudios de la comunicación en nuestro país focalizando en la década del 70 del siglo pasado y la influencia de las revistas *Los Libros* y *Crisis* (Diviani, 2014); los usos y disputas políticas y sociales modalizadas en publicaciones gráficas (Busso y Cossia, 2014); las representaciones iconográficas feministas y de género en las redes sociales (Camusso y Rovetto, 2014); las figuraciones del erotismo y la sexualidad en revistas femeninas de la década del 60 del siglo XX (Schaufler, 2014<sup>a</sup>); un análisis sobre la crítica feminista como crítica cultural (Justo von Lurzer y Spataro, 2014); la mediatización de la protesta social durante los saqueos en Rosario en el año 1989 (Valdettaro, 2014<sup>a</sup>); la relación entre medios y redes en un contexto de “post-mass-mediatización” (Raimondo Anselmino y Reviglio, 2014); la mediatización de las confesiones (Garis, 2014); la cuestión de la indicialidad en la mediatización (Del Coto y Varela, 2014); y las

mediatizaciones del sonido en las redes tomando como caso a Vorterox (Fernández J. L, 2014<sup>a</sup>).

#### V.B.4. BREVE RESEÑA DE NOCIONES GENERALES DE LA INVESTIGACIÓN ACTUAL SOBRE MEDIATIZACIONES

---

Luego de esta rápida reseña, presento de manera sintética las nociones y temáticas que circulan en los estudios de mediatizaciones:

Desde un punto de vista teórico-epistemológico, se considera actualmente a la comunicación como disciplina preeminentemente indiciaria, marcando una multiplicidad de sentidos asociados a la mediatización. Los abordajes sobre tecnologías en términos de lenguajes suponen considerar procesos de indeterminación e incertidumbre en la mediatización. La cuestión de la indicialidad y las mutaciones del contacto que supone Internet imponen en la disciplina un “giro performático” (Fischer-Lichte, 2011 y Valdetaro, 2014b). El análisis de la materialidad significativa del cuerpo, o mejor dicho, de los cuerpos actuantes, se expande en distintos abordajes que investigan las vinculaciones entre pantallas, cuerpos y subjetividades; los perfiles de Facebook; las figuraciones de género en las redes sociales y el erotismo mediatizado; el carácter performático de la política que va desde las modificaciones del ejercicio de la protesta social hasta caracterizaciones generales acerca de la esfera pública en tiempos de redes.

La expansión de los híbridos, las asociaciones-en-red y la preeminencia del dispositivo “pantalla”, conducen a caracterizar al sensorium contemporáneo en términos de post-humanismo. La mirada ecológica sobre el sistema de la mediatización continua posicionando a la obra de Marshall McLuhan de manera central. Todo ello produce algunos énfasis en las propias teorías y metodologías de la comunicación, entre ellos, la revisión de la clásica cronología sobre las teorías de efectos de los

medios. El proceso semiótico de producción-circulación-reconocimiento posiciona de manera central el estudio de la circulación y la caracterización de las hiperaudencias, evaluando asimismo la reconfiguración de la comunicación institucional y empresarial, los efectos de los cambios socio-técnicos en la prensa a partir de su “puesta en pantalla” revisando las nociones de “texto”, “autor” y “lector”, y en general, las potencialidades y desafíos del periodismo en procesos sociales mediatizados y la interacción entre periódicos y lectores; la caracterización de la mediatización móvil via smartphones. Las relaciones entre distintos tipos de discursos, entonces, permea las investigaciones actuales, delimitando dominios de análisis específicos: los efectos en el discurso académico, las características de las prácticas de lectura actuales en comparación con otros momentos de la mediatización, la mediatización del sonido en Internet, la cuestión del estatuto del mundo del arte en nuestra contemporaneidad. Las prácticas culturales en su conjunto se encuentran interrogadas a partir de la mediatización: los hábitos culinarios, el documentalismo, las confesiones y el discurso de la intimidad, etc.

El fenómeno de la revelación de secretos a partir del caso WikiLeaks produce numerosas reflexiones acerca del estatuto actual del periodismo. Las complejas relaciones entre opacidad y transparencia en la construcción informativa -y sus derivaciones semióticas, sociológicas, filosóficas-, ocupan centralmente al GESC (Grupo de Estudios de Semiótica de la Cultura), dirigido por Jorge Lozano en la Universidad Complutense de Madrid. A partir del proyecto de investigación “El fenómeno WikiLeaks en España: un análisis semiótico y mediológico”, el grupo coordinado por Jorge Lozano ha publicado varios volúmenes con sus resultados de investigación, entre los cuales podemos mencionar el que compila junto a Susana Díaz denominado *Vigilados. WikiLeaks o las nuevas fronteras de la información* (2013), que presenta un conjunto de textos de los miembros del equipo a partir del cual se pone de manifiesto el carácter construido y paradójico del secreto, y sus vinculaciones con la ficción y otros regímenes semióticos. Asimismo, el libro colectivo

publicado en 2014 - *Secretos en Red. Intervenciones semióticas en el tiempo presente*-, también coordinado por Lozano, continúa aportando reflexiones sobre esta temática desde la semiótica y la mediología.

Los enfoques histórico-genealógicos sobre el campo de estudios de la comunicación en Argentina y América Latina ocupan un lugar destacado, mediante interrogaciones de la actualidad a partir de la interpretación de claves presentes muy tempranamente en el campo.

Queda claro, entonces, que la complejidad de los procesos de mediatización requiere una necesaria actitud transdisciplinar. Parafraseando a Wallerstein (1999), podemos plantear que, en el siglo XXI, a la comunicación le cabe una tarea central de reorganización en el marco general de las ciencias sociales, articulando enfoques de las distintas ciencias, y aportando claves interpretativas de las configuraciones socioculturales de los mundos contemporáneos. Por lo tanto, la agenda de debate supone incorporar los siguientes ítems:

- Debatir las condiciones representativistas, constructivistas y presentativistas en los procesos de mediatización.
- Considerar el carácter de lenguajes de las llamadas TICs, desde las ciencias del discurso y la semiótica.
- Evaluar la política y la economía de los medios no sólo en su dimensión de “aparatos ideológicos” sino también como “máquinas deseantes”, revisando la categoría de “lo ideológico” y su específica operatoria en la mediatización actual.
- Considerar, desde una complejización de la sociología de las profesiones, las nuevas modalidades operativas de los medios

especificando los cambios en los mecanismos productivos, las rutinas y las operaciones selectivas propias de la actividad constructiva de cada lenguaje en épocas de mediatización.

- Enfatizar la necesidad de abordajes empíricos de la producción, circulación y recepción del sentido, rescatando modalidades de cuño etnográfico-antropológico a los fines de vislumbrar los significados del carácter concreto, práxico, de la acción y el discurso sociales.

## COMENTARIOS FINALES

### COMUNICACIÓN: DESAFÍOS ACTUALES

La diversidad de objetos que actualmente cubre el campo de estudios de la comunicación puede resultar intimidante. Dicha dispersión supone una variedad de enfoques teóricos y abordajes metodológicos que se alejan del paradigma clásico de la definición de “ciencia”. A todos los aspectos ya nombrados, se agrega lo que señalan recientes estudios antropológicos en relación con las dificultades con que la investigación etnográfica se encuentra al tratar de indagar Internet. Desde finales de la década de 1990, se perfila entonces una nueva subdisciplina en el campo de la antropología, nombrada indistintamente como “etnografía virtual”, “etnografía digital”, “etnografía en/a través de Internet”, “etnografías de Internet”, “etnografía conectiva”, “etnografía de la red”, “ciberetnografía”, “estudio etnográfico de Internet”, “network ethnography”, “etnografía online”. En todas estas nominaciones, el denominador común es que el encuentro inevitable con el “trasfondo cultural” de Internet, las prácticas y experiencias asociadas, la fisonomía de sus textualidades, y las relaciones sociales que habilita, “suponen un reto para los investigadores sociales y abren nuevos campos para el análisis en el terreno de la metodología cualitativa” (Dominguez y otros, 2007: 1).

Estos enfoques dejan constancia de las dificultades que presentan Internet y los lenguajes de la sociedad post-masiva en relación con una ambivalencia que se aprecia como constitutiva, dada por su doble carácter de “objetos de estudio” e “instrumentos integrados en la práctica científica” (Ardèvol y otros, 2008: 10). Si bien las paradojas que presenta el trabajo científico cuando el espacio-tiempo del investigador coincide con el del objeto de estudio constituyeron siempre motivos de

reflexión y autocontrol en las ciencias sociales, el encuentro con Internet parece visibilizarlas de un modo inequívoco. Los presupuestos clásicos ligados al control de la construcción de conocimiento son puestos en cuestión de una nueva manera. No sólo aparecen problemas relacionados con la búsqueda de objetividad, el posicionamiento del investigador y las técnicas de contrastación de datos, sino que son las propias definiciones de partida las que se deslizan hacia una zona de indecibilidad. Por ejemplo, las dificultades en relación con definir los colectivos estudiados, los tipos de interacciones que median las relaciones, la delimitación de contextos. El “dominio de objetos” de la investigación aparece, de este modo, desdibujado, con lo cual se ponen en riesgo tanto los conceptos y presupuestos mínimos de partida, como los métodos de abordaje. Es decir, lo que se pone en riesgo es el propio estatuto “científico” del conocimiento producido por las disciplinas sociales.

Es en el caso de los intentos de definición del concepto de “campo” donde dichas vacilaciones encuentran su principal expresión. “¿Cuál es el *campo* en el análisis de una sala de chat?”, se preguntan, por ejemplo, Ardèvol y otros (2008: 10), y, concomitantemente, ¿cómo establecer las condiciones de presencia y participación del “etnógrafo” en el “campo”?. En sus propias palabras: “¿qué significa *estar presente* al analizar un grupo de bloggers?” o “¿qué significa *participar* cuando se analizan las relaciones que se establecen a través de una red social de contactos?” (Ibidem, las cursivas son nuestras). El mismo tipo de conjeturas vale para el concepto de “informante”, ya que cómo se distinguiría un informante si todos - incluidos los investigadores- estamos en posición de usuarios, y, por lo tanto, en posición “informante”. Estos interrogantes implican asumir un posicionamiento investigativo que desde la semiótica se definió siempre a partir del desafío que supone situarse en producción y reconocimiento a la vez (Cfr. entre otros Verón, 1987).

En la “etnografía virtual” se asumen puntos de vista que se hacen cargo de los desafíos que presentan estos nuevos objetos: la doble dimensión de Internet y las TICs como un punto de partida inevitable, es decir, la problematización de su carácter de mediadores tanto de las relaciones de los colectivos que se investigan, como de la propia práctica de producción del conocimiento etnográfico; dicho de otro modo, las incertidumbres que en la investigación generan las condiciones de “delante de la pantalla”, que obligan a replantear tanto la definición de “campo” que ya indicamos, como el carácter de la recolección y análisis de datos, ya que, por un lado, se constata la ventaja de una accesibilidad ilimitada a la información y, simultáneamente, la dificultad epistemológica que supone redefinir la naturaleza y los límites adecuados del recorte de objeto y de la participación del investigador en el objeto de estudio, es decir, la legitimidad de la incidencia de su perspectiva y experiencia en la construcción de conocimiento. Las vacilaciones derivan del hecho de que, justamente, el “campo” coincide con el “delante de la pantalla”, y la pantalla no sólo es una superficie luminosa contenida en algún tipo de artefacto rectangular. Ese “delante de la pantalla” no tiene nada de superficial, y se presenta, al contrario, como un punto ciego, como un espacio que no se sabe cómo nombrar, apareciendo su especificidad en lo “virtual” como oposición a lo “físico” o, incluso, a lo “real”. Esta naturaleza que se percibe como no-enteramente física ni virtual, constituye actualmente el núcleo traumático de la etnografía virtual. Las “interacciones off-line” siguen siendo el criterio de demarcación específico de los abordajes como modo de legitimación del conocimiento, porque, claro está, cómo hacer una ciencia empíricamente fundada con un objeto virtual cuando lo virtual se entiende como sinónimo de ideal y abstracto, y opuesto a real y concreto. Entiendo que en este punto se produce, entonces, el principal equívoco. Es, entonces, la escasa claridad en relación con la comprensión de lo virtual lo que produce el principal obstáculo en el diseño de las investigaciones, ya que se encuentra teñida de una mirada anacrónica con respecto a lo virtual al suponerlo actuar en un nivel de funcionamiento abstracto e ideal, y por lo tanto indeterminado e impreciso. Es por ello que para legitimar el on-line (universo de lo virtual) se recurre al off-line (la realidad) y que, por lo tanto, la vida cotidiana se encuentre aun como separada de lo virtual que

sin embargo se desarrolla en el ámbito de la cotidianidad. Es que lo virtual está, aun, para la mirada etnográfica, como fuera de foco; está ahí, en ese espacio de la realidad de los actores sociales, pero borroso como un espectro. En realidad, lo que se encuentra fuera de foco es la propia mirada investigadora, ya que el objeto que está tratando de mirar -eso "virtual"- es un dato absolutamente presente y concreto, ambiental, real y constatable, en la vida natural, física, de cada uno de nosotros. Dicha naturaleza física, concreta, absolutamente integrada a la sociedad, de lo virtual, es tomada por cierta por las investigaciones de meta-datos por ejemplo, constatable en el procesamiento y análisis de datos complejos, y el tratamiento sistemático y continuo de una gran masa de variables e indicadores. La conformación de una "e-science", es, en el caso de las llamadas ciencias duras, una realidad. La necesidad de revisar métodos y explorar nuevos diseños que produce el encuentro de la investigación con la web es abordada por una derivación de la sociología del conocimiento científico propuesta como "sociology of cyber-social-scientific knowledge" (Hine, en Dominguez y otros 2007 : 23). Sus temas son las transformaciones en la producción de conocimiento en las ciencias sociales, y las posibilidades que dichas transformaciones abren. Con los conceptos de "e-science" -originado en Gran Bretaña y luego expandido al resto de Europa-, de "cyberscience" -europeo-, o el de "cyberinfrastructure" -Estados Unidos-, se apunta a las transformaciones derivadas del hecho de compartir recursos informáticos y plataformas digitales para una producción colaborativa y global del conocimiento científico (cfr Wouters y Jankowski en Ibidem: 23). Tomando la definición de Wouters (2006, en Ibidem: 23), la "e-science" es una "construcción discursiva que se sitúa en la encrucijada entre las prácticas tecnocientíficas, el diseño de la tecnología y la política científica, y que toma forma a través de nuevas infraestructuras materiales, la demanda de nuevas habilidades sociotécnicas para la investigación y la presión sobre las prácticas científicas y académicas ya existentes".

El hecho es que las ciencias sociales se encuentran sólo en los inicios de este contexto de producción científica. La "e-social science" se limita, en

la actualidad, al análisis masivo de datos. Sin embargo, hay proyectos que apuntan en otro sentido, como el del Oxford Internet Institute del National Centre for e-Social Science (Gran Bretaña, desde finales de 2004), o el Virtual Knowledge Studio de Holanda, de la Academia de Artes y Ciencias de los Países Bajos -inaugurado a finales de 2006 (Ibidem: 24-25). En nuestro ámbito, la producción e investigación vinculada con las Humanidades Digitales o el “canon digital”, pueden considerarse como pioneros en tal sentido (Cfr. Mendoza, 2011b).

En los enfoques sociosemióticos la “realidad” de las tecnologías y lo virtual constituye una hipótesis de partida que implica asumir un nuevo posicionamiento investigativo que podríamos sintetizar, como decíamos más arriba, en la necesidad de situarse en producción y reconocimiento a la vez. Mediante el concepto de “interfaz” se intentó completar lo que el de “dispositivo” se había ganado como nivel de análisis privilegiado (cfr Valdettaro 2007 y 2008b). Se ligaban, de este modo, el linaje prestigiado por citas de autoridad filosófica del concepto de “dispositivo”, con la genealogía técnica e ingenieril del de “interfaz”, en una operación intelectual que tal vez pueda, a su vez, ubicarse en la necesidad de articulación de las humanidades con las ciencias ingenieriles reclamada por Mitcham para el estudio de lo que él nombra como meta-tecnología (Mitcham, 2003/2004). El punto de vista sistémico en su versión luhmanniana (Verón, 2007) se propone como la base epistemológica necesaria a los fines de acercarse a la progresiva errancia de la recepción.

Para finalizar esta breve introducción a una epistemología de la comunicación, puedo decir que, lejos de la perplejidad que tiñó la sensibilidad de las ciencias sociales post- crisis del 2001 (Cfr. Portantiero y otros, 2005), pero alejadas también de cualquier intento de estabilización epistemológica, las llamadas “ciencias de la comunicación” se encuentran, en la actualidad, aceptando los desafíos de la ya señalada

creciente complejización de la mediatización. Su carácter conjetural continuará intentando, de manera productiva, inscribir ciertas claves para la interpretación del presente.

## BIBLIOGRAFÍA

Adorno Th. (1973) *La lógica del positivismo en la sociología alemana*, Barcelona: Grijalbo.

Adorno Th. y Horkheimer M. (1987) “La industria cultural. Iluminismo como mistificación de masas” en *Dialéctica del Iluminismo*, Bs As: Sudamericana.

Aguirre Rojas, C. (2004) “A modo de introducción: *El queso y los gusanos*: un modelo de historia crítica para el análisis de las culturas subalternas” en Ginzburg, C., *Tentativas*, Rosario: Prohistoria.

Ardèvol, E., Bertrán, M., Callén, B., & Pérez, C. (2003) “Etnografía virtualizada: la observación participante y la entrevista semiestructurada en línea” en *Athenea Digital*, 3. En <http://antalya.uab.es/athenea/num3/ardevol.pdf>

Ardèvol, E., Estalella, A. y Domínguez, D. (2008) “La mediación tecnológica en la práctica etnográfica”. En [http://mediaciones.es/wp-content/uploads/05\\_volumen\\_mediaciones.pdf](http://mediaciones.es/wp-content/uploads/05_volumen_mediaciones.pdf)

Austin J. L. (1982) *Cómo hacer cosas con palabras*. Barcelona: Paidós.

Ayala, S. (2013) “Los usos de textos impresos y digitales en la universidad. Relato de un proceso” en Raimondo Anselmino N. y Reviglio M. C. Editoras, *Territorios de comunicación. Recorridos de investigación para abordar un campo heterogéneo*, Quito: Ciespal.

Ayala, S. (2014) “Prácticas de lectura (¿medievales?) actuales y marginalidad en el conocimiento” en Neto, F., Raimondo Anselmino, N. y Gindin, I. Coord. *Relatos de investigaciones sobre mediatizaciones*, Rosario: UNR Editora.

Azeredo Soster, D. (2014) “O jornalismo midiaticizado e a reconfiguração das vozes narrativas nos livros-reportagem de Eliane Brum” en Neto, F., Raimondo Anselmino, N. y Gindin, I. Coord. *Relatos de investigaciones sobre mediatizaciones*, Rosario: UNR Editora.

Baggiolini, L. (1995) “Aportes para pensar una historia de las tecnologías de la comunicación”, en Anuario del Departamento de Ciencias de la Comunicación, Volumen 1. Rosario: UNR.

Baggiolini, L. (2011) “La implosión de los medios, la explosión de los sentidos” en Valdettaro, S. Coord. *El dispositivo McLuhan. Recuperaciones y derivaciones*, Rosario: UNR Editora.

Bateson, G. (1993) *Una Unidad Sagrada. Pasos ulteriores hacia una ecología de la mente*, Edición de Donaldson R, Barcelona: Gedisa.

Bateson, G. (1997), *Espíritu y Naturaleza*, Bs As: Amorrortu.

Bateson, G. (1998) *Pasos hacia una ecología de la mente. Una aproximación revolucionaria a la autocomprensión del hombre*, Bs As: Lohlé-Lumen.

Bauman, Z. (2002) *La hermenéutica y las ciencias sociales*, Bs As: Nueva Visión.

Bauman, Z. (2004) *Modernidad líquida*, Bs As: FCE.

Belinche, M., Viale, P. y Tovar, C. (2006) *Los grupos de telecomunicaciones en la Argentina*, La Plata: Facultad de Periodismo y Comunicación Social-Centro de Estudios y Observación de Medios.

Benjamin, W. ([1936] 1973 y 1982) “La obra de arte en la era de su reproductibilidad técnica” en *Discursos Interrumpidos I*, Madrid: Taurus.

Berardi, F. (2007) *Generación post-alfa. Patologías e imaginarios en el semiocapitalismo*, Bs As: Tinta Limón.

Berman, Marshall (1989) *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, Bs As: Siglo XXI.

Berman, Morris (1999) *El reencantamiento del mundo*, Chile: Cuatro Vientos.

Berman, Mónica (2008) "Chispazos de Tradición: la constitución de un género radiofónico" en Fernández J. L., *La construcción de lo radiofónico*, Bs As: La Crujía.

Biselli, R; Marengo, M. y Martínez de Aguirre, E. (2000) *La Fotografía*, Rosario: Laborde Editor. Referencias a Peirce, Ch (1974) *La Ciencia de la Semiótica*, Barcelona: Nueva Visión; (1984) *Obra Lógica Filosófica*, Madrid: Taurus, y (1987) *Obra Lógico Semiótica*, Madrid: Taurus.

Biselli, R. y Valdettaro, S. (2004) Exposición "Medios masivos de comunicación: ¿construcción o representación de la realidad?", en Café Científico, Rosario: Secretaría de Cultura y Educación de la Municipalidad de Rosario y la Facultad de Ciencias Exactas, Ingeniería y Agrimensura de la UNR. 18 de agosto de 2004.

Biselli, R. (2011) "Por una genealogía del dispositivo pantalla: perspectiva de investigación" en Valdettaro, S. Coord. *Interfaces y pantallas: análisis de dispositivos de comunicación*, Rosario : UNR Editora.

Biselli, R. y Maestri, M. Coord. (2013) *Mediatizaciones en foco*, Rosario: UNR Editora.

Borelli, V. (2014) "Midiatização, circulação da notícia e lógicas de interação entre jornais e leitores" en Neto, F., Raimondo Anselmino, N. y Gindin, I. Coord. *Relatos de investigaciones sobre mediatizaciones*, Rosario: UNR Editora.

Borges, J. L. (1960) "El idioma analítico de John Wilkins", en *Otras Inquisiciones*, Bs As: Emecé.

Bourdieu, P. ([1976] 2008) "El campo científico" en *Los usos sociales de la ciencia*, Bs As: Nueva Visión.

Braga, J. L. (2010) "Comunicação, disciplina indiciária" en Neto, F. y Valdettaro, S. Directores, *Mediatización, sociedad y sentido. Diálogos entre Brasil y Argentina*, Rosario: Depto. de Cs. de la Comunicación, Fac. de C. Polít. y RRII, UNR.

Braga, J. L. (2014) "Lógicas da mídia, lógicas da mediatização?" en Neto, F., Raimondo Anselmino, N. y Gindin, I. Coord. *Relatos de investigaciones sobre mediatizaciones*, Rosario: UNR Editora.

Buck-Morss, S. (1981) *Origen de la dialéctica negativa. Theodor Adorno, Walter Benjamín y el Instituto de Frankfurt*, México: Siglo XXI.

Bunge, M. (2004) *Emergencia y convergencia. Novedad cualitativa y unidad del conocimiento*, Barcelona: Gedisa.

Busso, M. y Cossia, L. (2014) "Publicaciones gráficas: en torno de sus usos y disputas" en Reviglio, C. y Rovetto, F. Coord. (2014) *Estado actual de las investigaciones sobre mediatizaciones*, Rosario: UNR Editora.

Butler, J. ([1990] 2007) *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, Barcelona: Paidós.

Butler, J. ([1993] 2012) *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del sexo*, Bs As: Paidós.

Calamari, A. y Martínez de Aguirre, E. y Valdettaro, S (2006) *Aportes para un diagnóstico del perfil curricular de la carrera de Comunicación Social*, Rosario: Depto. de Cs de la Comunic, Depto. de Comunic y Lenguajes, Fac. de C. Polít. y RRII.

Calamari, A. (2013) "Del trabajador al empleable. Los espacios de ofertas laborales en la prensa y sitios web" en Raimondo Anselmino N. y Reviglio M. C. Editoras, *Territorios de comunicación. Recorridos de investigación para abordar un campo heterogéneo*, Quito: Ciespal.

Calamari, A., López Verrilli M. y Miyar, V. (2013) "El radio era un mueble" en Biselli R. y Maestri M. Comp. *Mediatizaciones en foco*, Rosario: UNR Editora.

Calasso, R. (2011) *La Folie Baudelaire*, Barcelona: Anagrama.

Camusso, M. y Rovetto, F. (2014) "Representaciones iconográficas feministas, de mujeres y de género en las redes sociales" en Reviglio, C. y Rovetto, F. Coord. (2014) *Estado actual de las investigaciones sobre mediatizaciones*, Rosario: UNR Editora.

Cantor, F. (2013) "Posmodernidad, mediatización y hábitos culinarios" en Biselli R. y Maestri M. Comp. *Mediatizaciones en foco*, Rosario: UNR Editora.

Carlón, M. (2004) *Sobre lo televisivo: dispositivos, discursos y sujetos*, Bs As: La Crujía.

Carlón, M. (2006) *De lo cinematográfico a lo televisivo: metatelevisión, lenguaje y temporalidad*. Buenos Aires: La Crujía.

Carlón, M. (2010) "La mediatización del «mundo del arte»" en Neto, F. y Valdetaro, S. Directores, *Mediatización, sociedad y sentido. Diálogos entre Brasil y Argentina*, Rosario: Depto. de Cs. de la Comunicación, Fac. de C. Polít. y RRII, UNR.

Carlón, M. (2012) "En el ojo de la convergencia. Los discursos de los usuarios de Facebook durante la transmisión televisiva de la votación de la ley de matrimonio igualitario", en Carlón M. y Neto F., *La política de los cibernautas. Nuevas formas de participación*, Bs As: La Crujía.

Carlón, M. (2014) “¿Del arte contemporáneo a una era contemporánea?” en Reviglio, C. y Rovetto, F. Coord. (2014) *Estado actual de las investigaciones sobre mediatizaciones*, Rosario: UNR Editora.

Castro Rojas, S. (2013) “De la explosión a la implosión socio-técnica. Usos y apropiaciones de las TIC en ciberlocales” en Raimondo Anselmino N. y Reviglio M. C. Editoras, *Territorios de comunicación. Recorridos de investigación para abordar un campo heterogéneo*, Quito: Ciespal.

Casullo, N. (1989) “Modernidad, biografía del ensueño y la crisis (introducción a un tema)” en VvAa, *El debate modernidad-posmodernidad*, Bs As: Puntosur.

Chalmers, A. (1998) *¿Qué es esa cosa llamada ciencia? Una valoración de la naturaleza y el estatuto de la ciencia y sus métodos*, México: Siglo XXI.

Cingolani, G. (2014<sup>a</sup>) “Sobre la distinción medio/dispositivo en Eliseo Verón” en Neto, F., Raimondo Anselmino, N. y Gindin, I. Coord. *Relatos de investigaciones sobre mediatizaciones*, Rosario: UNR Editora.

Cingolani, G. (2014b) “¿Qué se transforma cuando hay mediatización?” en Reviglio, C. y Rovetto, F. Coord. *Estado actual de las investigaciones sobre mediatizaciones*, Rosario: UNR Editora.

Cingolani, G. (2014c) “Para una futura retrospectiva del momento mediático kirchnerista” en Gindin, I. Coord. *Kirchnerismo, mediatización e identidades políticas. Reflexiones en torno a la política, el periodismo y el discurso 2003/2008*, Rosario: UNR Editora.

Cobo Romaní, C. y Pardo Kuklinski, H. (2007) *Planeta Web 2.0. Inteligencia colectiva o medios fast food*. Barcelona/México: GRID, UVic/Flacso En <http://www.planetaweb2.net>

Comba, S., Toledo, E., Carreras, M. y Duyos, L. (2013) “Comunicación, consumo y producción de contenidos en los nuevos medios” en Biselli R. y Maestri M. Comp. *Mediatizaciones en foco*, Rosario: UNR Editora.

Cossia, L. (2013) “Humor o la delimitación teórica de una práctica inasible” en Raimondo Anselmino N. y Reviglio M. C. Editoras, *Territorios de comunicación. Recorridos de investigación para abordar un campo heterogéneo*, Quito: Ciespal.

Costa, F. (2007) “Elogio de la literatura mala. Entrevista a Josefina Ludmer”, Suplemento Cultura, *Clarín*, 01/12/2007.

Debray, R. (1992) *Vida y muerte de la imagen en Occidente*, Barcelona: Paidós.

De Certeau, M. (1996) *La invención de lo cotidiano*, Tomo 1, México: Universidad Iberoamericana.

De Certeau, M. (1997) *La invención de lo cotidiano*, Tomo 2, México: Universidad Iberoamericana.

De Diego, J. (2014) “¿Discurso político o politicidad de los discursos? Una propuesta para pensar la relación entre kirchnerismo y prensa” en Gindin, I. Coord. *Kirchnerismo, mediatización e identidades políticas. Reflexiones en torno a la política, el periodismo y el discurso 2003/2008*, Rosario: UNR Editora.

Del Coto, M. y Varela, G. (2014) “Discursos y mediatización: de retomas, mixturas e inflexión indicial” en Reviglio, C. y Rovetto, F. Coord. (2014) *Estado actual de las investigaciones sobre mediatizaciones*, Rosario: UNR Editora.

Deleuze, G. (1987) *Foucault*, Bs As: Paidós.

Derrida, J. (1975) “La farmacia de Platón” en *La Diseminación*, Caracas: Fundamentos.

Di Filippo, M. (2014) “El 2001 en nuestra tinta. Cavilaciones encontradas sobre arte, estética y política en torno al repertorio de protesta por el asesinato de Pocho Lepratti y su trama con dos estéticas-en-la-calle”, Tesis de Maestría en Estudios Culturales, Rosario: CEI-UNR.

Diviani, R. (2010) “Campo de la comunicación y procesos de mediatización. Reflexiones sobre la formación de los estudios de comunicación en la Argentina, sus derivas y las preguntas sobre su estatuto disciplinar” en Neto, F. y Valdetaro, S. Directores, *Mediatización, sociedad y sentido. Diálogos entre Brasil y Argentina*, Rosario: Depto. de Cs. de la Comunicación, Fac. de C. Polít. y RRII, UNR.

Diviani, R. (2011) “La recepción de McLuhan en la Argentina de los años 60. Una lectura sobre lecturas” en Valdetaro, S. Coord. *El dispositivo McLuhan. Recuperaciones y derivaciones*, Rosario: UNR Editora.

Diviani, R. (2014) “La intelectualidad crítica ante los medios masivos en los años setenta. Las revistas *Los libros* y *Crisis*” en Reviglio, C. y Rovetto, F. Coord. (2014) *Estado actual de las investigaciones sobre mediatizaciones*, Rosario: UNR Editora.

Domínguez, D., Beaulieu, A., Estalella, A., Gómez, E., Schnettler, B., y Read, R. (2007) *Etnografía virtual*. Forum Qualitative Social Research, 8(3). En <http://www.qualitative-research.net/index.php/fqs/issue/view/8>

Drenkard, P. (2011) “El cuerpo estallado o el espejo roto: vinculaciones entre pantallas, cuerpos y subjetividades” en Valdetaro, S. Coord. *McLuhan: pliegues, trazos y escrituras-post*, Rosario: UNR Editora.

Drenkard, P., Marchetti, V. y Viceconte, E. (2014) “El cuerpo en el discurso. Retóricas posibles de imágenes de perfil” en Neto, F., Raimondo

Anselmino, N. y Gindin, I. Coord. *Relatos de investigaciones sobre mediatizaciones*, Rosario: UNR Editora.

Eco, U. (1968) *Apocalípticos e integrados*, Barcelona: Lumen.

Eco, U. (1980) *Signo*, Barcelona: Labor. Referencias a Peirce, Ch. S. (1931/9935) *Collected Papers*, Cambridge: Harvard University Press.

Eco, U. (1999) *Kant y el ornitorrinco*, Barcelona: Lumen.

Elías, N. (1993) *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, Bs As: FCE.

Escalante Gonzalbo, F. (2002) "Hermenéutica y Ciencias Sociales", en Altamirano C. Director *Términos Críticos de Sociología de la Cultura*, Bs As: Paidós.

Fabbri, P. (2000) *El giro semiótico*. Barcelona: Gedisa.

Fernández, J. L. (1994) *Los lenguajes de la radio*, Bs As: Atuel.

Fernández, J. L. Editor (2008) *La construcción de lo radiofónico*, Bs As: La Crujía.

Fernández, J. L. (2010) "La mediatización del sonido respecto de Internet y la vida musical. Revisiones" en Neto, F. y Valdetaro, S. Directores, *Mediatización, sociedad y sentido. Diálogos entre Brasil y Argentina*, Rosario: Depto. de Cs. de la Comunicación, Fac. de C. Polít. y RRII, UNR.

Fernández, J. L. (2014<sup>a</sup>) "Mediatizaciones de sonido en las redes: el Límite Vortex" en Reviglio, C. y Rovetto, F. Coord. (2014) *Estado actual de las investigaciones sobre mediatizaciones*, Rosario: UNR Editora.

Fernández, J. L. (2014b) "Networking y face to face: nuevas relaciones entre músicos y audiencia" en Neto, F., Raimondo Anselmino, N. y Gindin,

I. Coord. *Relatos de investigaciones sobre mediatizaciones*, Rosario: UNR Editora.

Fernández, M. y López, M. D. Coord. (2013) *Lo público en el umbral. Los espacios y los tiempos, los territorios y los medios*, La Plata: Ediciones EPC-Universidad Nacional de La Plata.

Fernández, M. (2014<sup>a</sup>) “Periodismo y política en la Argentina kirchnerista: disputas por la intermediación en el espacio público Un análisis desde la perspectiva de la mediatización” en Gindin, I. Coord. *Kirchnerismo, mediatización e identidades políticas. Reflexiones en torno a la política, el periodismo y el discurso 2003/2008*, Rosario: UNR Editora.

Fernández, M. (2014b) “Sobre la mediatización. Revisión conceptual y propuesta analítica” en *La Trama de la Comunicación*, Anuario del Departamento de Ciencias de la Comunicación, Vol. 18, Rosario: UNR Editora.

Ferrater Mora, J. (1999) *Diccionario de Filosofía*, 4 Volúmenes, Barcelona: Ariel Filosofía.

Ferreira, J. (2014) “Adaptação, disrupção e reação em dispositivos midiáticos: questões sobre a incerteza e indeterminação nos processos de mediatização” en Neto, F., Raimondo Anselmino, N. y Gindin, I. Coord. *Relatos de investigaciones sobre mediatizaciones*, Rosario: UNR Editora.

Fischer-Lichte, E. (2011) *Estética de lo performativo*, Madrid: Abada Editores.

Flichy, P. (1993) *Una historia de la Comunicación Moderna*. México: Gustavo Gilli.

Follari, R. (2000) *Epistemología y Sociedad*, Rosario: Homo Sapiens.

Foucault, M. ([1977] 1983) “El juego de Michel Foucault” (Intercambio con Alain Grosrichard, revista *Ornicar*) en *El discurso del poder* (Presentación y Selección a cargo de Oscar Terán), México: Folios.

Foucault, M. ([1966] 1986) *Las palabras y las cosas*, México: Siglo XXI.

Foucault, M. ([1968] 1983) “Contestación al Círculo de Epistemología”, en *El discurso del poder* (Presentación y Selección a cargo de Oscar Terán), México: Folios.

Foucault, M. ([1976] 1978) *Microfísica del Poder*, Madrid: La Piqueta.

Foucault, M. (1983) (Terán O., Presentación y Selección) *El discurso del poder*, México: Folios.

Foucault, M., “Respuesta a Esprit” ([1968] 1983) en *El discurso del poder* (Presentación y Selección a cargo de Oscar Terán), México: Folios.

Francescutti, P. (2013) “El espectáculo de la revelación. Autorreferencialidad periodística en la cobertura del CABLEGATE” en Lozano, J. y Díaz, S. (Eds.) *Vigilados. WikiLeaks o las nuevas fronteras de la información*, Madrid: Biblioteca Nueva.

Fratlicelli, D. (2008) “El nacimiento de las transmisiones deportivas o cómo la radio comenzó a construir acontecimientos sociales en directo” en Fernández J. L., *La construcción de lo radiofónico*, Bs As: La Crujía.

Frisby, D. (1992) *Fragmentos de la Modernidad. Teorías de la modernidad en la obra de Simmel, Kracauer y Benjamin*, Madrid: La Balsa de la Medusa.

Frisby, D. (2007) *Paisajes urbanos de la Modernidad*, Bs As: Univ. Nac. de Quilmes y Prometeo.

Frutos, S. (2013) "Tradiciones, límites y tensiones en las nuevas tramas del estudio de la comunicación" en Raimondo Anselmino N. y Reviglio M. C. Editoras, *Territorios de comunicación. Recorridos de investigación para abordar un campo heterogéneo*, Quito: Ciespal.

Galende, F. (2015) Seminario "Vanguardias y Estéticas Contemporáneas", Maestría en Estudios Culturales, Rosario: CEI-UNR. Dictado durante el mes de marzo de 2015.

Garbatzky, I. (2010) "Raúl Escari, escritor, happenista" en Giordano A. editor, *Los límites de la Literatura, Cuadernos del Seminario 1*, Rosario: Centro de Estudios de Literatura Argentina-UNR.

García Fanlo, L. (2012) "Twitter y la rebelión de los ciberfans de Gran Hermano 2.0", en Carlón M. y Neto F., *La política de los cibernautas. Nuevas formas de participación*, Bs As: La Crujía Ediciones.

Garis, A. (2014) "Sobre la mediatización de las confesiones" en Reviglio, C. y Rovetto, F. Coord. (2014) *Estado actual de las investigaciones sobre mediatizaciones*, Rosario: UNR Editora.

Garrera Tolbert, N. (2015) Seminario "El testimonio como problema filosófico. Perspectivas éticas, estéticas y políticas", Rosario: Maestría en Estudios Culturales, CEI-UNR. Abril 2015.

Geertz, C. (1995) "Géneros confusos: la refiguración del pensamiento social" en *Conocimiento Local*, Bs As: Paidós.

Gindin, I. Coord. (2014<sup>a</sup>) *Kirchnerismo, mediatización e identidades políticas. Reflexiones en torno a la política, el periodismo y el discurso 2003/2008*, Rosario: UNR Editora.

Gindin, I. (2014b) "Identidades fragmentadas: apuntes teóricos sobre las identidades políticas" en Gindin, I. Coord. *Kirchnerismo, mediatización e*

*identidades políticas. Reflexiones en torno a la política, el periodismo y el discurso 2003/2008*, Rosario: UNR Editora.

Ginzburg, C. ([1978] 2004) "Huellas: Raíces de un paradigma indiciario", en *Tentativas*, Rosario: Prohistoria.

Giordano, A. (2013) "Roland Barthes, una presentación" en Cuaderno de Trabajo Nro. 1, Rosario: Facultad de Humanidades y Artes Ediciones-UNR

Gomes, P. G. (2014) "Midiatização: um conceito, múltiplas vozes" en Neto, F., Raimondo Anselmino, N. y Gindin, I. Coord. *Relatos de investigaciones sobre mediatizaciones*, Rosario: UNR Editora.

González, B. y Lapuente, M. (2008) "Escenas de la radio en los años 30: los shows de música en vivo y su inserción en la vida cotidiana de la época" en Fernández J. L., *La construcción de lo radiofónico*, Bs As: La Crujía.

Groys, B. (2014) *Volverse público. Las transformaciones del arte en el ágora contemporánea*, Bs As: Caja Negra.

Gutiérrez Reto, M. (2008) "Dispositivo radiofónico y vida cotidiana en los inicios de la radiodifusión" en Fernández J. L., *La construcción de lo radiofónico*, Bs As: La Crujía.

Hall, S. (1994) "Estudios Culturales: Dos Paradigmas" en Revista *Causas y Azares*, n° 1, Buenos Aires

Ibarlucía, R. (1998) *Onirokitsch. Walter Benjamin y el surrealismo*, Bs As: Manantial. Incluye edición bilingüe de Benjamin, W. (1925) "Onirokitsch. Glosa sobre el surrealismo".

Igarza, R. (2008) *Nuevos medios. Estrategias de convergencia*, Bs As: La Crujía.

Igarza, R. (2009) *Burbujas de ocio. Nuevas formas de consumo cultural*, Bs As: La Crujía.

Igarza, R. (2013) *Nueva agenda por el libro y la lectura: recomendaciones para las políticas públicas en Iberoamérica*, Bogotá: CERLALC.

Jenkins, H. (2011) "Seven myths about transmedia storytelling debunked", fastcompany.com, 08/04/2011. Última captura 09/10/2014.

Jost, F. (2012) *El culto de lo banal. De Duchamp a los reality-shows*, Bs As: Librería.

Justo Von Lurzer, C. (2013) "Politización mediática y despolitización comunicacional. Algunas estrategias de representación de problemáticas sociales en televisión" en Biselli R. y Maestri M. Comp. *Mediatizaciones en foco*, Rosario: UNR Editora.

Justo Von Lurzer, C. y Spataro, C. (2014) "Más allá de la denuncia y el victimismo: una reflexión sobre la crítica feminista como crítica cultural" en Reviglio, C. y Rovetto, F. Coord. (2014) *Estado actual de las investigaciones sobre mediatizaciones*, Rosario: UNR Editora.

Kenbel, C. (2013) "Circuitos culturales y memorias sociales como entrada al problema de la rurbanidad" en Raimondo Anselmino N. y Reviglio M. C. Editoras, *Territorios de comunicación. Recorridos de investigación para abordar un campo heterogéneo*, Quito: Ciespal.

Klein, E. (2014) "Potencialidades e desafios do jornalismo com a centralidade da circulação em processos sociais mediatizados" en Neto, F., Raimondo Anselmino, N. y Gindin, I. Coord. *Relatos de investigaciones sobre mediatizaciones*, Rosario: UNR Editora.

Klimovsky, G. (1997) *Las desventuras del conocimiento científico*, Bs As: AZ Editora. Referencia a Kuhn, Th. (1962) *La estructura de las revoluciones científicas*.

Latour, B. (2007) *Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica*, Bs As: Siglo XXI.

Latour, B. (2008) *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*, Bs As: Manantial.

Lazarsfeld, P. ([1958] 1978) “De los conceptos a los índices empíricos” en Boudon, R., Lazarsfeld, P., y otros, *Metodología de las ciencias sociales*, Barcelona: Laia.

Lazarsfeld, P. y Menzel, H. (1984) “Medios de comunicación colectiva e influencia personal” en Schramm, M. Comp. *La ciencia de la comunicación humana*, México: Grijalbo.

Lotman, I. (1993) “La semiótica de la cultura y el concepto de texto”, en *Escritos*, Revista del Centro de Ciencias del Lenguaje, Número 9.

Lozano, J., Peña Marín, C. y Abril, G. (1982) *Análisis del discurso. Hacia una semiótica de la interacción textual*, Madrid: Cátedra.

Lozano, J. y Díaz, S. (Eds.) (2013) *Vigilados. WikiLeaks o las nuevas fronteras de la información*, Madrid: Biblioteca Nueva.

Lozano, J. (Ed.) (2014) *Secretos en Red. Intervenciones semióticas sobre el tiempo presente*, Madrid: Sequitur.

Lüders, T. (2014) “La reedición de una gesta: kirchnerismo, locus generacional y conflicto con el campo” en Gindin, I. Coord. *Kirchnerismo, mediatización e identidades políticas. Reflexiones en torno a la política, el periodismo y el discurso 2003/2008*, Rosario: UNR Editora.

Ludmer, J. (diciembre 2006) “Literaturas postautónomas 1.0” y (mayo 2007) “Literaturas postautónomas 2.0”. En [www.loescrito.net](http://www.loescrito.net) y [www.linkillo.blogspot.com](http://www.linkillo.blogspot.com)

Luhmann, N. (1996) *Confianza*, Barcelona: Universidad Iberoamericana y Antrophos.

Luhmann, N. (2000) *La realidad de los medios de masas*, México: Antrophos y Universidad Iberoamericana.

Maestri, M. (2010) “Sobre las hiperaudiencias” en Neto, F. y Valdetaro, S. Directores, *Mediatización, sociedad y sentido. Diálogos entre Brasil y Argentina*, Rosario: Depto. de Cs. de la Comunicación, Fac. de C. Polít. y RRII, UNR.

Maestri, M. (2011<sup>a</sup>) “Las audiencias digitales: convergencias y prácticas” en Valdetaro, S. Coord. *Interfaces y pantallas: análisis de dispositivos de comunicación*, Rosario : UNR Editora.

Maestri, M. (2011b) “Nuevos medios: implicancia, participación e interactividad” en Valdetaro, S. Coord. *McLuhan: pliegues, trazos y escrituras-post*, Rosario: UNR Editora.

Maestri, M. (2014<sup>a</sup>) “Comunicación y política: algunas notas sobre un proyecto de investigación” en Gindin, I. Coord. *Kirchnerismo, mediatización e identidades políticas. Reflexiones en torno a la política, el periodismo y el discurso 2003/2008*, Rosario: UNR Editora.

Maestri, M. (2014b) “La mediatización móvil: convergencia y ubicuidad en las publicidades de smartphones” en Neto, F., Raimondo Anselmino, N. y Gindin, I. Coord. *Relatos de investigaciones sobre mediatizaciones*, Rosario: UNR Editora.

Maingueneau, D. (1980) *Introducción a los métodos de análisis del discurso*, Bs As: Hachette.

Manchado, M. (2013) “Al interior de una prisión: del secreto a la conducta en el umbral” en Raimondo Anselmino N. y Reviglio M. C. Editoras, *Territorios de comunicación. Recorridos de investigación para abordar un campo heterogéneo*, Quito: Ciespal.

Manovich, L. ([2001] 2006) *El lenguaje de los nuevos medios de comunicación. La imagen en la era digital*, Bs As: Paidós.

Manovich, L. (2005) “Remixing and remixability”, en <http://imlportfolio.usc.edu/ctcs505/ManovichRemixModular.pdf>

Mardones, J. M. (1991) *Filosofía de las ciencias humanas y sociales*, Barcelona: Anthropos.

Mastrini, G. y Becerra, M (2006) *Globalización y monopolio en la comunicación de América Latina*, La Plata: Facultad de Periodismo y Comunicación Social-Centro de Estudios y Observación de Medios.

McCombs, M. (2006) *Estableciendo la agenda. El impacto de los medios en la opinión pública y en el conocimiento*, Barcelona: Paidós.

McLuhan, M. (1969) *La comprensión de los medios como extensiones del hombre*, México: Diana.

McLuhan, M. y McLuhan, E. (1990) *Leyes de los medios*, México: Alianza.

Melman Ch., Entrevista con Lebrun J. P. (2005) *El hombre sin gravedad. Gozar a cualquier precio*, Rosario: UNR Editora.

Mendoza, J. J. (2011<sup>a</sup>) “Representaciones del post-humanismo en el sensorium contemporáneo. El fin del mundo en el Second Life” en Valdettaro, S. Coord. *McLuhan: pliegues, trazos y escrituras-post*, Rosario: UNR Editora.

Mendoza, J. J. (2011b) *El canon digital. La escuela y los libros en la cibercultura*, Bs As: La Crujía.

Merleau-Ponty, M. (1977) *La Fenomenología y las Ciencias del Hombre*, Bs As: Biblioteca Nova de Psicología, Editorial Nova.

Merleau-Ponty, M. (2002) *El mundo de la percepción. Siete conferencias*, Bs As: FCE.

Mestman M. y Varela M. Coord. (2013) *Masas, Pueblo, Multitudes en cine y televisión*, Bs As: Eudeba.

Milner, J. C. (2003) *El periplo estructural. Figuras y Paradigma*, Bs As: Amorrortu.

Mitcham, C. (2004) "Apuntes para una filosofía de la metatecnología", Bs As: revista *Artefacto* Nro. 5, verano 2003-2004.

Moscoloni N. (2005) *La nube de datos. Métodos para analizar la complejidad*, Rosario: UNR Editora.

Neto, F. y Valdettaro, S. Directores (2010) *Mediatización, sociedad y sentido. Diálogos entre Brasil y Argentina*, Rosario: Depto. de Cs. de la Comunicación, Fac. de C. Polít. y RRII, UNR.

Neto, F. (2010) "A circulação além das bordas" en Neto, F. y Valdettaro, S. Directores, *Mediatización, sociedad y sentido. Diálogos entre Brasil y Argentina*, Rosario: Depto. de Cs. de la Comunicación, Fac. de C. Polít. y RRII, UNR.

Neto, F., Raimondo Anselmino, N. y Gindin, I. Coord. (2014) *Relatos de investigaciones sobre mediatizaciones*, Rosario: UNR Editora.

Neto, A. F. (2014) "Coletivos como atores de acontecimientos. Boate Kiss: a conversão dos tapumes em mural de comunicação" en Neto, F.,

Raimondo Anselmino, N. y Gindin, I. Coord. *Relatos de investigaciones sobre mediatizaciones*, Rosario: UNR Editora.

Niccolini, S. ([1977] 1982) "Introducción", "Notas" y "Selección de Textos", en Lévi-Strauss, Barthes, Moles y otros *El análisis estructural*, Bs As: CEAL.

Palti, E. (1998) "*Giro lingüístico*" e historia intelectual, Bs As: Univ. Nac. de Quilmes.

Peirce, Ch. S. ([1877] 1988) "La fijación de la creencia" en *El hombre, un signo*, Barcelona: Crítica.

Portantiero J. C. y otros (2005) *Crisis de las ciencias sociales de la Argentina en crisis*, Bs As: Prometeo.

Raimondo Anselmino, N. (2010) "Discurso y mediatización: para un análisis no intencional de las estrategias discursivas" en Neto, F. y Valdettaro, S. Directores, *Mediatización, sociedad y sentido. Diálogos entre Brasil y Argentina*, Rosario: Depto. de Cs. de la Comunicación, Fac. de C. Polít. y RRII, UNR.

Raimondo Anselmino, N. (2011) "Hacia un nuevo escenario: sobre los actuales cambios socio-técnicos en la prensa" en Valdettaro, S. Coord. *Interfaces y pantallas: análisis de dispositivos de comunicación*, Rosario: UNR Editora.

Raimondo Anselmino, N. (2012) *La prensa online y su público. Un estudio de los espacios de intervención y participación del lector en Clarín y La Nación*, Bs As: UAI y Teseo.

Raimondo Anselmino N. y Reviglio M. C. Editoras (2013) *Territorios de comunicación. Recorridos de investigación para abordar un campo heterogéneo*, Quito: Ciespal.

Raimondo Anselmino, N. (2013) “Un análisis sociosemiótico de la prensa online: investigar el presente en transición” en Raimondo Anselmino N. y Reviglio M. C. Editoras, *Territorios de comunicación. Recorridos de investigación para abordar un campo heterogéneo*, Quito: Ciespal.

Raimondo Anselmino, N. y Reviglio, M. C. (2014) “Redes, medios y esfera pública en tiempos de post-mass-mediatización” en Reviglio, C. y Rovetto, F. Coord. (2014) *Estado actual de las investigaciones sobre mediatizaciones*, Rosario: UNR Editora.

Raimondo Anselmino, N., Reviglio, M. C. y Diviani, R. (2014) “Preguntas para una aproximación crítica a la categoría esfera pública en tiempos de Facebook” en Neto, F., Raimondo Anselmino, N. y Gindin, I. Coord. *Relatos de investigaciones sobre mediatizaciones*, Rosario: UNR Editora.

Retamoso, J. (2013) “El lugar de Aníbal Ford en los estudios sobre medios y comunicación en la Argentina” en Biselli R. y Maestri M. Comp. *Mediatizaciones en foco*, Rosario: UNR Editora.

Reviglio, M. C. (2010) “Estudiantes y pantallas. Un caso de mediatización del discurso académico en el umbral de ingreso a la universidad” en Neto, F. y Valdetaro, S. Directores, *Mediatización, sociedad y sentido. Diálogos entre Brasil y Argentina*, Rosario: Depto. de Cs. de la Comunicación, Fac. de C. Polít. y RRII, UNR.

Reviglio, M. C. (2013<sup>a</sup>) “Prácticas discursivas académicas y tecnologías de la comunicación en el ingreso de una carrera de la UNR” en Biselli R. y Maestri M. Comp. *Mediatizaciones en foco*, Rosario: UNR Editora.

Reviglio, M. C. (2013b) “Jóvenes, competencias discursivas y universidad. Apostillas a una tesis doctoral” en Raimondo Anselmino N. y Reviglio M. C. Editoras, *Territorios de comunicación. Recorridos de investigación para abordar un campo heterogéneo*, Quito: Ciespal.

Reviglio, C. y Rovetto, F. Coord. (2014) *Estado actual de las investigaciones sobre mediatizaciones*, Rosario: UNR Editora.

Rigat, L. (2013) “En torno a la (re)presentación. Una reflexión sobre el uso de la fotografía en el documentalismo” en Biselli R. y Maestri M. Comp. *Mediatizaciones en foco*, Rosario: UNR Editora.

Rizzo, A. (2013) “La construcción del conflicto de la protesta social en noticias televisivas” en Biselli R. y Maestri M. Comp. *Mediatizaciones en foco*, Rosario: UNR Editora.

Rovetto, F. (2013) “Análisis crítico del androcentrismo en el discurso informativo” en Raimondo Anselmino N. y Reviglio M. C. Editoras, *Territorios de comunicación. Recorridos de investigación para abordar un campo heterogéneo*, Quito: Ciespal.

Rovetto, F. y Camusso, M. (2014) “Divagaciones sobre el Pocho: cosificación, post feminismo y post mass mediatización” en Neto, F., Raimondo Anselmino, N. y Gindin, I. Coord. *Relatos de investigaciones sobre mediatizaciones*, Rosario: UNR Editora.

Samaja, J. (1996) “Sobre el lugar de la abducción y la analogía en la creación cognitiva”, en Programa Foindi, Bs As: FADU, UBA (Notas de disertación “Criterios epistemológicos para la investigación en neurociencias”), II Jornadas Nacionales de las Cátedras de Neurociencias, Luján: Universidad Nacional de Luján. Referencia a Peirce, Ch. S. (1958) *Selected Writings*, New York: Dover Publications.

Samaja, J. (1999) *Epistemología y metodología. Elementos para una teoría de la investigación científica*, Bs As: Eudeba.

Saperas, E. (1985) *La sociología de la comunicación de masas en EEUU*, Barcelona: Ariel.

Sarlo, B. (1997 [1992]) *La imaginación técnica. Sueños modernos de la cultura argentina*, Bs As: Nueva Visión.

Sautu, R. (2003) *Todo es teoría. Objetivos y métodos de investigación*, Bs As: Lumiere.

Sazbón, J. (1982) *Saussure y los fundamentos de la lingüística*, Bs As: CEAL.

Scavino, D. (1999) *La filosofía actual. Pensar sin certezas*, Bs As: Paidós.

Schaufler, M. L. (2014<sup>a</sup>) "Erotismo y sexualidad en las revistas femeninas de los sesenta" en Reviglio, C. y Rovetto, F. Coord. (2014) *Estado actual de las investigaciones sobre mediatizaciones*, Rosario: UNR Editora.

Schaufler, M. L. (2014b) "Erotismo y placer mediatizado: entre la mirada femenina y la mirada feminista" en Neto, F., Raimondo Anselmino, N. y Gindin, I. Coord. *Relatos de investigaciones sobre mediatizaciones*, Rosario: UNR Editora.

Scolari, C. (2004) *Hacer click. Hacia una sociosemiótica de las interacciones digitales*, Barcelona: Gedisa.

Scolari, C. (2013). *Narrativas transmedia. Cuando todos los medios cuentan*. Barcelona: Deusto S.A Ediciones.

Sebeok Th. y Sebeok J. (1994) *Sherlock Holmes y Charles S. Peirce. El método de la investigación*, Barcelona: Paidós. Prefacio de Max Fisch. Referencias a Peirce Ch. S. (1929) "Guessing", *Hound and Horn*, vol. 2, Nro. 3 / (1931/1958) *Collected Papers*, comp. por Hartshorne, Weiss y Burks. 8 volúmenes, Cambridge: Harvard University Press. / Manuscritos y correspondencia en Robin R., (1967) *Annotated Catalogue of the Papers of Charles Peirce*, University of Massachusetts Press.

Simmel, G. (2001) *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*, Barcelona: Península (Capítulos [1903] “Las grandes urbes y la vida del espíritu” y [1913] “El individuo y la libertad”).

Simmel, G. (2002) *Sobre la individualidad y las formas sociales. Escritos escogidos*, Bs As: Univ. Nac. de Quilmes (Capítulos [1908] “El extranjero”; [1910] “El aventurero”; [1904] “Filosofía de la moda”).

Strá, S. (2013) “Releyendo Frankfurt: la Experiencia Estética en Adorno”, en *La Trama de la Comunicación*, Volumen 17, Anuario del Departamento de Cs de la Comunicación, Rosario: UNR Editora.

Sznaider, B. y Tobi, X. (2011) “Reconfiguración de (la comunicación de) las instituciones en el red virtual” en Valdettaro, S. Coord. *McLuhan: pliegues, trazos y escrituras-post*, Rosario: UNR Editora.

Tobi, X. (2008) “El origen de la radio. De la radioafición a la radiodifusión” en Fernández J. L., *La construcción de lo radiofónico*, Bs As: La Crujía.

Valdettaro, S. (2000) “Lo urbano como experiencia de la Modernidad: Baudelaire según Benjamin”, en Anuario del Departamento de Ciencias de la Comunicación, Volumen 5, Rosario: Arcasur Editorial.

Valdettaro, S. (2007) “Notas sobre la *diferencia*, aproximaciones a la *interfaz*”, en Dossier de Estudios Semióticos, Anuario del Departamento de Ciencias de la Comunicación, *La Trama de la Comunicación*, Volumen 12, Rosario: UNR Editora.

Valdettaro, S. (2008<sup>a</sup>) “¿Del desenfreno a la sensibilidad? Relaciones entre cismogénesis y autocorrección en la comunicación social en la actualidad”, en Aguirre Moreno, J. M<sup>a</sup>. (ed.), *Gregory Bateson*, Col. Márgenes n° 2, Madrid: Universidad Complutense.

Valdettaro, S. (2008b) “Estudios de Interfaz: hacia una metodología como «sensibilidad» a «la pauta que conecta»”, en Fausto Neto y otros (orgs)

*Midiatização e processos sociais na américa latina, aspectos metodológicos*, Programa de Pos Graduação em Ciências da Comunicação, UNISINOS, Universidade do Vale do Rio dos Sinos, São Leopoldo - Rio Grande do Sul, Brasil, CNPq-UNISINOS.

Valdettaro, S. (2008c) “Midiatização e Multidões: reflexões sobre os vínculos entre sociosemiótica e filosofia política na atualidade”, en Fausto Neto y otros (orgs.) *Midiatização e processos sociais na américa latina*, São Paulo: Editorial Paulus.

Valdettaro, S. (2008d) “Algunas consideraciones acerca de las estrategias del contacto: del papel a la in-mediación de las interfaces”, en Revista *Letra, Imagen, Sonido. Ciudad Mediatizada*. Vol. 1, Bs As: FCS-UBA.

Valdettaro, S. (2009) “Diarios: entre Internet, la desconfianza y los árboles muertos”, en Carlón M. y Scolari C. comp., *El fin de los medios masivos. El comienzo de un debate*, Bs As: La Crujía.

Valdettaro, S. y Neto, F. Coord. (2010<sup>a</sup>) *Mediatización, Sociedad y Sentido: Diálogos entre Brasil y Argentina*, Rosario: Depto de Cs de la Comunic., Fac. de C. Polít. y RRII UNR.

Valdettaro, S. (2010b) “Subjetividades y digitalización: bosquejo de un estado de la cuestión” en Neto, F. y Valdettaro, S. Directores, *Mediatización, sociedad y sentido. Diálogos entre Brasil y Argentina*, Rosario: Depto. de Cs. de la Comunicación, Fac. de C. Polít. y RRII, UNR.

Valdettaro, S. Coord. (2011<sup>a</sup>) *El dispositivo McLuhan. Recuperaciones y derivaciones*, Rosario: UNR Editora.

Valdettaro, S. Coord. (2011b) *McLuhan: pliegues, trazos y escrituras-post*, Rosario: UNR Editora.

Valdettaro, S. Coord. (2011c) *Interfaces y pantallas: análisis de dispositivos de comunicación*, Rosario : UNR Editora.

Valdettaro, S. (2011d) “A modo de introducción: un romance sobre Marshall McLuhan”, en Valdettaro S. (Coord.) *El dispositivo McLuhan. Recuperaciones y Derivaciones*, Rosario: UNR Editora.

Valdettaro, S. (2011e) “Mutaciones tecnológicas, formales y culturales: Apuntes para una epistemología de la tecnología” en Valdettaro S. coord. *El dispositivo McLuhan. Recuperaciones y Derivaciones*, Rosario: UNR Editora.

Valdettaro, S. (2011f) “Audiencias: de las «redes sociales» a las «asociaciones en red»” en Valdettaro, S. Coord. *Interfaces y pantallas: análisis de dispositivos de comunicación*, Rosario : UNR Editora.

Valdettaro, S. (2012) “Fuego, Revolución y Tecnologías. La masa te pasa a buscar”, en Carlón M. y Neto F. comp., *La política de los internautas*, Bs As: La Crujía.

Valdettaro, S. (2013<sup>a</sup>) “Masa y Mediatización: un estado de la cuestión”, en Verón E., Neto F. y Herbelé A., *Internet: viajes en el espacio y el tiempo*, Pentálogo III-CISECO, Brasil: Editora Copias Santa Cruz.

Valdettaro, S. (2013b) “Epistemología de la Comunicación: un estado de la cuestión en el contexto actual de la mediatización”, en Revista *Questões Transversais - Revista de Epistemologias da Comunicação*, Volumen 1, Nro. 1; São Leopoldo, Br.: Programa de Pós Graduação em Ciências da Comunicação. Universidade do Vale do Rio dos Sinos.

Valdettaro, S. (2013c) “Revisión de las teorías sobre efectos en el contexto de la mediatización actual: la cuestión de la masa” en Biselli R. y Maestri M. Comp. *Mediatizaciones en foco*, Rosario: UNR Editora.

Valdettaro, S. (2014<sup>a</sup>) “Mediatización y protesta social: el caso de los saqueos en Rosario del año 1989” en Reviglio, C. y Rovetto, F. Coord. (2014) *Estado actual de las investigaciones sobre mediatizaciones*, Rosario: UNR Editora.

Valdettaro, S. (2014b) “Cuerpo-presidencial-performático y Mediatización: entre la sobreexposición y el ocultamiento” en Neto, F., Raimondo Anselmino, N. y Gindin, I. Coord. *Relatos de investigaciones sobre mediatizaciones*, Rosario: UNR Editora.

Venturelli, C. (2013) “Del lienzo a la pantalla digital” en Biselli R. y Maestri M. Comp. *Mediatizaciones en foco*, Rosario: UNR Editora.

Verón, E. ([1967] 2001) “La obra. Análisis inédito sobre un célebre caso de arte desmaterializado” en Revista *Ramona* N° 9, 10. Bs As, Diciembre 2000/Marzo 2001.

Verón, E. (1972) “El surgimiento de las Ciencias Sociales”, Cuadernos SIGLOMUNDO, Bs As: CEAL.

Verón, E. (1987) *La Semiosis Social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*. Bs. As: Gedisa.

Verón, E. (2001<sup>a</sup>) “Conversación sobre el futuro”, en *Espacios Mentales. Efectos de Agenda 2*, Barcelona: Gedisa.

Verón, E. (2001b) “El living y sus dobles. Arquitecturas de la pantalla chica” en *El cuerpo de las imágenes*, Bs As: Norma.

Verón, E. (2006) “Prefacio” en De Ipola, E. *Tristes Tópicos de las Ciencias Sociales*, B.s As.: Ediciones de la Flor.

Verón, E. (2007) Cap. 8, « Du sujet aux acteurs. *La sémiotique ouverte aux interfaces* » (Del sujeto a los actores. La semiótica abierta las interfaces), en Boutaud, J.J. y Verón, E., *Sémiotique ouverte. Itinéraires sémiotiques en communication*, Paris, Lavoisier, Hermès Science, 2007 (Traducción: Gastón Cingolani, para la cátedra de Medios y Políticas de la Comunicación, Área Transdepartamental de Crítica de Artes, Instituto Universitario Nacional del Arte, 2008).

Verón E. (2009) "El fin de la historia de un mueble", en Carlón M. y Scolari C. editores, *El fin de los medios masivos. El comienzo de un debate*, Bs As: La Crujía.

Verón, E. (2013) *La semiosis social 2. Ideas, momentos, interpretantes*, Bs As: Paidós.

Virno, P. (2004) *Cuando el verbo se hace carne. Lenguaje y naturaleza humana*, Bs As: Cactus y Tinta Limón.

Wallerstein, I. (1999) *El legado de la Sociología, la promesa de la Ciencia Social*, Caracas: Nueva Sociedad.

Wallerstein, I. (2007) *Abrir las ciencias sociales*, México: Siglo XXI.

Watzlawick, P., Beavin, J. y Jackson, D. (1991) *Teoría de la comunicación humana. Interacciones, patologías y paradojas*, Barcelona: Herder.

Winkin, Y. (1994) "El telégrafo y la orquesta" en *La nueva comunicación*, Barcelona: Kairos.

Williams, R. ([1981] 1994) *Sociología de la cultura*, Barcelona: Paidós.

Williams, R. (2001) *El campo y la ciudad*, Bs As: Paidós.

Wolf, M. (1987) *La investigación en comunicación de masas. Crítica y perspectivas*, Barcelona: Paidós.

Zecchetto, V. Coord. (2005) *Seis semiólogos en busca del lector: Saussure, Peirce, Barthes, Greimas, Eco, Verón*, Bs As: La Crujía.

Este libro se terminó de editar en Rosario, Santa Fe, Argentina, el 6 de mayo de 2015.



